

MACHADO DE ASSIS

Don Casmurro

Edición de Pablo del Barco



de

Don Casmurro es un hombre que mira a la sociedad desde una posición elevada, ajena al bullicio social, sabiéndose respetado y un tanto de vuelta de todo, retrato que supone una reflexión de Machado de Assis sobre un cierto Machado de Assis, con un objetivo anunciado: «Atar las dos puntas de la vida y restaurar en la vejez la adolescencia».



Machado de Assis

Don Casmurro

ePub r1.1

Titivillus 16.06.2018

Título original: *Dom Casmurro*
Machado de Assis, 1899
Traducción: Pablo del Barco
Edición y notas: Pablo del Barco
Diseño de cubierta: Diego Lara
Ilustración de cubierta: Dionisio Simón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN



Machado de Assis a los veinticinco años



Río de Janeiro no ofrecía a mediados del siglo XIX la imagen convencional de hoy de ciudad alegre, universal y festiva. Más impresión daba de una metrópoli aportuguesada, con un cierto desorden arquitectónico, exceso de olores fétidos y escasa higiene, en torno al río, poblada de esclavos que al atardecer iban a vaciar escombros y basura sobre las playas.

Tan sólo comenzó el gas a iluminarla a partir de 1854. En el mundón de los 300.000 habitantes de entonces la mitad eran esclavos, que coloreaban la ciudad con el ocre y el negro de sus pieles. Negros y mulatos, sobre todo mulatos, trataban de conquistar un más elevado estado social. La vida cultural transitaba entre los teatros abiertos en el centro de la ciudad —había cuatro en 1855—, los diarios que imponían sus cuotas de información y pensamiento (contaban, en el mejor de los casos, con 7.000 suscriptores; por ejemplo, el *Jornal do Comércio*), junto a revistas compañeras (por ejemplo, *A Guanabara*) de escasa penetración intelectual. La apertura hacia Europa se hacía a través de la escasa vía fluvial, con destino en Portugal e Inglaterra fundamentalmente. Y el gobierno de Brasil, con excelentes cuotas de censura sobre su actuación, se preocupaba en el mantenimiento de las fronteras con Uruguay y Paraguay.

Pero aun así la vida en la ciudad era una excepción de nivel; en los «morros» que la rodeaban se unía la miseria con la fetidez, la incultura con la enfermedad y la voluntad de superación social. Joaquim María Machado de Assis nació el 21 de junio de 1839 en el «morro» de Livramento, en una granja en la que los padres gozaban de un cierto privilegio. Era una familia de «agregados», figura peculiar en la vida social brasileña de hombre libre situado entre los esclavos y los poderosos, entre una cierta capacidad de gestión y la obediencia más irreprochable.

Los abuelos paternos fueron pardos forros, libertos, uno de ellos hijo ilegítimo de un sacerdote. La madre, Leopoldina Machado de Assis, procedía de las Azores, llegada a Brasil tras el entusiasmo de las fuertes migraciones azorianas de las primeras décadas del siglo XIX. Pudo ser analfabeta en su llegada, aprendiz tardía, pero lo cierto es que ayudó en sus primeros estudios al aparentemente enfermizo Joaquim María. Trabajó como costurera, ayudando con su escaso oficio al padre, Francisco José de Assis, pintor-decorador. Murió tuberculosa en 1849, cuando el futuro escritor tenía diez años de edad. De lo que ocurrió años más tarde —1854— cuando el padre casó de nuevo con la mulata María Inés, poco sabemos; si por el maltrato obligó al muchacho a salir de casa, o si fue ella quien impulsó la voluntad de superación de aquel joven que, a pesar de su apariencia delicada, venció la fiebre amarilla y el cólera que arrasó en 1851-53 la ciudad de Río de Janeiro.

Suponen los biógrafos que de la mala relación de Machado de Assis con su madrastra se deduce el que a la muerte del padre —22 de abril de 1864— a los cincuenta y ocho años, por hipertrofia del corazón, no asistiera a las exequias

fúnebres. El *Jornal do Comércio* publicaba la celebración de misas por el finado a convite de «la viuda, la suegra y el cuñado de Francisco José de Assis», al tiempo que «aprovechaban la ocasión para agradecer a aquellas personas que de tan buen grado se prestaron para abonar los gastos del funeral»^[1].

La omisión de Machado es muy evidente, tanto como la débil situación económica de la familia. ¿Fue desconocimiento del desenlace, falta de atención de la familia en el aviso o, para aquel muchacho que trataba de situarse en la sociedad carioca, conocido ya en aquella época como periodista, poeta y autor teatral, una voluntad de evitar cierta marcha atrás en sus pretensiones sociales? Restituyó la justicia con la publicación de su volumen de poesía, *Crisálidas* (1864), dedicado «A la memoria de Francisco José de Assis y María Leopoldina Machado de Assis, mis padres».

También la familia propietaria de la granja en la que nació Machado de Assis tuvo importancia notable en su formación. La dueña, doña María José Mendoza, hija natural, muy rica, amparó al niño de su familia de agregados y debió ser su mejor impulsora; es más lógico atribuir a su estímulo el cambio de Joaquim María a Río en 1854 que a las malas relaciones con su madrastra.

Era éste el primer escalón de ascenso del que llegaría a ser el más celebrado escritor de Brasil. Tras una laguna en su biografía —periodo de aprendizaje, autodidactismo, voluntad primera e imparable de superación de clase— sabemos que se trasladó a la capital en 1854-55, abandonando la residencia paterna, por aquellas fechas residente en el Engenho Novo. Afirman sus biógrafos, sin excesiva convicción, que trabajó como cajista o tipógrafo con el editor y librero Paula Brito, que en su *Marmota Fluminense* acogía a jóvenes promesas literarias. Lo único cierto es que el 6 de enero de 1855 aparece su primer trabajo en la *Marmota Fluminense*, un poema que algunos críticos celebran con entusiasmo, pero que no deja de ser un trabajo de aprendiz, de formalismo sin réplica y de escasa creatividad. En 1858 se iniciaba en la prosa: cuento, periodismo y crítica se convertirían en su medio más natural de expresión, en la fórmula ideal para blanquearse en ese país al que Jorge Amado llama tan cariñosamente «nación mulata».

BLANQUEANDO SE SUBE A LA GLORIA

A la gloria social; blanquear es la idea permanente de negros y mulatos en la época de nacimiento de Machado de Assis. Escapar de la lama de sus lugares de origen era absoluto requisito. Joaquim María vivió desde la infancia esa necesidad, a pesar de sus privilegios de la granja de Livramento. Para él, como para el resto de los mulatos de Brasil, «blanquear» era un deseo prendido a lo emocional más que a lo estético. Blanquearse imponía un comportamiento sacrificado; un mulato puritano no bebe, no juega, combate la vida bohemia, es cumplidor, honesto, vive en la organizada vida

familiar^[2]. La vida de Machado de Assis es recta como una cuerda tensada en la voluntad de prosperar, de olvidar su origen.

Es natural que el futuro escritor, mulato y pobre, iletrado, epiléptico y tartamudo, tomara el camino de la cultura para blanquear su condición. El no haber asistido a la escuela era un acicate más para superarse por determinación propia. Ya en Río frecuentó la biblioteca del Gabinete Portugués de Leitura, que contaba en aquella época con unos 16.000 volúmenes. Resultado de las lecturas debió ser el conocimiento y la influencia de los autores que confesó maestros suyos: Herculano, Gonçalves de Magalhães, Almeida Garret, Gonçalves Dias, Álvares de Azevedo, José de Alencar, Victor Hugo, Byron, Musset...

En su formación de autodidacta tuvo el conocimiento del francés singular importancia. Lamartine y Chateaubriand influyeron en él, y Eugène Pelletan, difusor de un dios del progreso en armonía con el siglo.

A Garret llegó a llamarle «divino» y le colocaba sólo detrás de Camões:

... habíamos balbucido sus páginas, como las de otros, que fueron también poetas y prosistas, novelistas o dramaturgos, oradores o humoristas, cuando él lo fue todo a la vez, dejándonos un primor en cada género. Éramos todos jóvenes... No solamente éramos jóvenes, éramos aún románticos; cantaba en nosotros la tonadilla de Gonçalves Dias, oíamos a Alencar domar los mares bravíos de su tierra, en aquel poema que nos dejó, y Álvares de Azevedo era nuestro aperitivo de Byron y Shakespeare. De Garret hasta las anécdotas nos encantaban^[3].

Esta influencia, matizada por su voluntad de ascenso social, estableció el comportamiento intelectual para un firme éxito en el mundo literario brasileño. Escribe en uno de sus primeros artículos:

En el estado actual de las cosas, la literatura no puede ser en perfección un culto, un dogma intelectual, y el literato no puede aspirar a una existencia independiente y sí tornarse un hombre social, participando de los movimientos de la sociedad en que vive y de la que depende^[4].

Machado aboga, sin excusas, por una clara integración social de la literatura; y él implicado en ella, se sobreentiende. Acostumbrado a navegar desde sus comienzos en la marea negra de los desfavorecidos, entenderá el escritor la integración social como una aportación de trabajo mientras aliente en él un principio de liberalismo. Cuando sus aspiraciones se van realizando, se evidencian sus decepciones, y entonces la ironía tomará el rumbo en su pensamiento. Al final de su vida Machado huía de cualquier manifestación comprometida.

La formación de Machado de Assis va tomando posiciones hasta una ideología liberal que trataba de no ser sofocada en medio del clima de oligarcas paternalistas y de la lucha de partidos que se desarrollaba en aquel Brasil. El clientelismo político, la actuación de los diarios al servicio de los partidos, tuvieron el efecto de la decepción política de Machado que haría definitivamente del humor uno de sus patrimonios literarios.

O Paraíba de Petrópolis, el *Correio Mercantil* y *O Espelho*, sobre crítica teatral,

serán los portavoces del pensamiento del escritor. El periódico es un instrumento de transformación, algo más que mero noticiario; escribir en la prensa supone para Machado no salirse de su coherencia de objetivos:

... la palabra escrita en la prensa, la palabra hablada en la tribuna, o la palabra dramatizada en el teatro, produjo siempre una transformación. Es el gran *fiat* de todos los tiempos.

Hay, sin embargo, una diferencia: en la prensa y en la tribuna la verdad que se quiere proclamar es discutida, analizada, y manipulada en los cálculos de la lógica; en el teatro hay un proceso más simple y más ampliado; la verdad aparece desnuda, sin demostración, sin análisis^[5].

También en el teatro encuentra Machado de Assis nuevas posibilidades de defender los derechos del pueblo:

Está claro... que el arte no puede sustraerse de las condiciones actuales de la sociedad para perderse en el mundo laberíntico de las abstracciones. El teatro es para el pueblo lo que el *coro* era para el antiguo teatro griego; una iniciativa de moral y civilización. Pero no se puede moralizar con hechos de pura abstracción en provecho de las sociedades; el arte no puede desvariar en el temerario infinito de las concepciones ideales, sino identificarse con el fondo de las masas; copiar, acompañar al pueblo en sus diferentes momentos, en los diversos modos de su actividad^[6].

Así opina Machado de Assis en 1859. El año siguiente es el de su confirmación como escritor; a partir de esta fecha no abandonará su actividad como articulista, como narrador y, aun como dramaturgo. Y, al compás de esta actividad intelectual, también como premio a ella, será nombrado en 1867 ayudante del director del *Diário Oficial*, «por los servicios prestados a las letras patrias», primer oficial de la Secretaría de Agricultura, Comercio y Obras Públicas en 1873, y en 1888 distinguido con el grado de Oficial de la Orden de la Rosa; galardón máximo, ofrecido por el emperador Don Pedro II, para un burócrata del Estado, que sentaba a Machado, definitivamente, entre la burguesía brasileña del Segundo Reinado.

Es notable la dualidad de Machado de Assis; escrupuloso burócrata y efectivo crítico de la condición humana, de aparente suavidad. Él mismo confesó su laboriosidad y la rutina que acompañaba una parte importante de su vida, la de burócrata. Durante algunos periodos, esta ocupación burocrática restó energías a su creación. Uno de sus biógrafos señala esta particularidad en el escritor:

... exceptuando algunos cuentos en el *Jornal das Famílias*, y unas poesías, debe haberse dedicado al empleo con el celo, que siempre conservó, en el trabajo público. El burócrata no sería perjudicado por el hombre de letras^[7].

Únicamente sus dolencias detraerían del trabajo algunos días de su vida. A finales de 1878 creyó Machado que una tisis mesentérica acabaría con su existencia. Se refugió en Nova Friburgo, ciudad de aspecto europeo fundada por colonos suizos. Una persistente retinitis le dejó semiinválido. Su esposa Carolina le leía y le escribía los manuscritos al dictado. En febrero de 1880 recibió de nuevo permiso con el objeto de curar los ojos, pero ya en abril el Ministro de Agricultura le nombraba oficial de

gabinete. Aún antes de finalizar el Imperio —1889— obtuvo el cargo de director de la Dirección de Comercio: «A mí —decía—, cuando faltó un día a la Secretaría, me parece que el Ministro está labrando el portal de mi dimisión»^[8].

Director General de Transportes en 1892, aún alcanzó máximo renombre y responsabilidad al ser ascendido a Secretario del Ministro de Transportes en 1898. Ya en esta época debió haber escrito *Don Casmurro*, que se imprimía, según firma de acuerdo con el representante de la editorial en Brasil, en la casa Garnier de París^[9].

A pesar del ascenso imparable del mulato Machado de Assis, no todo eran parabienes y felicidad. El ilustre presidente Epitácio Pessoa escribió alguna nota negativa de su famoso empleado:

Es verdad que una vez, charlando, califiqué a Machado de Assis no de «pésimo funcionario», sino de «pésimo secretario». Esta calificación, tal vez demasiado severa, la fundaba yo en la falta de método y en el retraso y confusión de que se resentía su actividad en la preparación, exposición y despacho del expediente del Ministerio de Comunicaciones, al menos durante los tres meses que sirvió allí como secretario mío^[10].

COMPAÑERA PARA SIEMPRE

Hay en la anécdota vital y en la actitud del escritor otra evidente dualidad: este renovador Machado de Assis no duda en acogerse a los comportamientos más conservadores de la sociedad brasileña de la época. Entendámoslo en su condición social de nacimiento y en su ascenso social, que tan bien explica su carrera de funcionario. Confirma esta explicación su nuevo estado: mulato casado con mujer de Portugal, doña Carolina, nacida en 1835 en Oporto, hija de un joyero-relojero de cierto renombre y hermana del escritor Faustino Xavier de Morais, enfrascado en crisis periódicas de locura, y por quien se hace suponer llegó la hermana a Brasil. Este Xavier de Morais, poeta satírico, amigo íntimo de Camilo Castelo Branco, llegado de Oporto a Río en 1858, fundó, entre otras muchas aventuras fallidas, el semanario *O Futuro*, en el que colaboró Machado de Assis. Llegó Carolina a bordo del navío francés *Estremadure* el 18 de junio de 1868, con cerca de treinta y cuatro años de edad, huérfana y sin recursos, acogida al amparo de la baronesa de Taquari, donde vivía de caridad el desafortunado Faustino.



Carolina

Carolina, inteligente, retraída, poeta de ocasión, pasó de la miseria del hermano a la pobreza de Machado de Assis. Un día, mientras visitaba nuestro escritor a Faustino, al verse solo con Carolina, se levantó con prontitud y sentándose a su lado le cogió la mano, preguntándole: «¿Quieres casarte conmigo?». En carta a Salvador de Mendonça le confesaría Machado: «Los mejores amores nacen de un minuto»^[11].

Uno de los más sentidos poemas de Machado, de recio clasicismo, es el dedicado a Carolina en su muerte:

Querida, al pie del lecho postrero
En que descansas de esta larga vida,
Aquí vengo y vendré, pobre querida,
A traerte el corazón del compañero.

Le impulsa aquel afecto verdadero
Que, a despecho de toda humana lidia,
Hizo nuestra existencia apetecida
Y puso en un rincón el mundo entero.

Te traigo flores, restos arrancados
De la tierra que nos vio pasar unidos
Y ahora muertos nos deja, y separados,

Que yo, si tengo en los ojos malheridos
Pensamientos de vida formulados,
Son pensamientos idos y vividos.

Sobre la vida matrimonial del escritor se ha escrito mucho y con escasos datos, porque él mantuvo siempre muy vigilada su intimidad; alguna carta de noviazgo de Machado de Assis nos obliga a reconocerlo enamorado y feliz. Pero el aumento de su actividad literaria a partir del matrimonio nos retorna la imagen del escritor que estimula, en la segura compañía de la esposa, su principal objetivo: alcanzar su «blancura social».

Por esta fecha del matrimonio (1869), comenzó Machado la traducción de *Oliver Twist*. Si dominaba o no el inglés, es objeto de innumerables discusiones, especialmente al reconocer en el tono del escritor brasileño una cierta pose anglosajona. Es más fácil creer que realizaba la traducción a través de otra del francés, lengua que dominaba mejor.

Suponer el anglicismo de Machado de Assis no es gratuito; seguir modelos de Inglaterra y Francia era el no va más en el comportamiento de las clases elevadas de Brasil. ¿Qué mejor modelo elegir? Coincide la crítica en que en esa elección de comportamiento marca Machado su diferencia con el resto de los escritores brasileños de su época, preocupados por lo típico, o, dicho de otra manera, esforzados

en la recuperación romántica «folclórica» de Brasil, a diferencia de nuestro escritor, romántico en lo formal pero sin implicarse en el nacionalismo antropológico que se imponía.

Entre su voluntad de situarse socialmente y el cumplimiento de una inevitable necesidad de explicarse y explicar el espíritu del hombre nuevo de Brasil en una estructura universal, se establece el caballero Machado de Assis, oráculo literario de su país, imprescindible en cualquier camilla o campaña de discusión. Afán inextinguible de utilidad, o didactismo, que es principio que el Romanticismo ortodoxo niega, incluso el más próximo de José de Alencar, revestido éste de literaria redención de aborígenes brasileños.

He aquí el caballero Machado de Assis, que aún obtendría relevantes nombramientos políticos, y, el más apreciado de todos, Presidente de la Academia Brasileira de Letras el año después de su fundación, 1897, hasta la fecha de su muerte, 29 de septiembre de 1908. El final de su vida fue todo gloria y flaqueza de salud, acentuada a la muerte de su mujer en 1904, y que le impidió, entre otros deseados objetivos, viajar a la vieja y maestra Europa.

La Academia y la enfermedad serían sus últimas compañeras. Machado ejerció de presidente dentro y fuera de la institución, siempre humilde, siempre agradecido:

... leer al final de la vida que ésta no fue enteramente chocha y vana fortifica el alma cansada, si lo está, consuela del mal recibido, si lo hubo, anima para nuevos esfuerzos, si son posibles^[12].

La muerte de Carolina transformó la tristeza de Machado en soledad total, «esa especie de orfandad al revés», como él la llamaba. Aumentaban las crisis de su enfermedad, que él superaba entre dolores y, raro en hombre tan apacible como él, accesos de cólera. La dureza de los ataques la confiaba a notas en letra apenas legible:

«9 de octubre (al final de la cena) crisis, no restaron los dolores acostumbrados, pero quedé soñoliento y no salí. 29. Crisis cólera — Criados — Me encuentro con Afrânio y Moacir» [...] Novi. noche 3 al 4, la tarde en casa, el sueño antes de la cena, precedido del síntoma. Dur. Los otros días leves incomodidades de los nervios, menos intensas y duraderas, iguales a las que acostumbraba a tener. 27 (por la tarde) Dormito en el tranvía, y ganas de dormir. Enero. Noche del 6 al 7. Crisis. Noche del 14 (jugando al gamón con Eugenio) ausencia; poco tiempo, continué el juego sin levantarme y con memoria de todo. 31 —ausencia— escribiendo por la mañana, sueño, volví sentado y continué escribiendo; diferencia sólo de algunas palabras escritas....^[13]

Todos los testimonios de los últimos días de Machado de Assis confirman su estado doloroso y aun de ausencia, sometido a crisis que no respetaban hora ni lugar. Este estado tornó a Machado más humano y sociable, preocupado muchas veces por contar a sus colegas los síntomas de la enfermedad que le agotaba:

No era raro que fuera a verme a la Secretaría, durante las horas de descanso en el trabajo, a veces antes del trabajo. Allí, como en todo, se notaba la extrema delicadeza de su educación... Me parece estar viéndole señalar la puerta del salón de la Biblioteca de la Cámara. Se paraba indeciso, como pidiendo disculpas por importunar a los escasos lectores que continuaban leyendo sin echarle cuenta al ilustre visitante. [...] Lo que

le llevaba allí era a veces una preocupación por la salud, una queja de su mal, para encontrar tranquilidad, a veces una impresión de las noticias del día, a veces nada, el simple placer de charlar.

La preocupación por la salud era frecuente; o tenía los accesos del mal terrible o la eminencia de él. Me hablaba como a su propio médico, confiándome todo, consultándome sobre las minucias de la molestia, lo que tendría que decirle a su facultativo, y era de una docilidad, extraordinaria en un escéptico, a mis opiniones y a mis advertencias...^[14]

La tertulia en la Librería Garnier, su editora a partir de *Don Casmurro*, era el mejor lenitivo a sus debilidades físicas. Allí aparecía por las tardes, después del trabajo en el Ministerio. Y era el mismo Machado cauteloso y humilde, acerado en la pluma pero correcto y complaciente en su vida. Escuchemos algún testimonio:

Allí se instalaba en un pequeño círculo y hablaba sobre literatura. Si alguien se aventuraba en cuestiones incandescentes de política, en grandes cuestiones sociales, él se encogía. No daba opiniones francas. Como mucho, para que no muriera la conversación, lanzaba algunas frases neutras que no dieran a entender nítidamente su pensamiento. No se comprometía. Había un medio seguro de hacerlo apartarse; era darle un tono libre a la charla. Callaba, se sonreía, no daba muestras de ningún enfado, pero encontraba enseguida un pretexto para salir^[15].

Murió Joaquim María Machado de Assis a las 3,20 de la madrugada, en medio de infinitos dolores, con un cáncer en la boca, complicado con una disentería y una lesión cardíaca. Corazón vencido al fin en una boca que tanto y tan bien supo decir de los interiores del hombre. Alguno de sus asiduos amigos ha testimoniado esta situación agónica del escritor:

28 de septiembre de 1908. Vengo de la casa de Machado de Assis. Estuve allí todo el día del sábado, ayer y hoy, y ahora no tengo ánimo para continuar viendo su sufrimiento; me da miedo asistir al final que deseo que no tarde. Yo, su amigo y gran admirador, deseo que muera, pero no tengo ánimo para verlo morir... Él ignora el terrible mal que le va devastando; pero sufre... Le oí una vez estas palabras acerca de Arturo de Oliveira: Tardó en morir de una molestia grave. Una molestia grave no se conforma con una merienda ligera, en la punta de una mesa; no, ella quiere comer sentada y hartarse, y despacito, saboreándolo... No le perdonó esa ironía el destino, maestro o enemigo de ironías...^[16]

FORMA DE SER Y FORMA DE HACER

Quizá no en vano tituló Machado de Assis una de sus novelas *A Mão e a Luva* (*La mano y el guante*); es decir, la adaptación al medio, el comportamiento adecuado a un objetivo primario y fundamental. Esa mano, de guante ajustado, produjo, a partir de su matrimonio, lo mejor de su obra literaria. Esta voluntariosa adecuación al medio benefició en Machado de Assis fuertes contradicciones, que se reflejan en la tensión de sus personajes, dispuestos siempre hacia un fin que han de cumplir inexorablemente.

Se considera a Machado introductor en la literatura brasileña de la «perspectiva problematizadora». Deviene esta posición de su personal situación ya señalada. El aparente romanticismo de sus obras se produce en una equidistancia de Alencar —

paradigma del romanticismo nacionalista antropológico—, desde la naturaleza continuada de éste al urbanismo de observación y crítico machadiano.

La actuación en narrativa de Machado de Assis no es ajena a sus primeras actividades como poeta, cronista y aun crítico teatral. Le obligaban éstas a una toma de postura que, en algunos casos, era pura necesidad de no caer en la moda de la conducta intelectual indianista:

Sin trillar la senda seguida por los demás, Gama escribió un poema, si no puramente nacional, al menos nada europeo. No era nacional, porque era indígena, y la poesía indígena, bárbara, la poesía del *boré* y del *tupã* no es la poesía nacional. ¿Qué tenemos que ver con esa raza, con esos primitivos habitantes del país, si sus costumbres no son la faceta característica de nuestra sociedad?^[17]

El propio Machado había caído también en aquella marea de poesía radicalmente brasileña. Olvidarlo era acercarse, inconscientemente, a sus orígenes de segunda y más característica raza formante de Brasil.

Quizás sea buena esta ocasión para entender la dualidad del escritor, que le induciría a esa ambigüedad tan personal, a ese sistema de adaptaciones y negaciones a una realidad que le impulsan a una crítica de tono elevado y profundo, por encima de la media de incompetentes que ejercían en Brasil la actividad crítica, en alto grado de esterilidad creadora.

Tan elevado y serio el tono, que en Machado de Assis no tendrá intención científica, sino moralizante. Es una sólida base de toda su obra, que le sitúa en otra evidente contradicción: la de ser un liberal reducido a conservador, justificado tan sólo en la preocupación moralista y la redención por el humor.

De esta preocupación eticista es fácil deducir su irredento didactismo. Lo ejerció en la crónica y en la crítica teatral; también en la creación dramática, hasta el punto que pudo tal vez haber castrado su originalidad creadora. Tampoco le es ajena a su actitud como narrador, que aquí más nos interesa. Nada hay en su teatro experimental, de escaso éxito, nada que desdiga su obra narrativa, nada que no podamos encontrar en *Don Casmurro*:

Se dedicó al teatro [...] con visibles intenciones de cultivarlo hasta la perfección posible. Se quedó, sin embargo, en la fase experimental, escribiendo la pequeña comedia, de un acto, a veces de dos partes. Están éstas constituidas por escenas cortas, rápidas y rigurosamente esenciales para la composición de pequeños cuadros que exponen una coyuntura moral o afectiva, o demuestran una idea, como él mismo diría, o delinean matrices de valores en el cuadro de la sociedad de la época^[18].

En el debido aprendizaje desde la creación teatral, en la obligada responsabilidad del didacta, depurará el lenguaje de metáforas y citas al aplicarlo a la narración. Pero no mudará en su gusto por lo clásico, tan arraigado en su mentalidad, incluso en su vinculación al romanticismo. En la obra dramática se acentuaría «antes de cualquier influencia más próxima la ligazón de su teatro con el teatro, o mejor, con el espíritu del siglo XVIII»^[19].

Con el aprendizaje de la crónica y el teatro Machado acompasaba su situación

personal a la creación narrativa. En 1870 era su vida paz y sosiego, subsiguientes a su feliz estado matrimonial. Vida regular y calma que reprodujo en *Ressurreição* (1872), en una ambientación de Romanticismo a la europea y donde —quizás consecuencia de la calma— trató de hacer una novela psicológica. *Ressurreição*, *A Mão e a Luva* (1874), *Helena* (1876), hasta *Iaiá Garcia* (1878), pertenecen a la llamada primera época del escritor. Son novelas con predominio de ambientes sociales, amables, determinados por una clara coherencia moral, próxima a la propia de Machado de Assis: «La regularidad era el estatuto común», decía el escritor.

La reducción del mundo novelesco de Machado en situaciones y personajes se manifiesta ya claramente en *A Mão e a Luva*. Guiomar, hija de un subalterno, tiene la gracia y la voluntad de Capitu, protagonista de *Don Casmurro*.

Era una criaturita galante y delicada, asaz inteligente y viva, un poco traviesa... tenía una fuerza de voluntad superior a sus años^[20].

Es fácil reconocer cómo Machado se aparta escasamente de su experiencia vital. Guiomar, de origen humilde, con fuerza de voluntad y sensibilidad consigue ascender socialmente, a pesar incluso de su debilidad física. Personificación del propio Machado de Assis y sus dificultades sociales, sufre Guiomar los inconvenientes de la viudedad de su madre Valeria. Viudas hay bastantes en las novelas de Machado; la madre de Bentinho, en *Don Casmurro*, es viuda. Y todas ellas se negarán a un nuevo casamiento, por un sentimiento de fidelidad al esposo fallecido.

Pero hay más coincidencias con *Don Casmurro*: la casa en la que vive Guiomar está atravesada por una gruesa grieta a través de la cual la niña humilde conoce otro mundo de riqueza y bienestar:

La primera vez que esta gravedad de la niña se le tornó más patente fue una tarde en la que estuvo jugando en el patio de la casa. La pared del fondo tenía una larga brecha por la que se veía parte de la finca perteneciente a una casa de la vecindad. La brecha era reciente; y Guiomar se acostumbró a ir a distraer allí los ojos, ya serios y pensativos^[21].

En *Iaiá Garcia* persiste Machado en incluir aspectos de su vida; Luis García es funcionario público, solitario y austero:

... y porque ninguna creación apostólica le incitaba a abrir a los demás la puerta de su refugio, podía decirse que había fundado un convento en que él era casi toda la comunidad, desde prior a novicio...^[22]

Iaiá, de once años, es otro antecedente de Capitu:

... alta, delgada, traviesa; poseía los movimientos súbitos e incoherentes de la golondrina. La boca se abría fácilmente en risa, una risa que aún no perturbaban los disimulos de la vida ni ensordecían las ironías de otra edad^[23].

La oposición de mundos rico/pobre también se evidencia en esta obra, con contrastes

brutales, tal es el piano comprado con inusitado esfuerzo en medio de la pobreza de los muebles y la decoración del cuarto en el que aquel se enseñorea como rey orgulloso y altivo de la casa.

La reducción de Machado de Assis a lo doméstico en esta primera época de novelista apenas se desborda con otros contenidos. En *Iaiá Garcia* esboza el tema de la esclavitud; Raimundo, el esclavo libre, insinúa un mundo de orígenes africanos, en melodías que interpreta. Aunque tímidamente, Machado de Assis parece querer resolver la abolición de la esclavitud diez años antes de su proclamación en Brasil (1888).

Deducir por estas obras que Machado era un escritor netamente brasileño parecerá difícil si no acudimos a lo que llamaremos «inapariencia útil», lo escrito en régimen de permanente y efectiva sutileza. Pero encontraremos una referencia precisa con la publicación de su artículo «Instinto de nacionalidad» en 1873, subtítulo de *Notícia da actual Literatura Brasileira*, publicado el mes de marzo de ese año^[24].

Es un voluntarioso manifiesto sobre el arte nacional, o excusa de nacionalismo, que tanto prodigaba el romanticismo europeo y que tan bien supo adaptar Machado de Assis a una visión de universalidad espiritual. Coincide el escritor con la raíz del romanticismo más «puro» o naturalista de Alencar, pero reivindicado en una idea próxima a Francia o Inglaterra, despegada del ya mencionado irredento folclorismo de los autores brasileños.



Machado de Assis a los cuarenta años cuando escribió *Memorias póstumas*

La invocación de Machado de Assis sobre un espíritu de lo nacional tiene base y concepto en lo elemental cotidiano, en lo «inaparente útil», al margen de los grandes estímulos nacionalistas tan propios de la cultura y la política de la época. La sencillez de situaciones y personajes debemos, por lo tanto, configurarlo dentro de este nacionalismo funcional y doméstico en temas y ambicioso en la voluntad de constituir una nueva y útil nacionalidad.

Pero no desdeñemos a este escritor culto, formado en la literatura europea. La influencia de humoristas ingleses se patentiza en *Memorias Póstumas de Brás Cubas* (1881), novela de la segunda época y con la que Machado descubre su verdadera vocación: «Contar la esencia del hombre en su precariedad existencial»^[25]. La precariedad humana se define en esta novela, de tono amargo y oscuro, en la acción opresora del individuo sobre sus inferiores^[26].

En *Quincas Borba* (1891) el héroe se ve vencido por la fatalidad, pierde la fortuna, el amor y la razón. Y el mismo destino, como fracaso total del hombre, opera en *Don Casmurro* (1899), en una historia bien contada en la que la felicidad adolescente se transforma en traición, decepción y desinterés hacia los seres más queridos.

El amargo lirismo de *Don Casmurro* vuelve en *Memorial de Aires* (1908), pero suavizado y dulce en la evocación del matrimonio Aguiar, que no recuerda sino la propia vida privada de Machado de Assis y su amada Carolina.

Esaú e Jacó, publicada en 1904, había insistido en la dualidad del hombre a través de dos personajes antagónicos: Pedro —monárquico y conservador— y Pablo —republicano y revolucionario—, coincidentes en el amor de la confusa Flora, que muere amando sin saber a quién. El personaje Aires representa el ascenso por antonomasia del burócrata frustrado: diplomático de carrera, amante de las mujeres en su viudedad, tiene también coincidencias con Don Casmurro. Y la novela, que plantea el recurso de la escritura del libro dentro de la novela con implicación del lector. La abolición de la esclavitud se plantea con mayor atrevimiento. Y supone, además de la presentación del tema en términos de dualidad y el consiguiente aumento de perspectivas, una más amplia elección de temas y tipos. En el capítulo «Recuerdos» una Sevilla, un tanto ficticia, es la excusa para darnos una pincelada de lo español.

Es la novela, sobre todo en la primera época, el género literario de mayor enjundia en la obra de Machado de Assis. Sus primeras narraciones breves son:

... obras de principiante..., construidas con material escogido arbitrariamente, sin la verificación íntima de su valor, y primariamente trabajado. Valen por el equilibrio que procura establecer entre la tendencia romántica y la realista, en el tratamiento del tema amoroso, que es el predominante. Sus retratos románticos son aún muy románticos...^[27]

Contos fluminenses (1870), con *Histórias da Meia Noite* (1873), fueron escritos al amparo de un contrato y de las necesidades económicas del nuevo matrimonio Machado de Assis. Más tarde recogería en *Papéis Avulsos* (1882) y en *Historias sem Data* (1884) buena parte de su variada producción narrativa breve, culminada en *Várias Historias* (1896) y *Páginas Recolhidas* (1899), donde Machado cuenta su conocimiento de la vida y de los hombres, con excepcional maestría y facilidad. En un total de aproximadamente doscientos cuentos Machado de Assis trató de explicar la sociedad brasileña en un compuesto de moralidad y humor.

Una mayoría de sus cuentos de la primera época están escritos bajo el síndrome del estatus social de los personajes; todos desean adquirir un patrimonio material, fijarse en un nivel social mejor, por medios y combinaciones que dan resultados sostenidos por el engaño, la frustración o la mentira. Mantenido y breve épica moral con clientela fija devoradora de las incidencias románticas, de las perturbaciones emocionales del ser.

En una segunda etapa, y hasta el final de su obra, reafirmada su técnica de cuentista, Machado de Assis encuentra en el humor y la fantasía la manera de explicar el subjetivismo del hombre, al margen de la intriga real, creándola por contraste de una atmósfera intersubjetiva, y acudiendo a formas tradicionales — apólogo, fábula— y al tratamiento paródico en casos. En «El secreto del bonzo», que subtítulo «Capítulo inédito de Fernão Mendes Pinto», incluye en el tono austero del historiador un curioso enunciado sobre el origen de los grillos. Añade el autor al final del cuento:

Como se habrá visto, no es este un simple *pastiche*, ni esta imitación fue hecha con el fin de probar fuerzas, trabajo que si fuera sólo eso tendría bien poco valor. Me era necesario, para darle posible realidad a la invención, colocarla a gran distancia, en el espacio y en el tiempo; y para hacer la narración sincera, nada me pareció mejor que atribuirle al viajante escritor que tantas maravillas dijo^[28].

El enfrentamiento normalidad/anormalidad produce un mosaico de ópticas parciales en las narraciones machadianas:

La óptica de la relatividad es la posición preferida para sus narradores: colocados en su mundo particular, miran y juzgan lo que les envuelve como dobles, actores/autores siempre atentos a comentar, a ironizar y apropiarse en beneficio propio de las instancias discursivas del contexto^[29].

Con ser Machado de Assis celebradísimo novelista, la crítica coincide en atribuir a su actividad cuentística mayores méritos. No en vano la novela procede del cuento en Machado de Assis. *Don Casmurro* evidencia esta naturaleza original más breve. Las relaciones entre los dos adolescentes, Bentinho y Capitu, son la sustancia inicial, oxigenada con el ingreso del muchacho en el Seminario y su posterior renuncia. Las alusiones a la construcción del libro en la propia novela nos dan las claves de las sucesivas y necesarias ampliaciones sobre el núcleo narrativo inicial, propio del cuento.

El respeto y la atención de Machado por este género lo expresan sus propias palabras en 1878:

Es género difícil a pesar de su aparente facilidad, y creo que esa misma apariencia le hace daño, alejándose de él los escritores, y no dándole, creo yo, el público toda la atención a la que él es muchas veces acreedor^[30].

La experiencia de lo humano unida a su experiencia de la realidad observada y contada en sus crónicas periodísticas facilitaban el desarrollo de un género destinado a culminar en la novela de un observador subjetivo como era Machado de Assis.

PEQUEÑOS PROBLEMAS APARENTES HACEN GRANDES LOS ESCRITOS

Estas breves referencias a la obra de Machado de Assis no dan medida exacta del escritor, «el más importante escritor brasileño de todos los tiempos». Ni desmerece su talento literario el ser calificado, con el más lúcido de los sentidos, como «coleccionador de vulgaridades»^[31]. La época en que fue escrita la obra de Machado de Assis, a caballo entre el Romanticismo, de fórmula europea, y el realismo de un país que trataba de interpretarse, proporciona una de las razones de mayor interés para estudiosos y lectores.

Ahí, sin duda, está su éxito, en constituirse como reflexión de una sociedad sobre sí misma, en época formante, sin aspavientos, sin teatralidad. Y sin que la interpretación de Brasil se enzarzara en deudas o reclamaciones a la metrópoli. Las razones de Machado de Assis trataban de superar los impedimentos que influencias alejadas del espíritu brasileño habían encadenado a la literatura de Brasil. Es el caso de los arcadistas portugueses, cuyo mayor efecto fue

el esfuerzo para traer a la patria los temas y las técnicas mentales y artísticas del Occidente europeo...

de manera que no fue en Brasil sólo un

renovador de teorías y técnicas literarias o un preparador de movimientos nuevos, sino que contribuyó poderosamente a instituir la literatura brasileña^[32].

En cinco aspectos podría definirse la literatura de Brasil desde sus orígenes: la maravilla del paisaje, la grandeza del universo geográfico, el didactismo consecuente de un sentimiento de utilidad, la presencia del indígena y el valor de la oralidad. Todo ello fruto de la sorpresa del descubrimiento y de una intención de tibio mesianismo de los colonizadores portugueses. La llegada de los jesuitas en 1549 sustanció los primeros andares de la literatura. Uno de sus miembros, Manuel da Nobrega, inicia la literatura de información sobre Brasil, sus aborígenes y costumbres. Le sigue Fernão Cardim con títulos tan evidentes como *Do Clima e Terra do Brasil e de Algumas Coisas Notáveis Que se Acham Assim na Terra Como no Mar*; *Do Princípio e*

Origem dos Indios do Brasil e de Seus Costumes, Adoração e Cerimônias; e Narrativa Epistolar de Uma Viagem e Missão Jesuítica (1583). El jesuita canario José de Anchieta contribuyó a la iniciación de la lengua con su *Arte de Gramática da Língua mais usada na costa do Brasil* (1595), y al dato histórico con *Cartas, Informações, Fragmentos Históricos e Sermões* (1554-1594). La maravilla del paisaje la expresaron de manera excepcional y lírica Pero Vaz de Caminha (*A Carta*, 1500), Pero de Magalhães Gandavo (*Tratado da Terra do Brasil*, 1576, inédito durante mucho tiempo), o A. Fernandes Brandão (*Diálogo das Grandezas do Brasil*, 1618). ¿Y quién podría dudar de la importancia didáctica de los *Sermões* del Padre Vieira, misionero de los esclavos y maestro en el arte de comunicar?^[33]

Esta literatura de crónicas tiene su mejor solución y continuidad en el Romanticismo, salvado el Barroco, de inevitable influencia y de obligada administración española en el periodo 1580-1640. En opinión de un crítico brasileño «... lo que ocurre... es imitación o transposición, salvado parcialmente por el sentimiento nativista o por la lenta definición de una conciencia crítica»^[34].

En las circunstancias dichas, la literatura colonial de Brasil ofrecía succulentos datos para constituirse en sí en la época romántica: excepcionalmente la magia del paisaje y la belleza de sus gentes, completada más tarde con el fatalismo operante de esa misma naturaleza poderosa e inclemente. Brasil no podía permanecer ajeno al pasado y creaba sueños de un futuro mundo mejor. La conciencia del pasado más lejano estaba a su alcance: el indígena brasileño, al margen de cualquier motivación humana o literaria.

A Moreninha (1844) de Joaquim Manuel de Macedo marca el origen del indianismo en la narrativa de Brasil, con el claro objetivo de ser obra de «comunicación», al gusto de la capacidad receptiva de los lectores. Poco antes había aparecido *O Filho do pescador* (1844), de Teixeira e Sousa, que da cuerpo a las dispersas preocupaciones nacionalistas de los escritores brasileños. La figura notable de José de Alencar enciende la mirada de la nación sobre sus raíces. Tanto su novela de tema aborigen (*Iracema*, 1865), como la novela histórica (*O Guarani*, 1857, *Minas de Prata*, 1865) o las regionalistas (*O Gaúcho*, 1870, *O Sertanejo*, 1876) tratan de explicar la vida de Brasil a lo largo de su reciente historia justificando sus raíces y su pasado.

En las circunstancias de su producción, la novela era obligadamente estereotipada y paternalista. Pero mostraba, sobre todo en los tipos tan pretendidamente brasileños de José de Alencar, una voluntariosa búsqueda de la realidad, aunque encontrara escaso eco en una masa de población mayoritariamente analfabeta, con grupos sociales de tanto peso social como el de negros y mulatos.

Pocas de las preocupaciones que integran la narrativa de Brasil hasta el Romanticismo parecen aflorar en las obras de Machado de Assis. No hay rastros del aborigen, pocos datos sobre negros y mestizos formantes del paisaje rural o urbano del país, escasísimas alusiones a la bellísima geografía, pero sí voluntad de

simplificar la narración y necesidad de comunicación con el lector, al que implica directamente en el transcurso de sus obras.

Él había justificado ya su desvinculación del indianismo generativo:

Es cierto que la civilización brasileña no está ligada al elemento indiano, ni de él recibió influjo alguno; y esto basta para no ir a buscar entre las tribus vencidas los títulos de nuestra personalidad literaria. Pero si esto es verdad, no es menos cierto que todo es materia de poesía, siempre que lleve condiciones de lo bello o los elementos de que se compone^[35].

Las razones para una identificación de Machado con el sentimiento de lo brasileño hay que encontrarla en aquel «instinto de nacionalidad» cifrado en lo «inaparente efectivo», todo ello resultado de la cláusula vital del cumplidor burócrata, del inagotable observador y del triunfador social que ejecutaba con su triunfo una crítica social en apariencia débil, pero sustancial en efectividad. Sólo así podría entenderse y sentirse un personaje como Don Casmurro, escasamente dotado en apariencia de cualidades que obliguen a pensar en él como un puro y absoluto brasileño.

La voluntad escasamente indianista de Machado de Assis, a pesar de alguna de sus primeras obras poéticas, habría que entenderla, además, en la voluntad de diferenciación del poseído por tan alto deseo de superación. Este signo tan romántico se aliaba con el blanqueamiento perseguido y, también, el escaso interés que el negro ha ofrecido en todas las épocas como tema literario. El miedo de acercarse a una literatura de los orígenes de Brasil tendría efectos de freno y le haría reflexionar y volcarse sobre otra perspectiva sociocultural. El negro y el mulato son la segunda raza formante de Brasil y entrar en defensa o análisis del aborigen le tendían la trampa de la dedicación literaria a sus compañeros de color. No era la mejor fórmula para quien trataba de asentarse en horizontes de mayor blancura.

Pero hay otra explicación más favorecedora, en el afán didáctico de Machado de Assis, implicado en una voluntad permanente de incluir a Brasil en un entorno universal, que le diera la grandeza y las aspiraciones que el espíritu romántico había sembrado.

Lo que debe exigírsele al escritor antes que nada es cierto sentimiento íntimo, que lo torne hombre de su tiempo y de su país, aun cuando trate de asuntos remotos en el tiempo y en el espacio^[36],

manifestaba Machado de Assis en su «Instinto de nacionalidad».

Del lirismo universalista quedaba un sentimiento de igualitarismo útil universal por encima de algunos nacionalismos que poco servían a la causa del progreso de los pueblos. De las grandes causas sociales, y sin entrar en la mecánica político-social, Machado de Assis se reservaba aún en el análisis del hombre, tratando de profundizar más allá de lo que de poético tenían los afanes de libertad y emoción del individuo romántico. Observaremos en *Don Casmurro* esa preocupación por el panorama interno del ser en un mundo plano de conflictos sociales, aunque apeado de la inevitable efusión romántica.

Desde 1895 trabajó Machado de Assis en la creación de *Don Casmurro*. Apareció a la venta en marzo de 1900, aunque lleve pie de imprenta de octubre de 1899, tras una elaboración lenta, a la que no era ajena la enfermedad del escritor ni su ascenso burocrático. En septiembre de 1898 escribe a su amigo Azevedo:

Estoy acabando un libro, en el que trabajo hace bastante tiempo, y del que le hablé, creo. No escribo seguido, como quisiera; la fatiga de los años, y el mal que me acompaña, me obligan a interrumpirlo, y temo que al final no responda a los primeros deseos. Veremos^[37].

Por primera vez hace Machado alusión directa a su enfermedad: la epilepsia. Pero hurtaba en la carta otra circunstancia restadora de actividad literaria: el ascenso como funcionario, que culminaría con su nombramiento como Secretario de Ministro en noviembre de 1898.

Confluían en el personaje humano el autor y el burócrata de éxito. Las nuevas ediciones de *Memorias Póstumas de Brás Cubas* y de *Quincas Borba* hacían de Machado de Assis un autor esperado. Hasta el punto que antes de llegar la primera edición de *Don Casmurro* a Brasil se habían agotado ya los dos mil ejemplares.

Esta situación de éxito notable es manifiesta en *Don Casmurro*, «hombre callado y metido en sí», como Machado lo define. Hombre que mira la sociedad desde una posición elevada, ajena al bullicio social, sabiéndose respetado y un tanto de vuelta de todo. Así era definido el propio Machado por sus coetáneos:

Aquel ingenio fino, recatado, medido, no estaba hecho para la convivencia con el público, ni para el espectáculo de la galería; sólo se sentía a gusto en un salón, y aún allí fuera del círculo general, en un rincón, en compañía poca y escogida que permitiera la conversación a medio tono^[38].

Es obvia la reflexión de Machado de Assis sobre un cierto Machado de Assis, que se ampliaría notablemente en *Memorial de Aires*, aquí acompañado de su esposa Carolina, y con la nostálgica consecuencia de la muerte de la compañera. La rutina vital de *Don Casmurro* y el escepticismo son también coincidentes con los del escritor. Y, sin embargo, Machado siguió sin hacer patente su propia realidad histórica en la novela.

Don Casmurro transcurre entre la adolescencia quinceañera de Bentinho, la ilusionada vía a la madurez de Santiago y esa edad de vuelta que parece dar derecho a cualquier crítica y en la que se sitúa como narrador *Don Casmurro*; tres personalidades en un mismo personaje, amasado en las ilusiones, el tiempo y la decepción. Lo dice éste muy bien al hablar del objetivo del libro que escribe:

Mi fin evidente era atar las dos puntas de la vida, y restaurar en la vejez la adolescencia^[39].

Tres en uno; tres personajes y una sola vida de conflicto y desilusiones en ese

Bentinho / Santiago / Don Casmurro que trata siempre de ser en la utópica realidad de los tres que lo componen.

Retrotrae Machado a 1857 el comienzo temporal de la acción. Muy pocas, escasísimas, referencias históricas da el autor, a pesar de su precisión en la fecha de partida:

... aquel año de gracia de 1857, doña María de Gloria Fernandes Santiago contaba cuarenta y dos años de edad^[40].

Poco más, salvo la referencia a un encuentro con el emperador, que no especifica y que no puede ser otro que Don Pedro II, con un amplio reinado, desde 1841 hasta 1889.

Esta ambigüedad en el tiempo de acción es costumbre en Machado. También su indefinición ambiental, que en *Don Casmurro* se limita a la inclusión de algunas calles y edificios notables de la ciudad de Río de Janeiro. Ninguna referencia, por supuesto al ambiente marginal de su infancia. Y en lo relativo a la situación social brasileña, está ayuna la novela, excepto en el apunte significativo de marcadas diferencias socioeconómicas referidas estrictamente a algunos de los protagonistas.

Tanto el tiempo literario de *Don Casmurro* —1853 a 1895, aproximadamente— como el tiempo de creación de la novela —1895 a 1898— eran pródigos en acontecimientos socio-históricos de Brasil. Entre 1851 —guerra de Uruguay, acciones contra Oribe y el dictador Rosas— y 1866 —guerra contra Paraguay—, Brasil fortalecía su espíritu nacionalista con la lucha por determinar sus fronteras. En noviembre de 1889 se proclamaba la República, consecuencia del liberalismo y el patriotismo de aquellos caudillos que libraron batalla en los frentes de Uruguay y Paraguay. Traía el espíritu republicano profundos cambios a la sociedad de Brasil: salida definitiva del monarca Don Pedro II hacia Europa, cambio de bandera, una magnánima naturalización de extranjeros residentes en el país, libertad de culto religioso, separación de la Iglesia y el Estado, casamiento civil, profunda reforma jurídica y del Código Criminal... Y en medio de este cambio, la abolición de la esclavitud en 1888, que seguía a la notable «Ley del Vientre Libre» en 1871, la cual estableció que ya no nacerían más esclavos en Brasil.

De todo este inapreciable material, de tanta circunstancia vivida por el escritor, implicado en el proceso como alto funcionario, nada utiliza Machado de Assis en *Don Casmurro*. Debe entenderse desde una doble óptica: la del escritor que se aparta del compromiso político por las razones en las que hemos insistido, y la del escritor que trata de preservar para su novela las emociones íntimas del personaje, sin contaminarse con factores de historia social. Nada quiere Machado que sea ajeno a las relaciones interpersonales, una especie de introaventura que reincide en una cierta motivación de la última novela del romanticismo, anterior a la ortodoxia del realismo literario. Lo aséptico del plano histórico convergerá, en una palabra, en la intensidad del plano íntimo.

Don Casmurro cuenta, aparentemente, la sencilla historia de dos adolescentes, narrada en primera persona por Don Casmurro («Don Cazarro» en traducción literal), el Bentinho adolescente ya de vuelta de ilusiones y esperanzas. Capitu y Bentinho se aman con la inconsciencia y la frescura de la adolescencia. Una antigua promesa de la madre de Bentinho le conducirá, inexorablemente, al Seminario, en contra de la falta de vocación sacerdotal de Bentinho y de los deseos de Capitu. Pero Capitu puede más que el compromiso de doña Gloria. Al final, Bentinho se licencia en Leyes y casa con la otrora traviesa mocita.

Hasta aquí la primera parte, de trazado lineal, en la que la inclusión de otra relación paralela —Escobar/Sancha— no desvía el gesto de la recta argumental. Incluso coopera Escobar a esa perfección geométrica. Pero en la segunda parte todo se precipita: la muerte de Escobar en el mar, los ojos de Capitu ensimismados en el ahogado, la obsesión de Santiago por el parecido de su hijo Ezequiel con Escobar, el tormento de los celos, la ruptura con la fiel/infiel Capitu, la muerte de Ezequiel, la soledad del ahora llamado Don Casmurro y la necesidad de escribir un libro que lo explique y justifique todo.

Entre la primera y la segunda parte podría hacerse un ejercicio de contraposiciones, tan habituales en Machado de Assis. Incluso en el comportamiento de los personajes, especialmente Capitu, en su tránsito, también inaparente, de la fidelidad a la infidelidad. O de Bentinho-Santiago-Don Casmurro, desde el amor sin duda de los primeros tiempos a la actitud de rechazo total de la persona que más amó en el mundo.

Estas contraposiciones se acuerdan en un notable cambio de ritmo en la obra, que afecta sobremanera a la estructura, y que se hace muy evidente a partir del capítulo XCVIII, «Cinco años».

Machado, que no deja cabos sueltos en sus narraciones, avisa en el capítulo anterior; *Don Casmurro* tiene el gran objetivo de escribir una novela/biografía y debe justificarse el narrador ante los lectores:

Tenía entonces poco más de diecisiete... Aquí tendría que ser la mitad del libro, pero la inexperiencia me hace ir detrás de la pluma y llego casi al fin del papel con lo mejor de la narración sin decir. Ahora no hay más que llevarla a grandes zancadas capítulo sobre capítulo, poca enmienda, poca reflexión, todo en resumen. Ya estas páginas valen por meses, otras valdrán por años y así llegaremos hasta el fin^[41].

¿Qué ocurre a partir de este momento? ¿Necesidad de expansión proporcionada por el tamaño que adquieren los propios personajes, o intención de Machado de cambiar el destino de la narración? ¿Lo explicará el hecho de que *Don Casmurro*, como otras novelas de Machado, nació como cuento y luego exigió superior rango narrativo?

En el tránsito de la primera a la segunda parte es donde se produce el cambio de nivel, aunque haya secuencias en la narración que pudieran demostrar lo contrario. El

parecido de Ezequiel con Escobar es el desencadenante del drama final. Este hecho no lo presenta aislado el novelista. Regresemos al capítulo LXXXIII, «El retrato», donde Gurgel, padre de Sancha, explica las gracias de Capitu por el parecido que ésta tiene con su esposa. Es evidente que, el parecido, traído por los pelos, aquí no parece sino justificación del nudo del desenlace final. Machado se apoya en la primera parte; y este apoyo tan evidente, que él constata en la parte segunda,

En el intervalo, evoqué las palabras del finado Gurgel, cuando me mostró en su casa el retrato de la mujer, parecido a Capitu. Te recordarás de ellas; si no, relee el capítulo, cuyo número no pongo aquí porque no recuerdo cuál es, pero no queda lejos. Se reducen a decir que hay tales semejanzas inexplicables...^[42]

quizá no hubiera sido necesario en el caso de haber concebido la narración desde su origen en un todo temático.

Hay una razón o un voluntarioso equívoco del escritor para que podamos aceptar esa ampliación de intenciones: nunca en la primera parte insinúa la infidelidad de Capitu; incluso acentúa la disposición de ella a la unión permanente con Bentinho, a la unidad de convivencia, objetivos y pasiones. La terca malicia de Capitu no parece tener el mínimo resquicio en la protagonista adolescente. No hay nexos de unión y sí una fuerte oposición de conductas en los protagonistas, exceptuando, quizás y en el límite de lo ambiguo, al sinuoso Escobar.

Una significativa carta de Mário de Alencar a José Veríssimo nos da alguna clave:

Conjeturo que el primer plan de *Don Casmurro* fue hacerlo cuento; el desarrollo en novela habría llegado con la composición del trabajo. Ése fue tal vez el proceso de todas las novelas de Machado. No trazaba a la manera de Flaubert. El propio tema iba dándole la materia. Una vez que le hablé de la dificultad de escribir una novela me dijo él que lo principal, teniendo un tema, era poner manos a la obra: el resto llegaría, la inspiración, los episodios y lo demás; y que a él le había ocurrido muchas veces encontrar en medio y al fin de un trabajo ideas en las que no pensó al comenzarlo^[43].

Si Machado concibió la novela en el total de su trama nos obliga a ponderar la sólida estructura de la novela. Si partió de un leve argumento, como era en él costumbre, y este *Don Casmurro* fue en su origen cuento, habríamos de deducir que hay en el instinto y en la voluntad literaria del escritor la intención de crear una novela de personajes íntimos y conflictuados por el inevitable destino, como había hecho ya en las *Memorias Póstumas de Brás Cubas* y en *Quincas Borba*.

Otra clave nos la ofrece Machado en la basculación de la novela en torno a las figuras de Bentinho y Capitu; en quién es el quién de cada secuencia. Cuando la presencia de Bentinho es más evidente, más opera la ausencia-presencia de Capitu. En las últimas páginas de la obra el destierro y la desaparición de Capitu nos la hacen viva en una presencia inmaterial, pero estructuradora de la realidad en la nostalgia y aún en la presunción de inocencia de Bentinho/Don Casmurro. En el juego de la verdad creadora, ¿qué papel reservó Machado de Assis a su castigada Capitu?

Llama la atención en la obra total de Machado de Assis la frecuencia de personajes femeninos. Ya nos referimos en particular al mundo de viudas que pueblan sus novelas. Doña Gloria, madre de Bentinho, es viuda, y viuda es la prima Justina; las dos viudas para siempre. Por las circunstancias de la novela lo será en su término la propia Sancha.

El ejército de viudos es menor; lo es el padre de Sancha, y terminará siéndolo Bentinho/Don Casmurro.

Pero volvamos al mundo femenino, al margen de la pugna por liderar caracteres entre Bentinho y Capitu. Cuatro personajes femeninos aparecen en la obra:

Doña Gloria

Prima Justina

Sancha

Capitu,

en inferioridad numérica con los masculinos:

Tío Cosme

José Días

Padua

Gurgel

Escobar

Padre Cabral

Manduca

Bentinho.

Sería engañoso calificar prioridades por la importancia cuantitativa. Actúa aquí aquella realidad inaparente de la que hemos hablado, porque el resultado es una novela profundamente femenina en la que, desde el título, parece obligárenos a creer en la prioridad de lo masculino que representa Don Casmurro.

Si analizamos los caracteres formantes de Bentinho reconoceremos luego esa prioridad femenina. Huérfano desde muy niño, con muy escasos recuerdos del padre, Bentinho es educado por su madre, obligado a ser sacerdote por causa de una promesa de mujer (y no hay más femenina promesa que la que se adquiere pidiendo ser madre cuando el peligro amenaza). La educación de la madre es compartida por la prima Justina, personaje curioso que establece muchas veces el medio objetivo, y que es, quizás, el único personaje que no cree que en Capitu sean todo bondades y caprichos de adolescente locuela.

Pero hay más. El agregado, José Días, paradigma del soltero a perpetuidad, educador muy próximo del hombrecito Bentinho, confidente de sus amores secretos con Capitu, lo trataba, como dice Machado, «con extremos de madre».

Aquí está, de nuevo, esa ambigüedad característica de Machado de Assis, esa inaparente realidad, y esa manera de construir por contraposición. A nadie escapa que esa contradicción no es sino la propia contradicción vital del escritor. ¿Cómo pensar si no en un burócrata esforzado y tedioso, tratando de crear caracteres tan profundamente enigmáticos como el de Capitu?

La graciosa adolescente pone en marcha y coordina todas las conductas de la novela. Es, sin duda, un personaje prodigioso en astucia y voluntad. Tanto que lo mejor de sus armas lo ha de ejercitar contra otra mujer, su principal escollo para llegar a la armonía absoluta en su entorno: la prima Justina:

Capitu usaba cierta magia cautivadora; prima Justina acababa sonriendo, aunque de forma ácida, pero a solas con mi madre siempre encontraba algo malo que decir sobre la muchacha^[44].

Todos se rinden ante los encantos de Capitu, personaje también aparentemente lineal en actitudes y objetivos. La disciplina de comportamiento sólo muda para el lector en virtud del cambio de opinión a que obliga la desconfianza de Bentinho, sus celos, el irremediable castigo para quien no confiesa ni en el último extremo su pecado de adulterio.

En la aceptación y en el cumplimiento del castigo Capitu completa su personalidad, uniendo, como Don Casmurro pretende para sí, las dos puntas de su vida. Con una notable diferencia; a ella no puede imputársele el fracaso personal. Se le impone el fracaso, mientras que Don Casmurro es plenamente responsable del suyo y, aunque no lo confiese, parece sentir ciertos remordimientos por el que él genera en su amada Capitu; la obsesión por el adulterio de ella lo confirma.

¿ADULTERIO REAL O EFECTO DE UNA REALIDAD?

El centro de la novela lo ocupa ese insospechado adulterio de Capitu con Escobar. Hay muy pocos datos en la novela que lo justifiquen y menos aún que lo anuncien, salvo, tal vez, para un lector acostumbrado a la perífrasis machadiana de lo ambiguo. Apenas una inversión inmobiliaria de Capitu asesorada por Escobar y a espaldas de Santiago, una visita inesperada del amigo en ausencia del amigo y, sobre todo, el rostro de estupefacción y dolor de Capitu ante al ahogado Escobar.

¿Qué pudo ocurrir en el pensamiento de Santiago para actuar tan seguro del adulterio de su fiel Capitu? Yo creo menos en el adulterio de ella que en la perturbación de Santiago, por celos o por conciencia culpable. Poco antes de la secuencia de la muerte de Escobar sufre Santiago deseos de pasión hacia Sancha; deseo inexplicable, como queda claro en la obra; deseo que se equilibraba con el supuesto del otro adulterio supuesto.

Es la lógica de la ambivalencia, que señala Sônia Brayner, a la que

podríamos llamar lógica de lo paradójico, que le será tan querida. Machado, al instituir la lógica de lo paradójico, desnuda los apoyos lógicos de clases y propiedades, que hasta entonces no habían sido tocados por ninguna corriente literaria brasileña^[45].

Digamos que no hay aquí datos de realidad, pero sí efectos de una cierta realidad. Quizás fuera, como el propio Don Casmurro dice, una idea brevísima con larguísimas patas. Hay ejemplos en la novela: en uno de los retornos de Bentinho del Seminario se siente atravesado por los celos, sin ninguna razón:

Vivía tan en ella, de ella y para ella, que la intervención de un pisaverde era como una noción sin realidad...
^[46]

Este texto pertenece al capítulo LXII, «Una punta de Yago». Es un aviso más de Machado de Assis —pero ¿quién podrá suponerlo?— de lo que ocurrirá en la última parte de la novela, capítulo CXXXV, refrendado por un título definitivo: «Otelio».

Machado fuerza al lector —a la lectora, mejor; luego lo explicaremos— a variar la opinión sobre Capitu por la voluntad o el equívoco de Santiago. Esto se presenta como un reto. Machado toma para sí la capacidad de manipulación que le había otorgado a Capitu, fortaleciendo su misión de creador literario. Pero deja abierta una puerta al honor de Capitu, en su firmeza para deshacer la creencia en el adulterio, y aún en la aceptación definitiva del destierro. Capitu muestra, sin duda ninguna, mayor coherencia, mayor fortaleza que el acérrimo Santiago.

No es fácil reconocer en qué punto sitúa Machado de Assis a sus personajes respecto al hecho del adulterio, al que siempre se mostró rabiosamente opuesto. En la apariencia de la realidad ninguno de ellos lo acepta ni lo admite. Tal vez sea porque el autor no se resiste a la comprobación del estado de moralidad en sus lectores. Tal vez Machado no está sino justificando en la propia soledad de Capitu y Santiago/Don Casmurro un estado irrecuperable de incomunicabilidad entre dos seres con el resultado de una falsa realidad. En ese estado sólo triunfará Bentinho mientras se aferre al tiempo pasado, a la ilusión, mientras que Capitu, en la fortaleza de su presente, acepta vivir sin el recurso de la memoria, sumida en el honor que confiesa, en la negación del adulterio y en un destierro que, para algunos lectores, puede incluso ser la última y definitiva prueba de amor de Capitu.

Esta dualidad del alma, o del resultado de las almas, la había expuesto Machado de Assis en uno de sus más notables cuentos, «El espejo», que subtitula «Esbozo de una nueva teoría del alma humana»:

Cada criatura humana trae dos almas consigo; una que mira de dentro para afuera, otra que mira de fuera para adentro... El alma exterior puede ser un espíritu, un fluido, un hombre, muchos hombres, un objeto, una operación. Hay casos, por ejemplo, en que un simple botón de camisa es el alma exterior de una persona... Está claro que el oficio de esa segunda alma es transmitir la vida, como la primera; las dos completan el hombre, que es, metafísicamente hablando, una naranja. Quien pierde una de las mitades, pierde naturalmente la mitad de la existencia; y casos hay, no raros, en que la pérdida del alma exterior implica la de la existencia entera. Shylock, por ejemplo. El alma exterior de aquel judío eran sus ducados; perderlos equivalía a morir... Ahora, es necesario saber que el alma exterior no es siempre el mismo... Muda de naturaleza y de estado...

Don Casmurro es la aplicación de esta teoría machadiana. Capitu muestra la segunda alma en la presunta infidelidad; y Bentinho en la terquedad. Ambos manifiestan la dualidad de personalidades; en Bentinho la segunda absorbe a la primera, pero no en Capitu, en quien conviven y en quien aflorará una u otra según la perspectiva moralizante de cada lector. El lector de *Don Casmurro* actúa como un espejo en el que observará la única definitiva personalidad de Santiago/Don Casmurro y la dual de Capitu, perdedora en la novela como el alferez de este cuento, que sólo era y existía vestido con el uniforme de tal.

QUERIDA LECTORA

Detengámonos en la llamada frecuente que Machado de Assis hace a sus lectoras en *Don Casmurro*. Sí, lectoras y no lectores; lo deja muy claro salvo en un par de ocasiones no significativas. Machado parece inclinado a pulsar a lo largo de la narración la opinión de sus lectoras sobre el personaje femenino que nuclea la obra. Don Casmurro, ya está dicho, no es sino el efecto que ella, Capitu, ha deseado. Y vuelve aquí a hacerse notar la ambigüedad de Machado tan señalada por la crítica, y que aquí llamamos «realidad inaparente».

Ese juego constructivo/desconstructivo de Machado impide afirmar con rotundidad que puede ser *Don Casmurro* una obra concebida dentro del espíritu romántico, obra dirigida a la mujer, para su consumo directo e íntimo, para su reivindicación ante la prepotencia del varón. Pero no descuidamos esa idea, que bien puede explicar muchas de las razones del existir de Don Casmurro, y aun del destierro con que el escritor castiga a Capitu en la última parte de la novela, justo después del aparente adulterio.

En la permanente dualidad que establece Machado situaremos las opiniones finales de Don Casmurro sobre la mujer, un tanto peyorativas,

Viví lo mejor que pude, sin que me faltasen amigas que me consolaran de la primera. Caprichos de poca duración, es verdad. Eran ellas las que me dejaban como personas que asisten a una exposición retrospectiva y, o bien se hartan de verla o la luz de la sala se marchita^[48].

y que determinan, siempre, el valor de Capitu, en términos de absoluto frente al resto del elemento femenino:

¿... por qué es que ninguna de aquellas caprichosas me hizo olvidar a la primera amada de mi corazón? Tal vez porque ninguna tenía los ojos de resaca, ni los de gitana oblicua y disimulada^[49].

En cualquier caso, es obvia la importancia relevante del lector. Machado necesita que la mujer comprenda mejor sus razones y trata de hacerla cómplice de sus obsesiones.

El hombre ha de sentirse, por naturaleza, más solidario. Entenderemos que el novelista tome esa opción para que la mujer medie en favor de su razón, de la certeza, haciendo una invitación a que la vía de la emoción penetre en *Don Casmurro*. ¿Por qué hay tan escasa efusión en los personajes de la novela? Consultar con el lector masculino, solicitar sólo su asentimiento, suponía aceptar ya radicalmente la responsabilidad total de Santiago en la incomunicabilidad de Capitu.

Se escoraría la novela hacia un lado si así fuera y los dos géneros de lectores, hombre y mujer, quedarían atrapados. Machado de Assis consigue implicarlos sin consumirlos, atraerlos sin lealtades, utilizarlos sin manipularlos. El resultado es sorprendente, como indica el estudioso brasileño Aderaldo Castelo a propósito de las perspectivas del pluripersonaje que es Bentinho:

... no hay novela de Machado de Assis que exija tanto del lector una posición independiente y personal^[50].

El lector ha de resolver el misterio entre la afirmación de Santiago y la negativa a ultranza de Capitu en aceptar su pecado. Pero el misterio está, esencialmente, en Capitu, en el principio de verdad que la lleva a su destino sin retorno. La verdad de Capitu no transforma la convicción de Santiago, en el que podríamos adivinar, a través de las posteriores secuencias a la separación, un no reconocido sentimiento de culpabilidad que le imposibilita para retornar al diálogo con Capitu. La necesidad de que sus lectores confirmen la postura tomada nos parece un síntoma más de su subconsciente culpable.

MUJER, MALICIA, HIPOCRESÍA, VERDAD

Machado no olvidó nunca su primera etapa de creador de cuentos; tampoco su persecución obsesiva de la verdad. *Don Casmurro* es una obra calificadora de valores éticos. A fin de cuentas, lo que determina el fin de la novela es la verdad de Santiago frente a la mentira o la hipocresía de Capitu; lo que en la adolescencia es diablura infantil, malicia sin aparente relevancia, manifestación incluso de ternura o promesa de pasión, desemboca en la madurez en perturbadora hipocresía.

Sin duda alguna crea Machado en esta Capitu todo un carácter y comportamiento femenino. El lector descubre, tan de repente como el propio Bentinho, la doblez de la en otro tiempo encantadora compañera de juegos y sensaciones nuevas. Pero ya el autor había avisado, en la observación interesada del parásito José Días calificando a la muchacha de locuela e interesada. Luego, un cambio de intereses le inclinará a una mudanza de actitud.

Caso semejante es el de la prima Justina dado el extremo de celo de la adolescente en captarse la simpatía de doña Gloria y de cuantos la rodean. Es también una réplica la crítica de la prima Justina ante el patrocinio que doña Gloria hace de la

adolescente; ella como dama de compañía, o Capitu, como futura nuera y compañía obligada.

Ni un lector avisado anotaría en la lectura de las primeras páginas los valores negativos de Capitu. Pero están insinuados, presentes, y no hay más que volver la lectura atrás desde los últimos capítulos para topar con un cierto sombreado maléfico y repensar, necesariamente, en una nueva Capitu menos perfecta que la deducida.

Quizá sea esta la única razón, que pueda inclinar la balanza ética del lector a creer en el adulterio de la protagonista. La vida del matrimonio transcurre sin la más mínima apariencia de maldad o transgresión de norma. La única presencia sensual en *Don Casmurro* son los brazos al aire de Capitu, blancos, pulidos, como tallados en alabastro, bien lucidos en bailes de sociedad, que provocan celos enfermizos en el marido. Es éste otro aviso del inesperado fin de la obra.

Procede Machado de Assis por insinuaciones y presencia de elementos narrativos. Es la insinuación lo que llamamos «presencia inaparente», que se desenvuelve hasta su final en la contundencia del hecho apenas anunciado. Pero ¿la ingenua malicia de la adolescente puede concebirse en un adulterio tan eficaz como el que se traduce en el nacimiento del sospechoso hijo Ezequiel?

ELLOS, EN EL INTERMEDIO DEPENDIENTE

El agregado define en su propia función esa característica de personaje que es sin serlo. Agregado es lo que no es necesario, de lo que se podría prescindir. Pero este agregado es el enemigo, primero, y la salvación después del enamorado Bentinho; entre oráculo y confidente. En la última parte de la novela se convierte en un total apósito, sin función, innecesario, sólo una sombra del pasado.

También el padre Cabral, que deja de existir en su breve existencia cuando la voluntad de Capitu y el deseo de Bentinho acaban con el espejismo forzado de la vocación sacerdotal.

¿Qué decir de Padua, personaje que en su escasez de valor ensalza y proclama el de su hija Capitu? Tío Cosme es un apunte de mano masculina en la casa de doña Gloria, sin intervención importante, llamado a la caducidad en buen tono y humor.

Pese al título, pese a ese protagonista que parece elevarse por encima del resto de personajes, *Don Casmurro* es una novela predominante en caracteres femeninos. Bentinho/Santiago no es, producido o no el adulterio, sino una víctima de Capitu. Y su determinación final no deja de ser una «casmurrice» temperamental y sorda a cualquier justificación de la inculpada Capitu. Prueba del interés y de la complejidad de este personaje es el deseo de la crítica por desentrañarlo y explicarlo.

Hay un personaje clave, que aparece en segundo plano por vicio del gusto de Machado por lo inaparente; es Escobar. Desde los primeros compases se muestra interesado en bienes materiales. Abandona el Seminario para dedicarse al comercio.

Trata levemente de seducir a doña Gloria para alcanzar su fortuna. Casa con la amiga de Capitu —¿pretenderá Machado hacer creer que se ha instalado ya en él una pasión sorda hacia Capitu?— y, en un momento clave de la novela, muestra una rara desconfianza hacia Santiago, interrumpiendo así la amistad leal y sin tacha que existía hasta el momento.

Escobar, huidizo y disimulado, es el insinuado paralelo de Capitu en la doblez, en la hipocresía. Machado los une a ambos en el desenlace final. ¿Justificaría esta coincidencia el adulterio? ¿Quiere resaltar el novelista un juego de pasiones escondidas? Entendemos que trata Machado de crear un contrapunto masculino que compense el ser negativo que hay en Capitu, y establecer todo un mundo de materiales de duda, un terreno de ambigüedades donde la perspectiva de cada lector resuelva el confuso final.

ALGUNOS ASPECTOS SOCIALES

Nuestro Juan Valera, diplomático en Río de Janeiro entre 1851 y 1853^[51], describió en *Genio y figura*^[52] la sociedad carioca, abundante en esclavos de origen africano destinados a los peores trabajos; criados que eran siervos redimidos, burgueses enriquecidos, visitantes de la corte, hacendados, confidentes, intermediarios, patriotas y héroes.

De esta sociedad, relativamente real, o manifiestamente literaria, nada aparece en *Don Casmurro*. Machado de Assis le oculta la realidad al lector; la realidad plural y variopinta de su país. Las únicas diferencias de clase las establece en torno a la posición económica, que fue una de las dificultades que el propio escritor arrastró a lo largo de su vida. Viuda de político la madre de Bentinho, administrativo el padre de Capitu, comerciante el de Escobar, escasamente reflejan la permanente crisis que vivía el Brasil de mediados de siglo, aunque sí, pero parcialmente, el mundo de la inmóvil burguesía carioca, en la que el escritor se creía asentado por razones culturales.

La brevísima referencia al mundo de los esclavos, cuando Escobar trata de evaluar la fortuna de doña Gloria, se hace desde una perspectiva económica, no social, ni menos crítica, en un tema —la esclavitud— que había sido breve objeto literario de Machado. No estaba tan lejana la fecha de la abolición (1888); el escritor perdió una excelente oportunidad para reivindicar a los hermanos de su originario infortunio y color.

Hombre rico/hombre pobre es el contraste claro sobre el que advierte el novelista. Entre la familia de Bentinho y la de Capitu las diferencias en este aspecto son notables; pero tampoco las subraya el escritor con mucho ahínco. Las apunta, sobre todo en la desconfianza del agregado y de la prima Justina, que piensan en una Capitu avariciosa del ascenso social y económico futuro en detrimento de la felicidad del

inocente Bentinho.

Algunas diferencias más: el pobre Manduca, leproso, medio oculto en su casa hasta la muerte temprana, compañero de Bentinho en una disputa político-intelectual sobre el tema «Los rusos conquistarán Constantinopla», que Machado aprovecha para revelar la agudeza intelectual del individuo de humilde condición.

En definitiva, *Don Casmurro* presenta un clima social de fácil hechura, articulado por esa burguesía nada estridente a la que pertenece Doña Gloria, cofrade mayor de esa burguesía parcial de la obra, y que incorpora a los miembros de la familia y a los complementarios, como es el caso del agregado José Días o del cura Cabral. Capitu superará su nivel de origen; Sancha, Escobar, Bentinho y, más tarde, Ezequiel, fundan un bloque social de difícil derrumbe, salvo una catástrofe, que se produjo finalmente en las airadas olas de la playa de Tijuca y con la víctima que el desarrollo del tema reclamaba.

ALGUNAS COINCIDENCIAS: PEPITA/CAPITU

En 1897 publicó Juan Valera *Genio y figura*, historia de la gaditana Rafaela, hija de madre prostituta y padre desconocido, que arrebató a la ciudad carioca con su gracia y la impenitencia de sus amores. Nuestro novelista la hace amante, erróneamente^[53], de Don Pedro I de Brasil. Rafaela, que algo tiene del origen del pícaro y sus desgracias, acabaría con la gran huida del suicidio después de escribir su diario «Confidencias».

Hay cierta intención de introducir lo picaresco en la narración. Y un antecedente en la novela de Brasil. Manuel A. de Almeida, nacido en 1831 en humildísima casa de Río de Janeiro, estudiante de Bellas Artes y médico, también sin madre a edad temprana, que le obligó al periodismo como sustento inmediato, administrador de la Tipografía Nacional, donde tuvo como ayudante a Machado de Assis, escribió en 1852 *Memorias de un sargento de milicias*, la obra de autor brasileño más próxima a nuestra picaresca. Quizá sea exagerado conjeturar con la presencia de Juan Valera en esta época en Brasil y que su novela brasileña transcurra en estas fechas. Pero, sin duda ninguna, tuvo que tener incidencia la obra de Almeida en Machado, que consideraba con devoción la actitud personal y la obra del superior administrativo. Imaginar algún efecto de la obra literaria o del conocimiento crítico de Valera en el brasileño Almeida no es ningún despropósito.

Ciñéndonos estrictamente a la novela, anotaremos algunas coincidencias entre *Genio y figura* y *Don Casmurro*: el diario de la española es el resumen de un fracaso vital; y también el suicidio, que en *Don Casmurro* se frustra en último extremo. Encontraremos en la obra de Juan Valera un consejero espiritual, el padre García, equivalente al padre Cabral machadiano; un rico hacendado, Gregorio Machado, padre del endeble Arturito; la sociedad burguesa de Río de Janeiro...

Equiparar a este Arturito con Bentinho parece excesivo, pero tendremos que convenir que el adolescente de *Don Casmurro* no sobresale en fortaleza interior; es persona vencida por la fantasía, quizás por el exceso amparador de Doña Gloria y del tutor-madre José Días. Pero hay otras razones, más contundentes: *Genio y figura* es la historia de un ascenso social; un ascenso social y un fracaso personal definitivo. Es el caso de nuestro Bentinho-Santiago-Don Casmurro que vivirá su fracaso en la soledad, disfrazado en la «casmurrice», que le bautiza para siempre. Soledad tan absoluta como la de Teresa, cuya hija desaparece para siempre al ingresar en un convento; muerte, a fin de cuentas, tan definitiva como la de Ezequiel en un viaje con el objetivo de excavaciones arqueológicas. Esta evidencia de congelar el tiempo no puede ser tan casual, ni el deshacer con las dos muertes el fruto de amores censurables.

Machado de Assis estuvo en el límite de haber conocido a Valera, residente en Río entre 1851 y 1853, después de renunciar a su puesto en la embajada de Venecia en 1849 y retornar a Madrid para salir más tarde con rumbo a Brasil. Estaba cercana la primera entrega literaria de Machado, el poema «Ella», aparecido en la *Marmota Fluminense* en 1855; al joven escritor brasileño, deseoso de blanquearse por vía literaria, no le pudo pasar por alto la presencia del escritor diplomático español. Juan Valera conoció y vivió la sociedad carioca, el mundo de las letras, y su relación con el mundo literario de Río hubo de ser notable.

Pepita Jiménez se publicó en 1874. Hasta 1895, cuando comenzó a escribir *Don Casmurro*, hubo tiempo suficiente para que Machado, en buenas relaciones literarias con Europa, conociera la obra del español. Una de las primeras versiones de *Pepita Jiménez* fue la portuguesa, de Luciano Cordeiro, prologada por Julio César Machado, en 1875. También Appleton y Cía. la editó en Nueva York, en 1885 y 1886. La fuerte personalidad de Valera dejó con seguridad notables muestras de su paso por la capital brasileña; especialmente en el terreno amoroso, a juzgar por las sabrosísimas cartas que le envía a Estébanez Calderón contándole sus aventuras y las excelencias de las damas, su «Aminda brasileña», Jeannette, o la baronesa de Sorocaba. También en Brasil conocería a su Dolorcitas, futura esposa, entonces de ocho o nueve años, hija del embajador de España en Brasil, señor Delavat, y sufrimiento para el resto de su vida.

Es fácil suponer que Machado se acercara a la obra de Valera, tal vez deslumbrado por la fama del español. Las coincidencias entre las dos obras no pueden ser casuales, incluso a pesar de las determinaciones literarias de la misma época en que fueron escritas. Ya el tema nos ofrece razones para la comparación, aún con la salvedad de las circunstancias: amores de un seminarista y una joven viuda, frente a la ingenuidad de la relación entre los protagonistas de Machado. Pero el contrapunto del seminario los acerca, también a pesar del cambio brusco de la vocación a la pasión en el seminarista Luis.

Pasión y sacerdocio eran asunto tratado con éxito en la novela europea anterior a

Don Casmurro; Zola, en *La faute de l'abbé Mouret* (1875), Héctor Malot, *Un cur  de province* (1872), *O crime do Padre Amaro*, de E a de Queiroz (1875), o *La Regenta*, de Clarín (1884). Machado y Valera lo incorporan a sus novelas, como pudieron incorporar la ingenuidad de la relación *Dafnis y Cloe*, de Longo.

Lo cierto es la coincidencia y algunos otros datos menos perceptibles. Valera, como Machado, surte el texto de alusiones a textos latinos y griegos, a lecturas clásicas, que conformaban, según él, la perfección del arte literario. La exhibición ecuestre de Luis ante la ventana de su viuda amada coincide con una escena de *Don Casmurro*, de inaparente importancia, que abre el portón de los celos del estudiante seminarista.  Qu  decir de la ternura de la escena de encuentros de manos y bocas en ambas novelas, como primera muestra de la pasión?

La gran diferencia entre las dos novelas est  en el nivel de hondura de las pasiones o los deseos; podemos incluso pensar que pudo precisamente ser este el recurso de Machado: rebajar el tono de la pasión en los adolescentes para evitar un exceso de coincidencia, y obtener al tiempo un buen fruto para su novela. Será un caso más de «realidad aparente» que, traducido a las pasiones maduras, se nos hace a todas luces inaparente.

El resultado, en definitiva, es el mismo: pérdida de la vocación sacerdotal o evidencia de que nunca existió; triunfo del amor-pasión, o triunfo de la astucia de la mujer sobre la emoción irreflexiva del hombre bieneducado y culto, por encima incluso de las promesas de religión.

Mi padre dice que no son los hombres, sino las mujeres las que toman la iniciativa, y que la toman sin responsabilidad, y pudiendo negarse y volverse atrás cuando quieren. Según mi padre, la mujer es quien se declara por medio de miradas fugaces, que ella misma niega más tarde a su propia conciencia, si es menester...^[54]

confiesa en una de sus cartas el seminarista de Valera, coincidiendo con el sentido de la relación que Don Casmurro declara en su confesión.

Y se ajusta, en algún otro párrafo, con aquella idea prioritaria en Machado que es contar el ascenso social de algunos de sus protagonistas, en un clima a veces de duda y opiniones desfavorables sobre la protagonista femenina. La de prima Justina, atemperada, se aproxima a la del Conde de *Pepita Jiménez*, que condicionará el definitivo resultado de la novela:

No es mala p cora la tal Pepita Jiménez. Con más fantasía y más humos que la infanta Micomicona quiere hacernos olvidar que nació y vivió en la miseria hasta, que se casó con aquel pelele... Ahora le ha dado a Pepita por la virtud y la castidad.  Bueno estar  todo ello!^[55]

Juan Valera fue, como Machado de Assis, gran creador de personajes femeninos. De *Pepita Jiménez*, o de la Teresa de *Genio y figura* tal vez queden datos, circunstancias y motivos en el brasileño. Así es en *Esa  y Jacó* (1904), con un apunte brevísimo de andalucismo, en tierra venezolana.

Carmen era de Sevilla. El ex muchacho aún ahora recordaba la cantiga popular que se escuchaba, en la despedida, después de ajustarse las ligas, componerse el vestido y clavar la peineta en el pelo, en el momento en que iba a dejar caer la mantilla, meneando el cuerpo con gracia:

Tienen las sevillanas, en la mantilla, una letra que dice «¡Viva Sevilla!»^[56].

EL CULTO BLANQUEADO

El tema del adulterio debemos incluirlo en aquella irredenta búsqueda de la verdad, que era idea fundamental en las primeras narraciones breves de Machado de Assis. Pero a estas alturas de su vida, de su éxito literario, el novelista quiere mostrar su dominio en el campo de las letras y el pensamiento universales. Ya no es cuestión de traer al libro sus modelos formadores, sino de acogerse a la referencia o a la transposición de valores indiscutibles.

En las primeras páginas Don Casmurro se ampara en la protección de Nerón, Augusto, Massinissa, y

... tú, gran César, que me incitas a hacer mis comentarios, os agradezco el consejo, y voy a dejar en el papel las reminiscencias que me vayan llegando^[57].

Apoyo en la historia de la cultura que une, en el capítulo 2.º, al *Fausto* de Goethe y, en tenue crítica, al escritor histórico brasileño Gonçalves dos Santos.

A partir de aquí la relación de escritores a los que se refiere expresamente, o por referencia, dan prueba de la formación del escritor. Citaré por orden de aparición en *Don Casmurro*:

Goethe	Edgar Quinet
Homero	José de Alencar
Walter Scott	Álvares de Azevedo
Ariosto	Franklin
Dante	Oliver W. Holmes
Abate Prévost	Camões
Salomón	Demóstenes
Antonio Pereira	Victor Hugo
Junqueira Freire	João de Barros
Luciano de Samósata	Platón
Montaigne	Plutarco.

La referencia por los valores literarios antes que por los históricos es bien patente. Aparecen hombres de la historia, además de los citados:

Robespierre
Mahoma
Lucrecia
Poncio Pilatos
Alejandro el Grande
Napoleón
Vizconde de Río Branco
Don Pedro II (sin cita nominal)
Catón de Utecia.

Y con ellos nombres de la vida religiosa:

San Mateo
San Juan
San Pablo
Apóstoles (Epístola de los)
San Agustín
Jesús, hijo de Sirac.

Terminemos la lista de referencias con un volumen singular sobre mitología, citas a Fletcher y Kidder —antropólogos norteamericanos—, los jurisconsultos Dalloz y Pereira e Souza, Wagner, músico.

La erudición, sin duda, blanqueaba en aquella sociedad carioca semianalfabeta mejor que ninguna otra fórmula. Y en el mulato Machado, albeado por cultura tan eminente, nadie veía una piel tostada, propia de los mulatos marginales del «morro» del Livramento. Se muestra como hombre culto, de saber universal como réplica a un nacionalismo pacato que surgía en Brasil tras la independencia política y con la otra voluntad de independencia que patrocinaba el Romanticismo. El teatro es su esfera más devota; cita con frecuencia a Shakespeare. ¿Qué mejor fórmula que el teatro culto para imponer una marcada distancia cultural en la sociedad brasileña?

Es probable que Machado de Assis fuera atrapado, inconscientemente, por ese afán erudito. Pensemos también en el significativo cambio de rumbo argumental entre la primera y la segunda parte de *Don Casmurro*, con base en el adulterio. Surge de inmediato la comparación con las figuras de Otelo y Desdémona (Santiago y Capitu) como antecedentes próximos, como paradigmas de una actitud que será traducida a *Don Casmurro*. El adulterio se hace así más literario que real. Machado de Assis se muestra aquí transparente, en el capítulo xxxv, titulado «Otelo»:

Se representaba justamente *Otelo*, que yo no había visto ni leído nunca. Sólo conocía el argumento y aprecié la coincidencia. Vi la gran rabia del moro por causa de un pañuelo —¡un simple pañuelo!— y aquí doy materia para la meditación de los psicólogos de este y de otros continentes, pues no me pude hurtar a la observación de que un pañuelo bastó para encender los celos de Otelo y componer la más sublime tragedia de este mundo... Las señoras permanecían casi todas en los palcos, mientras los hombres iban a fumar. Entonces yo me preguntaba si alguna de aquellas no había amado a alguien que yaciera ahora en el cementerio, y

llegaban otras incoherencias hasta que el telón subía y continuaba la obra. El último acto me enseñó que no yo, sino Capitu debía morir^[58].

La opinión de Bentinho no admite réplica, no hay otra opción que la que él, apoyado por la tradición literaria, tiene concebida. A favor de ella arrastra el desenlace de *Otelo*. O, dicho de otra manera, Machado de Assis desafía a Shakespeare; el mulato epiléptico enmienda la plana al clásico; confirma, pues, su valía, su talento, y la pulcritud de su conocimiento erudito.

Machado trata de estar por encima del creador inglés en el nivel de lo inaparente. La presencia del pañuelo de Desdémona en *Don Casmurro* nos lo advierte. Desdémona estará siempre condicionada por la objetiva presencia de aquel pañuelo maldito que es símbolo y prueba de adulterio para Otelo. El equívoco se deshace con la presencia del espectador, ante el que se desarrolla la trama sin trampa ni cartón. Sólo Otelo ignora la verdad de la enrevesada trayectoria del pañuelo, la verdad incontestable de los hechos.

Machado de Assis desdobra la prueba de los acontecimientos en dos planos diferentes. El pañuelo es sustituido por los ojos de dolor de Capitu ante el cadáver de Escobar. El segundo plano es el de la confirmación del adulterio en Santiago por el parecido del hijo Ezequiel con Escobar. Machado supera el valor de símbolo que tiene el pañuelo; la consideración del objeto desencadenador de la tragedia es un tanto peyorativa en boca de Santiago. El autor de *Don Casmurro* materializa lo subjetivo de la mirada en la realidad del parecido Escobar/Ezequiel.

Caben aquí dos maneras de entender el recurso de Machado: o es incapacidad de superar el modelo clásico y tiene que reforzar su propuesta con el doble plano dicho, o Machado recurre a una cierta ironía como solución. ¿No es bastante ironía que Machado subraye el entusiasmo del público por la muerte de la inocente Desdémona?:

Oí las súplicas de Desdémona, sus palabras amorosas y puras, y la furia del moro, y la muerte que éste le dio entre aplausos frenéticos del público^[59].

ROMÁNTICO REAL

Ni el exceso temperamental romántico ni la pasión desintegradora del naturalismo le cuadran a Machado de Assis. En el sostenerse del escritor por encima de todas las escuelas o tendencias radica uno de los principales intereses por su obra. *Don Casmurro* puede servir como ejemplo de su disciplina de lo ambiguo incluso en su calificación histórico-literaria. Las relaciones adolescentes de Bentinho y Capitu nos permiten acariciar la idea de estar ante un ejemplo de novela educativo-sentimental de comienzos del Romanticismo. Pero hay exceso de previsión de futuro en los dos tiernos enamorados. La forzada vocación de Bentinho opera como circunstancia de

espíritu y como materia negativa del sentimiento amoroso. Todo bascula entre el sueño y su efecto en la realidad. Confiesa Don Casmurro:

De donde concluyo que uno de los oficios del hombre es cerrar y apretar mucho los ojos y ver si continúa durante la noche vieja el sueño truncado de la noche joven^[60].

Coincide con la idea y el objetivo del protagonista: atar las dos puntas de la vida. La primera es ilusión; la segunda escepticismo. En una palabra: Don Casmurro persigue la utopía sabiendo que nunca alcanzará el objetivo propuesto.

Esta dualidad permanente constituye la permanente ambigüedad de Machado de Assis. El tono romántico de la primera parte de la novela contrastará con la realidad evidenciada del adulterio de Capitu. A la promesa adolescente de fidelidad eterna responde la vida con la realidad de un triángulo amoroso, tan común en la novela realista. A la mujer-esposa dependiente incluso en la viudez seguirá una Capitu en el inicio de su independencia femenina.

No hay razones para calificar a Machado de Assis estrictamente dentro del Romanticismo, como no las hay para definirlo como realista. Se sitúa entre dos apariencias divergentes, desgastando una —la romántica— y estableciendo un puente de unión con la primera a través de la nostalgia.

Opera de igual manera con los personajes. El análisis de la figura de Capitu es en este sentido ejemplar. Machado de Assis la ha vaciado de presencia aparente en la última parte de la novela. Pero sólo su ausencia de la acción, en el premeditado destierro europeo, tiene presencia activa y totalidad en el desarrollo de la trama.

Calificar a Machado de Assis como escritor naturalista —así lo hacen algunos historiadores de la literatura brasileña— es un tanto exagerado y gratuito. La poca entraña de la realidad social, el escaso determinismo de la naturaleza humana que aflora en el desarrollo de *Don Casmurro*, la fría efusión de los personajes, rechazan cualquier calificativo de esta índole.

En esta obra de Machado de Assis hay más resultado que evolución o progresión de conductas individuales; excesivas lagunas o saltos como para que nos conduzcan a un resultado plausible, sin la necesidad de redefinir los personajes en el último tercio de la obra. Las conductas individuales no parecen compactarse en el transcurrir de la acción, y sí en su final, donde éstas se desenmascaran y contrastan, ya sin acuerdo posible.

Carece *Don Casmurro* de ese impulso vibrante e inarmónico de la novela naturalista, del anuncio permanente y dinámico del objetivo/resultado por y para el que vive la narración. Machado de Assis ofrece, en cada una de las partes de la novela, estructurada conforme al pluripersonaje Bentinho-Santiago-Don Casmurro, resultados parciales, encadenados en un todo final. El feliz Bentinho de los amores ingenuos justifica el buen marido Santiago; Santiago es una entidad en su feliz vida matrimonial hasta que fracasa en Don Casmurro, que surge en el efecto del adulterio.

Puede Machado de Assis permitirse estas contraposiciones en una narración escueta, desnuda de efectismo, concebida y desarrollada en esa «inaparente realidad» que ya hemos argumentado. Machado de Assis

... trata de desnudar sus narrativas, esas narrativas en combate, de todo aparato geográfico, pintoresco, exótico, buscando aquello que constituye el núcleo historificado de la relación humana...^[61],

señala Valentim Facioli.

Ya dijimos que en *Don Casmurro* apenas se da una fecha concreta de nacimiento de la acción, alejada del tiempo real de la elaboración de la novela. Muy pocos datos más que obliguen a recrear un tiempo literario. Cuando introduce la figura de Don Pedro II, de tan amplio reinado —1841-1889— da una prueba más de su voluntariosa falta de compromiso evidente con la historia. La geografía de Río de Janeiro, paisaje natural de la novela, necesita apuntalarse con referencias a la construcción de edificios, paisajes o lugares, alejado de cualquier pretensión de incurrir en descripciones de lo maravilloso, tan fecundo en la literatura tradicional brasileña. Cita escuetamente y con deseada escasa originalidad, temiendo tal vez que el paisaje exterior robe espacio a los paisajes del alma, escondidos, de los que sólo brotarán luces o sombras para iluminarlos.

Siempre está evidenciada la mano firme del escritor, a pesar de que sospechemos y reconozcamos modelos literarios; nunca Machado se rendirá totalmente a ellos:

Machado declina por entero el clímax del adulterio realista. Anuló el adulterio en lo referente al clímax, y, lo peor de todo, en lo referente a la pasión. Machado estaría mucho más preocupado con las estrategias de la seducción, de las apariencias, que con el propio acto de la pasión^[62].

José Días, el agregado, simboliza esa preocupación de Machado por lo simple, lo necesario estricto. Este agregado, parásito absoluto en la última parte de *Don Casmurro*, es el emblema de lo superlativo, de lo innecesario, elaborado en la ironía y en la apariencia de una realidad.

Con ello, insistiremos en el tema, desarticula Machado la realidad objetiva. Obliga así al lector a una búsqueda de la realidad en lo inaparente de actitudes, sucesos y personajes de la novela. Es el ejercicio de lo ambiguo, que ofrece un resultado de obra aparentemente fácil en la narración, pero complejo por la condensación de elementos formales y de contenido que lo componen.

Junto a la disposición de algunos elementos tomados de la novela romántica, Machado elabora *Don Casmurro* en términos de la realidad próximos a los de la novela realista, y a partir de la observación, aunque lo observado no aparezca a primera vista. No podría ser de otra manera en escritor tan preocupado por la exactitud, como refleja con frecuencia en la novela: «... pero es bueno ser enfático

alguna que otra vez para compensar ese escrúpulo de exactitud que me aflige»^[63].

El agregado, en su enfatismo, es también la compensación a la observada realidad del comportamiento de los protagonistas principales. Que no lo muestra el autor, otorgándole al lector la duda sobre el acontecimiento esencial —el adulterio— que delimita el resultado final por encima de la obsesión y afirmaciones de Don Casmurro.

La intolerancia de Santiago es consecuencia de la ruptura de las ilusiones que constituyen el edificio sólido de los amores juveniles con propósito de futuro. Cae en un vacío consecuencia de la desconfianza emocional más que de los hechos constatados. Y en ese momento proyecta su emoción íntima hacia aquel pasado, reconvirtiendo el sentido de la trama y la atención del lector, fundamentado en la búsqueda de la verdad y con el resultado de la aceptación del destino, consecuencia de la confrontación de dos caracteres bien opuestos.

Aquí el primer personaje, Bentinho, se hace ostensible y vuelve a tomar las riendas de la novela, porque es justamente cuando más carga subjetiva aparece. Afirma Aderaldo Castelo que «el autor nunca ofrece situaciones concretas u objetivadas»^[64]. Es más cierto que ofrece sólo situaciones parciales de objetivación que se quiebran en el confrontamiento final interno —Bentinho/Santiago/Don Casmurro—, y en el externo —Santiago/Capitu. Y aún podríamos tener mejor explicación en términos de la objetividad aparente y la inaparente subjetividad íntima que desde las primeras páginas preparan el drama final.

Esta complejidad en el trazado del personaje íntimo libera de alguna responsabilidad al «teatro» de la acción y a la forma literaria, que puede desarrollarse en una cierta sencillez, en un nivel de lenguaje simple, monótono si no fuera por la brevedad de los capítulos y las secuencias, aparentemente frío como las emociones de los personajes.

CONTRA LA HISTORIA PERSONAL

Machado de Assis es el maestro de la ambigüedad. En literatura lo ambiguo es certeza de universalidad. Aquí reside uno de los éxitos de nuestro escritor. Admitir incondicionalmente el adulterio de Capitu es ir contra la intención del escritor. También el negarlo rotundamente. En el campo de las posibilidades respira la trama de *Don Casmurro*. Y en esas posibilidades nos inclinamos a pensar en la obsesión de Santiago como fundamento de esa realidad en ideas del adulterio.

Las vivencias de los personajes de la novela son en este caso ajenas al mundo personal del autor. Hijo huérfano de madre, casado aún cuando escribió la novela, sin descendencia, Machado concibió un personaje femenino fuera de su realidad. Desconozco si supo de algún caso real, pero más hace suponer en una realidad de ficción que en un existente de carne y hueso.

Anotemos, además de las escasas vivencias, las frustraciones o imposibilidades de Machado de Assis. Una de ellas fue Europa, presente en la nostalgia un tanto vacua de José Días y en la que origina la ausencia inculpatória de Capitu. A fin de cuentas, Europa es una utopía para Machado; su asignatura pendiente. En 1884 su cuñado Miguel Novais le invitó a un viaje de dos años: «¡Imagine cuántos libros podría producir en un viaje de dos años! Aquí tiene cama y mesa y todo lo que necesite»^[65]. Insistió en 1894 y también Machado desistió del viaje, a pesar de las ilusiones de Carolina por retornar a su tierra natal y a sus gentes.

Machado instaló su Europa en Cosme Velho:

Me hablan de ir, pero yo ya tengo otra y única Roma. Más cerca y más eterna. No creo ya en la posibilidad de ir a ver el resto del mundo. Aquí nací, aquí moriré; habré conocido sólo dos ciudades: la de mi infancia y la actual, que en verdad son bien diferentes... Italia me da no sé qué reminiscencias clásicas y románticas, que hacen escribir el pesar de no haber pisado ese suelo, tan lleno de historia y de poesía^[66].

Cuando escribe esta carta a Magalhães de Azevedo (17-11-1896), Machado está escribiendo *Don Casmurro*. Se nota en la obra: una de las virtudes del agregado José Días es haber viajado a Europa; y una amenaza de vuelta, de no ser por el cariño a su nueva familia. Roma es el objeto de un viaje reparador de doña Gloria y Bentinho para desobligarse de la promesa que le llevaba al Seminario. Y es Capitu quien más disuade a Bentinho desconfiando de su fidelidad. También Europa es promesa de viaje que hace el agregado a Bentinho. La muerte de Escobar frustra un viaje a Europa que preparaban en secreto Sancha y Capitu, para un futuro de dos años. Es Europa el destino-destierro de Capitu tras la evidencia de su adulterio, y europea es la formación del hijo Ezequiel, además del destino de las huidas de Santiago tras su soledad.

Tanta insistencia de Machado de Assis confirma su vocación europeísta. Justifica el conocimiento y el atractivo por la literatura europea y su matizada voluntad de recrearse en temas de rango universal. Pero, atando una punta con la otra de nuestro análisis, ¿no tratará Machado de desmarcarse de sus orígenes? ¿O es, nada más, un elemento que contribuye al pesimismo del escritor, descreído del paraíso brasileño que tratan de reinventar los románticos?

HUMOR, FARSA, PARODIA

El pesimismo puede expresarse en clave de humor. La ironía es un recurso frecuente en Machado de Assis; el humor, más que la ironía, neutraliza el sentimiento. Pero no abunda en *Don Casmurro*. La ironía, parcial, reserva su frecuencia para lo anecdótico: la figura del agregado José Días, algún comentario del tío Cosme, intento de creación poética de Bentinho... El tono paródico tiene campo reducido en la obra, en el capítulo XI («La promesa»); Capitu y Bentinho, imaginados de cura y sacristán,

celebran una misa con el objetivo único de satisfacer la golosería.

Donde más acentúa Machado su ironía es en el terreno literario. De *Otelo* quiere hacer una farsa reinventando la obra al situar el desenlace al comienzo. El «Panegírico de Santa Mónica» no deja de redundar en la voluntad crítica del autor sobre la literatura religiosa. El intento de poesía de Bentinho retrata al poeta que —a pesar de su fama— no fue tan premiado por las musas. ¡Qué clara alusión a ello hay en estas frases!:

Príamo se cree el más infeliz de los hombres por besar la mano de aquel que mató a su hijo. Es Homero quien relata esto, y es un buen autor, a pesar de contarlo en verso^[67].

A lo largo de *Don Casmurro* se esfuerza Machado por comunicarle al lector sus esfuerzos para conseguir una adecuada estructura y ordenamiento de materiales en la novela. Y lo hace con tan aparente falsa modestia que avisa al punto ser un recurso irónico disfrazado de verdad. Avisa, obviamente, a un lector que trata de encontrar en la obra algo más que la simple relación de personas en un paisaje social sin problemas, donde lo que ocurre es fruto de la maldad de unos y la bondad de otros. Ese paisaje social podía, incluso, no haberlo ubicado en Brasil, trascenderlo al viejo continente europeo.

Esta descontextualización machadiana es un principio de ironía; tal vez ironía absoluta de quien, agotado su liberalismo juvenil, se aferraba a la falta de compromiso político, a la escasez de nacionalismo, a la acción en las profundidades del ser humano, salvando caracteres antropológicos en su pretensión de universalismo regenerador.

LENTA Y EFICAZ CONSTRUCCIÓN

Indicamos ya cómo *Don Casmurro* fue novela iniciada como cuento. Goza de otra particularidad: al contrario que *Memorias Póstumas de Brás Cubas* y de *Quincas Borba* no fue publicada previamente por capítulos. Concebida desde su origen como un todo, apenas muestra correcciones en su elaboración. Es una razón más que puede avalar la escueta construcción, sostenida por pocos y esenciales protagonistas en torno a la idea que se hará principal al final de la novela: el adulterio.

El tema, salón central del edificio de sutilezas e inapariencias, lo trató Machado con anterioridad. En uno de sus cuentos, «A mulher de preto», plantea una separación entre esposos por un sospechoso equívoco, con idéntica conflictividad entre lo ético y lo afectivo. La duda acarrea el fracaso de la persona moral, tanto como en *Don Casmurro*, a pesar de ese aparente triunfo que supone resolver la separación definitiva.

Con la observación de la realidad se complementa la voluntad investigadora de Machado de Assis. Observa y provoca reacciones de lo observado en sus personajes.

Adoba esta acción conjunta con el apoyo de la literatura clásica, con la ayuda de su propia obra, que ya ha germinado resultados en la aceptación de los lectores. Hemos indicado cómo nuestro escritor no se resguarda en la facilidad ornamental de paisajes de belleza tan al alcance de su mano, incluso de hechos históricos que en la época de redacción de *Don Casmurro* conmovían la sociedad política de Brasil.

La obra en prosa de Machado de Assis es consistente en sus temas, homogeneizada en la simpleza de la narración, fortalecida en mínimos supuestos moralizadores, sostenida en la economía de gestos y de arquitectura teatral. Y en un lenguaje inusual en su época, ajeno incluso a la ortodoxia que en tan saturado manipulador de la palabra podría esperarse.

Ante algunas críticas por sus errores de lenguaje en *Don Casmurro* se disculpó achacando a la imprenta tales desaguizados^[68]. Pero algunos críticos contemporáneos han incidido en esta peculiaridad machadiana. Cunha Lima dedica todo un libro a este particular:

Seré justo, haciendo examen imparcial de construcciones menos puras, en las cuales el autor de *Don Casmurro* no supo o no quiso pulir las frases^[69].

Son los cambios en la persona del verbo, irregularidad en el uso del imperativo, en el uso del verbo creer, la concordancia verbal, impropiedad de términos, ambigüedad en algunas frases los defectos en que más abunda Machado de Assis. Aunque exculpable en cualquier escritor en esa fecha de renovación del portugués de Brasil, en sus límites y diferencias con el portugués tradicional, no encajan tantos descuidos en quien abogaba por una pureza del lenguaje por encima de cualquier novedad:

... no me parece aceptable la opinión que admite todas las alteraciones del lenguaje, incluso aquellas que destruyen las leyes de la sintaxis y la esencial pureza del idioma. La influencia popular tiene un límite; y el escritor no está obligado a recibir y dar curso a todo lo que el abuso, el capricho y la moda inventan y hacen correr. Al contrario, ejerce él también una gran parte de influencia en este aspecto, depurando el lenguaje del pueblo y perfeccionándole la razón^[70].

Contrasta el estudio de Cunha Lima con otras opiniones bien diferentes. Rui Barbosa sólo tenía alabanzas que dedicar a Machado de Assis:

Modelo fue de pureza y corrección, templanza y dulzura...; en el sentimiento de la lengua patria, en que prosaba como Luiz de Souza y cantaba como Luiz de Camões...^[71]

José Veríssimo, amigo de Machado, no regateó esfuerzos ni palabras de admiración por el lenguaje poético del autor de *Don Casmurro*:

No sé si por la riqueza del vocabulario, propiedad de la expresión, rigurosa corrección del lenguaje, pureza de estilo... habrá algún poeta, además de Gonçalves Dias..., por encima de él^[72].

Aduciremos más ejemplos sobre el estilo y perfección del lenguaje de Machado de

Assis, que revelan la falta de coincidencia de la crítica literaria sobre este aspecto de su obra:

El secreto del arte de Machado de Assis es primario y rudimentario; está en un vocabulario menguado y pobre, repetido tan a menudo, yendo y volviendo, paseando incesantemente sobre una misma tónica, que el lector acaba por dormirse^[73].

Uno de los [escritores] de mayor valor, por el talento y por la corrección extrema del lenguaje, es Machado de Assis. Sus novelas están muy bien escritas, revelando humorismo a los Sterne y Thackeray, pero muy monótonos, muy iguales; leyéndose una de ellas se imagina uno fácilmente lo que serán las otras^[74].

El ejercicio de la traducción enseña más sobre el lenguaje que muchos análisis desde la propia lengua original. Traducir *Don Casmurro* no es tarea fácil, a pesar de la —volvemos al término— aparente sencillez de su estilo. Machado apura al máximo el lenguaje, lo depura de escenas y apéndices gratuitos. Su voluntad de economía fuerza a veces la expresión. Y a veces la equivoca. Sus errores en la concordancia verbal, en el uso de las personas del verbo nos han parado a veces la traducción, y obligado a volver atrás pensando que era error nuestro y no defecto del original.

Otros efectos que señalan los analistas de su expresión nos parecen voluntad comunicativa de Machado de Assis. Trata de darle a su prosa carácter coloquial, como merece su permanente exigencia de participación del lector. Si fue así su intención o nos excedemos en justificativas, Machado se llevó con él el secreto. Pero sí llama la atención, sobre todo en algunos sobresaltos que el traductor lleva en la revisión de lo traducido, cuando cree dominar el terreno de términos y expresiones del escritor, al final del trabajo, que persona tan pulcra como Machado cayera en esas faltas de expresión. Hemos llegado a pensar que fueran errores de edición, pero el cotejo de varias ediciones nos saca del equívoco.

Cabe otra explicación: la voluntad renovadora de Machado de Assis en el portugués literario, hasta hacer un estilo propio, más preocupado por la originalidad que por su ortodoxia:

Su estilo es profundamente personal, es moderno y ya es brasileño en la corriente nerviosa que en estremecimiento recóndito y constante lo atraviesa, en la flexibilidad de los términos lógicos, en la potencia de la sugestión, en el sentimiento, en las imágenes, en todas sus modalidades^[75].

Cuando Machado analiza la tradición literaria en lengua portuguesa se manifiesta duro y enérgico en su crítica a la pastora y al cayado de los arcadistas portugueses, señalando

«... el mal gusto de la poesía arcádica...», y «el fatal estrago que esa escuela produjo en las literaturas portuguesa y brasileña...»^[76].

Dejemos el problema en la voluntariedad de Machado de dar a Don Casmurro el protagonismo en *Don Casmurro*. El autobiografista narrador no es ningún experto en lenguajes literarios. Machado nos advierte de su intención de escribir un libro de

manera no vocacional y sí liberadora. Y aquí se justifica, en la geografía literaria de esta novela. En el total de la obra literaria de Machado de Assis deberemos reconocer estos errores y, quizás, inculparlos al afán renovador del lenguaje brasileño en etapa tan crucial para sus intereses de expresión nacional futura.

MACHADO Y LA CRÍTICA

En Brasil la crítica y el sentimiento popular le conceden a Machado de Assis primacía indiscutible:

Representa Machado de Assis en Brasil el primer y más acabado modelo de hombre de letras auténtico^[77].

Machado de Assis es el escritor brasileño que mereció la mayor suma de estudios especializados, de atenciones de la crítica y del lector^[78].

Cuanto más leo a Machado de Assis más me rindo ante la presencia de un genio que nos educa. Es nuestra *paideia*, tal como Werner Jaeger tomó a Grecia para explicar los fundamentos de la cultura occidental... Él parte de dentro de las cosas y realmente nos prende de manera absoluta, primero insinuante, ni lo sentimos. Y a medida que vamos conviviendo con Machado vamos aprendiendo más cada vez, y yo diría hoy que parece él la fuente de nuestra educación como país...^[79]

Pero mal le ha pagado Europa a Machado de Assis su frustrado deseo de conocer este continente. Las ediciones de *Don Casmurro* en Europa son escasas, a pesar de celebrar la crítica esta obra como una de las más singulares y completas de su autor. La primera edición extranjera —tras la impresión en la Garnier de París de las cinco primeras ediciones, 1899, 1900, 1913, 1920, 1924— fue la publicada en Roma por el Instituto Cristóforo Colombo (1930), traducida por Giuseppe Alpi. La primera edición francesa es de 1936 (Institute International de Coopération Intellectuelle). Hasta 1943 no aparece la primera versión en castellano, de Luis de Brandizzzone y Newton Freitas (Buenos Aires, Editorial Nova). Le han seguido en nuestra lengua versiones de Alfredo Cahn (Buenos Aires, Compañía General Fabril Financiera S. A., 1953) y de Ramón de Garciasol (Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1955).

Es obvio señalar el escaso interés que la obra de Machado de Assis ha tenido en nuestro país. Las pocas ediciones gozan de escasísimo éxito. El empuje que algunas editoriales españolas y algunos críticos y traductores estamos dedicando a la literatura brasileña no acaban con la injusticia de desconocer una de las más prósperas narrativas de América. El despertar de la narrativa latinoamericana se hubiera enriquecido soberanamente con la incorporación de algunos narradores de Brasil en castellano. Y no lo olvidemos, Machado de Assis está situado en ese punto neurálgico en el que se cimentan la nueva forma de narrar, un lenguaje más nacional, y un espíritu que se cimbreaba entre el rescate de elementos de la tradición europea y las propias raíces del ser brasileño.

Felizmente, al terminar esta edición, estamos viendo en nuestras librerías el

rescate de la obra de Machado de Assis. Títulos como *Memorias Póstumas de Brás Cubas* (Barcelona, Montesinos), o *Quincas Borba* (Madrid, Icaria), justificarán desde hoy el largo e injusto olvido y darán medida de la importancia de la literatura de Brasil.

Para esta versión de *Don Casmurro* nos hemos servido del texto establecido por la Comisión Machado de Assis, publicado por Civilização Brasileira (Brasilia, 1975) en convenio con el Instituto Nacional do Livro de Brasil. La creación de esta Comisión seguidora de la obra de Machado de Assis se instituyó en septiembre de 1958, presidida por Elmano Cardim y Austregésilo de Athayde, como presidente de la Academia Brasileira de Letras.

El texto definitivo, coordinado por Miécio Tati Pereira da Silva, es el resultado del cotejo de diferentes ediciones:

— «Un agregado» (Capítulo de um livro inédito), en *República*, Río de Janeiro, 15-11-1896, pág. 1.

— *Don Casmurro*, Río de Janeiro, H. Garnier, 1899, 1.^a edición.

— 2.^a edición, Río de Janeiro, H. Garnier, 1900.

— *Don Casmurro*, en la Colção dos Autores Célebres da Literatura Brasileira, Río de Janeiro, Livraria Garnier, 1924.

— *Obras Completas* de Machado de Assis, Río de Janeiro, São Paulo, Porto Alegre, W. M. Jackson Inc. Editores, 1957.

De esta edición definitiva hemos eliminado el Apéndice, que es el capítulo «Un agregado», aparecido como noticia y adelanto de la primera edición de la obra. No añade nada al conocimiento de la novela, y aun creemos que perjudicaría al rotundo fin que Machado escribió.

Tampoco se ha respetado la numeración de cada párrafo, como aparece en la edición utilizada, y sí la de cada capítulo en numeración romana. Y no se ha incluido la introducción crítico-filológica en la que se establecen los criterios para llegar al texto definitivo por no parecernos de excesivo interés para una edición en español. Muchas de las anotaciones se refieren a errores tipográficos, producto de la urgencia con que se hizo la edición primera de *Don Casmurro*.

A estas prisas se debe la fecha engañosa de la edición primera de la obra, en cuyo colofón se lee: «Pariz.-Typ. Garnier Irmãos, 6, rue des Saints-Pères. 370.10.89». En carta fechada el 23 de noviembre de 1889 le escribía el editor a Machado de Assis:

Don Casmurro está en prensa y le llegará a Río del 15 al 31 de Enero próximo^[80].

En otra carta del 12 de enero de 1890 le confiesa:

Don Casmurro no sale hasta esta semana con un retraso de un mes por causas independientes de nuestra voluntad. Su novela se terminó el 5 de diciembre, pero en el fin del año los encuadernadores estaban de tal manera desbordados que me ha sido imposible darle a *Don Casmurro* un trato especial^[81].

La segunda edición de la obra es reimpresión de la primera, hecha con muy escasa diferencia de tiempo. Se lee en el colofón: «Pariz.-Typ. Garnier Irmãos, 6, rue des

Saints-Pères. 319.4.1900».

La edición de 1924 es la quinta de la novela, y repite los errores de las cuatro primeras. También la de 1957, a pesar de leerse esta declaración de principios:

Tanto la fidelidad del texto del presente libro como su forma vernácula fijada por el cotejo de las más autorizadas ediciones, son responsabilidad de Ary de Mesquita.

En todo caso, remitimos, para los interesados en las diferencias de puntuación, saneamiento de errores y criterios establecidos por la Comisión Machado de Assis a esta elaborada y cuidada edición del Ministerio de Educación y Cultura de Brasil y la editora Civilização Brasileira, agotada en la actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

PRIMERAS EDICIONES Y EDICIONES PRINCIPALES DE «DON CASMURRO»

- «Un agregado», *República*, Río de Janeiro, 15-11-1896. Redacción primera de los capítulos III, IV y V.
- Don Casmurro*, Río de Janeiro, H. Garnier, Livreiro-Editor, 1899.
- 2.^a edición, Río de Janeiro, H. Garnier, Livreiro-Editor, 1900.
- Río de Janeiro, Livraria Garnier, 1913.
- Collecção dos Autores Célebres da Literatura Brasileira. Don Casmurro*, Río de Janeiro, Livraria Garnier, 1920.
- *Ibídem*, 1924.
- Río de Janeiro, São Paulo, Porto Alegre, W. M. Jackson Inc. Editores, 1937.
- *Ibídem*, 1938.
- *Ibídem*, 1946.
- *Ibídem*, 1949.
- *Ibídem*, 1950.
- São Paulo, Clube do Livro, 1950.
- Obras completas. Don Casmurro*, Río de Janeiro, São Paulo, Pôrto Alegre, W. M. Jackson, 1952.
- *Ibídem*, 1945.
- Obra completa*, organizado por Afrânio Coutinho; nota preliminar de Barreto Filho, Río de Janeiro, Editora José Aguilar, 1959.
- São Paulo, Cultrix, 5.^a edición, 1967; organizada por Massaud Moisés.
- Texto definitivo, por la Comisión Machado de Assis, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, con el Instituto Nacional do Livro, 1975.
- Edición didáctica, con el texto definitivo, São Paulo, Atica, 16.^a edición, 1985.

EDICIONES EN CASTELLANO

- Buenos Aires, Editora Nova, 1943. Versión de Luis de Brandizzzone y Newton Freitas. Reproducida en la colección.
- Las mejores novelas de la literatura universal. Don Casmurro*, vol. XXI, introducción de Mario Merlino, Barcelona, Cupsa, 1984, páginas 777-920.
- Buenos Aires, Compañía General Fabril Financiera, 1953; versión de Alfredo Cahn.
- Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1955; versión de Ramón de Garciasol.

- ATHAYDE, Tristão de, *Tres ensaios sobre Machado de Assis*, Belo Horizonte, Livraria Editora Paulo Bluhm, 1941, 96 páginas.
- AZEVEDO, Álvaro Augusto de Almeida, *A linguagem de Machado de Assis*, São Paulo, Empresa Gráfica da «Revista dos Tribunais», Ltda., 1944, 53 páginas.
- BANDEIRA, Maria de Lourdes, «Machado de Assis e as mulheres», *O Jornal*, Rio de Janeiro, 28-9-1958.
- BARRETO FILHO, *Introdução a Machado de Assis*, Rio de Janeiro, Livraria Agir Editora, 1947, 272 páginas.
- *Retrato de Machado de Assis*, Rio de Janeiro, Editora A Noite, 1952, 320 páginas.
- «Machado de Assis», en *A literatura no Brasil*, vol. 3, dirigida por Afrânio Coutinho, Rio de Janeiro, Ed. Sul Americana, 1969, págs. 135-157.
- BOSI, Alfredo, *História concisa da literatura brasileira*, São Paulo, Cultrix, 1975, págs. 193-203.
- BOSI, A., GARBUGLIO, J. C., CURVELLO, M., y FACIOLI, V., *Machado de Assis*, Colección Escritores Brasileiros, Antología e Estudos, São Paulo, Atica, 1982.
- BRANDÃO, Otávio, *O niilista Machado de Assis*, Rio de Janeiro, Organização Simões Editora, 1946, págs. 319-320.
- BRAYNER, Sônia, *Labirinto do espaço romanesco*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1979.
- BROCA, Brito, *Machado de Assis e a política e outros estudos*, Rio de Janeiro, Organização Simões, 1957, pág. III.
- CALDWELL, Helen, *The Brazilian Othello of Machado de Assis: A Study of Dom Casmurro*, Berkeley, Univ. of California Press, 1970.
- *Machado de Assis*, Berkeley, Univ. of California Press, 1970.
- CANDIDO, Antonio, «Esquema de Machado de Assis», *Varios escritos*, São Paulo, Duas Cidades, 1970, págs. 15-32.
- CARDOSO, Wilton, *Tempo e memoria em Machado de Assis*, Belo Horizonte, 1958, 296 páginas.
- COUTINHO, Afrânio, *A filosofia de Machado de Assis*, Rio de Janeiro, Casa Editora Vecchi Ltda., 1940, 198 páginas.
- FAORO, Raymundo, *Machado de Assis: a pirâmide e o trapézio*, São Paulo, Editora Nacional, 1976.
- GLEDSON, John, *Machado de Assis. Ficção e História*, trad. de Sônia Coutinho, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1986, 262 páginas.
- GOMES, Eugénio, *Influencias inglesas em Machado de Assis*, Bahía (Imp. Regina), 1939, 63 páginas.
- *Espelho contra espelho*, São Paulo, Instituto Progresso Editorial S. A., 1949, págs.

11-77.

- FILHO, Luis Vianna, *A vida de Machado de Assis*, Porto, Lello e Irmãos Ed., 1984.
- HOLLANDA, Aurélio Buarque de, «Linguagem e estilo de Machado de Assis», *Revista do Brasil*, 3.^a fase, Rio de Janeiro, julio de 1939, núm. 13, págs. 54-70; agosto de 1939, núm. 14, págs. 16-34.
- JOBIM, Jorge, «Machado de Assis», en *Colleção Aurea. Machado de Assis*, por Alberto de Oliveira y Jorge Jobim, Rio de Janeiro, París, Livraria Garnier, 1921, págs. I-IX.
- JUCA FILHO, Candido, *O pensamento e a expressão em Machado de Assis*, Rio de Janeiro, 1939, 160 páginas.
- LIMA, José Cunha, *Revisão de Machado de Assis. Exame de erros e ardis literários*, Rio de Janeiro, Companhia Editora Americana, 1973.
- MACNICOLL, Murray Graeme, *The Brazilian Critics of Machado de Assis, 1857-1970*, Ann Arbor Xerox University Microfilms, 1977.
- MAGALLÃES JÚNIOR, R., *Machado de Assis desconhecido*, Rio de Janeiro, São Paulo, Bahía, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1955 (6)-381-(3) páginas.
- *Ao redor de Machado de Assis*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1958, 288 páginas.
- *Vida e obra de Machado de Assis*, 4 vols., Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1981.
- MANGABEIRA, Otávio, *Machado de Assis*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira S. A., 1954, págs. 17-71.
- MATOS, Mário, *Machado de Assis*, Rio de Janeiro, Companhia Editora Nacional, 1939, 454 páginas.
- MEYER, Augusto, *Machado de Assis, 1935-1958*, Rio de Janeiro, Livraria São José, 1958.
- MIGUEL-PEREIRA, Lúcia, *Machado de Assis: Estudo crítico e biográfico*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1955.
- OLIVEIRA, José Osório de, *Explicação de Machado de Assis e de «Dom Casmurro»*. Seguida de una «Ode à morte de Machado de Assis», por Paulino de Oliveira, Lisboa, 1950, 24 páginas; Machado de Assis, *Dom Casmurro*, Roman, Manesse Verlag, Conzett & Ueber (1951), págs. 458-476 (trad. al alemán de E. G. Meyenburg).
- PACHECO, João, *A literatura brasileira*, vol. III: *O Realismo: «Machado de Assis: Precursor e contemporâneo»*, São Paulo, Cultrix, 1971, págs. 33-66.
- PATI, Francisco, *Dicionário de Machado de Assis*, São Paulo, Rêde Latina Editôra Ltda., 1958, 420 páginas.
- PEIXOTO, Afrânio, Préface, en Machado de Assis, *Dom Casmurro*, traducido al francés por Francis de Miomandre, París, 1936, páginas 8-10; *Revista da Academia Brasileira de Letras*, núm. 175, vol. 51, Rio de Janeiro, julio de

- 1936, págs. 303-305 (con alteraciones del texto); Afrânio Peixoto, *Pepitas*, Companhia Editora Nacional, 1942, págs. 104-107.
- PEREGRINO JÚNIOR, *Doença e constituição de Machado de Assis*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1938, 166 páginas.
- «Vida, ascensão e glória de Machado de Assis», en *Machado de Assis*, Salvador, Bahía Aguiar & Souza Ltda., 1958, págs. 5-29.
- *Machado de Assis*, Río de Janeiro, Livraria São José 1959, páginas 13-42.
- *Machado de Assis*, Río de Janeiro, Livraria São José, 1959, 278 páginas.
- PEREIRA, Astrojildo, *Machado de Assis: Ensaio e apontamentos avulsos*, Río de Janeiro, Livraria São José, 1959.
- PICCHIA, Menotti del, «Panorama do romance brasileiro», en *Curso de romance*, Conferencias realizadas en la Academia Brasileira de Letras, Río de Janeiro, 1952, págs. 9-33.
- PINAUD, João Luís, «O adultério de Capitu», en *Pequena antologia de alunos da Faculdade de Direito de Niterói*, Edición del Centro Acadêmico Evaristo da Veiga, 1955, págs. 80-83.
- PINHEIRO, Breno, «Capitu», *Folha da Manhã*, São Paulo, 18-6-1939.
- PONTES, Elói, *A vida contradictoria de Machado de Assis*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1939, 326-(4) páginas.
- *Machado de Assis*, São Paulo, Edições Cultura, 1943, 94 páginas.
- PUJOL, Alfredo, *Machado de Assis*, São Paulo, Typografia Levi, 1917, 363-(5) páginas; 2.^a edição, Río de Janeiro, Livraria José Olympio, 1934.
- RAMOS, Julio, «Anticonfesiones: deseo y autoridad en *Memorias Póstumas de Brás Cubas* y *Don Casmurro* de Machado de Assis», *Bulletin of Hispanic Studies*, 63, 1986, págs. 79-91.
- ROMERO, Silvio, *Machado de Assis*, Río de Janeiro, José Olympio, 1936.
- RONAI, Paulo, «Dom Casmurro, de Machado de Assis, estudado na Hungria», *Dom Casmurro*, Río de Janeiro, 19-8-1939, pág. 8; *Boletim bibliográfico brasileiro*, Río de Janeiro, septiembre de 1958.
- RONCARI, Luiz Dagoberto Aguirra, *Machado manifesto: o nacional e a utopia em Machado de Assis, um estudo sobre a cultura brasileira*. Tesis de Licenciatura, Universidad de São Paulo, 1980.
- SOARES, Maria Nazaré Lins, *Machado de Assis e a análise da expressão*, Río de Janeiro, Instituto Nacional do Livro, 1968.
- SOARES, Teixeira, *Machado de Assis (Ensaio de interpretação)*, Río de Janeiro, Typ. Guido & Cia., 1936, 98 páginas.
- SODRÉ, Nelson Werneck, *História da literatura brasileira (Seus fundamentos económicos)*, São Paulo, Edições Cultura Brasileira S. A., s. d., págs. 205-210.
- SOUSA, Claudio de, *O humorismo de Machado de Assis*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira S. A., s. d., 36 páginas.

- SOUSA, José Galante de, *Bibliografia de Machado de Assis*, Instituto Nacional do Livro, 1955.
- *Fontes para o estudo de Machado de Assis*, Rio de Janeiro, Instituto Nacional do Livro, 1958.
- STEIN, Ingrid, *Figuras femeninas em Machado de Assis*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1984.
- VALÉRIO, Américo, *Machado de Assis e a psychanalyse*, Rio de Janeiro, Typ. Aurora H. Santiago, 1930, VII-229-(3) páginas.
- VERÍSSIMO, José, *Historia da literatura brasileira*, Livraria Francisco Alves, 1916, págs. 415-435.
- WOLL, Dieter, *Machado de Assis. Die Entwicklung seines erzählerischen Werkes*, Braunschweig, Georg Westermann Verlag, 1972.

DON CASMURRO

DEL TÍTULO

UNA de estas noches, viniendo de la ciudad al Engenho Novo^[1] encontré en el tren de la Central a un muchacho de aquí del barrio, al que conozco de vista y de sombrero. Me saludó, se sentó a mi lado, habló de la luna y de los ministros, y acabó recitándome versos. El viaje era corto y puede que los versos no fueran del todo malos. Ocurrió, sin embargo, que, como estaba cansado, cerré los ojos tres o cuatro veces; fue suficiente para que él interrumpiera la lectura y pusiera los versos en el bolso.

—Continúe —dije yo despertando.

—Ya terminé —murmuró él.

—Son muy bonitos.

Le vi hacer un gesto para sacarlos otra vez del bolso, pero no pasó del gesto, estaba enfadado. Al día siguiente comenzó a decir de mí nombres feos y acabó apodándome Don Casmurro. Los vecinos, a los que no les gustan mis hábitos recluidos y callados, dieron cauce al apodo, que acabó agarrando. Ni por eso me molesté. Conté la anécdota a los amigos de la ciudad, y ellos, por diversión, me llamaban así, algunos en notas: «Don Casmurro, el domingo voy a comer contigo». — «Voy a Petrópolis^[2], Don Casmurro; la casa es igual que en la Renania. Mira a ver si dejas esa caverna del Engenho Novo y vas a pasar allí quince días conmigo.» — «Mi querido Don Casmurro, no creas que te dispenso del teatro mañana; ven y dormirás aquí en la ciudad; te doy palco, te doy té, te doy cama; únicamente no te doy moza».

No consultes diccionarios. *Casmurro* no está aquí en el sentido que ellos le dan, sino en el que le puso el vulgo, de hombre callado y metido en sí. *Don* vino por ironía, para atribuirme humos de hidalgo. ¡Todo por estar dormitando! Tampoco encontré mejor título para mi narración; si no hubiera otro de aquí al fin del libro, este mismo iría. Mi poeta del tren terminará sabiendo que no le guardo rencor. Y con poco esfuerzo, siendo suyo el título podrá pensar que la obra es suya. Hay libros que apenas tendrán eso de sus autores; algunos ni eso.

CAPÍTULO II

DEL LIBRO

A HORA que expliqué el título, paso a escribir el libro. Antes, sin embargo, digamos los motivos que me ponen la pluma en la mano.

Vivo solo, con un criado. La casa en que vivo es propia; la hice construir de propósito, llevado por un deseo tan particular que me da reparo imprimirlo; pero allá va. Un día, hace bastantes años, se me ocurrió reproducir en el Engenho Novo la casa en que me crié en la antigua calle de Matacavalos^[3], dándole el mismo aspecto y economía de aquella otra, ya desaparecida. El constructor y el pintor entendieron bien las indicaciones que les hice; es la misma casa soleada, con tres ventanas al frente, terraza al fondo, las mismas alcobas y salas. En la principal de ellas la pintura del techo y de las paredes es más o menos igual, unas guirnaldas de flores pequeñas y grandes pájaros que las toman en sus picos de trecho en trecho. En las cuatro esquinas del techo, las figuras de las estaciones y, en el centro de las paredes, los medallones de César, Augusto, Nerón y Massinissa, con los nombres debajo... No encuentro la razón de tales personajes. Cuando fuimos a la casa de Matacavalos ya estaba decorada así; venía del decenio anterior. Naturalmente, era el gusto de la época ponerle sabor clásico y figuras antiguas en pinturas americanas. El resto es también análogo y parecido. Tengo una granjita, flores, legumbres, una casuarina, pozo y lavadero. Uso vajilla vieja y mobiliario viejo. En fin, ahora como antes, he aquí el mismo contraste de la vida interior, que es tranquila, con la exterior, que es ruidosa.

Mi fin evidente era atar las dos puntas de la vida y restaurar en la vejez la adolescencia. Pues, señor mío, no conseguí recomponer lo que fue ni lo que fui. En todo, si el rostro es igual, la fisionomía es diferente. Si únicamente me faltaran los otros, aún; un hombre se consuela más o menos de las personas que pierde; pero faltó yo mismo, y esa laguna lo es todo. Lo que aquí está es, mal comparado, semejante al tinte que se pone en la barba y en el pelo y que apenas conserva el hábito externo, como se dice en las autopsias; el interno no soporta ningún tinte. Un certificado que me diera veinte años de edad podría engañar a los extraños, como todos los documentos falsos, pero no a mí. Los amigos que me quedan son de fecha reciente; todos los antiguos fueron a estudiar la geología de los camposantos. En cuanto a las amigas, algunas datan de hace quince años, otras de menos, y casi todas creen en su mocedad. Dos o tres harían creer en ella a los demás, pero la lengua que hablan obliga muchas veces a consultar los diccionarios, y tanta frecuencia cansa.

No obstante, vida diferente no quiere decir vida peor, es otra cosa. En algunos aspectos, aquella vida antigua me parece desnuda de muchos encantos que le encontré; pero es también exacto que perdió muchas espinas que la hicieron molesta y, en la memoria, conservo algún recuerdo dulce y encantador. En verdad, aparezco

poco y poco hablo. Distracciones raras. La mayor parte del tiempo lo gasto en el huerto, en el jardín y en leer; como bien y no duermo mal.

Ahora bien, como todo cansa, esa monotonía acabó por aburrirme también. Quise variar y se me ocurrió escribir un libro. Jurisprudencia, filosofía y política me vinieron a la cabeza, pero no me llegaron las fuerzas necesarias. Más tarde pensé hacer una *Historia de los suburbios*, menos seca que las memorias del padre Luis Gonçalves dos Santos^[4], referentes a la ciudad; era obra modesta, pero exigía documentos y fechas como preliminares, todo árido y largo. Fue entonces cuando los bustos pintados en las paredes comenzaron a hablarme y a decirme que, ya que ellos no alcanzaban a restituirme los tiempos idos, tomara la pluma y contara algunos. Tal vez la narración me diera la ilusión y las sombras volvieran a pasar ligeras, como en el poeta, no el del tren, sino el de *Fausto*:

¿Llegáis de nuevo ahí, inquietas sombras...?

Me puse tan contento con esa idea que aún ahora me tiembla la pluma en la mano. Sí, Nerón, Augusto, Massinissa, y tú, gran César, que me incitas a hacer mis comentarios, os agradezco el consejo, y voy a dejar en el papel las reminiscencias que me vayan llegando. De este modo viviré lo que viví y afirmaré la mano para alguna obra de mayor tono. Ea, comencemos la evocación por una célebre tarde de noviembre, que nunca olvidé. Hubo otras muchas, mejores y peores, pero aquella nunca se me apaga del espíritu. Es lo que vas a entender leyendo.

CAPÍTULO III

LA DENUNCIA

IBA a entrar en la sala de visitas cuando oí proferir mi nombre y me escondí detrás de la puerta. La casa era la de la calle Matacavalos, el mes de noviembre, y el año un tanto remoto, pero no voy a cambiarle las fechas a mi vida sólo para agradar a las personas a quienes no les gustan historias viejas; era el año de 1857.

—Doña Gloria, ¿persiste usted en la idea de meter a nuestro Bentinho en el seminario? Es más que hora, y podría ya haber una dificultad.

—¿Qué dificultad?

—Una gran dificultad.

Quiso mi madre saber qué era. José Días, después de algunos instantes de concentración, fue a ver si había alguien en el pasillo; no me encontró, volvió y, bajando la voz, dijo que la dificultad estaba en la casa de al lado, la familia de Padua.

—¿La familia de Padua?

—Hace tiempo que quería decírselo, pero no me atrevía. No me parece bonito que nuestro Bentinho ande por los rincones con la hija del *Tortuga*, y esta es la dificultad, porque si se enamoran tendrá usted que luchar mucho para separarlos.

—No entiendo. ¿Por los rincones?

—Es una manera de hablar. En secretitos, siempre juntos. Bentinho apenas sale de allí. La pequeña es una locuela; el padre hace como que no ve; ojalá le salieran las cosas de manera que... Comprendo su gesto; no cree usted en tales cálculos, le parece que todos tienen el alma cándida...

—Pero, señor José Días, he visto a los pequeños jugando y nunca noté nada que me hiciera desconfiar. Incluso por la edad; Bentinho tiene apenas quince años. Capitu hizo catorce la semana pasada; son dos criaturas. No olvide que se criaron juntos, desde aquella gran inundación, hace diez años, en que la familia Padua perdió tantas cosas; de entonces vienen nuestras relaciones. ¿Y he de creer...? Hermano Cosme, ¿tú qué crees?

Tío Cosme respondió con un «¡Bueno!», que traducido vulgarmente quería decir: «Son imaginaciones de José Días; los pequeños se divierten, yo me divierto; ¿dónde está el gamón?»^[5].

—Sí, creo que está equivocado.

—Puede ser, señora. Ojalá tengan razón; pero créame que no hablé sino después de mucho observar...

—En todo caso, ya va siendo hora —interrumpió mi madre—; voy a tratar de meterlo en el seminario cuanto antes.

—Bueno, ya que no perdió la idea de hacerlo sacerdote, se ha ganado lo principal. Bentinho tendrá que satisfacer los deseos de su madre. Y además la Iglesia brasileña

tiene altos destinos. No olvidemos que un obispo presidió la Constituyente^[6], y que el padre Feijó gobernó el imperio...

—¡Un cuerno gobernó...! —atajó el tío Cosme, cediendo a antiguos rencores políticos.

—Perdón, doctor, no estoy defendiendo a nadie; estoy citando. Lo que quiero decir es que el clero aún tiene un gran papel en el Brasil.

—Lo que quiere usted es matar dos pájaros de un tiro; ande, vaya a buscar el gamón. En cuanto al pequeño, si ha de ser sacerdote es mejor que no comience a decir misa detrás de las puertas. Pero, escucha, hermana Gloria, ¿seguro que es necesario hacerlo sacerdote?

—Es una promesa y ha de cumplirse.

—Sé que hiciste la promesa..., pero una promesa así... no sé... Creo que, bien pensado... ¿Tú qué crees, prima Justina?

—¿Yo?

—La verdad es que nadie se conoce mejor que uno mismo —continuó el tío Cosme—; sólo Dios sabe de todos. Sin embargo, una promesa de hace tantos años... Pero, ¿qué es eso, hermana Gloria? ¿Estás llorando? ¡Pero bueno...! ¿Es esto cosa de lágrimas?

Se sonó mi madre sin responder. La prima Justina creo que se levantó y fue junto a ella. Siguió un profundo silencio durante el cual estuve a punto de entrar en la sala, pero otra fuerza mayor, otra emoción... No pude oír las palabras que el tío Cosme comenzó a decir. La prima Justina animaba: «¡Prima Gloria!». «¡Prima Gloria!». José Días se disculpaba: «De haberlo sabido no hubiera hablado, pero hablé por la veneración, por la estima, por el afecto, para cumplir un amargo deber, un deber amarguísimo...».

CAPÍTULO IV

UN DEBER AMARGUÍSIMO

JOSÉ Días amaba los superlativos. Era un modo de dar apariencia monumental a sus ideas; o, de no haberlas, servía para prolongar las frases. Se levantó para ir a buscar el juego del gamón, que estaba en el interior de la casa. Me cosí a la pared y lo vi pasar con su pantalón blanco almidonado, presillas, chaleco, y corbata de muelle. Fue de los últimos que usaron presillas en Río de Janeiro, y tal vez en el mundo. Llevaba el pantalón corto para que le quedara bien estirado. La corbata de satén negro, con un aro de acero por dentro, le inmovilizaba el pescuezo; estaba entonces de moda. El chaleco de algodón, vestido casero y leve, parecía en él una casaca de ceremonia.

Era magro, chupado, con un principio de calva; tendría sus cincuenta y cinco años. Se levantó con el paso vagoroso de costumbre, no aquel vagar arrastrado de los perezosos, sino un vagar calculado y deducido, un silogismo completo, la premisa antes que la consecuencia, la consecuencia antes que la conclusión. ¡Un deber amarguísimo!

EL AGREGADO^[7]

No siempre iba con aquel paso calmoso y rígido. También se descomponía en gestos, era muchas veces rápido y alegre en los movimientos, tan natural de una como de la otra manera. Además, reía ampliamente si era necesario, con una gran risa desganada, pero tan comunicativa que los carrillos, los dientes, los ojos, toda la cara, toda la persona, todo el mundo parecía reír en él. Era, en los lances graves, gravísimo.

Era nuestro agregado desde hacía muchos años; mi padre estaba aún en la antigua hacienda de Itaguaí^[8], y yo acababa de nacer. Un día apareció por allí, vendiéndose como médico homeópata; llevaba un *Manual*^[9] y un botiquín. Había entonces una epidemia de fiebres; José Días curó al administrador y a una esclava y no quiso recibir ninguna remuneración. Entonces mi padre le propuso quedarse a vivir allí, con un pequeño salario. José Días rehusó, diciendo que era justicia llevar la salud al cobertizo del pobre.

—¿Quién va a impedirle ir a otros lugares? Vaya donde quiera, pero quédese viviendo con nosotros.

—Volveré dentro de tres meses.

Volvió al cabo de dos semanas, aceptó casa y comida sin otro estipendio salvo el que quisieran darle para las fiestas. Cuando mi padre fue elegido diputado y vino para Río de Janeiro con la familia, vino él también, y tuvo su cuarto al fondo del patio. Un día, con fiebres de nuevo en Itaguaí, le dijo mi padre que fuera a ver a nuestros esclavos. José Días se quedó callado, suspiró y acabó confesando que no era médico. Tomó aquel título para ayudar a la propagación de la nueva escuela, y no lo hizo sin estudiar mucho y mucho; pero la conciencia no le permitía aceptar más enfermos.

—Pero curaste otras veces...

—Creo que sí; lo más acertado, sin embargo, es decir que fueron las medicinas indicadas en los libros. Ellos sí, ellos, por debajo de Dios. Yo era un charlatán... No lo niegue; los motivos de mi proceder podían ser y eran dignos; la homeopatía es la verdad y, para servir a la verdad, mentí; pero es el momento de recomponerlo todo.

No fue despedido, como pedía entonces; mi padre ya no podía prescindir de él. Tenía el don de hacerse aceptado y necesario; se echaba en falta, como alguien de la familia. Cuando murió mi padre, el dolor que le compungía fue enorme, me dijeron, que no me acuerdo. Mi madre le quedó muy agradecida, y no consintió que dejara el cuarto del patio; el séptimo día, después de la misa, fue a despedirse de ella.

—Quédese, José Días.

—Obedezco, señora.

Tuvo un pequeño legado en el testamento, una póliza y cuatro palabras de elogio.

Copió las palabras, las enmarcó y las colgó en el cuarto, encima de la cama. «Ésta es la mejor póliza», decía muchas veces. Con el tiempo, adquirió cierta autoridad en la familia, cierta audiencia al menos; no abusaba y sabía opinar obedeciendo. Al fin y al cabo era amigo, no diré óptimo, pero no todo es óptimo en este mundo. Y no lo imagines con alma subordinada; las cortesías que hiciera procedían antes del cálculo que del carácter. La ropa le duraba mucho: al contrario de esas personas que ensucian enseguida el traje nuevo, él llevaba el viejo cepillado y zurcido, sin arrugas, abrochado, con una elegancia pobre y modesta. Era leído, aunque sin criterio, lo suficiente para divertir en las reuniones o en la sobremesa, o explicar algún fenómeno, hablar de los efectos del calor o del frío, de los polos y de Robespierre. Contaba muchas veces un viaje que hizo a Europa, y confesaba que, de no ser por nosotros, ya hubiera regresado allí; tenía amigos en Lisboa, pero nuestra familia, por debajo de Dios, era todo.

—¿Por debajo o por encima? —le preguntó un día el tío Cosme.

—Por debajo —repitió José Días, lleno de veneración.

Y a mi madre, que era religiosa, le gustó ver que ponía él a Dios en el debido lugar, y sonrió aprobándolo. José Días lo agradeció con la cabeza. Mi madre le daba de vez en cuando algunas monedas. Tío Cosme, que era abogado, le confiaba la copia de los papeles de autos.

CAPÍTULO VI

TÍO COSME

Tío Cosme vivía con mi madre desde que ella enviudó. Ya era entonces viudo, como la prima Justina; era la casa de los tres viudos.

La fortuna cambia muchas veces las reglas de la naturaleza. Formado para las serenas funciones del capitalismo, el tío Cosme no se enriquecía en el foro; iba comiendo. Tenía el despacho en la antigua calle de las Violas^[10], cerca del Juzgado, que estaba en el desaparecido Aljube^[11]. Era criminalista. José Días no se perdía las defensas orales de tío Cosme. Era quien le ponía y quitaba la toga, con muchos cumplidos al final. En casa contaba los debates. Tío Cosme, por más modesto que quisiera ser, sonreía convencido.

Era gordo y pesado, tenía la respiración corta y los ojos adormilados. Uno de mis recuerdos más antiguos era verlo montar todas las mañanas la bestia que mi madre le dio y que lo llevaba al despacho. El negro que había ido a buscarla a la cochera la aseguraba por el freno mientras subía el pie y lo apoyaba en el estribo; a esto le seguía un minuto de descanso o reflexión. Después daba un impulso, el primero; el cuerpo amenazaba subir, pero no subía; segundo impulso, igual efecto. Por fin, después de algunos cumplidos instantes, tío Cosme reunía todas las fuerzas físicas y morales, daba el último salto de la tierra y, esta vez, caía sobre la silla. Raramente la bestia dejaba de mostrar, con un gesto, que acababa de recibir el mundo. Tío Cosme acomodaba las carnes y la bestia partía al trote.

Tampoco olvidé lo que me hizo una tarde. Como había nacido en el campo (adonde llegué con dos años) y a pesar de la costumbre de la época, no sabía montar y tenía miedo al caballo. Tío Cosme me cogió y me espatarró encima de la bestia. Cuando me vi en lo alto (tenía nueve años), solo y desamparado, el suelo allá abajo, comencé a gritar desesperadamente: ¡Mamá!, ¡mamá! Acudió ella pálida y trémula, pensó que me estaban matando, me apeó, me acarició, mientras su hermano preguntaba:

—Hermana Gloria, ¿un grandullón como éste y con miedo de bestia mansa?

—No está acostumbrado.

—Debe acostumbrarse. Sea sacerdote o vicario, en el campo es necesario que monte a caballo; y, aquí mismo, aun sin ser sacerdote, si quiere presumir como los otros muchachos y no sabe, va a quejarse de ti, hermana Gloria.

—Pues que se queje; tengo miedo.

—¡Miedo! ¡Vaya con el miedo!

La verdad es que únicamente comencé a aprender equitación más tarde, menos por placer que por la vergüenza de decir que no sabía montar. «Ahora es cuando va a galantear de veras», dijeron cuando comencé las lecciones. No dirían lo mismo del tío

Cosme. Era en él vieja costumbre y necesidad. Ya no estaba para amoríos. Cuentan que, siendo joven, fue aceptado por muchas damas, además de exaltado partidario. Pero los años se llevaron lo mejor del ardor político y sexual, y la gordura acabó con el resto de las ideas públicas y específicas. Ahora cumplía apenas las obligaciones del oficio y sin amor. Vivía las horas de descanso mirando, o jugaba. De vez en cuando decía picardías.

CAPÍTULO VII

DOÑA GLORIA

Mi madre era buena persona. Cuando se le murió el marido, Pedro de Albuquerque Santiago, contaba treinta y un años de edad y podía haber vuelto a Itaguaí. No quiso; prefirió quedarse cerca de la iglesia en la que fue sepultado mi padre. Vendió la haciendita y los esclavos, compró una docena de casas que puso a negociar o alquiló, cierto número de pólizas, y se fue quedando en la casa de Matacavalos, donde vivió los dos últimos años de casada. Era hija de una señora minera^[12], descendiente de otra paulista^[13], la familia Fernandes.

Pues en aquel año de gracia de 1857 Doña María de la Gloria Fernandes Santiago contaba cuarenta y dos años de edad. Era aún bonita y moza, pero se empeñaba en esconder los saldos de la juventud, por más que la naturaleza quisiera preservarla de la acción del tiempo. Vivía metida en un eterno vestido oscuro, sin adornos, con un chal negro, doblado en triángulo y abrochado en el pecho con un camafeo. El pelo, en crenchas, estaba recogido sobre la nuca por un viejo peine de tortuga; alguna vez llevaba toca blanca con volantes. Trajinaba así con sus zapatos de cuero planos y sordos, de un lado para otro, viendo y dirigiendo los trabajos de toda la casa, de la mañana a la noche.

Tengo en la pared su retrato, al lado del marido, igual que en la otra casa. Oscureció mucho la pintura, pero aún da idea de ambos. No me acuerdo nada de él, a no ser vagamente que era alto y usaba abundante cabellera; el retrato muestra unos ojos redondos, que me acompañan a todos los lados, efecto de la pintura que me asombraba de pequeño. El cuello sale de una corbata negra de muchas vueltas, la cara está completamente afeitada, salvo un pedacito pegado a las orejas. El de mi madre muestra que era linda. Contaba entonces veinte años y tenía una flor entre los dedos. En el cuadro parece ofrecerle la flor al marido. Lo que se lee en la cara de ambos es que, si la felicidad conyugal puede ser comparada al premio gordo, ellos la consiguieron en el billete comprado en sociedad.

Concluyo que no se deben abolir las loterías. Ningún premiado las acusó aún de inmorales, como nadie tachó de mala a la caja de Pandora por haberle dejado la esperanza en el fondo; en alguna parte tenía que quedar. Aquí los tengo a los dos bien casados de otrora, los bienamados, los bienaventurados que se fueron de esta a la otra vida, a continuar un sueño probablemente. Cuando la lotería y Pandora me aburren, alzo los ojos hacia ellos y olvido los billetes blancos y la caja fatídica. Son retratos que valen como originales. El de mi madre, entregándole la flor al marido, parece decir: «¡Soy toda tuya, mi hermoso caballero!». El de mi padre, mirándonos, hace este comentario: «Mirad cómo me quiere esta mocita...». Si padecieron inconvenientes, no lo sé, como tampoco sé si tuvieron disgustos: era niño y comencé

por no ser nacido. Después de su muerte recuerdo que ella lloró mucho; pero aquí están los retratos de ambos, sin que la pátina del tiempo les borrara la primera impresión. Son como fotografías instantáneas de la felicidad.

CAPÍTULO VIII

ES HORA

PERO ya es hora de volver a aquella tarde de noviembre, una tarde clara y fresca, sosegada como nuestra casa y el trecho de la calle en la que vivíamos. Fue verdaderamente el principio de mi vida, todo lo sucedido antes fue como el pintarse y vestirse de las personas que tenían que entrar en escena, el encender las luces, la preparación de los rabeles, la sinfonía... Ahora era cuando iba a comenzar yo mi ópera. «La vida es una ópera», me decía un viejo tenor italiano que aquí vivió y murió... Y me explicó un día la definición de tal manera que me hizo creer en ella. Tal vez valga la pena darla; es sólo un capítulo.

CAPÍTULO IX

LA ÓPERA

YA no tenía voz, pero se empeñaba en decir que la tenía. «El desuso es lo que me hace mal», añadía. Siempre que una compañía nueva llegaba de Europa iba al empresario y le exponía todas las injusticias de la tierra y el cielo, el empresario cometía una más y él salía bramando contra la iniquidad. Llevaba aún los bigotes de sus personajes. Cuando andaba, aunque viejo, parecía cortejar a una princesa de Babilonia. A veces canturreaba, sin abrir la boca, algún trozo aún más antiguo que él, o por lo menos tanto; voces así de apagadas son siempre posibles. Venía aquí a cenar conmigo algunas veces. Una noche, después de mucho Chianti, me repitió la definición de costumbre y, como yo le dijera que la vida podía ser tanto una ópera como un viaje por mar o una batalla, meneó la cabeza y replicó:

—La vida es una ópera y una gran ópera. El tenor y el barítono luchan por el soprano, en presencia del bajo y de los partiquinos, cuando no son el soprano y el contraalto los que luchan por el tenor, en presencia del mismo bajo y de los mismos partiquinos. Hay coros numerosos, muchos bailes y la orquestación es excelente...

—Pero, mi caro Marcolini...

—¿Qué...?

Y, después de beber un sorbo de licor, dejó la copa y me expuso la historia de la creación, con palabras que voy a resumir.

—Dios es el poeta. La música es de Satanás, joven maestro de mucho futuro, que aprendió en el conservatorio del cielo. Rival de Miguel, Rafael y Gabriel, no toleraba la precedencia que tenían ellos en la distribución de los premios. Puede ser también que la música, excesivamente dulce y mística de aquellos otros condiscípulos, fuera aborrecible para su genio esencialmente trágico. Tramó una rebelión que fue descubierta a tiempo, y fue expulsado del conservatorio. Todo hubiera ocurrido sin más si no hubiera escrito Dios un libreto de ópera que luego abandonó por entender que tal género de recreo era impropio de su eternidad. Satanás se llevó el manuscrito al infierno. Con el fin de mostrar que valía más que los otros —y acaso para reconciliarse con el cielo— compuso la partitura, y, cuando la acabó, fue a llevársela al Padre Eterno.

—Señor, no olvidé las lecciones recibidas —le dijo—. Aquí tenéis la partitura, escuchadla, enmendadla, hacedla escuchar y, si la encontráis digna de las alturas, admitidme con ella a vuestros pies...

—No —replicó el Señor, no quiero oír nada.

—Pero, Señor...

—¡Nada!, ¡nada!

Satanás suplicó aún, sin mejor fortuna, hasta que Dios, cansado y lleno de

misericordia, consintió en que la ópera fuera ejecutada, pero fuera del cielo. Creó un teatro especial, este planeta, e inventó una compañía entera, con todas sus partes, principales y partiquinos, coros y bailarines.

—¡Oíd ahora algunos ensayos!

—No, no quiero saber nada de ensayos. Me basta con haber compuesto el libreto; estoy dispuesto a dividir contigo los derechos de autor.

Tal vez fue malo rehusar así; de ello se dedujeron algunos desconciertos que la audiencia previa y la colaboración amiga habrían evitado. En efecto, hay lugares en que el verso va para la derecha y la música para la izquierda. No faltará quien diga que precisamente en ello radica la belleza de la composición, huyendo de la monotonía, y así explican el terceto del Edén, el aria de Abel, los coros de la guillotina y la esclavitud. No es raro que los mismos lances se reproduzcan, sin razón suficiente. Ciertos motivos cansan a fuerza de repetición. También hay oscuridades; el maestro abusa de las masas corales, encubriendo muchas veces el sentido con un modo confuso. Las partes orquestales son, por otro lado, tratadas con gran pericia. Tal es la opinión de los imparciales.

Los amigos del maestro quieren que difícilmente se pueda encontrar obra tan bien acabada. Alguno que otro admite ciertas rudezas y algunas lagunas, pero con el andar de la ópera es probable que sean éstas cumplimentadas o explicadas y desaparezcan enteramente, sin negarse el maestro a enmendar la obra donde encuentre que no responde del todo al pensamiento sublime del poeta. Ya no dicen lo mismo los amigos de éste. Juran que el libreto fue sacrificado, que la partitura corrompió el sentido de la letra y, como es bella en algunos lugares y trabajada con arte en otros, es absolutamente diferente y hasta contraria al drama. Lo grotesco, por ejemplo, no está en el texto del poeta; es una excrescencia para imitar *Las alegres comadres de Windsor*. Este punto es contestado por los satanistas con alguna apariencia de razón. Dicen ellos que en la época en que el joven Satanás compuso la gran ópera ni Shakespeare ni esa farsa habían nacido. Llegan a afirmar que el poeta inglés no tuvo otra genialidad sino la de transcribir la letra de la ópera, con tal arte y fidelidad que parece él mismo el autor de la composición; pero, evidentemente, es un plagiario.

—Esta obra —concluyó el viejo tenor— durará mientras dure el teatro, sin que se pueda calcular en qué tiempo será demolido por utilidad astronómica. El éxito es creciente. Poeta y músico reciben puntualmente sus derechos de autor; que no son iguales porque la regla de la división es aquello de las Escrituras: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos». Dios recibe en oro; Satanás en papel.

—Tiene gracia...

—¿Gracia? —gritó furioso; pero se calmó enseguida y replicó—: Querido Santiago, yo no tengo gracia, tengo horror a la gracia. Esto que digo es la verdad pura y definitiva. Un día, cuando sean quemados todos los libros por inútiles, tendrá que haber alguien, puede que tenor y tal vez italiano, que enseñe esta verdad a los hombres. Todo es música, amigo mío. En el principio era el *do*, y el *do* se hizo *re*, etc.

Esta copa (y la llenaba de nuevo) esta copa es un breve estribillo. ¿No se oye?
Tampoco se oyen el palo y la piedra, pero todo cabe en la misma ópera...

CAPÍTULO X

ACEPTO LA TEORÍA

QUE es demasiada metafísica para un solo tenor, no hay duda; pero la pérdida de la voz lo explica todo, y hay filósofos que son, en resumen, tenores sin empleo.

Yo, amigo lector, acepto la teoría de mi viejo Marcolini, no sólo por la verosimilitud, que es muchas veces toda la verdad, sino porque mi vida se identifica con la definición. Canté un *dúo* tiernísimo, después un *trío*, después un *cuarteto*... Pero no adelantemos; vamos a la primera tarde en la que yo llegué a saber que ya cantaba, porque la denuncia de José Días, mi caro lector, me fue dada principalmente a mí. Fue a mí a quien me denunció.

CAPÍTULO XI

LA PROMESA

TAN deprisa como vi desaparecer al agregado por el pasillo dejé el escondrijo y corrí hacia la terraza del fondo. Nada quise saber de las lágrimas ni de la causa que las hacía verter a mi madre. La causa eran probablemente sus proyectos eclesiásticos, y la ocasión de éstos es la que voy a decir, por ser ya entonces historia pasada; databa de hacía dieciséis años.

Los proyectos venían de la época en que fui concebido. Al haberle nacido muerto el primer hijo, mi madre se alió con Dios para que el segundo le vengara, prometiendo, si fuera varón, dedicarlo a la Iglesia. Tal vez esperaba una niña. No le dijo nada a mi padre, ni antes ni después de darme a luz; pensaba hacerlo cuando fuera yo a la escuela, pero enviudó antes. Ya viuda sintió el terror de separarse de mí; pero era tan devota, tan temerosa de Dios, que buscó testimonios de la obligación, confiando la promesa a parientes y familias. Únicamente, para que nos separáramos lo más tarde posible, me hizo aprender en casa las primeras letras, latín y doctrina, por aquel padre Cabral, viejo amigo del tío Cosme, que iba allí a jugar por las noches.

Plazos largos son fáciles de suscribir; la imaginación los hace infinitos. Mi madre esperó que los años fueran llegando. Mientras, me iba metiendo la idea de la Iglesia; juegos de niño, libros devotos, imágenes de santos, conversaciones de casa, todo convergía en el altar. Cuando íbamos a misa me decía siempre que era para aprender a ser sacerdote, y que me fijara en el sacerdote, que no le quitase los ojos al sacerdote. En casa jugaba a misa, un tanto a escondidas, porque mi madre decía que la misa no era cosa de broma. Preparábamos un altar Capitu y yo. Ella hacía de sacristán y alterábamos el ritual en el sentido de dividirnos la hostia entre los dos; la hostia era siempre un dulce. En la época en que jugábamos así era muy común oír a mi vecina: «¿Hoy hay misa?». Yo sabía ya lo que esto quería decir; respondía afirmativamente e iba a pedir la hostia con otro nombre. Volvía con ella, preparábamos el altar, chapurreábamos el latín y precipitábamos las ceremonias. *Dominus, non sum dignus...* esto, que debía decirlo tres veces, creo que sólo lo decía una, tal era la golosería del cura y del sacristán. No bebíamos vino ni agua; no teníamos del primero, y la segunda nos quitaría el sabor del sacrificio.

Últimamente ya no me hablaban del seminario, hasta el punto que lo suponía yo asunto acabado. Quince años, y sin vocación, antes pedían el seminario del mundo que el de San José. Mi madre se quedaba muchas veces mirándome, como alma perdida, o me cogía de la mano, con cualquier pretexto, y me la apretaba con fuerza.

CAPÍTULO XII

EN LA TERRAZA

ME paré en la terraza; iba medio tonto, alelado, temblándome las piernas, y el corazón pareciendo querer salirme por la boca. No me atrevía a bajar al jardín y pasar al patio vecino. Comencé a andar de un lado para otro, parando para apoyarme, y andaba otra vez y paraba. Voces confusas repetían el discurso de José Días:

«Siempre juntos...».

«En secretitos...».

«Como se enamoren...».

En las baldosas que pisé y repisé aquella tarde, en las columnas amarillentas que me pasaban a la derecha o la izquierda, según fuera o viniera, se quedó la mejor parte de la crisis, la sensación de un gozo nuevo, que me envolvía en mí mismo y luego me dispersaba y me daba escalofríos y me derramaba no sé qué bálsamo interior. A veces reaccionaba, sonriendo, con una especie de risa de satisfacción que desmentía la abominación de mi pecado. Y las voces se repetían confusas:

«En secretitos...».

«Siempre juntos...».

«Como se enamoren...».

Un coquero, viéndome inquieto y adivinando la causa, murmuró desde arriba que no era feo que los muchachos de quince años anduvieran en los rincones con las muchachas de catorce; al contrario, los adolescentes de esa edad no tenían otro oficio ni los rincones otra utilidad. Era un coquero viejo, y yo creía en los coqueros viejos, más aún que en los viejos libros. Pájaros, mariposas, una cigarra que ensayaba el estío, toda la gente viva del aire era de la misma opinión.

¿Conque amaba yo entonces a Capitu, y ella a mí? Realmente, andaba cosido a sus faldas, pero nada ocurría entre nosotros que fuera de verdad secreto. Antes de ir ella al colegio eran todas travesuras de niños; después que salió del colegio es verdad que no restablecimos enseguida la vieja amistad, pero volvió poco a poco, y durante el último año era total. Mientras tanto, la materia de nuestras conversaciones era la de siempre. Capitu me llamaba a veces guapo, mocetón, una flor; otras me cogía las manos para contarme los dedos. Y comencé a recordar esos y otros gestos y palabras, el placer que sentía cuando ella me pasaba la mano por el pelo diciéndome que le parecía lindísimo. Yo, sin hacerle lo mismo, decía que el suyo era mucho más lindo que el mío. Entonces Capitu sacudía la cabeza con una gran expresión de desengaño y melancolía, tanto más de extrañar porque tenía el cabello realmente admirable; pero yo replicaba llamándole loquilla. Cuando me preguntaba si había soñado con ella la víspera y yo le decía que no, le oía contar que soñó conmigo, y eran aventuras

extraordinarias, que subíamos al Corcovado^[14] por el aire, que danzábamos en la luna, o que los ángeles venían a preguntarnos por los nombres, para dárselos a otros ángeles que acababan de nacer. En todos aquellos sueños andábamos muy unidos. Los que yo tenía con ella no eran así; apenas reproducían nuestra familiaridad, y muchas veces no pasaban de la simple repetición del día, una frase, algún gesto. También yo los contaba. Capitu un día notó la diferencia, diciendo que los de ella eran más bonitos que los míos; y, después de cierta vacilación, le dije que eran como la persona que soñaba... Se puso roja como un pimiento.

Pues, francamente, sólo ahora entendía la emoción que me daban esas y otras confidencias. La emoción era dulce y nueva, pero la causa de ella me huía, sin que yo la buscara ni la sospechara. Los silencios de los últimos días, que no me descubrían nada, ahora los sentía como señales de algo, y también las medias palabras, las preguntas curiosas, las respuestas vagas, los cuidados, el placer de recordar la infancia. Igualmente advertí que era fenómeno reciente despertar con el pensamiento en Capitu, y escucharla en la memoria, y estremecerme cuando oía sus pasos. Si se hablaba de ella en mi casa, prestaba más atención que antes y, según fuera alabanza o crítica, así me traía gustos o disgustos más intensos que otrora, cuando éramos solamente compañeros de travesuras. Llegué a pensar en ella durante las misas de aquel mes, con intervalos, es verdad, pero con exclusividad también.

Todo esto se me presentaba ahora por boca de José Días, que me denunciaba a mí, a quien todo le perdonaba, el mal que dijera, el mal que hiciera y lo que pudiera venir de uno y de otro. En aquel instante, la eterna Verdad no valdría más que él, ni la eterna Bondad, ni las demás Virtudes eternas. ¡Amaba a Capitu! ¡Capitu me amaba! Y mis piernas andaban, desandaban, paraban, trémulas y creyendo abarcar el mundo. Este primer palpitar de la savia, esta revelación de la conciencia a sí misma, nunca se me olvidó, ni creía que fuese comparable a cualquier otra sensación de la misma especie. Naturalmente, por ser mía. Naturalmente también por ser la primera.

CAPÍTULO XIII

CAPITU

DE repente, oí gritar una voz dentro de la casa de al lado:
—¡Capitu!

Y en el patio:

—¡Mamá!

Y otra vez en la casa:

—¡Ven aquí!

No me pude contener. Las piernas me bajaron los tres escalones que daban al jardín y me llevaron al patio vecino. Era costumbre de ellas por las tardes, y por las mañanas también. Que las piernas también son personas, sólo inferiores a los brazos, y se valen por sí mismas cuando la cabeza no las rige por medio de ideas. Las mías llegaron al pie del muro. Había allí una puerta de comunicación mandada abrir por mi madre cuando Capitu y yo éramos pequeños. La puerta no tenía llave ni pestillo; se abría empujando de un lado y tirando del otro y se cerraba con el peso de una piedra que pendía de una cuerda. Era casi exclusivamente nuestra. Cuando niños, nos hacíamos visitas llamando de un lado y siendo recibidos del otro con mucho comedimiento. Cuando las muñecas de Capitu enfermaban, el médico era yo. Entraba en su patio con una vara debajo del brazo, para imitar el bastón del doctor João da Costa; tomaba el pulso a la enferma y le pedía que enseñara la lengua. «Es sorda, pobrecita», exclamaba Capitu. Entonces yo me arrascaba la barbilla, como el doctor, y terminaba mandando aplicarle una sanguijuela o darle un vomitivo; era la terapéutica habitual del médico.

—¡Capitu!

—¡Mamá!

—Deja de agujerear el muro; ven aquí.

La voz de la madre estaba ahora más cerca, como si viniera ya de la puerta del fondo. Quise pasar al patio, pero las piernas, poco antes tan andariegas, parecían ahora pegadas al suelo. Finalmente hice un esfuerzo, empujé la puerta y entré. Capitu estaba al pie del muro fronterizo, vuelta hacia él, rayando con un clavo. El rumor de la puerta le hizo mirar para atrás. Caminé hacia ella; naturalmente, llevaba yo el gesto demudado, porque vino hacia mí y me preguntó inquieta:

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada

—Nada, no. Algo te pasa.

Quise insistir que nada, pero no encontré palabras. Todo yo era ojos y corazón, un corazón que esta vez iba a salir con seguridad por la boca. No podía apartar los ojos de aquella criatura de catorce años, alta, fuerte y llena, apretada en un vestido de

algodón, medio desteñado. El pelo grueso, dividido en dos trenzas, con las puntas atadas la una en la otra, a la moda de la época, le caía por la espalda. Morena, de ojos claros y grandes, nariz recta y larga, tenía la boca fina y ancho el mentón. Las manos, a despecho de algunos rudos oficios, estaban cuidadas con amor; no olían a jabones finos ni a aguas de tocador, pero con el agua del pozo y jabón común las llevaba sin mácula. Calzaba zapatos de lona planos y viejos, a los que ella misma había dado algunas puntadas.

—¿Qué que te pasa? —repitió.

—No es nada —balbucí finalmente.

Y corregí enseguida:

—Es una noticia.

—¿Noticia de qué?

Pensé decirle que iba a entrar en el seminario y observar la impresión que le hacía. Si le consternaba, es que de verdad yo le gustaba; si no, es que no le gustaba. Pero todo ese cálculo fue oscuro y rápido, sentía que no podía hablar claramente, tenía ahora la vista no sé cómo...

—Dime...

—Ya sabes.

Entonces miré hacia el muro, el sitio en que había estado ella rascando, escribiendo o agujereando, como dijo la madre. Vi unos rayones abiertos y recuerdo el gesto que hizo para ocultarlos. Quise entonces verlos de cerca y di un paso. Capitu me agarró, pero, o por temer que acabara yo huyendo, o por negarme de otra manera, corrió hacia adelante y borró lo escrito. Fue lo mismo que encender en mí el deseo de leer lo que era.

CAPÍTULO XIV

LA INSCRIPCIÓN

TODO lo que conté al final del otro capítulo fue obra de un instante. Lo que siguió fue aún más rápido. Di un salto y, antes de que raspase ella el muro, leí estos dos nombres, abiertos con el clavo y dispuestos de esta manera:

BENTO

CAPITOLINA

Me volví hacia ella; Capitu tenía los ojos en el suelo. Los levantó enseguida, despacio, y nos quedamos mirándonos el uno al otro... Confesión de niños; merecías dos o tres páginas, pero quiero ser ahorrador. En verdad, no hablamos de nada; el muro habló por nosotros. No nos movimos, fueron las manos las que se extendieron poco a poco, las cuatro a la vez, cogiéndose, apretándose, fundiéndose. No marqué la hora exacta de aquel gesto. Debía de haberla marcado; siento la falta de alguna nota escrita aquella misma noche, que habría puesto aquí con las faltas de ortografía que tuviera, pero no tendría ninguna, tal era la diferencia entre el estudiante y el adolescente. Conocía las reglas de la escritura, sin sospechar las de amar; tenía orgías de latín y era virgen en mujeres.

No soltamos las manos, ni se dejaron caer de cansadas u olvidadas. Los ojos se clavaban y desclavaban y, después de vagar cerca, volvían a meterse los unos en los otros... Sacerdote futuro, estaba delante de ella como ante un altar, y era uno de los rostros la Epístola y el otro el Evangelio. La boca podía ser el cáliz, los labios la patena. Faltaba decir la misa nueva, con un latín que nadie aprende y es la lengua católica de los hombres. No me tengas por sacrílego, mi devota lectora; la limpieza de la intención lava lo que pueda haber de menos clerical en el estilo. Estábamos allí con el cielo en nosotros. Las manos, uniendo los nervios, hacían de las dos criaturas una sola, pero una sola criatura seráfica. Los ojos continuaron diciendo cosas infinitas, las palabras de boca eran las que ni intentaban salir, volvían al corazón, calladas como venían...

OTRA VOZ REPENTINA

OTRA voz repentina, pero esta vez una voz de hombre:
—¿Estáis jugando al juego de la risa?

Era el padre de Capitu, que estaba en la puerta del fondo, al lado de la mujer. Soltamos las manos deprisa, nos sentimos atrapados. Capitu fue al muro y, con el clavo, disimuladamente, borró nuestros nombres escritos.

—¡Capitu!

—¡Papá!

—No estropees el revoque del muro.

Capitu rayaba sobre lo rayado para borrar bien lo escrito. Padua salió al patio, a ver lo que era, pero ya la hija había comenzado otra cosa, un perfil, que dijo era su retrato y que podía ser tanto el de él como el de la madre; le hizo reír, que era lo esencial. Por lo demás, llegó sin cólera, muy cariñoso, a pesar del gesto dudoso o menos que dudoso en que nos pilló. Era un hombre bajo y grueso, piernas y brazos cortos, espaldas combadas, de donde le vino el mote de Tortuga, que José Días le puso. Nadie le llamaba así en casa; solamente el agregado.

—¿Estabais jugando al juego de la risa?

Miré a un saúco que estaba cerca; Capitu respondió por los dos.

—Estábamos, sí señor, pero Bentinho se ríe enseguida, no aguanta.

—Cuando llegué a la puerta no se reía.

—Ya se había reído otras veces; no puede. ¿Quieres verlo?

Y seria, fijó en mí los ojos, invitándome al juego. El susto era, naturalmente, serio; yo estaba aún bajo el efecto del que llegó con la entrada de Padua y no fui capaz de reír, por más que tuviera que hacerlo para legitimar la respuesta de Capitu. Ésta, cansada de esperar, desvió el rostro diciendo que aquella vez yo no reía por estar cerca de su padre. Ni así reí. Hay cosas que sólo se aprenden tarde; es menester nacer con ellas para hacerlas pronto. Y mejor es, naturalmente, pronto que artificialmente tarde. Capitu, después de dos intentos, se fue con su madre, que continuaba en la puerta de la casa, dejándonos al padre y a mí encantados con ella; el padre, mirándonos a ella y a mí, me decía, lleno de ternura:

—¿Quién diría que esta pequeña tiene catorce años? Parece de diecisiete. ¿Está bien tu mamá? —continuó, volviéndose por completo hacia mí.

—Está bien.

—Hace muchos días que no la veo. Tengo ganas de echarle un capote al doctor, pero no he podido, tengo trabajos de la oficina en casa; escribo todas las noches como un desesperado; asunto de informes. ¿Ya has visto mi gaturamo?^[15] Está allí al fondo. Iba ahora a buscar la jaula; anda a verlo.

Que no tenía ningún deseo, se creará fácilmente, sin que sea necesario jurarlo por el cielo o por la tierra. Mi deseo era ir detrás de Capitu y hablarle ahora de los males que nos esperaban; pero el padre era el padre, y, además, amaba particularmente a los pajaritos. Los tenía de varias especies, colores y tamaños. El espacio que había en el centro de la casa estaba cercado por jaulas de canarios, que hacían al cantar un jaleo de todos los diablos. Cambiaba pájaros con otros aficionados, los compraba, cogía algunos en el propio patio, con trampas. También, si enfermaban, los trataba como si fueran personas.

CAPÍTULO XVI

EL ADMINISTRADOR INTERINO

PADUA era empleado en una oficina dependiente del Ministerio de la Guerra. No ganaba mucho, pero la mujer gastaba poco, y la vida era barata. Además, la casa en que vivía, de dos plantas como la nuestra, aunque menor, era propiedad suya. La compró con la enorme fortuna que tuvo en un billete de lotería, diez «contos de reis»^[16]. La primera idea de Padua, cuando le salió el premio, fue comprar un caballo del Cabo^[17], un aderezo de brillantes para la mujer, una sepultura perpetua para la familia, encargar algunos pájaros de Europa, etc.; pero la mujer, esa doña Fortunata que está ahí al fondo de la casa, de pie, hablándole a la hija, alta, fuerte, llena, como la hija, la misma cabeza, los mismos ojos claros, la mujer fue quien dijo que era mejor comprar la casa y guardar lo que sobrara para acudir a otras necesidades mayores. Padua vaciló mucho; finalmente tuvo que ceder a los consejos de mi madre, a la que doña Fortunata pidió auxilio. No fue esa la única ocasión en que les valió mi madre; llegó un día a salvarle la vida a Padua. Escuchad; la anécdota es corta.

El administrador de la oficina en que Padua trabajaba tuvo que ir al norte, en comisión. Padua, o por orden del reglamento o por especial designación, quedó sustituyendo al administrador, con los respectivos honorarios. Este cambio de fortuna le ocasionó algo de vértigo; era antes de los diez *contos*. No se contentó con reformar la ropa y la vajilla, se lanzó a gastos superfluos, regaló joyas a la mujer, los días de fiesta mataba un lechón, se le veía en los teatros, llegó a comprar zapatos de brillo. Vivió así veintidós meses, suponiendo una eterna interinidad. Una tarde entró en nuestra casa afligido y desorientado; iba a perder el puesto porque llegó el titular aquella mañana. Pidió a mi madre que velara por las infelices que iba a dejar; no podía sufrir aquella desgracia; se mataría. Mi madre le habló con bondad, pero no atendía él a nada.

—No, señora mía, ¡no consentiré tamaña vergüenza! Hacer retroceder a la familia, volver atrás... Ya lo dije, ¡me mato! No voy a confesar a mi gente esta miseria. ¿Y los demás? ¿Qué dirán los vecinos? ¿Y los amigos? ¿Y el público?

—¿Qué público, señor Padua? Déjese de tonterías; sea usted hombre. Recuerde que su mujer no tiene a nadie más... ¿qué va a hacer? Un hombre..., sea usted hombre, vamos.

Padua se enjugó los ojos y fue para casa, donde vivió postrado algunos días, mudo, cerrado en su cuarto, o en el patio, al pie del pozo, como si la idea de la muerte se empecinara en él. Doña Fortunata le regañaba:

—¿Eres un niño, Joãozinho?

Pero le oyó hablar tanto de la muerte que tuvo miedo, y un día corrió pidiéndole a mi madre que le salvara al marido, que quería matarse. Mi madre fue a buscarlo al pie

del pozo y le estimuló a que viviera. ¿Qué tontería era aquella de parecer que iba a ser desgraciado por causa de una gratificación menos y perder un empleo interino? No señor, debía de ser hombre, padre de familia, imitar a la mujer y a la hija... Padua obedeció; confesó que encontraría fuerzas para cumplir la voluntad de mi madre.

—Voluntad mía, no; es obligación suya.

—Pues sea obligación; no ignoro que es así.

Los días siguientes continuó entrando y saliendo de casa, cosido a la pared, con la cara en el suelo. No era el mismo hombre que gastaba el sombrero cortejando a la vecindad, risueño, los ojos en alto de antes de la administración interina. Pasaron las semanas, la herida fue sanando. Padua comenzó a interesarse por los negocios domésticos, a cuidar de los pajaritos, a dormir tranquilo por las noches y las tardes, a conversar y dar noticias de la calle. La serenidad regresó; tras ella vino la alegría, un domingo, en forma de dos amigos que iban a jugar al tresillo, a los puntos. Ya reía, ya jugaba, tenía el aire de costumbre; la herida sanó del todo.

Con el tiempo ocurrió un fenómeno interesante. Padua comenzó a hablar de la administración interina, no solamente sin la nostalgia de los honorarios, ni con la vejación de la pérdida, sino con presunción y orgullo. La administración pasó a ser la héjira, desde donde contaba hacia adelante y atrás.

—Los tiempos en que yo era administrador...

O también:

—¡Ah!, sí, me acuerdo, fue antes de mi administración, uno o dos meses antes... No, espere; mi administración comenzó... Sí, eso es, mes y medio antes; fue mes y medio antes; no fue más.

O incluso:

—Exactamente; hacía ya seis meses que yo administraba...

Tal es el sabor póstumo de las glorias interinas. José Días manifestaba que era la vanidad superviviente; pero el padre Cabral, que llevaba todo al terreno de las Escrituras, decía que con el vecino Padua se daba la lección de Elías a Job: «No desprecies la corrección del Señor, Él hiere y cura».

CAPÍTULO XVII

LOS GUSANOS

«¡ÉL hiere y cura!». Cuando, más tarde, llegué a saber que la lanza de Aquiles también curó una herida que hizo, tuve alguna que otra veleidad de escribir una disertación a propósito. Llegué a coger libros viejos, libros muertos, libros enterrados, a abrirlos, a compararlos, catando el texto y el sentido para encontrar el origen común del oráculo pagano y del pensamiento israelita. Caté los propios gusanos de los libros, para que me dijeran lo que había en los textos que habían roído.

—Señor mío —me respondió luego un gusano gordo—; nosotros no sabemos absolutamente nada de los textos que roemos, ni escogemos lo que roemos, ni amamos o detestamos lo que roemos; sólo roemos.

No le arranqué nada más. Todos los demás, como si se hubieran confabulado de palabra, repetían la misma cantinela. Tal vez ese discreto silencio sobre los textos roídos fuese aún un modo de roer lo roído.

CAPÍTULO XVIII

UN PLAN

Ni el padre ni la madre estaban con nosotros cuando Capitu y yo, en la sala de visitas, hablábamos del seminario. Con los ojos en mí, Capitu quería saber qué noticia era la que tanto me afligía. Cuando le dije lo que era, se puso del color de la cera.

—Pero yo no quiero —añadí enseguida—, no quiero entrar en el seminario; no entro; es inútil que se empeñen conmigo; no entro.

Capitu, al comienzo, no dijo nada. Recogió los ojos, los metió en sí y se dejó estar, con las pupilas vagas y sordas, la boca entreabierta, quieta del todo. Entonces yo, para dar fuerza a mis afirmaciones, comencé a jurar que no sería sacerdote. En aquel tiempo juraba mucho y bravo, por la vida y por la muerte. Juré por la hora de la muerte. Que la luz me faltara en la hora de la muerte si iba al seminario. Capitu no parecía creer ni descreer, no parecía siquiera oír; era una figura de madera. Quise llamarla, sacudirla, pero me faltó ánimo. Esa criatura que había jugado conmigo, brincado, bailado, y creo que hasta dormido conmigo, me dejaba ahora con los brazos atados y miedosos. Por fin volvió en sí, pero tenía la cara lívida y rompió con estas palabras furiosas:

—¡Beata!, ¡santurrona!, ¡comesantos!

Me quedé aturdido. A Capitu le gustaba tanto mi madre, y a mi madre ella, que no podía entender yo tamaña explosión. Es verdad que también le gustaba yo, y más naturalmente, o mejor, o de otro modo, cosa que explicaba bastante el despecho que le traía la amenaza de separación; pero aquellos improperios... ¿cómo entender que le llamara motes tan feos, y justamente para menospreciar hábitos religiosos, que eran los suyos? Que ella iba también a misa y fue mi madre quien tres o cuatro veces la llevó en nuestro viejo carruaje. También le había dado un rosario, una cruz de oro y un libro de *Horas*... Quise defenderla, pero Capitu no me dejó, continuó llamándola beata y santurrona, en voz tan alta que tuve miedo que llegara a oídos de los padres. Nunca la vi tan irritada como entonces; parecía dispuesta a decir de todo a todos. Cerraba los dientes, meneaba la cabeza... Yo, asustado, no sabía qué hacer; repetía mis juramentos, prometía ir aquella misma noche a declarar en casa que, por nada en este mundo, entraría en el seminario.

—¿Tú? Tú entras.

—No entro.

—Ya verás si entras o no.

Se calló de nuevo. Cuando volvió a hablar había cambiado; no era aún la Capitu de costumbre, pero casi. Estaba seria, sin aflicción, hablaba bajo. Quiso conocer la conversación de mi casa, se la conté toda, menos la parte que le concernía.

—¿Y qué interés tiene José Días en recordar eso? —me preguntó por fin.

—Creo que ninguno; fue sólo para hacer daño. Es muy mal tipo; pero déjalo, que ya me las pagará. Cuando sea amo de la casa quien va a la calle es él, ya lo verás; no se queda ni un instante. Mamá es demasiado buena; le presta demasiada atención. Parece que hasta lloró.

—¿José Días?

—No, mamá.

—¿Por qué lloró?

—No sé; sólo oí decirle que no llorase, que no era cosa de lloro... Él llegó a mostrarse arrepentido y salió; yo, entonces, para que no me pillaran, abandoné el rincón y corrí hacia la terraza. ¡Pero déjalo, que ya me las pagará!

Dije esto cerrando el puño y proferí otras amenazas. Al recordarlas, no me parezco ridículo; la adolescencia y la infancia no son, en este aspecto, ridículas; es uno de sus privilegios. Este mal o este peligro comienza en la mocedad, crece en la madurez y alcanza el más alto grado en la vejez. A los quince años hay hasta cierta gracia en amenazar mucho y no ejecutar nada.

Capitu reflexionaba. La reflexión no era cosa rara en ella y se conocía por lo apretado de los ojos. Me pidió alguna circunstancia más, las palabras exactas de unos y de otros, y el tono de ellas. Como yo no quería decir el punto inicial de la conversación, que era ella misma, no le pude dar el total significado. La atención de Capitu se centraba ahora particularmente en las lágrimas de mi madre; no acababa de entenderlas. En medio de esto confesó que no era ciertamente para mal por lo que mi madre me quería hacer sacerdote; era la promesa antigua que ella, temerosa de Dios, no podía dejar de cumplir. Quedé tan satisfecho al ver que así, espontáneamente, reparaba las injurias que le salieron del pecho poco antes, que le cogí la mano y se la apreté mucho. Capitu lo dejó correr, riendo; después la conversación comenzó a dar cabezadas y a dormir. Habíamos llegado a la ventana; un negro, que desde hacía algún tiempo iba pregonando cocadas, paró enfrente y preguntó:

—Señoíta, ¿quíé cocada hoy?

—No —respondió Capitu.

—Cocaíta tá buena.

—Vete —replicó ella sin enfado.

—¡Da acá! —dije yo—, bajando el brazo para recibir dos.

Las compré, pero me las tuve que comer solo; Capitu rehusó. Vi que, en medio de la crisis, yo conservaba un rinconcito para las cocadas, lo que puede tanto ser perfección como imperfección; pero el momento no era para definiciones tales; quedemos en que mi amiga, a pesar de equilibrada y lúcida, no quiso saber del dulce, y le gustaba mucho el dulce. Al contrario, el pregón que el negro fue cantando, el pregón de las viejas tardes, tan sabido en el barrio y en nuestra infancia,

Llora, la niña, llora,

*porque no tiene
Un centavo,*

medio le dejó una impresión aburrida... Por la tonada no era; ella la sabía de memoria y de lejos, acostumbraba repetirla en nuestros juegos de infancia, riendo, saltando, cambiando los papeles conmigo, bien vendiendo, bien comprando un dulce ausente. Creo que la letra, destinada a picar la vanidad de los niños, fue lo que le enojó ahora, porque al momento me dijo:

—Si yo fuera rica tú huirías, te subirías al barco y te ibas a Europa.

Dicho esto, me miró fijamente a los ojos, pero creo que nada le dijeron, o sólo agradecieron la buena intención. En efecto, el sentimiento era tan amigo que podía yo excusar lo extraordinario de la aventura.

Como ves, Capitu tenía ya a los catorce años ideas atrevidas, mucho menos que otras que le vinieron después; pero eran sólo atrevidas en sí, en la práctica se hacían hábiles, sinuosas, sordas, y alcanzaban el fin propuesto, no de un salto, sino a saltitos. No sé si me explico bien. Suponed una gran concepción ejecutada con pequeños medios. Así, para no salir del deseo vago e hipotético de irme a Europa, Capitu, si pudiera cumplirlo, no me haría embarcarme en el paquebote y huir: extendería una hilera de canoas de aquí hasta allá, por donde yo, pareciendo ir a la fortaleza de la Laje^[18] en un puente movedizo, iría realmente hasta Burdeos, dejando a mi madre en la playa, esperando. Tal era la particularidad del carácter de mi amiga; por lo que no admira que, combatiendo mis proyectos de resistencia franca, fuera, antes que por los medios blandos, por la acción del empeño, de la palabra, de la persuasión lenta y constante, y examinase antes a las personas con las que podía contar. Rechazó al tío Cosme; era un vividor; si no aprobaba mi ordenación tampoco era capaz de dar un paso para suspenderla. Prima Justina era mejor que él, y mejor que los dos sería el padre Cabral, por su autoridad, pero el padre no iba a trabajar contra la Iglesia; solamente si yo le confesaba que no tenía vocación...

—¿Puedo confesarlo?

—Pues sí, pero sería mostrarse con franqueza, y lo mejor es otra cosa. José Días...

—¿Qué tiene José Días?

—Puede ser un buen valedor.

—Pero si fue él mismo el que habló...

—No importa —continuó Capitu—; dirá ahora otra cosa. Le gustas mucho. No le hables con temor. Todo consiste en que no le tengas miedo, muéstrale que llegarás a ser dueño de la casa, muéstrale que quieres y que puedes. Dale a entender que no es un favor. Hazle también elogios; le gusta mucho ser elogiado. Doña Gloria le presta atención; pero lo principal no es eso; es que él, teniendo que servirte, hablará con mucho más calor que otra persona.

—No lo creo, no, Capitu.

—Entonces vete al seminario.

—Eso no.

—¿Pero qué se pierde con probar? Probemos; haz lo que te digo. Puede ser que doña Gloria mude de resolución; si no muda, hacemos otra cosa, metemos al padre Cabral. ¿No te acuerdas cómo fue al teatro, por primera vez, hace dos meses? Doña Gloria no quería, y eso bastaba para que José Días no se empeñara; pero él quería ir, e hizo un discurso, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo; dijo que el teatro era una escuela de costumbres.

—Exacto; tanto habló que tu madre acabó consintiendo y pagó la entrada de los dos... Anda, pide, manda. Mira, dile que estás dispuesto a estudiar leyes en São Paulo.

Me estremecí de placer. São Paulo era un frágil biombo, destinado a ser retirado un día, en vez de gruesa pared espiritual y eterna. Prometí hablar a José Días en los términos propuestos. Capitu los repitió, acentuando algunos, como principales; y me preguntaba después sobre ellos, para ver si lo había entendido bien, si no los cambiaba unos por otros. E insistía en que lo pidiera con buena cara, pero como se pide un vaso de agua a la persona que tiene obligación de traerlo. Cuento estas minucias para que mejor se entienda aquella mañana de mi amiga; luego llegaría la tarde, y de la mañana de la tarde se hará el primer día, como en el Génesis, donde se hicieron sucesivamente siete.

CAPÍTULO XIX

SIN FALTA

C UANDO volví a casa era de noche. Fui deprisa, no tanto, sin embargo, que no pensara en los términos en que iba a hablarle al agregado. Elaboré la petición en la cabeza, escogiendo las palabras que diría y el tono, entre seco y benévolo. En el patio, antes de entrar en casa, las repetía para mí, luego en alta voz, para ver si eran adecuadas y obedecían a las recomendaciones de Capitu: «Necesito hablarle, *sin falta*, mañana: elija el lugar y dígamelo». Las dije lentamente, y más lentamente aún las palabras *sin falta*, como subrayándolas. Las repetí aún, y entonces las encontré demasiado secas, casi ríspidas y, francamente, impropias de una criaturita a un hombre maduro. Procuré escoger otras y me detuve.

Al final me dije que las palabras podían servir, todo era cuestión de decirlas en un tono que no ofendiera. Y la prueba está en que, repitiéndolas de nuevo, salían casi suplicantes. Bastaba no cargarlas tanto ni endulzarlas demasiado, un término medio. «Y Capitu tiene razón, pensé, la casa es mía, él es un simple agregado... Habilidoso es y puede muy bien trabajar para mí, y deshacer el plan de mamá».

MIL PADRENUESTROS Y MIL AVEMARÍAS

ALCÉ los ojos al cielo, que comenzaba a oscurecer, pero no fue para verlo cubierto o descubierto. Era al otro cielo al que yo levantaba mi alma; era a mi refugio, a mi amigo. Y entonces me dije a mí mismo:

—«Prometo rezar mil padrenuestros y mil avemarías si José Días se las arregla para que yo no vaya al seminario».

La suma era enorme. La razón es que andaba yo cargado de promesas no cumplidas... La última fue de doscientos padrenuestros y doscientas avemarías si no llovía una tarde de paseo, a Santa Teresa. No llovió, pero yo no recé las oraciones. Desde pequeño me acostumbré a pedirle al cielo sus favores, mediante oraciones, que diría si me llegasen. Dije las primeras, las otras fueron retrasadas, y, a medida que se amontonaban, iban siendo olvidadas. Así llegué a los números veinte, treinta, cincuenta. Entré en las centenas y ahora en el millar. Era una manera de corromper la voluntad divina por la cuantía de las oraciones; además de eso, cada nueva promesa era hecha y jurada con el sentimiento de pagar la deuda antigua. Pero ¡vete a matar la pereza de un alma que la traía desde la cuna y no la sentía atenuada por la vida! El cielo me hacía el favor, yo atrasaba el pago. Finalmente me perdí en las cuentas.

—«Mil, mil», repetí para mí.

Realmente, la materia del beneficio era ahora inmensa, no menos que la salvación o el naufragio de toda mi existencia. Mil, mil, mil. Era necesaria una suma que pagara todos los atrasos. Dios podía muy bien, irritado por los olvidos, negarse a oírme sin mucho dinero... Hombre grave, es posible que estas perturbaciones de niño te enfaden, si es que no las encuentras ridículas. Sublimes no eran. Pensé mucho en el modo de rescatar la deuda espiritual. No encontraba otra fórmula en que, mediante la intención, todo se cumpliera, cerrando el escriturado de mi conciencia moral sin *déficit*. Mandar decir cien misas, o subir de rodillas la cuesta de la Gloria^[19] para oír una, ir a Tierra Santa, todo lo que las viejas esclavas me contaban de promesas célebres, todo se me venía a la cabeza sin aquietarse en el espíritu. Era muy duro subir una cuesta de rodillas; debía de herirlas por fuera. Tierra Santa quedaba muy lejos. Las misas eran numerosas, podían empeñarme de nuevo el alma...

CAPÍTULO XXI

PRIMA JUSTINA

ENCONTRÉ en el porche a la prima Justina, paseando de un lado para otro. Vino al descansillo para preguntarme dónde había estado.

—Estuve aquí, al lado, conversando con doña Fortunata, y me distraje. ¿Es tarde, verdad? ¿Preguntó mamá por mí?

—Sí preguntó, pero le dije que ya habías llegado.

Me asustó la mentira, no menos que la franqueza de la noticia. No es que la prima Justina fuera hipócrita; decía francamente a Pedro lo malo que pensaba de Pablo, y a Pablo lo que pensaba de Pedro; pero confesar que había mentido es lo que me pareció novedad. Era cuarentona, delgada y pálida, de boca fina y ojos curiosos. Vivía con nosotros por hacerle favor a mi madre, y también por interés; mi madre quería tener una señora íntima a su lado, y antes parienta que extraña.

Paseamos algunos minutos por la terraza, alumbrada por un farol. Quiso saber si no había olvidado yo los proyectos eclesiásticos de mi madre y, al decirle yo que no, me preguntó si me gustaba la vida de sacerdote. Respondí esquivo:

—La vida de sacerdote es muy bonita.

—Sí, es bonita; pero lo que pregunto es si te gustaría ser sacerdote —explicó riendo.

—Me gusta lo que mi madre quiere.

—Prima Gloria desea mucho que te ordenes, pero aunque no lo deseara, hay aquí en la casa quien se lo mete en la cabeza.

—¿Quién es?

—¿Quién? ¿Quién va a ser? Primo Cosme no se interesa por eso; yo tampoco.

—¿José Días? —concluí.

—Naturalmente.

Arrugué la frente interrogativa, como si no supiera nada. Prima Justina completó la noticia diciendo que aún aquella tarde José Días había recordado a mi madre la antigua promesa.

—Prima Gloria puede ser que, pasando los días, vaya olvidando la promesa, ¿pero cómo habría de olvidar si una persona estuviera continuamente, dale que dale, hablando del seminario? Y los discursos que hace, los elogios de la Iglesia, y que la vida del sacerdote es esto y aquello, todo con aquellas palabras que sólo él conoce, y aquella afectación... Créeme que es sólo para hacer mal, porque él es tan religioso como este farol. Pues es verdad, todavía hoy. Tú no te des por aludido... Hoy por la tarde habló como no te puedes imaginar.

—¿Pero habló por hablar? —pregunté, para saber si contó la denuncia de mi romance con la vecina.

No lo contó; hizo apenas un gesto como indicando que había otra cosa que no podía decir. Nuevamente me recomendó que no me diera por enterado, y recapituló todo lo malo que encontraba en José Días, y no era poco, un intrigante, un adulator, un especulador y, a pesar de la cáscara de pulidez, un groserote. Pasados unos instantes, dije:

—Prima Justina, ¿sería capaz de una cosa?

—¿De qué?

—Sería capaz de... suponga que no me gustara ser sacerdote... podría pedirle a mamá...

—Eso no —atajó prontamente—; prima Gloria tiene ese asunto firme en la cabeza, y no hay nada en el mundo que le haga mudar de resolución; sólo el tiempo. Aún eras pequeñito y ya le contaba eso a todas nuestras amistades o conocidos. Avivarle la memoria, no, que yo no trabajo para la desgracia de los demás; pero pedir otra cosa, tampoco la pido. Si ella me consultara, bien; si ella me dijera: «Prima Justina, pienso que si le gusta ser sacerdote, puede ir; pero si no le gusta, es mejor que se quede». Es lo que le diría y le diré si me consulta algún día. Ahora, ir a hablarle sin ser llamada, no lo hago.

SENSACIONES AJENAS

No conseguí nada más y, en fin, me arrepentí de la petición; debía de haber seguido el consejo de Capitu. Entonces, como quería yo ir para dentro, prima Justina me retuvo algunos minutos, hablando del calor y de la próxima fiesta de la Concepción, de mis viejos oratorios y, finalmente, de Capitu. No habló mal de ella; al contrario, me insinuó que podía llegar a ser una bella moza. Yo, que ya la encontraba lindísima, hubiera gritado que era la más bella criatura del mundo si el recelo no me hiciera discreto. Además, como prima Justina se metió a elogiarle los modos, la gravedad, las costumbres, el trabajar para los suyos, el amor que tenía a mi madre, todo eso me encendió el punto de elogiarla también. Cuando no era con palabras era con el gesto de aprobación que daba a cada uno de los asertos de la otra, y, ciertamente, con la felicidad que debía iluminarme el rostro. No advertí que así confirmaba la denuncia de José Días, oída por ella, por la tarde, en la sala de visitas, si es que no sospechaba ella ya. Únicamente pensé en eso en la cama. Sólo entonces sentí que los ojos de prima Justina, cuando yo hablaba, parecían palparme, oírme, olerme, saborearme, hacer el oficio de todos los sentidos. Celos no podían ser; entre un chiquillo de mi edad y una viuda cuarentona no había lugar para celos. Es cierto que, después de algún tiempo, modificó los elogios de Capitu, y hasta les hizo algunas críticas; me dijo que era un poco disimulada y que miraba por bajo; pero incluso así no creo que fuesen celos. Antes creo... sí... sí..., eso creo. Creo que prima Justina encontró en el espectáculo de las sensaciones ajenas una resurrección vaga de las propias. También se goza por influjo de los labios que narran.

CAPÍTULO XXIII

PLAZO FIJO

— **N**ECESITO hablarle mañana, sin falta; elija el lugar y dígamelo.

Creo que a José Días le pareció desusado este hablar mío. El tono no me salió tan imperativo como sospechaba, pero las palabras lo eran y, al no interrogar, no pedir, no vacilar, como era propio de niño y de mi estilo habitual, ciertamente le dio idea de una nueva persona y de una nueva situación. Fue en el pasillo, cuando íbamos a tomar el té; José Días venía andando henchido de la lectura de Walter Scott que había hecho a mi madre y a prima Justina. Leía cantado y acompañado. Los castillos y los parques salían mayores de su boca, los lagos tenían más agua y la «bóveda celeste» contaba con algunos millares más de estrellas centelleantes. En los diálogos alternaba el sonido de las voces, que eran levemente gruesas o finas, conforme el sexo de los interlocutores, y reproducían con moderación la ternura y la cólera.

Al despedirse de mí, en el porche, me dijo:

—Mañana, en la calle. Tengo unas compras que hacer, puedes ir conmigo, le pediré permiso a mamá. ¿Es día de clase?

—La clase fue hoy.

—Perfectamente. No te pregunto para qué es; afirmo desde ahora que es materia grave y pura.

—Sí señor.

—Hasta mañana.

Se hizo de la mejor manera posible. Hubo sólo un cambio: a mi madre le pareció el día caluroso y no consintió que yo fuera a pie; entramos en el autobús, a la puerta de la casa.

—No importa —me dijo José Días—; podemos apearnos a la puerta del Paseo Público^[20].

CAPÍTULO XXIV

DE MADRE Y DE ESCLAVO

JOSÉ Días me trataba con extremos de madre y atenciones de esclavo. Lo primero que consiguió en cuanto comencé a andar por ahí fue dispensarme del paje; se hizo paje, iba conmigo a la calle. Cuidaba mis preparativos en casa, mis libros, mis zapatos, mi higiene y mi prosodia. A los ocho años mis plurales carecían, alguna vez, de la desinencia exacta; él los corregía, medio serio para dar autoridad a la lección, medio risueño para obtener el perdón de la enmienda. Ayudaba así al maestro de primeras letras. Más tarde, cuando el padre Cabral me enseñaba latín, doctrina e historia sagrada, él asistía a las lecciones, hacía reflexiones eclesiásticas y, finalmente, preguntaba al sacerdote: «¿No es verdad que nuestro joven amigo camina deprisa?». Me llamaba «un prodigio»; decía a mi madre que había conocido otros niños muy inteligentes, pero que yo les superaba a todos, sin contar que, para mi edad, poseía ya cierto número de cualidades morales sólidas. A mí, aunque no valorase toda la importancia de este otro elogio, me gustaba el elogio; era un elogio.

EN EL PASEO PÚBLICO

ENTRAMOS en el Paseo Público. Algunas caras viejas, otras enfermas o vacías se esparcían melancólicamente por el camino que va desde la puerta a la terraza. Seguimos hacia la terraza. Andando, para darme ánimos, hablé del jardín:

—Hace mucho tiempo que no vengo por aquí, tal vez un año.

—Perdóname —atajó él—, no hace tres meses que estuviste aquí con nuestro vecino Padua, ¿no te acuerdas?

—Es verdad, pero fue tan de paso...

—Le pediste a tu madre que te dejara venir con él, y ella, que es buena como la madre de Dios, consintió; pero escucha, ya que hablamos de esto, no es bonito que andes con Padua por la calle.

—Fueron tan pocas veces...

—Cuando eras más joven; de niño, era natural, él podía pasar por criado. Pero te estás haciendo mozo y él va tomando confianza. A doña Gloria, en fin, no le puede gustar esto. La familia Padua no es del todo mala. Capitu, a pesar de aquellos ojos que el diablo le dio... ¿Ya te fijaste en sus ojos? Son como de gitana oblicua y disimulada. Pues, a pesar de ellos, podría pasar, si no fuera por la vanidad y la adulación. ¡Oh, la adulación! Doña Fortunata merece estima, y no niego que sea él honesto, tiene un buen empleo, es dueño de la casa en que vive, pero honestidad y estima no bastan, y las otras cualidades pierden mucho valor con las malas compañías en que anda. Padua tiene querencia a la gente ruin. En cuanto huele a chulo, allá está él. No lo digo por odio, ni porque hable mal de mí y se ría, como se rió hace días, de mis zapatos torcidos...

—Perdón —interrumpí suspendiendo el paso—, nunca oí que hablase mal de usted; al contrario, un día, no hace mucho tiempo, le dijo a un tipo, delante de mí, que era usted «un hombre de capacidad y sabía hablar como un diputado en el parlamento».

José Días sonrió deliciosamente, pero hizo un gran esfuerzo y se puso nuevamente serio; después replicó:

—No le agradezco nada. Otros, de mejor sangre, me han hecho el favor de elevados juicios. Y nada de eso impide que sea él lo que te digo.

Habíamos caminado de nuevo, subimos a la terraza y miramos el mar.

—Veo que no quiere usted otra cosa sino mi beneficio —dije después de algunos instantes.

—¿Y qué otra cosa, Bentinho?

—En ese caso, le pido un favor.

—¿Un favor? Manda, ordena, ¿qué es?

—Mamá...

Durante un rato no pude decir el resto, que era poco y lo sabía de memoria. José Días volvió a preguntar qué era, me sacudía levemente, me levantaba la barbilla y fijaba los ojos en mí, ansioso también, como prima Justina la víspera.

—¿Mamá, qué...? ¿Qué pasa con mamá?

—Mamá quiere que yo sea sacerdote, pero yo no puedo ser sacerdote —dije finalmente.

José Días se enderezó pasmado.

—No puedo, continué —no menos pasmado que él—, no tiene solución, no me gusta la vida de sacerdote. Haré todo lo que ella quiera; mamá sabe que hago todo lo que ella manda; estoy dispuesto a hacer lo que sea de su agrado, hasta conductor de autobús. Sacerdote, no; no puedo ser sacerdote. La carrera es bonita, pero no es para mí.

Todo este discurso no me salió así, de una vez, hilado naturalmente, apremiante, como pudiera parecer del texto, sino a pedazos, masticado, en voz un poco sorda y tímida. No obstante, José Días lo oyó espantado. No contaba ciertamente con resistir, por más humilde que fuera; pero lo que lo asombró más aún fue esta conclusión:

—Cuento con usted para salvarme.

Los ojos del agregado se desorbitaron, se le arquearon las cejas, y el placer que yo esperaba darle con la elección de la protección no se mostró en ninguno de los músculos. Todo el rostro era poco para la estupefacción. En verdad, la materia del discurso reveló en mí un alma nueva; ni yo mismo la conocía. Pero la palabra final es la que dio un vigor único. José Días quedó aturdido. Cuando los ojos volvieron a la dimensión ordinaria:

—¿Pero qué puedo hacer yo? —preguntó.

—Puede hacer mucho. Usted sabe que, en nuestra casa, todos le aprecian. Mamá le pide muchas veces su consejo, ¿verdad? Tío Cosme dice que es usted persona de talento...

—Son exageraciones —replicó lisonjeado—. Son favores de personas dignas, que todo lo merecen... ¡Así es!, nunca nadie me oirá decir nada de tales personas; ¿por qué? Porque son ilustres y virtuosas. Tu madre es una santa, tu tío es un caballero perfectísimo. He conocido familias distinguidas; ninguna podrá vencer a la tuya en nobleza de sentimientos. El talento que tu tío encuentra en mí confieso que lo tengo; pero es sólo uno: es el talento de saber lo que es bueno y digno de admiración y de aprecio.

—Ha de ser también el de proteger a los amigos, como yo.

—¿En qué puedo servirte, ángel del cielo? No voy a disuadir a tu madre de un proyecto que es, además de promesa, la ambición y el sueño de largos años. Cuando pudiera sería tarde. Aún ayer hizo el favor de decirme: «José Días, necesito ingresar a Bentinho en el seminario».

La timidez no es moneda tan ruin como parece. Si fuera yo atrevido es probable

que, con la indignación que pasé, comenzara a llamarle mentiroso, pero sería preciso entonces confesarle que estuve escuchando tras la puerta, y una acción compensaba la otra. Me contenté respondiendo que no era tarde.

—No es tarde, aún hay tiempo, si usted quiere.

—¿Si yo quiero? Pero ¿qué otra cosa quisiera yo sino servirte? ¿Qué deseo sino que seas feliz, como mereces?

—Aún está a tiempo. Mire, no es por pereza. Estoy dispuesto a todo; si ella quiere que estudie leyes, voy para São Paulo...

LAS LEYES SON HERMOSAS

POR la cara de José Días pasó algo parecido al reflejo de una idea; una idea que le alegró extraordinariamente. Se calló un instante; tenía puestos los ojos en él; volvió los suyos hacia la barandilla. Como insistiese:

—Es tarde —dijo—; pero para probarte que no hay falta de voluntad, iré a hablar con tu madre. No te prometo vencer, pero sí luchar; trabajaré con todo el alma. ¿De verdad no quieres ser sacerdote? Las leyes son hermosas, querido... Puedes ir a São Paulo, a Pernambuco, o aún más lejos. Hay buenas universidades por todo el mundo. Encamínate a las leyes, si es tu vocación. Voy a hablar a doña Gloria, pero no cuentes únicamente conmigo; habla también con tu tío.

—Hablaré.

—Únete también a Dios, a Dios y a la Virgen Santísima —concluyó apuntando hacia el cielo.

El cielo estaba medio oscuro. En el aire, cerca de la playa, grandes pájaros negros daban vueltas, revoloteando o planeando, y bajaban a mojar los pies en el agua, y volvían a subir para bajar de nuevo. Pero ni las sombras del cielo, ni las danzas fantásticas de los pájaros me desviaban del espíritu de mi interlocutor. Después de responderle que sí, me enmendé:

—Dios hará lo que usted quiera.

—No blasfemes. Dios es dueño de todo; él es, por sí, la tierra y el cielo, el pasado, el presente y el futuro. Pídele su felicidad, que yo no hago otra cosa... Ya que no puedes ser sacerdote y prefieres las leyes... Las leyes son hermosas, sin olvidar la teología, que es mejor que nada, como la vida eclesiástica es la más santa... ¿Por qué no puedes ir a estudiar leyes fuera de aquí? Es mejor ir pronto a alguna universidad, y, al tiempo que estudias, viajas. Podemos ir juntos; veremos tierras extranjeras, escucharemos inglés, francés, italiano, ruso, español y hasta sueco. Doña Gloria probablemente no podrá acompañarte; aunque si puede irá, no querrá dirigir los negocios, papeles, matrículas y cuidar de hospedajes y andar contigo de un lado para otro... ¡Oh! ¡Las leyes son hermosísimas!

—Está dicho; ¿le pide a mi madre que no me meta en el seminario?

—Pedirlo, lo pido: pero pedir no es alcanzar. Ángel de mi corazón, si el deseo de servir es poder de mandar, aquí estamos, estamos a bordo. ¡Ah!, no te imaginas lo que es Europa; ¡oh!, Europa...

Levantó la pierna e hizo una pirueta. Una de sus ambiciones era volver a Europa, hablaba de ella muchas veces, sin acabar de tentar a mi madre ni a tío Cosme, por más que alabase los aires y las bellezas... No contaba con esa posibilidad de ir conmigo y permanecer allí durante la eternidad de mis estudios.

—¡Estamos a bordo, Bentinho, estamos a bordo!

CAPÍTULO XXVII

EN LOS PORTONES

EN los portones del Paseo un mendigo nos extendió la mano. José Días continuó adelante; pero yo pensé en Capitu y en el seminario, saqué dos céntimos del bolsillo y se los di al mendigo. Besó la moneda; yo le pedí que rogase a Dios por mí, a fin de que pudiera satisfacer todos mis deseos.

—Sí, devoto mío.

—Me llamo Bento —añadí para informarle.

CAPÍTULO XXVIII

EN LA CALLE

JOSÉ Días iba tan contento que cambió el hombre de los momentos graves, como era en la calle, por el hombre versátil e inquieto. Se metía en todo, hablaba de todo, me hacía parar a cada paso delante de un mostrador o de un cartel de teatro. Me contaba el argumento de algunas obras, recitaba monólogos en verso. Hizo todos los recados, pagó cuentas, recibió alquileres de la casa; compró para él un décimo de lotería. Al final, el hombre tieso rindió al flexible y comenzó a hablar pausado, con superlativos. No encontré el cambio natural, temí que hubiera mudado la resolución tomada y comencé a tratarlo con palabras y gestos cariñosos hasta que subimos al autobús.

CAPÍTULO XXIX

EL EMPERADOR

DE camino, encontramos al emperador^[21], que venía de la Escuela de Medicina. Paró el autobús en el que íbamos, como todos los vehículos; los pasajeros bajaron a la calle y se quitaron el sombrero hasta que el coche imperial pasó. Cuando volví a mi sitio llevaba una idea fantástica, la idea de ver al emperador, contarle todo y pedir su intervención. No le confiaría esa idea a Capitu. «Si Su Majestad lo pide, mamá cede», pensé para mí.

Vi entonces al emperador escuchándome, reflexionando y acabar diciendo que sí, que iría a hablar con mi madre; yo le besaba la mano, con lágrimas. Y enseguida me encontré en casa, a la espera, hasta que oí los tambores y el piquete de caballería; ¡es el emperador!, ¡es el emperador!; todo el mundo llegaba a las ventanas para verlo pasar, pero no pasaba, el coche paraba a nuestra puerta, el emperador se apeaba y entraba. Gran alborozo en la vecindad: «¡El emperador entró en casa de doña Gloria! ¿Qué será? ¿Qué no será?». Nuestra familia salía a recibirlo; mi madre era la primera en besarle la mano. Entonces el emperador, todo sonriente, sin entrar en la sala, o entrando —no me acuerdo muy bien, los sueños son muchas veces confusos—, le pedía a mi madre que no me hiciera sacerdote, y ella, lisonjeada y obediente, prometía que no.

—Medicina; ¿por qué no le manda a estudiar Medicina?

—Si es ese el deseo de Vuestra Majestad...

—Mándele a estudiar Medicina; es una bonita carrera y tenemos aquí buenos profesores. ¿Nunca fue a nuestra Escuela? Es una hermosa Escuela. Ya tenemos médicos de primer orden, que pueden medirse con lo mejor de otras tierras. La medicina es una gran ciencia; basta el hecho de dar la salud a los demás, conocer las molestias, combatirlas, vencerlas... Usted misma ha tenido que ver milagros. Su marido murió, pero la enfermedad era fatal, y él no se cuidaba demasiado... Es una bonita carrera; mándelo a nuestra Escuela. ¿Lo hará por mí, verdad? ¿Tú quieres, Bentinho?

—Si mamá quiere...

—Lo quiero, hijo mío. Su Majestad manda.

Entonces el emperador daba otra vez la mano a besar, y salía, acompañado de todos nosotros, a la calle llena de gente, las ventanas abarrotadas, un silencio de asombro; el emperador entraba en el coche, se inclinaba y hacía un gesto de adiós, diciendo aún: «La medicina, nuestra Escuela». Y el coche partía entre envidias y agradecimientos.

Todo esto lo vi y oí. No, la imaginación de Ariosto no es más fértil que la de los niños y los enamorados, ni la visión del imposible necesita más que un rincón del

autobús. Me consolé unos instantes, digamos minutos, hasta destruirse el plan y volverme hacia las caras sin sueños de mis compañeros.

EL SANTÍSIMO

HABRÁS comprendido que aquel recuerdo del emperador acerca de la medicina no era más que la sugestión de mi poco deseo de salir de Río de Janeiro. Los sueños del despierto son como los otros sueños, se tejen según el dibujo de nuestras inclinaciones y de nuestros recuerdos. Aunque fuera para São Paulo, pero a Europa... Era muy lejos, mucho mar y mucho tiempo. ¡Viva la medicina! Iría a contarle esas esperanzas a Capitu.

—Parece que es el Santísimo —dijo alguien en el autobús—. Oigo una campana; sí, creo que es San Antonio de los Pobres. ¡Pare, señor cobrador!

El cobrador tiró de la correa que iba hasta el brazo del cochero, el autobús paró y bajó el hombre. José Días dio dos rápidas vueltas a la cabeza, me cogió del brazo y me hizo bajar con él. Íbamos también a acompañar al Santísimo. Efectivamente, la campana llamaba a los fieles a aquel servicio de última hora. Ya había algunas personas en la sacristía. Era la primera vez que me encontraba en momento tan grave; obedecí, al comienzo forzado, pero después satisfecho, menos por la caridad del servicio que porque me daba un oficio de hombre. Cuando el sacristán comenzó a distribuir las capas, entró un tipo jadeante; era mi vecino Padua, que iba también a acompañar al Santísimo. Topó con nosotros, vino a saludarnos. José Días hizo un gesto de aburrido y apenas le respondió con una palabra seca, mirando hacia el sacerdote, que se lavaba las manos. Después, como Padua habló con el sacristán, en voz baja, se aproximó a ellos; yo hice lo mismo. Padua solicitaba del sacristán una de las varas del palio. José Días pidió una para él.

—Sólo hay una disponible —dijo el sacristán.

—Pues ésa —dijo José Días.

—Pero yo la había pedido primero —aventuró Padua.

—La pidió primero, pero entró después —replicó José Días—; yo ya estaba aquí. Lleve una tea.

Padua, a pesar del miedo que le tenía al otro, insistía en querer la vara, todo ello en voz baja y sorda. El sacristán encontró forma de conciliar la rivalidad tratando de obtener de uno de los otros portadores del palio que cediera la vara a Padua, conocido en la parroquia, como José Días. Así lo hizo; pero José Días trastornó incluso esta combinación. No; ya que había otra vara disponible la pedía para mí, «joven seminarista», a quien la tal distinción cabía más directamente. Padua empalideció, como las teas. Era poner a prueba el corazón de un padre. El sacristán, que me conocía de verme allí con mi madre, los domingos, preguntó por curiosidad si era yo de verdad seminarista.

—Aún no, pero va a serlo —respondió José Días guiñándome el ojo izquierdo; a

pesar del aviso, quedé fastidiado.

—Bien, se lo cedo a nuestro Bentinho —suspiró el padre de Capitu.

Quise, por mi parte, cederle la vara; recordé que él tenía la costumbre de acompañar al Santísimo Sacramento para los moribundos, llevando una antorcha, pero que la última vez consiguió una vara del palio. La distinción especial del palio era porque cubría al vicario y al Sacramento; para la antorcha cualquier persona valía. Fue él mismo quien me lo contó y explicó, lleno de una pía y sonriente gloria. Así se explica el alborozo con que entraba en la iglesia; era la segunda vez del palio, tanto que se cuidó de pedirlo enseguida. ¡Y nada! Y volvía a la antorcha común, otra vez la interinidad interrumpida; el administrador regresaba al antiguo cargo... Quise cederle la vara; el agregado me frustró ese acto de generosidad, y le pidió al sacristán que nos pusiera, a él y a mí, con las dos varas delanteras, rompiendo la marcha del palio.

Las capas puestas, distribuidas las antorchas, cáliz y sacerdote dispuestos, el sacristán con el hisopo y la campanilla en la mano, salió el cortejo a la calle. Cuando me vi con una de las varas pasando ante los fieles, que se arrodillaban, me conmoví. Padua roía amargamente la antorcha. Es una metáfora; no encuentro manera más viva de explicar el dolor y la humillación de mi vecino. El resto del tiempo no pude mirarlo mucho, ni al agregado que, paralelo a mí, erguía la cabeza con aires de ser el Dios de los ejércitos. Al poco me sentí cansado; se me caían los brazos; felizmente la casa estaba cerca, en la calle del Senado.

La enferma era una señora viuda, tísica; tenía una hija de quince o dieciséis años, que estaba llorando a la puerta del cuarto. No era hermosa la muchacha, quizá ni tenía gracia; el pelo le caía desmadejado y las lágrimas le hacían arrugar los ojos. No obstante, el conjunto hablaba y cautivaba el corazón. El vicario confesó a la enferma, le dio la comunión y los santos óleos. El llanto de la moza redobló tanto que sentí mis ojos húmedos y huí. Fui junto a una ventana. ¡Pobre criatura! El dolor era comunicativo en sí mismo; complicado con el recuerdo de mi madre me dolió más; y cuando, en fin, pensé en Capitu, sentí un impulso de sollozar también, seguí por el pasillo y oí a alguien decirme:

—¡No llores así!

La imagen de Capitu iba conmigo, y mi imaginación, de la misma manera que antes le atribuyó lágrimas, le llenó ahora la boca de risa; la veía escribir en el muro, hablarme, andar alrededor con los brazos al aire; oí claramente mi nombre, con una dulzura que me embriagó, y era su voz. Las antorchas encendidas, tan lúgubres en aquella ocasión, tenían aires de un brillo nupcial... ¿Qué era brillo nupcial? No lo sé; era algo contrario a la muerte, y no veo otra cosa que bodas. Esta nueva sensación me dominó tanto que José Días vino hacia mí y me dijo al oído, en voz baja:

—¡No te rías así!

Me puse serio de repente. Era el momento de la salida. Cogí mi vara; y, como ya conocía la distancia, y ahora volvíamos a la iglesia, lo que hacía la distancia menor, el peso de la vara era muy pequeño. Además, el sol allá afuera, la animación de la calle,

los muchachos de mi edad, que me miraban muertos de envidia, las devotas que llegaban a las ventanas o entraban por los pasillos o se arrodillaban a nuestro paso, todo esto me llenaba el alma de nuevo júbilo.

Padua, al contrario, iba más humillado. A pesar de ser sustituido por mí, no acababa de consolarse con la tea, con la miserable tea. Había otros que también llevaban velones y mostraban la debida compostura; no iban arrogantes, pero tampoco tristes. Se notaba que caminaban con orgullo.

LAS CURIOSIDADES DE CAPITU

CAPITU prefería cualquier cosa antes que el Seminario. En lugar de estar abatida con la amenaza de la larga separación en caso de ir para Europa, se mostró satisfecha. Y cuando le conté mi sueño imperial:

—No, Bentinho, dejemos tranquilo al emperador —replicó—, contentémonos con la promesa de José Días. ¿Cuándo dijo que hablaría con tu madre?

—No señaló día; prometió que iba a ver, que hablaría en cuanto pudiera, y que me encomendase a Dios.

Capitu quiso que le repitiera todas las respuestas del agregado, las alteraciones del gesto y hasta la pirueta, que apenas le había contado. Quería el sonido de las palabras. Era minuciosa y atenta; la narración y el diálogo, todo parecía rumiarlo. Puede también decirse que cotejaba, rotulaba y fijaba en la memoria mi exposición. Esta imagen es por ventura mejor que la otra, pero ninguna de ellas es la óptima. Capitu era Capitu, es decir, una criatura muy particular, más mujer de lo que yo era hombre. Si no lo había dicho aún, ahí queda. Si lo dije, queda también. Hay conceptos que se deben inculcar en el alma del lector a fuerza de repetir.

Era también más curiosa. Las curiosidades de Capitu dan para un capítulo. Eran de variada especie, explicables e inexplicables, tanto útiles como inútiles, unas graves, otras frívolas; le gustaba saberlo todo. En el colegio en el que, desde los siete años, aprendió a leer, escribir y contar, francés, doctrina y trabajos de punto, no aprendió, por ejemplo, a hacer encaje; por esa razón quiso que la prima Justina se lo enseñase. Si no estudió latín con el padre Cabral fue porque el padre, después de proponérselo bromeando, acabó diciendo que el latín no era lengua para niñas. Capitu me confesó un día que esta razón prendió en ella el deseo de saberlo. En compensación, quiso aprender inglés con un viejo profesor amigo y paisano del padre, pero no fue adelante. Tío Cosme le enseñó a jugar al gamón.

—Vamos a echar una partida —le decía él.

Capitu obedecía y jugaba con facilidad, con atención, no sé si incluso con amor. Un día la encontré dibujando a lápiz un retrato; le daba los últimos toques y me pidió que viera si le encontraba parecido. Era de mi padre, copiado del lienzo que mi madre tenía en el salón y que ahora tengo yo. Perfecto no era; al contrario, los ojos sobresalían saltones y los pelos eran unos pequeños círculos sobre otros. Pero, al no tener ningún rudimento de arte y hacer aquello en pocos minutos y de memoria, creía que era obra de mucho mérito; descontadme la edad y la simpatía. Aun así, creo que hubiera aprendido fácilmente pintura, como aprendió más tarde música. Ya entonces cortejaba el piano de nuestra casa, viejo trasto inútil, de escaso aprecio. Leía nuestras novelas, hojeaba nuestros libros de grabados queriendo saber de ruinas, de personas,

de campañas, el nombre, la historia, el lugar. José Días le daba las noticias con cierto orgullo de erudito. Su erudición no abultaba mucho más que su homeopatía de Cantagalo.

Un día Capitu quiso saber lo que eran las figuras de la sala de visitas. El agregado se lo dijo sumariamente, entreteniéndose algo más en César, con exclamaciones y latines.

—¡César! Julio César! ¡Gran hombre! *¿Tu quoque, Brute?*

A Capitu no le parecía bonito el perfil de César, pero las acciones citadas por José Días le imponían gestos de admiración. Estuvo mucho tiempo con la cara vuelta hacia él. ¡Un hombre que lo podía todo, que lo hacía todo! ¡Un hombre que le da a una mujer una perla valorada en seis millones de sestercios!

—Y ¿cuánto valía cada sestercio?

José Días, que no tenía presente el valor del sestercio, respondió entusiasmado:

—¡Es el mayor hombre de la historia!

La perla de César encendía los ojos de Capitu. Fue en aquella ocasión cuando le preguntó a mi madre por qué no usaba ya las piedras del retrato; se refería al que estaba en la sala, junto al de mi padre; tenía un gran collar, una diadema y pendientes.

—Son joyas viudas, como yo, Capitu.

—¿Cuándo se puso éstas?

—Fue en las fiestas de la Coronación^[22].

—¡Oh! ¡Cuénteme las fiestas de la Coronación!

Sabía ya lo que los padres le habían dicho, pero naturalmente creía que poco más conocían de lo que había ocurrido en las calles. Quería noticias de las tribunas de la Capilla Imperial y de los salones de baile. Nació mucho después de aquellas célebres fiestas. Al oír hablar muchas veces de la Mayoría, se empeñó un día en saber lo que fue el tal acontecimiento; se lo dijeron, y creyó que el emperador hizo muy bien queriendo subir al trono a los quince años. Todo era materia para la curiosidad de Capitu, mobiliario antiguo, trastos viejos, costumbres, noticias de Itaguaí, la infancia y la juventud de mi madre, un dicho de aquí, un recuerdo de allá, un refrán de acullá...

CAPÍTULO XXXII

OJOS DE RESACA

TODO era materia para las curiosidades de Capitu. Hubo casos en que, sin embargo, no sé si aprendió o enseñó, o si hizo ambas cosas, como yo. Es lo que contaré en otro capítulo. En éste diré solamente que, pasados algunos días del acuerdo con el agregado, fui a ver a mi amiga; eran las diez de la mañana. Doña Fortunata, que estaba en el jardín, ni esperó que le preguntara por la hija.

—Está en el salón, peinándose —me dijo—, vete despacio para darle un susto.

Fui despacio, pero el pie o el espejo me traicionaron. Puede que éste no fuera; era un espejito de dos reales (perdonadme la baratura), comprado a un buhonero italiano, de tosca moldura, arandelita de latón, colgado en la pared, entre las dos ventanas. Si no fue él, fue el pie. El uno o el otro, la verdad es que, apenas entré en la sala, peine, pelo, todo ella voló por los aires, y sólo le oí esta pregunta:

—¿Hay novedad?

—No hay nada; vine a verte antes de que llegue el padre Cabral para la clase. ¿Cómo pasaste la noche?

—Yo, bien. ¿Aún no habló José Días?

—Parece que no.

—Entonces, ¿cuándo va a hablar?

—Me dijo que hoy o mañana pretende tratar del asunto; no va a lo bruto, hablará por encima y de lejos; un toque. Después, entrará en materia. Quiere ver primero si mamá tiene la resolución tomada...

—Seguro que la tiene —interrumpió Capitu—. Y si no fuera necesario alguien para vencer, ya y totalmente, ni se le hablaría. Ni siquiera sé si José Días podrá influir tanto; creo que hará todo lo posible si de verdad siente que no quieres ser sacerdote, pero, ¿podrá conseguir...? Se le escucha; sí, sin embargo... ¡Esto es un infierno! Insiste con él, Bentinho.

—Insisto; hoy mismo tendrá que hablar.

—¿Lo juras?

—¡Lo juro! Déjame verte los ojos, Capitu.

Me había acordado de la definición que José Días hizo de ellos, «ojos de gitana oblicua y disimulada». No sabía lo que era oblicua, pero disimulada sí lo sabía, y quería ver si podían llamarse así. Capitu se dejó mirar y examinar. Únicamente me preguntaba qué ocurría, si nunca los había visto; no encontré nada extraordinario; el color y la dulzura ya me eran conocidos. La demora en la contemplación creo que le dio otra idea de mi intención; pensó que era un pretexto para mirarlos más de cerca, con mis ojos largos, constantes, metidos en ellos, y a eso le atribuyo que comenzaran a ponerse grandes, grandes y sombríos, con tal expresión que...

Retórica de enamorados; me da una comparación exacta la poética para decir lo que eran aquellos ojos de Capitu. No me viene imagen capaz de decir, sin quiebra de la dignidad del estilo, lo que ellos fueron y me hicieron. ¿Ojos de resaca? Sí, de resaca. Es lo que me da idea de aquella nueva postura. Llevaban no sé qué fluido misterioso y enérgico, una fuerza que arrastraba hacia adentro, como la ola que se retira de la playa un día de resaca. Para no ser arrastrado, me agarré a las otras partes vecinas, a las orejas, a los brazos, al cabello esparcido por los hombros; pero buscaba tan deprisa las pupilas y la ola que de ellas salía iba creciendo, honda y oscura, amenazando envolverme, atraerme y tragarme. ¿Cuántos minutos gastamos en aquel juego? Sólo los relojes del cielo habrán marcado ese tiempo infinito y breve. La eternidad tiene sus péndulos; no por no querer acabar nunca dejan de saber la duración de la felicidad y de los suplicios. Ha de doblarles el gozo a los bienaventurados del cielo conocer la suma de los tormentos que ya habrán padecido en el infierno sus enemigos; del mismo modo la cantidad de delicias que habrán padecido en el cielo sus desafectos aumentará los dolores a los condenados del infierno. Este otro suplicio escapó al divino Dante; pero yo no estoy aquí para enmendar a los poetas. Estoy para contar que, al cabo de un tiempo no calculado, me agarré definitivamente al cabello de Capitu, pero entonces con las manos, y le dije — por decir algo— que era capaz de peinárselo, si quería.

—¿Tú?

—Yo mismo.

—Seguro que vas a enredarme el pelo; eso sí.

—Si te lo enredo, lo desenredas tú luego.

—Vamos a verlo.

CAPÍTULO XXXIII

EL PEINADO

CAPITU me dio la espalda, volviéndose para el espejo. Le cogí el pelo, se lo recogí y comencé a alisarlo con el peine, desde la frente hasta la última punta, que le llegaba a la cintura. De pie era imposible; no olvidéis que era una nadita más alta que yo, pero ni aunque hubiera sido de la misma altura. Le pedí que se sentara.

—Siéntate aquí; es mejor.

Se sentó. «Vamos a ver el gran peluquero», me dijo riendo. Continué alisándole el pelo, con mucho cuidado, dividiéndoselo en dos partes iguales, para hacerle dos trenzas. No las hice enseguida, ni deprisa, como puede suponerse a los peluqueros profesionales, sino despacio, saboreando por el tacto aquellas hebras gruesas, que eran parte de ella. El trabajo no era cuidadoso, a veces por descuido, otras a propósito, para deshacer lo hecho y rehacerlo. Los dedos rozaban la nuca de la pequeña o en las espaldas vestidas de algodón, y la sensación era un deleite. Pero, en fin, el cabello se acababa, por más que yo lo quisiera interminable. No le pedí al cielo que fuera tan largo como el de Aurora, porque no conocía aún esa vieja divinidad que los viejos poetas me presentaron más tarde; pero deseé peinarlos por los siglos de los siglos, tejer dos trenzas que pudieran envolver el infinito un número innombrable de veces. Si esto te parece enfático, desagradecido lector, es que nunca peinaste a una muchacha, nunca pusiste las manos adolescentes en la cabeza joven de una ninfa... ¡Una ninfa! Todo yo estoy mitológico. Aún hace poco, hablando de sus ojos de resaca, llegué a escribir Tetis; taché Tetis, tachemos ninfas; digamos solamente una criatura amada, palabra que envuelve todas las potencias cristianas y paganas. En fin, acabé las dos trenzas. ¿Dónde estaba la cinta para atar las dos puntas? Encima de la mesa, un triste pedazo de cinta arrugada. Uní las puntas de las trenzas, las uní con un lazo, retoqué la obra, ensanchando por aquí, acortando por allá, hasta que exclamé:

—¡Listo!

—¿Estará bien?

—Mírate en el espejo.

En vez de ir hacia el espejo, ¿qué creéis que hizo Capitu? No os olvidéis que estaba sentada, de espaldas a mí. Capitu torció la cabeza hasta el punto que me fue necesario ayudarla con las manos; el respaldo de la silla era bajo. Me incliné después sobre ella, cara a cara, pero cambiadas, los ojos de uno a la altura de la boca del otro. Le pedí que levantara la cabeza, podía quedar tonta, dañarse el cuello. Le llegué a decir que estaba fea; pero ni esa razón la conmovió.

—¡Levántate, Capitu!

No quiso, no levantó la cabeza, y permanecimos así, mirándonos el uno al otro, hasta que ella apretó los labios, yo bajé los míos y...

Fue grande la sensación del beso; Capitu se irguió rápida, yo retrocedí hasta la pared con una especie de vértigo, sin habla, los ojos oscuros. Cuando se me aclararon vi que Capitu tenía los suyos en el suelo. No me atreví a decir nada; aunque hubiera querido, me faltaba la lengua. Preso, atontado, no encontraba gesto ni ímpetu que me despegara de la pared y me arrojara sobre ella con mil palabras cálidas y mimosas... No te mofes de mis quince años, lector precoz. A los diecisiete, Des Grieux^[23] (todo un Des Grieux) no pensaba aún en la diferencia de sexos.

CAPÍTULO XXXIV

¡SOY HOMBRE!

O ÍMOS pasos en el pasillo; era doña Fortunata. Capitu se arregló con rapidez, tan rápida que cuando la madre asomó por la puerta inclinaba ella la cabeza y reía. Ninguna huella amarilla, ninguna contracción de vergüenza, una risa espontánea y clara, que explicó con estas palabras alegres:

—Mamá, mira cómo este señor peluquero me peinó; le pedí que me acabara el peinado y me hizo esto. ¡Mira qué trenzas!

—¿Qué tienen? —preguntó la madre, transpirando benevolencia—. Está muy bien, nadie dirá que lo hizo alguien que no sabe peinar.

—¿El qué, mamá? ¿Esto? —replicó Capitu deshaciendo las trenzas—. ¡Vaya, mamá!

Y con un enfado gracioso y voluntario que a veces tenía, cogió el peine y alisó el cabello para renovar el peinado. Doña Fortunata la llamó tonta y me dijo que no le hiciera caso, no era nada, locuras de su hija. Nos miraba a los dos con ternura. Me parece que después desconfió. Al verme callado, asustado, cosido a la pared, creyó tal vez que había entre nosotros algo más que el peinado, y sonrió para disimular.

Como yo también quería hablar para disimular mi estado, llamé algunas palabras de allá adentro, y acudieron de pronto, pero atropelladamente, y me llenaron la boca sin ninguna de ellas poder salir. El beso de Capitu me cerraba los labios. Una exclamación, un simple artículo, por más que embistiesen con fuerza, no lograban romper de dentro. Y todas las palabras se recogieron en el corazón, murmurando: «He aquí uno que no hará gran carrera en el mundo, al menos mientras las emociones le dominen...».

Así, sorprendidos por la madre, éramos dos y contrarios, encubriendo ella con la palabra lo que yo publicaba con el silencio. Doña Fortunata me sacó de aquella turbación diciendo que mi madre me mandaba llamar para la clase de latín; el padre Cabral estaba esperándome. Era una salida: me despedí y avancé por el pasillo. Andando, oí que la madre censuraba los modos de la hija, pero la hija no decía nada.

Corrí a mi cuarto, cogí los libros, pero no pasé a la sala de la clase; me senté en la cama, recordando el peinado y el resto. Tenía temblores, tenía unos lapsus en los que perdía la conciencia de mí y de las cosas que me rodeaban, para vivir no sé dónde ni cómo. Y volvía a mí, y veía la cama, las paredes, los libros, el suelo, oía algún ruido fuera, vago, próximo o remoto, y luego lo perdía todo para sentir únicamente los labios de Capitu... Los sentía estirados, debajo de los míos, igualmente estirados hacia los suyos, y uniéndose los unos a los otros. De repente, sin querer, sin pensar, me salió de la boca esta palabra de orgullo:

—¡Soy hombre!

Supuse que me habían oído porque la palabra salió en voz alta, y corrí hacia la puerta de la alcoba. No había nadie fuera. Volví adentro y, bajito, repetí que era hombre. Aún ahora tengo el eco en mis oídos. El placer que me dio fue enorme. Colón no lo tuvo mayor al descubrir América, y perdonad la banalidad en favor de lo oportuno; hay, en efecto, en cada adolescente, un almirante y un sol de octubre. Hice otros hallazgos más tarde; ninguno me deslumbró tanto. La denuncia de José Días me alegró, la lección del viejo coquero también, la visión de nuestros nombres puestos por ella en la tapia del patio me produjo gran emoción, como visteis; nada de aquello valió la sensación del beso. Podían ser mentira o ilusión. Al ser verdad eran los huesos de la verdad, no eran su sangre y su carne. Las propias manos tocadas, apretadas, como fundidas, no podían decirlo todo.

—¡Soy hombre!

Cuando lo repetí, por tercera vez, pensé en el seminario, pero como se piensa en un peligro que pasó, un mal abortado, una pesadilla acabada; todos mis nervios me dijeron que los hombres no son sacerdotes. La sangre era de la misma opinión. De nuevo sentí los labios de Capitu. Tal vez abuso de las reminiscencias osculares; pero la nostalgia es así; es pasar y repasar memorias antiguas. Pero, de todas las de aquella época, la más dulce es aquélla, la más nueva, la más comprensiva, la que enteramente me reveló a mí mismo. Tengo otras, vastas y numerosas, dulces también, de variada especie, muchas intelectuales, igualmente intensas. Aunque hubiera sido un gran hombre, el recuerdo sería inferior a éste.

EL PROTONOTARIO APOSTÓLICO

POR fin cogí los libros y corrí a la clase. No corrí precisamente; a medio camino paré al darme cuenta que debía ser muy tarde y podrían leerme algo en el semblante. Tuve la idea de mentir, alegar un mareo que hubiera dado conmigo en el suelo; pero el susto que iba a causar a mi madre me hizo rechazarlo. Pensé prometer algunas decenas de padrenuestros; pero tenía, sin embargo, otra promesa en marcha y otro favor pendiente... No, vamos a ver; fui andando, oí voces alegres, hablaban ruidosamente. Cuando entré en la sala nadie me regañó.

El padre Cabral había recibido la víspera un recado del nuncio; fue a verlo y supo que, por decreto pontificio, acababa de ser nombrado protonotario apostólico. Esta distinción del papa le produjo gran contento, y a todos nosotros. Tío Cosme y prima Justina repetían el título con admiración; era la primera vez que sonaba en nuestros oídos, acostumbrados a canónigos, monseñores, obispos, nuncios e internuncios; pero ¿qué era un protonotario apostólico? El padre Cabral explicó que no era propiamente cargo de curia, sino honorífico. Tío Cosme vio que se ensalzaba con su compañero de tresillo, y repetía:

—¡Protonotario apostólico!

Y volviéndose hacia mí:

—Prepárate, Bentinho, tú puedes llegar a ser protonotario apostólico.

Cabral oía con placer la repetición del título. Estaba de pie, daba algunos pasos, sonreía o tamborileaba en la tapa del joyero. Era como si el tamaño del título le doblara la magnificencia, puesto que, para unirlo al nombre, era demasiado largo; esta segunda reflexión quien la hizo fue tío Cosme. El padre Cabral añadió que no era necesario decirlo todo, bastaba que le llamaran el protonotario Cabral. Se sobreentendía lo de apostólico.

—Protonotario Cabral.

—Sí, tiene razón; protonotario Cabral.

—Pero, señor protonotario —añadía prima Justina para ir acostumbrándose al uso del título—, ¿eso le obliga a ir a Roma?

—No, doña Justina.

—No, son únicamente honores —observó mi madre.

—Ahora, no impide —dijo Cabral, que continuaba reflexionando— no impide que en los casos de mayor formalidad, actos públicos, cartas de ceremonia, etc., se emplee el título completo: protonotario apostólico. En el uso cotidiano, basta protonotario.

—Justamente —asintieron todos.

José Días, que entró poco después que yo, aplaudió la distinción y recordó, a

propósito, los primeros actos políticos de Pío IX, gran esperanza de Italia, pero nadie recogió el tema; lo principal del lugar y de la hora era mi viejo maestro de latín. Yo, retornando de la desconfianza, entendí que tenía que saludarlo también, y ese aplauso no le fue menos al corazón que los otros. Me palmeó el carrillo paternalmente y acabó dándome vacaciones. Era mucha felicidad para una sola hora. ¡Un beso y vacaciones! Creo que mi cara lo reflejó porque tío Cosme, sacudiendo la barriga, me llamó petimetre; pero José Días corrigió la alegría:

—No tienes que festejar la vacación; el latín siempre te será necesario, *aunque no llegues a ser sacerdote*.

Aquí conocí a mi hombre. Era la primera palabra, la semilla lanzada a la tierra, de paso, como para acostumbrar los oídos de la familia. Mi madre me sonrió, llena de amor y de tristeza, pero respondió enseguida:

—Será sacerdote, y sacerdote guapo.

—No te olvides, hermana Gloria; y protonotario también. Protonotario apostólico.

—El protonotario Santiago, recalcó Cabral.

Si la intención de mi profesor de latín era ir acostumbrando al uso del título con el nombre, no lo sé; lo que sé es que cuando oí mi nombre unido al tal título me dieron ganas de decir una barbaridad. Pero el deseo fue aquí tan sólo una idea, una idea sin lengua, que se dejó estar quieta y muda, tal como al poco tiempo se quedarían otras ideas... Pero éstas piden un capítulo especial. Rematemos aquí diciendo que el profesor de latín habló algún tiempo de mi ordenación eclesiástica, aunque sin gran interés. Buscaba él un asunto ajeno para mostrarse olvidado de la propia gloria, pero era ésta la que le deslumbraba entonces. Era un viejo delgado, sereno, dotado de buenas cualidades. Algunos defectos tenía; el más excelso de ellos era el de ser goloso, no propiamente glotón; comía poco, pero apreciaba lo fino y raro, y nuestra cocina, aun siendo sencilla, era menos pobre que la suya. Así, cuando mi madre le dijo que viniera a cenar, con el fin de agasajarle, los ojos con que aceptó serían de protonotario, pero no apostólicos. Y, para agradar a mi madre, la tomó otra vez conmigo, describiendo mi futuro eclesiástico, y deseaba saber si ahora iría al seminario, el próximo año, y se ofrecía para hablar con el «señor obispo», todo revestido de «protonotario Santiago».

IDEA SIN PIERNAS E IDEA SIN BRAZOS

Los dejé, con la excusa de jugar, y me fui de nuevo a pensar en la aventura de la mañana. Era lo mejor que podía hacer, sin latín y aun con latín. Al cabo de cinco minutos recuerdo ir corriendo a la casa vecina, coger a Capitu, deshacerle las trenzas, rehacerlas y concluir las de aquella manera tan particular, boca sobre boca. Es eso, vamos, es eso... ¡Sólo una idea!, ¡idea sin piernas! Las otras piernas no querían correr ni andar. Fue mucho después cuando salieron vagorosamente y me llevaron a casa de Capitu. Cuando allí llegué, tropecé con ella en la sala, en la misma sala, sentada en el canapé, con la almohada en el regazo, cosiendo en paz. No me miró a la cara, sino a hurtadillas, con miedo, o, si se prefiere la fraseología del agregado, oblicua y disimulando. Pararon las manos después de clavar la aguja en el paño. Yo, en el lado opuesto de la mesa, no sabía qué hacer; y otra vez me huyeron las palabras que llevaba. Malgastamos así algunos largos minutos, hasta que dejó ella del todo la costura, se enderezó y esperó. Me acerqué a ella y le pregunté si le había dicho algo la madre; me respondió que no. La boca con que respondió era tal que tomé cuidado para no provocar un gesto de aproximación. La verdad es que Capitu retrocedió un poco.

Era el momento de cogerla, atraerla y besarla... ¡Sólo idea!, ¡idea sin brazos! Los míos permanecieron caídos y muertos. No conocía nada de las Escrituras. De conocerlo, es probable que el espíritu de Satanás pudiera darme a la lengua mística del *Cántico* un sentido directo y natural. Obedecería entonces al primer versículo: «Aplique él los labios, dándome el ósculo de su boca». Y, en lo que respecta a los brazos, que tenía inertes, bastaría cumplir el vers. 6.º del cap. II: «Su mano izquierda se puso ya bajo mi cabeza y su mano derecha me abrazará después». Ved aquí la cronología de los gestos. Faltaba sólo ejecutarla; pero aunque yo conociera el texto, las actitudes de Capitu eran ahora tan retraídas que no sé si no continuaría parado. Fue ella, sin embargo, quien me sacó de aquella situación.

EL ALMA ESTÁ LLENA DE MISTERIOS

—¿E SPERÓ mucho tiempo el padre Cabral?

—Hoy no di clase; tuve vacación.

Le expliqué el motivo de la vacación. Le expliqué también que el padre Cabral habló de mi entrada en el seminario, apoyando la resolución de mi madre, y hablé de él cosas feas y duras. Capitu reflexionó algún tiempo y acabó preguntándome si podía ir a saludar al sacerdote, por la tarde, a mi casa.

—Puedes, ¿pero para qué?

—También papá querrá ir, pero es mejor que vaya a casa del padre, es más bonito. Yo no, que soy medio mocita —concluyó riendo.

Me animó la risa. Las palabras parecían ser una burla de ella misma, ya que, desde por la mañana, era mujer, como yo era hombre. Me hizo gracia y, para decirlo todo, quise probarle que era moza entera. Le tomé levemente la mano derecha, luego la izquierda, y así me quedé pasmado y trémulo. Era la idea con manos. Quise atraer las de Capitu para obligarla a llegar tras ellas, pero en este caso la acción no respondió a la intención. Sin embargo, me encontré fuerte y atrevido. No imitaba a nadie; no vivía con muchachos que me enseñasen cosas de amor. No conocía la violación de Lucrecia. De los romanos apenas sabía que hablaban con el arte del padre Pereira^[24] y eran patricios de Poncio Pilatos. No niego que el final del peinado de la mañana era un gran paso en el camino del movimiento amoroso, pero el gesto de entonces fue justamente el contrario de éste. Por la mañana giró la cabeza, ahora me huía; y ni aun en eso los lances se diferenciaban: en algún otro punto, aunque parecía repetirse, hubo contraste.

Creo que la amenacé con atraerla hacia mí. No lo juro; empezaba a estar tan contento que no pude tener toda la conciencia de mis actos; pero concluyo que sí porque ella retrocedió y quiso apartar las manos de las mías; después, tal vez al no poder retroceder más, colocó un pie adelante y el otro atrás, y huyó con el pecho. Fue este gesto lo que me obligó a retenerle las manos con fuerza. Finalmente el pecho se cansó y cedió, pero la cabeza no quiso ceder y, caía hacia atrás, inutilizaba todos mis esfuerzos, porque yo ya hacía esfuerzos, amigo lector. Al no conocer la lección del *Cántico* no se me ocurrió extender la mano izquierda bajo su cabeza; además, este gesto supone un acuerdo de voluntades, y Capitu, que ahora se resistía, aprovecharía el gesto para librarse de la otra mano y huirme del todo. Permanecimos en aquella lucha sin estrépito porque, a pesar del ataque y de la defensa, no perdíamos la cautela para no ser oídos dentro; el alma está llena de misterios. Ahora sé que le atraía; la cabeza continuó retrocediendo, hasta que se cansó; pero le llegó entonces el turno a la boca. La boca de Capitu inició un movimiento inverso, al compás de la mía, yendo

para un lado cuando yo la buscaba en el lado opuesto. En aquel desencuentro estuvimos sin que me atreviera a un poquito más, y bastaba un poquito más...

De repente oímos el ruido de la puerta y hablar en el pasillo. Era el padre de Capitu, que volvía de la oficina algo más temprano, como hacía a veces. «¡Abre, Nanata! ¡Capitu, abre!». Aparentemente era el mismo lance de la mañana, cuando la madre nos encontró, pero sólo aparentemente; en realidad era otro. Considerad que por la mañana estaba todo acabado y el paso de doña Fortunata fue un aviso para que nos recompusiéramos. Ahora luchábamos con las manos cogidas y nada estaba empezado.

Oímos el cerrojo de la puerta que daba al pasillo interior: era la madre que abría. Yo, una vez confesado todo, digo aquí que no tuve tiempo de soltar las manos de mi amiga; lo pensé, llegué a intentarlo, pero Capitu, antes de que el padre terminara de entrar, hizo un gesto inesperado, dejó su boca en mi boca y dio por gusto lo que estaba rehusando a la fuerza. Repito, el alma está llena de misterios.

CAPÍTULO XXXVIII

¡QUÉ SUSTO, DIOS MÍO!

C UANDO Padua, llegando por dentro, entró en la sala de visitas, Capitu, de pie, de espaldas a mí, inclinada sobre la costura, como recogiénola, preguntaba en voz alta:

—Pero, Bentinho, ¿qué es un protonotario apostólico?

—¡Qué bueno! —exclamó el padre.

—¡Qué susto, Dios mío!

Es ahora cuando el lance coincide; pero si los cuento aquí tal cual los lances de hace cuarenta años, es para demostrar que Capitu no se dominaba sólo en presencia de la madre; el padre no le metió más miedo. En medio de una situación que me ataba la lengua, usaba la palabra con la mayor ingenuidad de este mundo. Estaba persuadido de que el corazón no le latía más ni menos. Alegó un susto y puso la cara de medio enfadada; pero yo, que lo sabía todo, vi que era mentira y me dio envidia. Fui luego a hablar con el padre, que me apretó la mano y quiso saber por qué la hija hablaba del protonotario apostólico. Capitu repitió lo que me había oído y opinó enseguida que el padre tenía que ir a saludar al sacerdote a su casa; ella iría a la mía. Y recogiendo los pertrechos de costura salió por el pasillo, gritando infantilmente:

—¡Mamá, la cena, llegó papá!

CAPÍTULO XXXIX

LA VOCACIÓN

EL padre Cabral estaba en aquella primera hora de los honores en que las mínimas congratulaciones valen como odas. Llega el momento en que los dignificados reciben los loores como un tributo usual, con la cara muerta, sin agradecimientos. La alegría de la primera hora es mejor; ese estado del alma que ve en la inclinación del arbusto, movido por el viento, una felicitación de la naturaleza universal, trae sensaciones más íntimas y delicadas que cualquier otro. Cabral escuchó las palabras de Capitu con infinito placer.

—Gracias, Capitu, muchas gracias; espero que también te guste a ti. ¿Está bien tu papá? ¿Y la mamá? A ti no te pregunto; esa cara tuya es de quien vende salud. ¿Cómo vamos de rezos?

A todas las preguntas Capitu iba respondiendo con prontitud y bien. Llevaba un buen vestido y los zapatos de calle. No entró con la familiaridad de costumbre, se detuvo un instante en la puerta de la sala, antes de besar la mano a mi madre y al sacerdote. Como le diera a éste, en cinco minutos, dos veces el título de protonotario, José Días, para vengarse de la competencia, echó un breve discurso en honor «del corazón paternal y augustísimo de Pío IX».

—Eres un gran *prosista* —le dijo tío Cosme cuando acabó.

José Días sonrió sin vergüenza. El padre Cabral confirmó las alabanzas del agregado, sin sus superlativos; a lo que éste añadió que el cardenal Mastai^[25] fue evidentemente tallado para llevar tiara desde el principio de los tiempos. Y, guiñándome el ojo, concluyó:

—La vocación lo es todo. El estado eclesiástico es perfectísimo, contando que el sacerdote ya esté destinado desde la cuna. Si no hay vocación, hablo de vocación sincera y real, un joven puede muy bien estudiar letras humanas, que también son útiles y honradas.

El padre Cabral insistió:

—La vocación es mucho, pero el poder de Dios es soberano. A un hombre puede no gustarle la Iglesia, y puede hasta perseguirla, y un día la voz de Dios le habla y se hace apóstol; mira San Pablo.

—No lo dudo, pero lo que yo digo es otra cosa. Lo que yo digo es que se puede muy bien servir a Dios sin ser sacerdote, aquí afuera; ¿se puede o no se puede?

—Se puede.

—¡Pues entonces! —exclamó José Días triunfalmente, mirando a su alrededor—. Sin vocación es cuando no existe buen sacerdote, y en cualquier profesión liberal se sirve a Dios como es debido.

—Perfectamente, pero la vocación no se lleva sólo desde la cuna.

—Hombre, es la mejor.

—Un muchacho sin ningún interés por la vida eclesiástica puede terminar por ser muy buen sacerdote; todo es lo que Dios determine. No me quiero poner como modelo, pero aquí estoy yo, que nací con vocación para la medicina; mi padrino, que era coadjutor de Santa Rita^[26], le insistió a mi madre para que ingresara en el seminario; mi padre cedió. Después, señor, le tomé tal gusto al estudio y a la compañía de los sacerdotes que acabé ordenándome. Pero, suponga que no hubiera ocurrido así y que yo no cambiara de vocación, ¿qué ocurriría? Que habría estudiado en el seminario algunas materias que es bueno saber y que son siempre mejor enseñadas en aquellas casas.

Prima Justina intervino:

—¿Cómo? Entonces, ¿se puede entrar en el seminario y no salir sacerdote?

El padre Cabral respondió que sí, que se podía y, volviéndose hacia mí, habló de mi vocación, que era manifiesta; mis juegos siempre fueron de iglesia y me encantaban los oficios divinos. La prueba nada probaba; todas las creencias de mi tiempo eran de devoción. Cabral añadió que el rector de San José, a quien había contado últimamente la promesa de mi madre, tenía mi nacimiento como cosa de milagro; él era de la misma opinión. Capitu, cosida a las faldas de mi madre, no atendía a los ojos ansiosos que yo le mandaba; tampoco parecía escuchar la conversación sobre el seminario y sus consecuencias y, además, aprendió de memoria lo principal, como supe más tarde. Dos veces fui hasta la ventana, esperando que ella fuera también y nos quedáramos a gusto, solos, hasta que acabase el mundo, si se acababa; pero Capitu no se acercó. No dejó a mi madre sino para irse. Eran las avemarías, se despidió.

—Vete con ella, Bentinho —me dijo mi madre.

—No hace falta, doña Gloria —añadió ella riendo—, sé el camino. Adiós, señor protonotario...

—Adiós, Capitu.

Di un paso con la intención de atravesar la sala; era mi deber y mi placer, todos los impulsos de la edad y de la ocasión eran atravesarla del todo, seguir a la vecina por el pasillo, bajar al patio, entrar en el jardín, darle el tercer beso y despedirme. No me importó que rehusara, que me pareció simulado, y seguí por el pasillo; pero Capitu, que iba deprisa, se paró y me hizo una señal para que volviera. No obedecí; llegué hasta ella.

—No vengas, no; mañana hablaremos.

—Pero quería decirte...

—Mañana.

—¡Escucha!

—¡Quédate!

Hablaba bajito; me cogió la mano y puso el dedo en la boca. Una negra, que vino de dentro para encender la lámpara del pasillo, viéndonos en aquella actitud, casi a

oscuras, rió con simpatía y murmuró en un tono que lo oyéramos algo que no entendí ni bien ni mal. Capitu me dijo en secreto que la esclava sospechaba algo e iba quizá a contárselo a las otras. Nuevamente me insistió para quedarme, y se fue; yo permanecí parado, clavado, agarrado al suelo.

CAPÍTULO XL

UNA YEGUA

AL quedarme solo reflexioné un momento, y tuve una fantasía. Ya conocéis mis fantasías. Os conté la de la visita imperial; os dije la de esta casa del Engenho Novo, reproduciendo la de Matacavalos... La fantasía fue la compañera de toda mi existencia, viva, rápida, inquieta, alguna vez tímida y empecinada en pararse, las más de las veces capaz de tragar tierras y tierras corriendo. Creo haber leído en Tácito que las yeguas iberas concebían por el viento; si no fue en él, fue en otro autor antiguo que creyó propio guardar esta creencia en sus libros. Sobre este particular mi imaginación era una gran yegua ibera; la menor brisa le daba un potro que salía más tarde caballo de Alexandre; pero dejémonos de metáforas atrevida e impropias de mis quince años. Digamos el caso simplemente. La fantasía de aquel momento fue confesarle a mi madre mis amores para decirle que no tenía vocación eclesiástica. La charla sobre la vocación me regresaba por entero y, al paso que me asustaba, me abría una puerta de salida. «Sí, es esto, pensé; voy a decirle a mamá que no tengo vocación y confesaré nuestro enamoramiento; si lo duda, le cuento lo que pasó el otro día, el peinado y el resto...».

CAPÍTULO XLI

LA AUDIENCIA SECRETA

EL resto me hizo permanecer algo más de tiempo en el pasillo, pensando. Vi entrar al doctor João da Costa, y enseguida se organizó el tresillo de costumbre. Mi madre salió de la sala y, al tropezar conmigo, me preguntó si acompañé a Capitu.

—No, señora, se fue sola.

Y, casi embistiéndole:

—Mamá, quiero decirte algo.

—¿Qué es?

Muy asustada, quiso saber lo que me dolía, si la cabeza, si el pecho, si el estómago, y me palpaba la cabeza para ver si tenía fiebre.

—No, no tengo nada, no señora.

—Pero, entonces ¿qué es?

—Es una cosa, mamá... Pero, escucha, es mejor después del té; después... No es nada malo; te asustas por todo; no es nada de cuidado.

—¿No estás enfermo?

—No, señora.

—Sí estás, por causa del resfriado. Lo disimulas para no tomar el remedio, pero estás constipado; se te nota en la voz.

Intenté reír para demostrar que no tenía nada. Ni por eso permitió retrasar la confidencia, me agarró, me llevó a su habitación, encendió la vela y me ordenó que se lo contara todo. Entonces le pregunté, para empezar, cuándo me iría para el seminario.

—Sólo a fin de año, después de las fiestas.

—¿Voy... para quedarme?

—¿Cómo para quedarte?

—¿No volveré a casa?

—Volverás los sábados y en las fiestas; es mejor. Cuando te ordenes sacerdote vendrás a vivir conmigo.

Me limpié los ojos y la nariz. Me acarició, después quiso reprenderme, pero creo que le temblaba la voz y me pareció que tenía los ojos húmedos. Le dije que también sentía nuestra separación. Negó que fuera separación; era únicamente alguna ausencia, por razón de los estudios; sólo los primeros días. Al poco tiempo me acostumbraría a los compañeros y a los profesores y me acabaría gustando vivir con ellos.

—A mí sólo me gustas tú.

No hubo cálculo en esta palabra, pero me pareció decirla para hacerla creer que era ella mi único afecto; desviaba las sospechas de Capitu. ¡Cuántas intenciones

viciosas hay así, que se sitúan a medio camino en una frase inocente y pura! Llega a hacer sospechar que la mentira es, muchas veces, tan involuntaria como la transpiración. Por otro lado, amigo lector, observa que yo quería desviar las sospechas de Capitu, cuando había llamado a mi madre justamente para confirmarlas; pero las contradicciones son de este mundo. La verdad es que mi madre era cándida como la primera aurora, anterior al primer pecado; ni por simple intuición era capaz de deducir una cosa de la otra; esto es, no concluiría de mi repentina oposición que anduviera yo en secretos con Capitu, como le había dicho José Días. Se calló durante algunos instantes; después me replicó sin imposición ni autoridad, lo que me animó más a resistirme. De ahí el hablarle de la vocación, que se discutió aquella tarde y que yo confesé no sentir en mí.

—Pero te gustaba tanto ser sacerdote —me dijo—; ¿no te acuerdas que hasta pedías ir a ver la salida de los seminaristas de San José, con sus sotanas? En casa, cuando José Días te llamaba Reverendísimo, ¡tú te reías con tanto placer! ¿Cómo es que ahora...? No lo creo, Bentinho, no. Y además... ¿vocación? Pero la vocación llega con la costumbre —continuó repitiendo las reflexiones que oyó a mi profesor de latín.

Como intentara yo contestarle, me reprendió sin aspereza, pero con alguna fuerza, y volví a ser el hijo sumiso que era. Después habló aún amplia y gravemente sobre la promesa que había hecho; no me dijo las circunstancias, ni la ocasión, ni sus motivos, cosas que sólo llegué a saber más tarde. Afirmó lo principal, es decir, que tenía que cumplirla, como pago a Dios.

—Nuestro Señor me ayudó salvando tu existencia; no le mentiré ni faltaré, Bentinho; son cosas que no se hacen sin pecado, y Dios, que es grande y poderoso, no me dejaría así, no, Bentinho; yo sé que sería castigada y bien castigada. Ser sacerdote es bueno y santo; tú conoces muchos, como el padre Cabral, que vive tan feliz con su hermana; un tío mío fue también sacerdote, y escapó de ser obispo, dicen... Déjalo para mañana, Bentinho.

Creo que los ojos que le puse fueron tan de queja que enseguida enmendó la palabra; mañana, no; no podía ser mañana, sabía muy bien que era amigo suyo, y no sería capaz de fingir un sentimiento que no tenía. Flaqueza es lo que quería decir, que me dejasen de flaquezas, que me hicieran hombre y obedeciera lo que era menester en beneficio suyo y para bien de mi alma. Todas estas cosas y otras fueron dichas un poco atropelladamente, y la voz no le salía clara, sino velada y desganada. Vi que era otra vez grande su emoción, pero no retrocedía en sus propósitos y me aventuré a preguntar:

—¿Y si le pidieras, mamá, a Dios que te dispensara de la promesa?

—No, no se lo pido. ¿Estás tonto, Bentinho? ¿Y cómo sabría que Dios me dispensaba?

—Tal vez en sueños; yo sueño a veces con ángeles y santos.

—También yo, hijo mío; pero es inútil... Vamos, es tarde; vamos al salón. Está

claro: el primero o el segundo mes del próximo año irás al seminario. Lo que quiero es que sepas bien los libros que estás estudiando; es bonito, no sólo para ti sino para el padre Cabral. En el seminario tienen interés en conocerte porque el padre Cabral habla de ti con entusiasmo.

Caminó hacia la puerta, salimos los dos. Antes de salir se volvió hacia mí y casi la vi echarse en mis brazos y decirme que no sería sacerdote. Éste era ya su deseo íntimo a medida que se aproximaba el tiempo. Quería una manera de pagar la deuda contraída, otra moneda que valiera tanto o más, y no encontraba ninguna.

CAPITU REFLEXIONANDO

AL día siguiente fui a la casa vecina, en cuanto pude. Capitu se despedía de dos amigas que habían ido a visitarla, Paula y Sancha, compañeras de colegio, aquélla de quince, ésta de diecisiete, la primera hija de un médico, la segunda de un comerciante de objetos americanos. Estaba abatida, llevaba un pañuelo a la cabeza; la madre me contó que fue exceso de lectura la víspera, antes y después del té, en el salón y en la cama, hasta mucho después de medianoche, y con candil...

—Si enciendo la lámpara mamá se enfadaría. Ya estoy buena.

Y como desató el pañuelo, la mamá le dijo que era mejor atarlo, pero Capitu respondió que no era necesario, que estaba buena.

Nos quedamos solos en la sala; Capitu confirmó la narración de la madre, añadiendo que lo pasó mal a causa de lo que oyó en mi casa. También le conté lo que me ocurrió, la entrevista con mi madre, mis súplicas, las lágrimas de ella, y por fin las últimas respuestas decisivas: dentro de dos o tres meses iría para el seminario. ¿Qué íbamos a hacer ahora? Capitu me oía con atención ávida, después sombría; cuando acabé respiraba con dificultad, como dispuesta a estallar de cólera, pero se contuvo.

Hace tanto tiempo que esto ocurrió que no puedo decir con seguridad si lloró de verdad o si solamente se secó los ojos; creo que únicamente se los secó. Al verle el gesto le cogí la mano para animarla, pero yo también necesitaba ser animado. Caímos en el sofá y nos quedamos mirando al infinito. Miento; ella miraba al suelo. Hice igual que ella cuando la vi así... Pero creo que Capitu miraba para dentro de sí misma mientras yo miraba de verdad el suelo, lo roído de las hendiduras, dos moscas moviéndose y una pata de la silla astillada. Era poco, pero me distraía del disgusto. Cuando volví a mirar a Capitu vi que no se movía, y me dio tal miedo que la sacudí suavemente. Capitu volvió en sí y me pidió de nuevo que le contara lo que pasó con mi madre. La satisface, atenuando esta vez las palabras para no enfurruñarla. No me llaméis falso, llamadme compasivo; es verdad que temía perder a Capitu si se le muriesen todas las esperanzas, pero me dolía verla padecer. Ahora, la última verdad, la verdad de las verdades, es que ya me arrepentía de haber hablado a mi madre antes de cualquier acción efectiva por parte de José Días; examinándolo bien, no me hubiera gustado oír un desengaño que yo reputaba cierto, aunque demorado. Capitu reflexionaba, reflexionaba, reflexionaba...

CAPÍTULO XLIII

¿TIENES MIEDO?

DE repente, cesando la reflexión, fijó en mí sus ojos de resaca y me preguntó si tenía miedo.

—¿Miedo?

—Sí, te pregunto si tienes miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de que te peguen, de ser encarcelado, de discutir, de andar, de trabajar...

No lo entendí. Si ella me dice simplemente «¡Vámonos!» puede ser que obedeciera o no; en cualquier caso lo entendería. Pero aquella pregunta así, vaga y suelta, no pude atinar qué era.

—Pero, no entiendo: ¿de que me peguen?

—Sí.

—¿Que me pegue, quién? ¿Quién me va a dar una paliza?

Capitu hizo un gesto de impaciencia. Los ojos de resaca no se movían y parecían crecer. Sin fijarse en mí y no queriendo interrogarla de nuevo, comencé a pensar de dónde me llegarían golpes, y por qué, y también por qué sería encarcelado, y quién iba a prenderme. ¡Válgame Dios!, vi con la imaginación el calabozo, una casa oscura e infecta. También vi el buque prisión, el cuartel de los Barbonos^[27] y la Casa de Corrección^[28]. Todas estas hermosas instituciones sociales me envolvían en su misterio, sin que los ojos de resaca de Capitu dejasen de crecerme, hasta tal punto que las hicieron olvidar del todo. El error de Capitu fue no dejarlos crecer infinitamente sino disminuir hasta las dimensiones normales y darles el movimiento de costumbre. Capitu tornó a lo que era, me dijo que estaba bromeando, no tenía que afligirme y, con un gesto de infinita gracia, me palmeó la cara sonriendo y dijo:

—¡Miedoso!

—¿Yo? Pero...

—No es nada, Bentinho. ¿Quién te va a dar palos ni a prenderte? Perdona, hoy estoy medio loca; quiero divertirme y...

—No, Capitu, no estás jugando; en este momento ninguno de los dos tiene ganas de jugar.

—Tienes razón; fue una locura; hasta luego.

—¿Cómo hasta luego?

—Me vuelve el dolor de cabeza; voy a ponerme una rodaja de limón en las sienes.

Hizo lo que dijo, y ató de nuevo el pañuelo en la cabeza. Enseguida me acompañó al patio para despedirse de mí; pero, aún entonces, nos detuvimos algunos minutos, sentados sobre el brocal del pozo. Soplaban el viento, estaba el cielo cubierto. Capitu

habló de nuevo de nuestra separación como de un hecho cierto y definitivo, por más que yo, receloso de ello, buscase ahora razones para animarla. Capitu, cuando no hablaba, trazaba en el suelo, con un pedazo de rama, narices y perfiles. Desde que se había puesto a dibujar, era una de sus diversiones; todo le servía de papel y lápiz. Como me recordase nuestros nombres escritos por ella en la pared, quise hacer lo mismo en el suelo; y le pedí la rama. No me oyó o no me hizo caso.

CAPÍTULO XLIV

EL PRIMER HIJO

— **T**RAE acá, déjame escribir una cosa.

Capitu me miró, pero de un modo que me hizo recordar la definición de José Días, oblicuo y disimulado; levantó la mirada sin levantar los ojos. Con la voz un tanto apagada me preguntó:

—Dime una cosa, pero dímela de verdad, no quiero disimulos; tienes que responderme con el corazón en la mano.

—¿Qué es? Dime.

—Si tuvieras que elegir entre tu madre y yo, ¿a quién elegirías?

—¿Yo?

Me indicó que sí.

—Yo escogería... ¿Pero para qué escoger? Mamá no es capaz de preguntarme eso.

—Pues, sí, pero yo pregunto. Supón que estás en el seminario y recibes la noticia de que voy a morir...

—¡No digas eso!

—... o que me muero de nostalgia si no vienes conmigo y tu madre no quiere que vengas; dime, ¿vendrías?

—Vendría.

—¿Contra las órdenes de tu madre?

—Contra las órdenes de mi madre.

—¿Dejarías el seminario, dejarías a tu madre, lo dejarías todo para verme morir?

—¡No hables de morir, Capítu!

Capitu soltó una risita mortecina e incrédula, y con la rama escribió una palabra en el suelo; me incliné y leí: *mentiroso*.

Era tan extraño todo aquello que no encontré respuesta. No atinaba con la razón de lo escrito, como no atinaba con la de lo hablado. Si se me ocurriera allí una injuria grande o pequeña, es posible que la escribiera también, con la misma rama, pero no me acordaba de nada. Tenía la cabeza vacía. Al mismo tiempo desconfié que alguien pudiera oírnos o leer. ¿Quién, si estábamos solos? Doña Fortunata llegó una vez a la puerta de la casa, pero entró enseguida. La soledad era completa. Recuerdo que unas golondrinas pasaron por encima del patio y fueron junto al monte de Santa Teresa; nadie más. A lo lejos, voces vagas y confusas; en la calle un tropel de animales, al lado de la casa el chirriar de los pajaritos de Padua. Nada más, o solamente este fenómeno curioso en el que el nombre escrito por ella no sólo me espiaba desde el suelo con gesto burlón, sino que hasta me pareció que repercutía en el aire. Tuve entonces una mala idea; le dije que, a fin de cuentas, la vida de sacerdote no era mala,

y yo podía aceptarla sin gran pesar. Como desahogo era pueril; pero yo sentía la secreta esperanza de verla echarse sobre mí anegada en lágrimas. Capitu se limitó a desenchajar mucho los ojos, y acabó por decir:

—Ser sacerdote es bueno, no hay duda; mejor que sacerdote sólo, canónigo, por causa de los calcetines violeta. El violeta es un color muy bonito. Pensándolo bien, es mejor canónigo.

—Pero no se puede ser canónigo sin ser antes sacerdote —le dije mordiéndome los labios.

—Bien; empieza por los calcetines negros, después llegarán los violeta. Lo que no quiero perderme es tu primera misa; avísame a tiempo para hacerme un vestido a la moda, falda con miriñaque y grandes plisados...: pero tal vez en ese momento la moda sea diferente. La iglesia ha de ser grande, el Carmen o San Francisco.

—O la Candelaria.

—La Candelaria también. Cualquiera sirve con tal que oiga la primera misa. Llamaré mucho la atención. Mucha gente preguntará: «¿Quién es aquella moza bonita que está allí con un vestido tan lindo?». «Aquella es doña Capitolina, una muchacha que vivió en la calle de Matacavalos...».

—¿Que vivió...? ¿Vas a mudarte?

—¿Quién sabe dónde viviré mañana? —dijo ella con un tono leve de melancolía; pero volviendo enseguida al sarcasmo—: y tú en el altar, vestido con el alba, con la capa de oro encima, cantando... *Pater noster*...

¡Ah!, ¡cómo siento no ser un poeta romántico para decir que esto era un duelo de ironías! Contaría mis salidas y las tuyas, la gracia de uno y la agilidad del otro, y la sangre corriendo, y el furor en el alma, hasta mi golpe final, que fue éste:

—Pues sí, Capitu, sí oirás mi primera misa, pero con una condición.

A lo que ella respondió:

—Vuestra Reverencia puede hablar.

—¿Me prometes una cosa?

—¿Qué es?

—Di que lo prometes.

—Sin saber lo que es no lo prometo.

—En verdad son dos cosas —continué yo, al haberseme ocurrido otra idea.

—¿Dos? Di cuales son.

—La primera es que sólo te confesarás conmigo, para que yo te dé la penitencia y la absolución. La segunda es que...

—La primera está prometida —dijo ella viéndome vacilar, y añadió que esperaba la segunda.

Palabra que me costó, y mejor que no me llegara a salir de la boca; no hubiera oído lo que oí y no escribiría aquí algo que pueda parecer para incrédulos.

—La segunda... Sí... es que... Prométeme que sea yo el sacerdote que te case.

—¿Que me case? —dijo ella un tanto conmovida.

Enseguida curvó los labios y movió la cabeza.

—No, Bentinho; sería esperar mucho tiempo; tú no vas a ser sacerdote mañana, lleva muchos años... Mira, prometo otra cosa; prometo que bautizarás a mi primer hijo.

MENEA LA CABEZA, LECTOR

MENEA la cabeza, lector; haz todos los gestos de incredulidad. Llega incluso a arrojar este libro si el tedio ya no te obligó a ello antes; todo es posible. Pero si no lo has hecho antes y lo haces ahora, confío que vuelvas a coger el libro y lo abras en la misma página, sin creer por ello en la veracidad del autor. Todavía no hay nada más exacto. Fue así mismo como Capitu habló, con tales palabras y modos. Habló del primer hijo como si fuera su primera muñeca.

En cuanto a mi espanto, si también fue grande, llegó mezclado con una extraña sensación. Me recorrió un fluido. Aquella amenaza de un primer hijo, el primer hijo de Capitu, su casamiento con otro, por tanto, la separación absoluta, la pérdida, el aniquilamiento, todo eso me producía tal efecto que no encontré palabra ni gesto; me quedé estupefacto. Capitu sonreía; yo veía ya el primer niño jugando en el suelo...

CAPÍTULO XLVI

LAS PACES

LAS paces se hicieron como la guerra; deprisa. Si buscara en este libro mi gloria, diría que las negociaciones partieron de mí; pero no, fue ella quien las inició. Algunos instantes después, como estuviera yo cabizbajo, bajó ella también la cabeza, pero volviendo los ojos hacia arriba con el fin de ver los míos. Me hice de rogar; después quise levantarme para irme, pero ni me levanté, ni sé si me hubiera ido. Capitu me puso unos ojos tan tiernos y la postura los hacía tan suplicantes que me quedé, le puse el brazo en la cintura, ella me cogió por la punta de los dedos, y...

De nuevo apareció doña Fortunata en la puerta de la casa; no sé para qué, si ni me dio tiempo a cogerla del brazo; desapareció enseguida. Podía ser un simple descargo de conciencia, una ceremonia, como los rezos cotidianos obligados, sin devoción, que se hacían a la carrera; a no ser que fuera para certificar a sus propios ojos la realidad que el corazón le decía...

Fuera lo que fuera, mi brazo continuó apretando la cintura de la hija, y fue así como hicimos las paces. Lo bonito es que cada uno de nosotros quería ahora las culpas para sí y nos pedíamos perdón recíprocamente. Capitu alegaba insomnio, dolor de cabeza, abatimiento del espíritu y, finalmente, «sus cosas». Yo, que era muy llorón por aquella época, sentía los ojos mojados... Era amor puro, era el efecto de los padecimientos de mi amiguita, era la ternura de la reconciliación.

CAPÍTULO XLVII

LA SEÑORA HA SALIDO

— **E** STÁ bien, se acabó —dije yo finalmente—; pero explícame sólo una cosa: ¿por qué me preguntaste si tenía miedo de ser apaleado?

—Por nada —respondió Capitu, después de algún titubeo...—. ¿Para qué darle más vueltas?

—Dímelo; ¿fue por causa del seminario?

—Sí; oí decir que allí pegan... ¿no? Yo tampoco lo creo.

Me agradó la explicación; no había otra. Si, como pienso, Capitu no dijo la verdad, es forzoso reconocer que no podía decirla, y la mentira es de esas inventadas que se dan prisa para responder a las visitas que «la señora ha salido» cuando la señora no quiere hablar con nadie. Hay en esa complicidad un placer particular; el pecado en común iguala en un instante la condición de las personas, sin contar el placer que proporciona la cara de las visitas engañadas y las espaldas con que se van... La verdad no salió, se quedó en casa, en el corazón de Capitu, dormitando su arrepentimiento. Y yo no bajé triste ni enfadado; me pareció la criada galante, apetecible, mejor que el ama.

Las golondrinas llegaban ahora en sentido contrario, o no eran las mismas. Nosotros sí que éramos los mismos; allí nos quedamos sumando nuestras ilusiones, nuestros temores, comenzando a sumar ya nuestras nostalgias.

CAPÍTULO XLVIII

EL JURAMENTO DEL POZO

—¡N o! —exclamé de repente.
—¿No qué?

Habíamos tenido algunos minutos de silencio durante los cuales reflexioné mucho y acabé teniendo una idea; el tono de la exclamación, sin embargo, fue tan alto que asustó a mi vecina.

—No será así —continué—. Dicen que no estamos en edad de casar, que somos muchachos, muchachetes —ya oí decir muchachetes—. Bien; pero dos o tres años pasan de prisa. ¿Me juras una cosa? ¿Me juras que sólo te casarás conmigo?

Capitu no dudó en jurar, y hasta le vi los carrillos rojos de placer. Juró dos veces y una tercera:

—Aunque te cases con otra cumpliré mi juramento no casándome nunca.

—¿Que me case con otra?

—¡Todo puede ser, Bentinho! Puedes encontrar otra moza que te quiera, apasionarte por ella y casarte. ¿Quién soy yo para que te acuerdes de mí en esa ocasión?

—¡Pero yo también lo juro! Lo juro, Capitu, juro por Dios Nuestro Señor que sólo me casaré contigo. ¿Te basta eso?

—Tendría que bastar —dijo ella—, yo no me atrevo a pedir más. Sí, tú juras... pero juremos de otra manera; juremos que nos casaremos el uno con el otro, pase lo que pase.

Comprendéis la diferencia; era más que la elección del cónyuge, era la afirmación del matrimonio. La cabeza de mi amiga sabía pensar claro y rápido. Realmente, la fórmula anterior era limitada, apenas exclusiva. Podíamos acabar solterones, como el sol y la luna, sin mentirle al juramento del pozo. Esta fórmula era mejor y tenía la ventaja de fortalecerme el corazón contra la investidura eclesiástica. Juramos por la segunda fórmula y quedamos tan felices que todo recelo de peligro desapareció. Éramos religiosos, teníamos el cielo por testigo. Yo ya ni temía el seminario.

—Si se empeñan mucho, iré; pero me haré la idea de que es un colegio cualquiera; no tomaré las órdenes.

Capitu temía nuestra separación, pero acabó aceptando esta propuesta, que era la mejor. No afligiríamos a mi madre y el tiempo correría hasta el momento en que pudiéramos casarnos. En caso contrario, cualquier resistencia al seminario confirmaría la denuncia de José Días. Esta reflexión no fue mía sino de ella.

CAPÍTULO XLIX

UNA VELA LOS SÁBADOS

HE aquí cómo, después de tantos cansancios, llegábamos al puerto en el que debíamos habernos abrigado enseguida. No nos censures, piloto de mala muerte, no se navegan corazones como los otros mares de este mundo. Estábamos contentos, comenzamos a hablar del futuro. Yo prometía a mi esposa una vida sosegada y bella, en la hacienda o fuera de la ciudad. Vendríamos aquí una vez al año. Si fuera en los arrabales, sería lejos, donde nadie fuera a molestarnos. La casa, en mi opinión, no tendría que ser grande ni pequeña, un término medio; planté flores, escogí muebles, un coche y un oratorio. Sí, debíamos tener un oratorio bonito, alto, de jacarandá, con la imagen de Nuestra Señora de la Concepción. Me entretuve más en esto que en el resto, en parte porque éramos religiosos, en parte para compensar la sotana que yo tendría que dejar entre las ortigas; pero aún quedaba una parte que atribuyo a la intuición secreta e inconsciente de captar la protección del cielo. Tendríamos que encender una vela los sábados...

UN TÉRMINO MEDIO

MESSES después fui al seminario de San José. Si pudiera contar las lágrimas que lloré la víspera y por la mañana, sumaría más que todas las vertidas desde Adán y Eva. Hay en esto alguna exageración; pero es bueno ser enfático alguna que otra vez para compensar ese escrúpulo de exactitud que me aflige. Además, si yo tuviera sólo el recuerdo de la sensación, no estaría lejos de la verdad; a los quince años todo es infinito. Realmente, por más preparado que estuviera, sufrí mucho. Mi madre también sufrió, pero sufría con el alma y el corazón; por otra parte, el padre Cabral había encontrado un término medio: probarme la vocación; si al cabo de dos años no revelaba yo vocación eclesiástica, seguiría otra carrera.

—Las promesas deben ser cumplidas según quiere Dios. Suponga que Nuestro Señor le niega disposición a su hijo y que la costumbre del seminario no le da el placer que me dio a mí y que la voluntad divina es otra. Usted no podía poner en su hijo, antes de nacer, una vocación que Nuestro Señor le rehusó...

Era una concesión del padre. Le daba a mi madre un perdón anticipado haciendo llegar del Creador el perdón de la deuda. Los ojos de ella brillaron, pero la boca dijo que no. José Días, al no haber conseguido ir conmigo para Europa, se agarró a lo más próximo y apoyó la «solución del señor protonotario». Le parecía únicamente que un año era suficiente.

—Estoy seguro —dijo él, guiñándome un ojo—, que dentro de un año la vocación eclesiástica de nuestro Bentinho se manifestará clara y decisiva. Ha de ser un sacerdote magnífico. Pero si no llega en un año...

Y a mí más tarde, en privado:

—Basta con un año; un año pasa deprisa. Si no sientes placer ninguno, es que Dios no quiere, como dice el padre, y, en este caso, amigo mío, el mejor remedio es Europa.

Capitu me dio el mismo consejo cuando mi madre le anunció mi definitiva ida al seminario:

—Hija mía, vas a perder a tu compañero de infancia...

Le sentó tan bien este tratamiento de *hija* —era la primera vez que mi madre se lo daba—, que no tuvo tiempo ni de entristecerse. Le besó la mano y le dijo que ya lo sabía por mí mismo. En su interior se animó a soportarlo todo con paciencia; al cabo de un año las cosas habrían cambiado, y un año caminaba deprisa. No fue aún nuestra despedida; ésta llegó la víspera, de una manera que pide capítulo especial. Lo único que digo aquí es que, a medida que nos prendíamos el uno al otro, iba ella prendiendo a mi madre, se hizo más asidua y tierna, vivía a su lado, con los ojos puestos en ella. Mi madre era de natural simpático, e igualmente sensible; tanto le dolía como le

complacía cualquier cosa. Comenzó a encontrar en Capitu una porción de virtudes nuevas, de dotes finas y raras; le dio uno de sus anillos y algunas baratijas. No consintió fotografiarse, como la pequeña le pedía, para darle un retrato; pero tenía una miniatura hecha a los veinticinco años, y, después de algunas dudas, resolvió dársela. Los ojos de Capitu, cuando recibió el regalo, no pueden describirse; no eran oblicuos, ni de resaca; eran rectos, claros, lúcidos. Besó el retrato con pasión, y mi madre hizo lo mismo con ella. Todo esto me recuerda mi despedida.

ENTRE LUZ Y OSCURIDAD

ENTRE luz y oscuridad, todo ha de ser breve como este instante. No duró mucho nuestra despedida, fue lo más que pudo ser, en su casa, en la sala de visitas, antes de encender las velas; allí fue donde nos despedimos definitivamente. Juramos de nuevo que tendríamos que casarnos el uno con el otro, y no fue sólo el apretón de manos lo que selló el contrato, como en el patio, sino la conjunción de nuestras bocas amorosas... Tal vez tache esto al imprimirlo, si hasta entonces no pienso de otra manera; si pienso así, quedará. Y desde ahora queda, porque, en verdad, es nuestra defensa. Lo que el mandamiento divino quiere es que no juremos *en vano* en nombre de Dios. Yo no iba a engañar al seminario una vez que llevaba un contrato hecho en la propia notaría del cielo. En cuanto al sello, Dios, igual que hizo las manos limpias hizo también los labios limpios, y la malicia está más en tu cabeza perversa que en la de aquella pareja de adolescentes... ¡Oh!, mi dulce compañera de la infancia, yo era puro, y puro permanecí, y puro entré en el aula de San José a buscar en apariencia la investidura sacerdotal, y, antes que ella, la vocación. Pero la vocación eras tú, la investidura eras tú.

EL VIEJO PADUA

AHORA contaré también los adioses del viejo Padua.

Al poco tiempo vino a nuestra casa. Mi madre le dijo que fuera a hablar conmigo a la habitación.

—¿Con permiso? —preguntó metiendo la cabeza por la puerta.

Fui a darle la mano; él me abrazó con ternura.

—¡Sea feliz! —me dijo—. A mí y a toda mi familia nos deja con mucha nostalgia. Todos nosotros le estimamos mucho, como se merece. Si le dicen otra cosa, no lo crea, son intrigas. También yo, cuando me casé, fui víctima de intrigas; se deshicieron. Dios es grande y descubre la verdad. Si algún día pierde a su madre y a su tío, cosa que yo, por esta luz que me alumbra, no deseo, porque son buenas personas, excelentes personas, y yo soy agradecido al buen trato que recibí... No, yo no soy como otros, algunos parásitos llegados de fuera para desunir a las familias, aduladores ruines, no; yo soy de otra especie; no vivo comiendo de gorra ni viviendo en casa ajena;... en fin, ¡son los más felices!

—«¿Por qué hablará así?», pensé. Naturalmente sabe que José Días habla mal de él.

—Pero, como iba diciendo, si algún día pierde a sus parientes, puede contar con nuestra compañía. No es bastante en importancia, pero el afecto es inmenso, créalo. Si llegara a sacerdote, nuestra casa estará a sus órdenes. Sólo quiero que no me olvide; no se olvide del viejo Padua...

Suspiró y continuó:

—No se olvide de su viejo Padua y, si tiene alguna ropa para dejarme de recuerdo, un cuaderno en latín, cualquier cosa, un botón de chaleco, algo que no le sirva para nada... El valor es el recuerdo.

Me dio un susto. Había envuelto en un papel un mechón de mi cabello, tan grande y tan bonito, cortado la víspera. La intención era llevárselo a Capitu, al marcharme; pero tuve la idea de dejárselo al padre; su hija sabría tomarlo y guardarlo. Cogí el paquete y se lo di.

—Aquí está, guárdelo.

—¡Un mechón de su cabello! —exclamó Padua abriendo y cerrando el envoltorio—. ¡Oh!, ¡gracias!, ¡gracias por mí y por mi gente! Voy a dárselo a la vieja, para guardarlo, o a la pequeña, que es más cuidadosa que la madre. ¡Qué bonitos son! ¿Cómo se puede cortar una maravilla como ésta? ¡Deme un abrazo!, ¡otro!, ¡otro más!, ¡adiós!

Tenía los ojos húmedos de verdad; llevaba la cara de los desencantados, como quien empleó en un solo billete todas las economías de su esperanza y ve salir en

blanco el maldito número, ¡un número tan bonito!

CAPÍTULO LIII

¡EN MARCHA!

FUI al seminario. Ahórrame las otras despedidas. Mi madre me apretaba contra su pecho. Prima Justina suspiraba. Tal vez llorase poco o nada. Hay personas a quienes las lágrimas no le asoman pronto ni nunca; dicen que padecen más que las otras. Prima Justina disimulaba naturalmente sus padecimientos íntimos enmendando los descuidos de mi madre, haciéndome recomendaciones, dando órdenes. Tío Cosme, cuando le besé la mano como despedida, me dijo riendo:

—¡Vete ya, muchacho, y vuelve papa!

José Días, compuesto y grave, no decía nada al principio; habíamos hablado la víspera, en su habitación, donde fui a ver si era aún posible evitar el seminario. Ya no lo era, pero me dio esperanzas y, principalmente, me animó mucho. Antes de un año estaríamos a bordo. Como me pareció muy breve, se explicó.

—Dicen que no es buena época para atravesar el Atlántico, voy a informarme; si no lo fuera, iremos en marzo o abril.

—Puedo estudiar medicina aquí mismo.

José Días pasó los dedos por los tirantes con un gesto de impaciencia, apretó los labios, hasta que formalmente rechazó la solución.

—No dudaría en aprobar la idea —dijo él— si en la Escuela de Medicina no enseñasen, exclusivamente, la podredumbre alópata. La alopátia es el error de los siglos, y va a morir; es el asesinato, es la mentira, es la ilusión. Si le dijeran que puede aprender en la Escuela de Medicina aquella parte de la ciencia común a todos los sistemas, es verdad; la alopátia es una equivocación en la terapéutica. Fisiología, anatomía, patología no son alopáticas ni homeopáticas, pero es mejor aprender todo enseguida, de golpe, a través de los libros y de la lengua de hombres cultores de la verdad...

Así me habló la víspera y en la habitación. Ahora no decía nada, o profería algún aforismo sobre la religión y la familia; me acuerdo de éste: «Dividirlo con Dios es aún poseerlo». Cuando mi madre me dio el último beso: «¡Estampa amantísima!», suspiró él. Era la mañana de un hermoso día. Los chiquillos cuchicheaban: las esclavas tomaban la bendición: «¡Bendición, señó Bentinho! ¡No se olvide de su Joana! ¡Miquelina se queda aquí rezando por vuesa merced!». En la calle, José Días insistió en sus esperanzas.

—Aguanta un año; hasta entonces se arreglará todo.

PANEGÍRICO DE SANTA MÓNICA

EN el seminario... ¡Ah!, no voy a contar lo del seminario, ni me bastaría para ello un capítulo. No, amigo mío; algún día, sí, es posible que componga una abreviación de lo que allí vi y viví, de las personas que traté, de las costumbres, de todo el resto. Esta sarna de escribir cuando te coge a los cincuenta años ya no se despega nunca. En la mocedad es posible que un hombre se cure de ella; y, sin ir más lejos, aquí mismo en el seminario tuve un compañero que compuso versos, a la manera de los de Junqueira Freire^[29], cuyo libro de *Hermano poeta* era reciente. Se ordenó; años después lo encontré en el coro de San Pedro y le pedí que me enseñase los nuevos versos.

—¿Qué versos? —preguntó medio asustado.

—Los tuyos. Pero no te acuerdas que en el seminario...

—¡Ah! —sonrió.

Sonrió y, continuando en la búsqueda de un libro abierto a la hora en que había de cantar al día siguiente, me confesó que no hizo más versos después de ordenado. Fueron picazones de juventud: se arrascó, pasaron, estaba curado. Y me habló en prosa de una infinidad de cosas del día, la vida cara, un sermón del padre x... una vicaría en Minas...

Lo contrario fue un seminarista que no siguió la carrera. Se llamaba... no es necesario decir el nombre; baste el caso. Había compuesto un *Panegírico de Santa Mónica*, elogiado por algunas personas y leído entonces entre los seminaristas. Consiguió licencia para imprimirlo y se lo dedicó a San Agustín. Todo esto es una historia vieja; lo más nuevo es que un día, en 1882, con ocasión de ver un negocio en la administración de marina, tropecé allí con este colega mío, llegado a jefe de una sección administrativa. Había dejado el seminario, había dejado las letras, se había casado y olvidado de todo menos del *Panegírico de Santa Mónica*, unas veintinueve páginas que fue distribuyendo por todas partes. Como yo necesitaba de algunas informaciones, fui a pedir las, y sería imposible encontrar mejor ni más pronta voluntad; me lo dio todo, claro, exacto, copioso. Naturalmente, hablamos del pasado, de memorias personales, de acontecimientos del estudio, incidentes de nada, un libro, un verbo, un mote, toda la vieja cotillería salió a relucir, y reímos juntos, y suspiramos en compañía. Vivimos algún tiempo de nuestro viejo seminario. O porque eran cosas de él, o porque entonces éramos muchachos, los recuerdos llevaban tal poder de felicidad que, si hubo entonces alguna sombra contraria, ahora no apareció. Él me confesó que había perdido de vista a todos los compañeros del seminario.

También yo, casi todos; una vez ordenados, volvieron, naturalmente, a sus provincias, y los de aquí ocuparon alguna vicaría fuera.

—¡Buenos tiempos! —suspiró él.

Y, después de alguna reflexión, mirándome con ojos mustios y fijos, me preguntó:

—¿Conservaste mi *Panegírico*?

No supe qué decir; intenté mover los labios, pero no tenía palabras; al fin pregunté:

—¿*Panegírico*? ¿Qué *Panegírico*?

—Mi *Panegírico de Santa Mónica*.

No lo recordé al momento, pero la explicación era suficiente; y, después de algunos instantes de investigación mental, respondí que durante mucho tiempo lo conservé, pero las mudanzas, los viajes...

—Te llevaré un ejemplar.

Antes de veinticuatro horas estaba en mi casa, con el folleto, un viejo folleto de veintiséis años, amarillento, manchado por el tiempo, pero sin lagunas, y con una dedicatoria manuscrita y respetuosa.

—Es el penúltimo ejemplar —me dijo—; ahora sólo me queda uno, que no se lo puedo dar a nadie.

Y como me vio hojear el opúsculo:

—Mira si recuerdas algún fragmento —me dijo.

Veintiséis años de intervalo hacen morir amistades más estrechas y asiduas, pero era cortesía, era casi caridad recordar alguna hoja; leí una de ellas, acentuando ciertas frases para darle la impresión de que encontraban eco en mi memoria. Aceptó que eran bellas, pero prefería otras, y las apuntó.

—¿Te acuerdas bien?

—Perfectamente. ¡*Panegírico de Santa Mónica*! ¡Cómo me hace esto remontarme a los años de mi juventud! Nunca se me olvidó el seminario, créelo. Los años pasan, los acontecimientos llegan uno sobre otro, y las sensaciones también, y llegaron amistades nuevas, que también se fueron después, como es ley de vida... Pues, mi querido colega, nada hizo apagarse aquel tiempo de nuestra convivencia, los padres, las clases, los recreos... nuestros recreos, ¿te acuerdas?, el padre López, ¡oh, el padre López!...

Él, con los ojos en el infinito, debía estar oyendo, y naturalmente lo oiría, pero sólo me dijo una palabra, y aún así después de algún tiempo de silencio, recogiendo los ojos en un suspiro.

—¡Gustó mucho este mi *Panegírico*!

CAPÍTULO LV

UN SONETO

DICHA esta palabra, me apretó las manos con toda la fuerza de un amplio agradecimiento, se despidió y salió. Me quedé solo con el *Panegírico*, y lo que sus hojas me recordaron fue tal que merece al menos un capítulo. Antes, sin embargo, y porque también yo tuve mi *Panegírico*, contaré la historia de un soneto que nunca hice; era en el tiempo del seminario y el primer verso era lo que vais a leer:

¡Oh!, ¡flor del cielo!; ¡oh! ¡flor cándida y pura!

Cómo y por qué me salió este verso de la cabeza, no lo sé; salió así, estando yo en la cama, como una exclamación suelta, y, al notar que tenía medida de verso, pensé en componer algo con él, un soneto. El insomnio, musa de ojos abiertos, no me dejó dormir una hora o dos; los picores me pedían uñas y yo me rascaba con alma. No escogí enseguida, enseguida, el soneto; al principio busqué otra forma, tanto de rima como de verso suelto, pero finalmente me atuve al soneto. Era un poema breve y provechoso. En cuanto a la idea, el primer verso no era aún una idea, era una exclamación; la idea vendría después. Así, en la cama, envuelto en las sábanas, traté de poetizar. Sentía el alborozo de la madre que nota a su hijo, y es su primer hijo. Iba a ser poeta, iba a competir con aquel monje de Bahía^[30], poco antes revelado y entonces de moda; yo, seminarista, diría en verso mis tristezas, como él dijo las suyas en el claustro. Memorice bien el verso y lo repetí en voz baja, a las sábanas; francamente, lo encontraba bonito, y aún ahora no me parece malo:

¡Oh!, ¡flor del cielo!; ¡oh! ¡flor, cándida y pura!

¿Quién era la flor? Capitu, naturalmente; pero podía ser la virtud, la poesía, la religión, cualquier otro concepto al que cupiera la metáfora de la flor, y flor del cielo. Esperé el resto, recitando siempre el verso y tumbado bien sobre el lado derecho bien sobre el izquierdo; por fin me coloqué de espaldas, con los ojos en el techo, pero ni así llegaba nada. Entonces advertí que los sonetos más conseguidos eran los que concluían con la clave de otro; es decir, uno de esos versos fundamentales en el sentido y en la forma. Pensé en forjar una de esas llaves considerando que el verso final, al salir cronológicamente de los trece anteriores, con dificultad traería la perfección elogiada; imaginé que tales llaves eran fundidas antes de la cerradura. Así fue cómo me determiné a componer el último verso del soneto, y, después de mucho sudar, salió éste:

¡Se pierde la vida, se gana la batalla!

Sin vanidad, y hablando como si fuera de otro, era un verso magnífico. Sonoro, no hay duda. Y tenía un pensamiento: la victoria gana a costa de la propia vida, pensamiento elevado y noble. Que no fuera novedad, es posible, pero tampoco era vulgar; y aún ahora no me explico por qué vía misteriosa entró en una cabeza de tan pocos años. En aquella ocasión lo encontré sublime. Recité una y mil veces la llave de oro; después repetí los dos versos seguidos, y me dispuse a ligarlos con los doce centrales. La idea ahora, a la vista del último verso, me pareció mejor que no fuera de Capitu; sería la justicia. Era más propio decir que, en la pugna por la justicia, se pierde quizás la vida, pero se ganaba la batalla. También se me ocurrió aceptar la batalla, en el sentido natural, y hacer de ella una lucha por la patria, por ejemplo; en ese caso la flor del cielo sería la libertad. Esta acepción, sin embargo, siendo el poeta un seminarista, podía no caber tanto como la primera, y perdí algunos minutos en escoger la una o la otra. Me pareció mejor la justicia, pero por fin acepté definitivamente una nueva idea, la caridad, y recité los dos versos, cada uno a su manera, uno lánguidamente:

¡Oh! ¡flor del cielo! ¡oh! ¡flor cándida y pura!

Y el otro con gran brío:

¡Se pierde la vida, se gana la batalla!

La sensación que tuve es que iba a salir un soneto perfecto; comenzar bien y acabar bien no era poco. Para darme inspiración evoqué algunos sonetos célebres, y noté que la mayoría de ellos eran facilísimos; los versos salían los unos de los otros, con la idea en sí, tan naturalmente que no se acababa de creer si era ella la que los hacía o si eran ellos los que la suscitaban. Entonces volvía a mi soneto y nuevamente repetía el primer verso y esperaba el segundo; el segundo no llegaba, ni el tercero, ni el cuarto; no llegaba ninguno. Tuve algunos ímpetus de rabia, y más de una vez pensé en salir de la cama y buscar tinta y papel; puede ser que, escribiendo, llegaran los versos, pero...

Cansado de esperar, recuerdo alterar el sentido del último verso, con la simple transposición de dos palabras, así:

¡Se gana la vida, se pierde la batalla!

El sentido venía a ser justamente lo contrario, pero tal vez eso mismo trajera la inspiración. En este caso, era una ironía: al no ejercer la caridad, se puede ganar la vida, pero se pierde la batalla del cielo. Creé nuevas fuerzas y esperé. No había ventana; de haberla es posible que hubiera ido a pedir una idea a la noche. ¿Y quién sabe si las luciérnagas, luciendo por aquí abajo, no fueran para mí como rimas de las estrellas y esta viva metáfora no me daría los versos esquivos, con sus consonantes y

sentidos propios?

Trabajé en vano, busqué, expurgué, esperé, no llegaron los versos. Tiempo después escribí algunas páginas en prosa, y ahora estoy componiendo esta narración, sin hallar mayor dificultad que escribir, bien o mal. Pues, señores, nada me consuela de aquel soneto que no hice. Pero, como yo creo que los sonetos existen hechos, como las odas y los dramas y las demás obras de arte, por una razón de orden metafísico, le doy esos dos versos al primer desocupado que los quiera. O el domingo, o si llueve, o en el campo, en cualquier ocasión de ocio, puede intentar que el soneto salga. Todo es darle una idea y rellenar el centro que falta.

UN SEMINARISTA

TODO me lo iba repitiendo el demonio del opúsculo, con sus letras viejas y citas latinas. Vi salir de aquellas hojas muchos perfiles de seminaristas, a los hermanos Albuquerque, por ejemplo, uno de los cuales es canónigo en Bahía, mientras el otro siguió en medicina y dicen que ha descubierto un específico contra la fiebre amarilla. Vi a Bastos, un flacucho, que está de vicario en Meia-Ponte^[31], si no murió ya; Luis Borges, a pesar de sacerdote, se hizo político, y acabó senador del imperio... ¡Cuántas otras caras se me representaban de las páginas frías del *Panegírico*! No, no eran frías; traían el calor de la juventud naciente, el calor del pasado, mi propio calor. Quería leerlas otra vez y lograba entender algún texto tan reciente como el primer día, aunque más breve. Era un encanto ir por él; a veces, inconscientemente, doblaba la hoja como si estuviera leyendo de verdad; creo que era cuando los ojos caían sobre la palabra del fin de la página, y la mano, acostumbrada a ayudarlos, hacía su oficio...

Había otro seminarista. Se llamaba Ezequiel de Sousa Escobar. Era un muchacho esbelto, ojos claros, un poco huidizos, como las manos, como los pies, como el habla, como todo. Quien no se acostumbrara a él podría quizás sentirse mal al no saber por dónde cogerle. No miraba de frente, no hablaba claro ni seguido; sus manos no apretaban las otras, ni se dejaban apretar por ellas, porque los dedos, que eran delgados y cortos, cuando intentábamos tenerlos entre los nuestros, ya no teníamos nada. Lo mismo digo de los pies, que tan rápidos estaban aquí como allí. Esta dificultad de reposo fue el mayor obstáculo que encontró para encajar en las costumbres del seminario. Su sonrisa era instantánea, pero también reía profunda y ampliamente. Una cosa no era tan fugitiva como el resto: la reflexión; nos encontrábamos con él muchas veces, con los ojos recogidos sobre sí, pensando. Nos respondía siempre que meditaba algún asunto espiritual, o si no, que recordaba la lección de la víspera. Cuando entró en mi intimidad me pedía frecuentemente explicaciones y repeticiones minuciosas, y tenía memoria para guardarlas todas, hasta las palabras. Tal vez esa facultad perjudicaba alguna otra.

Era tres años más viejo que yo, hijo de un abogado de Curitiba^[32], emparentado con un comerciante de Río de Janeiro, que servía de corresponsal al padre. Era este hombre de fuertes sentimientos católicos. Escobar tenía una hermana que era un ángel, según decía.

—No sólo por la belleza es un ángel, sino también por la bondad. No te imaginas qué buena persona es. Me escribe muchas veces; ya te enseñaré sus cartas.

Eran, de hecho, sencillas y afectuosas, llenas de caricias y consejos. Escobar me contaba anécdotas de ella, interesantes, todas las cuales terminaban en la bondad y en

el espíritu de aquella criatura; tales eran que me hubieran hecho capaz de terminar casándome con ella, si no fuera por Capitu. Murió poco después. Yo, seducido por sus palabras, estuve a punto de contarle, enseguida, mi historia. Al comienzo fui tímido, pero él fue entrando en mi confianza. Aquellos modos huidizos cesaban cuando él quería, y el ambiente y el tiempo nos hicieron más reposados. Escobar fue abriendo toda su alma, desde la puerta de la calle hasta el fondo del patio. Nuestra alma, como sabes, es una casa dispuesta así, no es raro que tenga ventanas por todos los lados, mucha luz y aire puro. Las hay también cerradas y oscuras, sin ventanas, o con pocas y con rejas, a semejanza de conventos y prisiones. Otrosí, capillas y bazares, simples cobertizos o pazos suntuosos.

No sé lo que era la mía. Yo no era aún «casmurro», ni «don casmurro»; era el recelo lo que me paralizaba la franqueza; pero como las puertas no tenían llaves ni cerraduras, bastaba empujarlas, y Escobar las empujó y entró. Aquí lo encontré dentro, aquí se quedó, hasta que...

CAPÍTULO LVII

DE PREPARACIÓN

¡ **A**h! pero no eran sólo los seminaristas los que iban saliendo de aquellas hojas viejas del *Panegírico*. Me trajeron también sensaciones pasadas, tales y tantas que no podría contarlas todas sin quitarle espacio al resto. Una de ellas, y de las primeras, quisiera contarla aquí en latín. No es que la materia no encuentre término honesto en nuestra lengua, que es casta para los castos, como puede ser torpe para los torpes. Sí, lectora castísima, como diría mi finado José Días, puedes leer el capítulo hasta el fin, sin susto ni vergüenza.

Ya desde ahora pongo la historia en otro capítulo. Por más compuesto que éste me salga, hay siempre en el asunto algo menos austero, que pide unas líneas de reposo y preparación. Sirva éste de preparación. Y es esto mucho, mi amigo lector; el corazón, cuando examina la posibilidad de lo que ha de venir, las proporciones de los acontecimientos y la copia de ellos, se dispone robusto y a la espera y el mal es mal menor. Además, si no se dispone entonces no se dispone nunca. Y aquí verás alguna de mis destrezas; por lo que, al leer lo que vas a leer, es probable que lo encuentres menos crudo de lo que esperabas.

CAPÍTULO LVIII

EL TRATO

FUE el caso que un lunes, volviendo para el seminario, vi caerse en la calle a una señora. Mi primer gesto en este caso debía de ser de pena o de risa; no fue ni lo uno ni lo otro, porque —y esto es lo que me gustaría decir en latín— porque la señora tenía las medias muy lavadas, y no se las ensució, llevaba ligas de seda y no las perdió. Acudieron varias personas, pero no tuvieron tiempo de levantarla; ella se irguió muy avergonzada, se sacudió, dio las gracias, y se metió por la calle próxima.

—Este gusto por imitar a las francesas de la calle del Ouvidor —me decía José Días andando y comentando la caída—, es evidentemente una equivocación. Nuestras mozas deben andar como siempre anduvieron, con su reposo y paciencia, y no con este tic-tac afrancesado.

Yo apenas podía oírle. Las medias y las ligas de la señora blanqueaban y se enroscaban ante mí, y andaban, se caían, se levantaban y se iban. Cuando llegamos a la esquina miré para la otra calle y vi, a distancia, a nuestra desastrada que iba al mismo paso, tic-tac, tic-tac...

—Parece que no se hizo daño —dije yo.

—Tanto mejor para ella, pero es imposible que no se haya arañado las rodillas; aquella presteza es pura maña...

Creo que fue «maña» lo que él dijo; yo me quedé «en las rodillas arañadas». De ahí en adelante, hasta el seminario, no vi mujer en la calle a quien no le deseara una caída; en algunas adiviné que llevaban las medias estiradas y las ligas justas... Quizás alguna ni llevara medias... Pero yo las veía con ellas... O si no... También es posible...

Voy deshilando esto con puntos suspensivos para dar una idea de mis ideas, que eran así de difusas y confusas; no aseguro nada. Llevaba la cabeza caliente y el andar inseguro. En el seminario la primera hora fue insoportable. Las sotanas tenían aire de faldas y me recordaban la caída de la señora. Ya no era sólo una a la que veía caer; todas las que encontraba en la calle me enseñaban ahora de refilón las ligas azules; eran azules. Por la noche soñé con ellas.

Una multitud de abominables criaturas comenzó a andar a mi alrededor, tic-tac... Eran bellas, unas delgadas, otras gruesas, todas ágiles como el diablo. Me desperté, procuré ahuyentarlas con conjuros y otros métodos, pero tan deprisa como me dormí volvieron, y con las manos presas alrededor de mí hacían un vasto círculo de faldas, o, levantadas en el aire, llovían pies y piernas sobre mi cabeza. Así fue hasta la madrugada. No dormí más, recé padrenuestros, avemarías y credos, y, al ser este libro verdad pura, es necesario confesar que tuve que interrumpir más de una vez mis oraciones para acompañar en la oscuridad a una figura lejana, tic-tac, tic-tac...

Retomaba enseguida la oración, siempre en la mitad para decirla bien, como si no hubiera habido interrupción, pero realmente no unía la frase nueva con la antigua.

Al ver el mal para el resto de la mañana, intenté vencerlo, pero de manera que no lo perdiera del todo. Sabios de la escritura, adivinad qué podía ser. Fue esto: al no poder alejar de mí aquellos cuadros, recurrí a un trato entre mi conciencia y mi imaginación. Las visiones femeninas serían de ahora en adelante consideradas como simples encarnaciones de los vicios, y, precisamente por ello, contemplables como la mejor manera de atemperar el carácter y aguerrirlo para los combates ásperos de la vida. No lo formulé con palabras, ni fue necesario; el contrato se hizo tácitamente, con alguna repugnancia, pero se hizo. Y durante algunos días era yo mismo quien evocaba las visiones para fortalecerme, y no las rechazaba sino cuando ellas mismas, de puro cansadas, se marchaban.

CONVIDADOS DE FELIZ MEMORIA

HAY reminiscencias de esas que no descansan hasta que la pluma o la lengua las publican. Un antiguo decía que renegaba de los convidados que tienen buena memoria. La vida está llena de tales convidados y acaso soy yo uno de ellos, siempre que la prueba de tener la memoria flaca sea exactamente no recordar ahora el nombre del tal antiguo; pero era un antiguo, y basta.

No, no, mi memoria no es buena. Al contrario, es comparable a alguien que hubiera vivido en hospedajes, sin guardar de ellos ni caras ni nombres, sino sólo raras circunstancias. A quien pase la vida en la misma casa de familia, con sus eternos muebles y costumbres, personas y sentimientos, todo se le graba por la continuidad y la repetición. ¡Cómo envidio a los que no olvidan el color de los primeros pantalones que vistieron! Yo no recuerdo ni el de los que llevaba ayer. Solamente puedo jurar que no eran amarillos porque aborrezco ese color; incluso eso puede ser olvido y confusión.

Y que sea olvido antes que confusión; me explico. Nada se enmienda bien en los libros confusos, pero todo se puede poner en los libros omisos. Yo, cuando leo alguno de esta otra casta, no me aflijo nunca. Lo que hago, al llegar al fin, es cerrar los ojos y evocar todas las cosas que no encontré en él. ¡Cuántas ideas me vienen entonces! ¡Cuántas reflexiones profundas! Los ríos, los montes, las iglesias que no vi en las hojas leídas, todos se me aparecen ahora con sus aguas, sus árboles, sus altares, y los generales sacan las espadas que tenían en la vaina, y los clarines sueltan las notas que dormían en el metal, y todo marcha con un alma imprevista.

Todo, amigo lector, se encuentra fuera de un libro fallido. De esa manera relleno las lagunas ajenas. Así también puedes tú rellenar las mías.

¡QUERIDO OPÚSCULO!

Esó hice yo con el *Panegírico de Santa Mónica*, e hice más: le puse no sólo lo que faltaba de la santa, sino aun cosas que no eran de ella. Ya viste el soneto, las medias, las ligas, al seminarista Escobar y a varios otros. Vas a ver ahora el resto que aquel día me fue saliendo de las páginas amarillas del opúsculo.

Querido opúsculo, no servías para nada, pero ¿para qué más sirve un viejo par de zapatillas? Sin embargo, hay muchas veces en el par de zapatillas una especie de aroma y calor de dos pies. Gastadas y rotas, no dejan de recordar que una persona las calzaba por la mañana, al levantarse de la cama, o las descalzaba por la noche, al entrar en ella. Y si la comparación no sirve, porque las zapatillas son aún una parte de la persona y tuvieron el contacto de los pies, aquí están otros recuerdos, como la piedra de la calle, la puerta de la casa, un silbido particular, un pregón de vendedor, como aquel de las cocadas que conté en el capítulo XVIII. Justamente cuando conté lo del pregón de las cocadas me quedé tan curtido de nostalgia que se me ocurrió hacérselo escribir a un amigo mío, profesor de música, y atarlo a las piernas del capítulo. Si después desjarreté el capítulo fue porque otro músico, a quien se lo enseñé, me confesó ingenuamente que no encontraba en el fragmento escrito nada que le trajera nostalgia. Para que no les ocurra lo mismo a otros profesionales que por ventura me leyeran, es mejor ahorrarle al editor del libro el trabajo y el gasto del grabado. Ya ves que no puse nada, ni pongo. Ahora creo que no basta que los pregones de la calle, como los opúsculos de seminario, contengan anécdotas, personas y sensaciones; es necesario que la gente los haya conocido y padecido en su tiempo, sin lo que todo es callado e incoloro.

Pero vamos al resto que me fue saliendo de las páginas amarillas.

LA VACA DE HOMERO

EL resto fue mucho. Vi salir los primeros días de la separación, duros y opacos, sin el embargo de las palabras de tranquilidad que me dieron los padres y los seminaristas, y las de mi madre y del tío Cosme, llevadas por José Días al seminario.

—Todos están nostálgicos —me dijo éste—, pero la mayor nostalgia anida naturalmente en el mayor de los corazones; ¿y cuál es? —preguntó escribiendo la respuesta en los ojos.

—Mamá —añadí yo.

José Días me apretó las manos con alegría y luego me dibujó la tristeza de mi madre, que hablaba de mí todos los días, casi a todas horas. Como lo aprobara siempre y añadiera alguna palabra relativa a las dotes que Dios me había dado, el desvanecimiento de mi madre en esas ocasiones era indescriptible; y me contaba todo ello henchido de una lacrimosa admiración. Tío Cosme también se enterneció mucho.

—Incluso ayer ocurrió una anécdota interesante. Habiendo dicho yo a su Excelentísima que Dios le había dado, no un hijo, sino un ángel del cielo, el doctor se enterneció tanto que no encontró otra manera de vencer las lágrimas sino haciéndome uno de aquellos elogios festivos que sólo él sabe. No es necesario decir que doña Gloria se secó furtivamente una lágrima. ¡Si no, no sería madre! ¡Qué corazón amantísimo!

—Pero, señor José Días, ¿y mi salida de aquí?

—Eso es cosa mía. El viaje a Europa es lo que necesitamos, pero puede hacerse de aquí a uno o dos años, en 1859 o 1860...

—¡Tan tarde!

—Era mejor que fuese este mismo año, pero demos tiempo al tiempo. Ten paciencia, vete estudiando, no se pierde nada con ir sabiendo de aquí alguna cosa; y, además, aunque no termines sacerdote, la vida del seminario es útil y vale siempre entrar en el mundo ungido con los santos óleos de la teología...

En este punto —me acuerdo como si fuera hoy—, los ojos de José Días fulguraron tan intensamente que me llenaron de espanto. Cerró los párpados y permaneció así algunos instantes, hasta que nuevamente los abrió y los ojos se fijaron en la pared del patio, como embebidos en algo, si no era en sí mismos; después se despegaron de la pared y comenzaron a vagar por todo el patio. Podía compararlo entonces a la vaca de Homero; andaba y gemía alrededor de la cría que acababa de parir. No le pregunté lo que le ocurría, o por apocamiento o porque dos profesores, uno de ellos de teología, se acercaban caminando en nuestra dirección. Al pasar junto a nosotros, el agregado, que los conocía, los saludó con las deferencias debidas y les pidió noticias mías.

—Por ahora nada se puede asegurar —dijo uno de ellos—, pero me parece que irá bien.

—Es lo que yo le decía ahora mismo —añadió José Días—. Cuento con oírle cantar misa; pero aunque no llegue a ordenarse, no puede tener mejores estudios que los que haga aquí. Para el viaje de la existencia —concluyó demorando más las palabras—: irá ungido con los santos óleos de la teología...

Esta vez el fulgar de los ojos fue menor, no cerró los párpados ni las pupilas hicieron los movimientos anteriores. Al contrario, todo él era atención e interrogación; como mucho, una sonrisa clara y amiga le erraba por los labios. Al profesor de teología le gustó la metáfora y lo dijo; él se lo agradeció, explicando que eran ideas que se le ocurrían en el discurrir de la conversación; no escribía ni oraba. Es lo que a mí no me gustó; y en cuanto los profesores se fueron, sacudí la cabeza:

—No quiero saber nada de los santos óleos de la teología; quiero salir de aquí lo más pronto que pueda, o ahora mismo...

—Ahora, ángel mío, no puede ser; pero puede ocurrir mucho antes de lo que imaginamos. Quién sabe si este mismo año del 58. Tengo hecho un plan y pienso ya en las palabras con que he de exponérselo a doña Gloria; estoy seguro de que cederá e irá con nosotros.

—Dudo que mamá se embarque.

—Lo veremos. Mamá es capaz de todo; pero, con ella o sin ella, tengo por cierta nuestra marcha y no habrá esfuerzo que yo no haga; déjalo de mi cuenta. Paciencia es lo que necesitamos. Y que no hagas aquí nada que dé lugar a censuras o quejas; mucha docilidad y toda la aparente satisfacción. ¿No has oído el elogio del profesor? Es que te has portado bien. Pues continúa.

—Pero 1859 o 1860 es muy tarde.

—Será este año —replicó José Días.

—¿Dentro de tres meses?

—O seis.

—No; tres meses.

—Pues sí. Tengo ahora un plan que parece mejor que cualquier otro. Es combinar la ausencia de vocación eclesiástica y la necesidad de cambiar de aire. ¿Por qué no toses?

—¿Que por qué no toso?

—Ahora no, pero ya te avisaré para toser, cuando sea necesario, de vez en cuando una tocecita seca, y algún asco; yo iré preparando a su Excelentísima... ¡Oh!, todo esto va en beneficio suyo. Dado que el hijo no puede servir a la iglesia como debe ser servida, el mejor modo de cumplir la voluntad de Dios es dedicarlo a otra cosa. El mundo también es iglesia para los buenos...

Me pareció otra vez la vaca de Homero, como si este «mundo también es iglesia para los buenos» fuese otro becerro, hermano de los «santos óleos de la teología». Pero no le di tiempo a la ternura materna y repliqué:

—¡Ah, entiendo!, demostrar que estoy enfermo para embarcar, ¿es así?

José Días dudó un poco, después se explicó:

—Demostrar la verdad, porque, francamente, Bentinho, hace meses que no me fío de tu pecho. No andas bien del pecho. De pequeño tuviste unas fiebres y una ronquera... Pasó todo, pero hay días en que se hace más evidente. No digo que sea ya el mal, pero el mal puede llegar enseguida. En una hora se cae una casa. Por eso, si aquella santa señora no quiere ir con nosotros, para que vaya más deprisa, creo que una buena tos... Si la tos tiene que llegar de verdad, mejor apresurarla... Déjalo de mi parte, ya te avisaré...

—Bueno, pero en cuanto salga de aquí ha de ser para embarcar enseguida; primero salgo, después nos preocupamos del embarque; el embarque es lo que puede esperar un año. ¿No dicen que la mejor época es abril o mayo? Pues en mayo. Primero dejo el seminario, dentro de dos meses...

Y porque la palabra me estaba cosquilleando en la garganta di un cambio rápido y le pregunté a quemarropa:

—¿Cómo está Capitu?

UNA PUNTA DE YAGO

LA pregunta era imprudente en aquel momento en que yo procuraba realizar el embarque. Equivalía a confesar que el motivo principal o único de mi repulsa al seminario era Capitu, y hacer creer improbable el viaje. Lo comprendí después de hablar; quise enmendarme, pero ni supe cómo ni él me dio tiempo.

—Lo pasa alegremente, como de costumbre; es una tontuela. Así será mientras no tope con algún pisaverde de la vecindad que se case con ella...

Creo que empalidecí, al menos sentí correr un frío por todo el cuerpo. La noticia de que vivía alegre cuando yo lloraba todas las noches me produjo aquel efecto, acompañado por un latir del corazón tan violento que aún ahora me parece oírlo. Hay alguna exageración en esto; pero el discurso humano es así, un compuesto de partes excesivas y partes diminutas, que se compensan y se ajustan. Por otro lado, si entendemos que la audiencia aquí no es la de las orejas sino la de la memoria, llegaremos a la exacta verdad. Mi memoria oye aún los golpes del corazón en aquel instante. No olvides que era la emoción del primer amor. Estuve casi por preguntarle a José Días que me explicase la alegría de Capitu, qué es lo que hacía, si vivía riendo, cantando o saltando, pero me retuve a tiempo y, después, otra idea...

Otra idea, no, un sentimiento cruel y desconocido, los puros celos, lector de mis entrañas. Tal fue lo que me mordió al repetirme las palabras de José Días: «Algún pisaverde de la vecindad». En verdad nunca había pensado en tal desastre. Vivía tan en ella, de ella y para ella, que la intervención de un pisaverde era como una noción sin realidad; nunca se me ocurrió que hubiera pisaverdes en la vecindad, de variada edad y maneras, grandes paseadores de las tardes. Recordaba ahora que algunos miraban a Capitu, y tan señor me sentía de ella que era como si me mirasen a mí; un simple deber de admiración y de envidia. Separados el uno del otro por el espacio y por el destino, el mal me parecía ahora no sólo posible sino cierto. Y la alegría de Capitu confirmaba la sospecha; si ella vivía alegre es que estaba ya enamorada de otro, le acompañaría con los ojos por la calle, le hablaría por la ventana, en el avemaría, intercambiarían flores y...

¿Y... qué? Sabes qué otra cosa intercambiarían; si no lo adivinas por ti mismo, excusa leer el resto del capítulo y del libro; no adivinarás nada más, aunque lo diga yo con todas las letras de la etimología. Pero, si lo adivinaste, comprenderás que yo, después de estremecerme, tuviera el ímpetu de lanzarme por el portón afuera, bajar el resto de la cuesta, correr, llegar a la casa de Padua, agarrar a Capitu y exigirle que me confesara cuántos, cuántos, cuántos le había dado ya al pisaverde de la vecindad. No hice nada. Los mismos sueños que ahora cuento no tuvieron, en aquellos tres o cuatro minutos, esta lógica de movimientos y de pensamientos. Eran sueltos, enmendados, y

mal enmendados, con el dibujo truncado y torcido, una confusión, un torbellino, que me cegaba y ensordecía. Cuando volví en mí, José Días concluía una frase, cuyo comienzo no oí y cuyo fin también era vago: «La cuenta que dará de sí». ¿Qué cuenta y quién? Pensé naturalmente que hablaba aún de Capitu y lo quise preguntar, pero el deseo murió al nacer, como tantas otras veces. Me limité a preguntarle al agregado cuándo iría a casa a ver a mi madre.

—Tengo nostalgia de mamá. ¿Puedo ir esta semana?

—Vas el sábado.

—¿El sábado? ¡Ah, sí, sí! ¡Pídele a mamá que mande a buscarme el sábado! Este sábado, ¿no? Que me mande a buscar sin falta.

MITADES DE UN SUEÑO

ESTUVE ansioso a causa del sábado. Hasta entonces los sueños me perseguían, aun despierto, y no lo cuento aquí para no alargar esta parte del libro. Uno sólo traigo, y en el menor número de palabras, o tal vez dos, porque uno nació del otro, a no ser que ambos formen dos mitades de uno solo. Todo esto es oscuro, señora lectora, pero la culpa es de vuestro sexo, que perturbaba así la adolescencia de un pobre seminarista. Si no fuera por él, este libro sería tal vez una simple práctica parroquial de ser yo sacerdote, o una pastoral si fuera obispo, o una encíclica si fuera papa, como me había recomendado tío Cosme: «¡Vamos ya, muchacho, vuélveme papa!». ¡Ah!, ¿por qué no cumplí ese deseo? Después de Napoleón, teniente y emperador, todos los destinos viven en este siglo.

En cuanto al sueño, fue así. Como estuviera espionando a los pisaverdes de la vecindad, vi a uno de ellos que hablaba con mi amiga al pie de la ventana. Corrí al lugar, él huyó; avancé hacia Capitu, pero no estaba sola; tenía junto a sí al padre, secándose los ojos y mirando un triste billete de lotería. Como no me parecía muy claro, iba a pedir explicaciones cuando él, por sí mismo, me las dio; el pisaverde había ido a llevarle la lista de los premios de la lotería y el billete salió en blanco. Tenía el número 4004. Me dijo que esta simetría de guarismos era misteriosa y bella, y probablemente la fortuna andaba mal; era imposible que no tuviera el premio gordo. Mientras hablaba, Capitu me daba con los ojos todos los premios grandes y pequeños. El mayor de ellos debía de ser dado con la boca. Y aquí entra la segunda parte del sueño. Padua desapareció, como sus esperanzas en el billete. Capitu se inclinó hacia fuera, yo lancé los ojos hacia la calle; estaba desierta. Le cogí las manos, refunfuñé no sé qué palabras, y desperté solo en el dormitorio.

El interés de lo que acabas de leer no está en la materia del sueño sino en los esfuerzos que hice para ver si nuevamente me dormía y lo cogía otra vez. Jamás de los jamases podrás saber la energía y obstinación que empleé en cerrar los ojos, apretarlos bien, olvidarlo todo para dormir; pero no me dormía. Este mismo trabajo me hizo perder el sueño hasta la madrugada. Sobre la madrugada conseguí conciliarlo, pero entonces ni pisaverdes, ni billetes de lotería, ni premios grandes o pequeños; nada de la nada vino a verme. No soñé más aquella noche y di mal las lecciones de aquel día.

UNA IDEA Y UN ESCRÚPULO

RELEYENDO el capítulo pasado me vienen una idea y un escrúpulo. El escrúpulo es justamente escribir la idea por no haber nada más banal en la tierra, puesto que se trata de aquella banalidad del sol y de la luna que el cielo nos da todos los días y todos los meses. Dejé el manuscrito y miré a las paredes. Sabes que esta casa del Engenho Novo es, en sus dimensiones, disposiciones y pinturas, una reproducción de mi antigua casa de Matacavalos. También, como te dije en el capítulo II, mi fin al imitar la otra fue unir los dos extremos de la vida, lo que no alcancé. Pues lo mismo sucedió en aquel sueño del seminario, por más que intentara dormir y durmiese. De donde concluyo que uno de los oficios del hombre es cerrar y apretar mucho los ojos y ver si continúa durante la noche vieja el sueño truncado de la noche joven. Tal es la idea banal y nueva que no querría poner aquí y que sólo provisionalmente la escribo.

Antes de concluir este capítulo fui a la ventana para preguntarle a la noche por qué razón los sueños han de ser tan tenues que se disuelven al menor abrir de ojos o girar del cuerpo, y ya no continúan. La noche no me respondió enseguida. Estaba deliciosamente bella, los montes palidecían por la luna y el espacio moría de silencio. Como yo insistiera, me declaró que los sueños ya no pertenecen a su jurisdicción. Cuando vivían en la isla que Luciano^[33] les dio, donde ella tenía su palacio y donde los hacía salir con sus caras de diferente aspecto, me podía dar explicaciones posibles. Pero los tiempos lo cambiaron todo. Los sueños antiguos fueron jubilados y los modernos vivían en el cerebro de la gente. Éstos, aunque quisieran imitar a los otros, no podrían hacerlo; la isla de los sueños, como la de los amores, como todas las islas de todos los mares, son ahora objeto de la ambición y de la rivalidad de Europa y de los Estados Unidos.

Era una alusión a Filipinas. Como no me gusta la política, y aún menos la política internacional, cerré la ventana y fui a acabar este capítulo para ir a dormir. No pido ahora los sueños de Luciano, ni otros, hijos de la memoria o de la digestión; me basta un sueño tranquilo y apagado. Por la mañana, con la fresca, iré diciendo el resto de mi historia y sus personajes.

EL DISIMULO

LLEGÓ el sábado, llegaron otros sábados, y acabé habituándome a la nueva vida. Iba alternando la casa y el seminario. Le gustaba a los padres, también a los muchachos, y a Escobar más que a los muchachos y a los padres. Al cabo de cinco semanas estuve a punto de contarle a éste mis penas y esperanzas; Capitu me refrenó.

—¡Escobar es muy amigo mío, Capitu!

—Pero no es amigo mío.

—Puede llegar a serlo; ya me ha dicho que vendrá para conocer a mamá.

—No importa; no tienes derecho a contar un secreto que no es sólo tuyo sino también mío, y yo no te autorizo a decirle nada a nadie.

Era justo, me callé y obedecí. Otra cosa en que obedecí sus reflexiones fue el siguiente sábado, cuando fui a su casa y tras algunos minutos de charla me aconsejó marcharme.

—No te quedes hoy más tiempo; vete a casa que voy enseguida para allá. Es natural que doña Gloria quiera estar contigo mucho tiempo, o todo si pudiera.

En todo esto mostraba mi amiga tanta lucidez que bien podía yo dejar de citar un tercer ejemplo, pero los ejemplos no se hicieron sino para ser citados y es éste tan bueno que la omisión sería un crimen. Fue en mi tercera o cuarta venida a casa. Mi madre, después que le respondí a las mil preguntas que me hizo sobre el trato que me daban, los estudios, las relaciones, la disciplina, y si me dolía algo, y si dormía bien, todo lo que la ternura de las madres inventa para cansar la paciencia de un hijo, concluyó, volviéndose hacia José Días:

—Señor José Días, ¿aún duda que saldrá de aquí un buen sacerdote?

—Excelentísima...

—Y tú, Capitu —interrumpió mi madre volviéndose hacia la hija del Padua, que estaba en el salón, con ella—, ¿no crees que nuestro Bentinho será un buen sacerdote?

—Creo que sí, señora —respondió Capitu llena de convicción.

No me gustó la convicción. Así se lo dije a la mañana siguiente, en su jardín, recordando las palabras de la víspera y arrojándole al rostro, por primera vez, la alegría que mostraba ella desde mi entrada en el seminario, cuando vivía yo saturado de nostalgia. Se puso Capitu muy seria y me preguntó cómo quería yo que se portase dado que sospechaban de nosotros; tuvo también noches de desconsuelo y los días, en su casa, fueron tan tristes como los míos; podía saberlo por el padre y la madre. La madre llegó a decirle, con palabras encubiertas, que no pensara más en mí.

—Con doña Gloria y doña Justina me muestro naturalmente alegre, para que no parezca que la denuncia de José Días es cierta. Si lo pareciera, tratarían de separarnos

más y tal vez acabasen no recibíendome... A mí me basta nuestro juramento de que nos casaremos el uno con el otro.

Era exactamente eso; teníamos que disimular para matar cualquier sospecha y, al mismo tiempo, gozar de toda la libertad anterior y construir tranquilos nuestro futuro. Pero el ejemplo se completa con lo que oí al día siguiente, durante el almuerzo; mi madre, al decir tío Cosme que quería aún ver con qué mano iba yo a bendecir al pueblo durante la misa, contó que, días antes, hablando de mozas que se casaban temprano, Capitu le dijo: «¡Pues a mí me ha de casar el padre Bentinho; esperaré a que se ordene!». Tío Cosme rió de la gracia, José Días no perdió la sonrisa, únicamente Justina frunció el entrecejo y me miró interrogativamente. Yo, que les había mirado a todos, no pude resistir el gesto de la prima y traté de comer. Pero comí mal; estaba tan contento con aquel gran disimulo de Capitu que no vi nada más y, en cuanto almorcé, corrí a recordarle la charla y a elogiarle la astucia. Capitu sonrió agradecida.

—Tienes razón, Capitu —concluí—, vamos a engañarles a todos.

—¿Verdad que sí? —dijo ella con ingenuidad.

CAPÍTULO LXVI

INTIMIDAD

CAPITU iba entrando ahora en el alma de mi madre. Vivían todo el tiempo juntas, hablando de mí a propósito del sol y de la lluvia, o de nada; Capitu iba a coser allí por las mañanas; alguna vez se quedaba a cenar.

Prima Justina no acompañaba a su parienta en aquellas finezas, pero no trataba del todo mal a mi amiga. Era bastante sincera para decir lo mal que le caía alguien, y no le caía bien nadie. Tal vez el marido, pero el marido había muerto; en cualquier caso, no existía hombre capaz de competir con él en el afecto, en el trabajo y en la honestidad, en los modos y en la agudeza del espíritu. Esta opinión, según tío Cosme, era póstuma, pues pasaban la vida riñendo y los últimos seis meses acabaron separados. Tanto mejor para su justicia; la alabanza de los muertos es una manera de rezar por ellos. También le gustaría mi madre, y, si algo malo pensó de ella, fue para sí y la almohada. Compréndase que, en apariencia, le daba la debida estima. No pienso que aspirara a ninguna herencia; las personas dispuestas a ello exageran los servicios naturales, se muestran más risueñas, más asiduas, multiplican los cuidados, se anticipan a los fámulos. Todo esto era contrario a la naturaleza de la prima Justina, hecha de acidez y de enredos. Como vivía de favor en casa, se explica que no desestimara a la dueña y callase sus resentimientos y sólo hablara mal de ella a Dios y al diablo.

En el caso de que tuviera resentimiento contra mi madre, no era una razón más para detestar a Capitu, ni necesitaba ella de razones suplementarias. Sin embargo, la intimidad de Capitu la hizo más aborrecible a mi pariente. Si al principio no la trataba mal, con el tiempo cambió los modos y acabó huyéndola. Capitu, atenta, como ya no la veía, preguntaba por ella e iba a buscarla. Prima Justina toleraba aquella búsqueda. La vida está llena de obligaciones que la gente cumple, por más voluntad que se tenga de infringirlas descoloridamente. Además, Capitu usaba cierta magia cautivadora; prima Justina acababa sonriendo, aunque de forma ácida, pero a solas con mi madre siempre encontraba algo malo que decir sobre la muchacha.

Como mi madre adoleciera de una fiebre que le puso a las puertas de la muerte, quiso que Capitu le sirviera de enfermera. Prima Justina, aunque esto la aliviaba de penosos cuidados, no le perdonó a mi amiga la intervención. Un día le preguntó si no tenía qué hacer en casa; otro día, riendo, le soltó este epigrama: «No es necesario que corras tanto; lo que ha de ser tuyo a las manos te irá».

CAPÍTULO LXVII

UN PECADO

No sacaré ahora al enfermo de la cama sin contar lo que me ocurrió. Al cabo de cinco días amaneció mi madre tan trastornada que me mandó buscar al seminario. En vano tío Cosme...

—Mamá Gloria, te asustas sin motivo, la fiebre pasará...

—¡No!, ¡no!, ¡mandad a buscarlo! Puedo morir y mi alma no se salvará si Bentinho no está a mi lado.

—Vamos a asustarlo.

—Pues no le digáis nada, pero id a buscarlos; ya, ya, no os retraséis.

Pensaron que deliraba; pero como no costaba nada traerme, fue José Días el encargado de hacerlo. Entró tan aturdido que me asustó. Le contó en privado al rector lo que ocurría y recibí permiso para irme a casa. Ya en la calle, íbamos callados, sin alterar él su paso de costumbre —la premisa antes de la consecuencia, la consecuencia antes de la conclusión—, pero cabizbajo y suspirando, y yo temiendo leer en su rostro alguna noticia dura y definitiva. Me habló únicamente de enfermedad, como algo sin importancia; pero la llamada, el silencio, los suspiros podían decir algo más. Me latía con fuerza el corazón, las piernas me temblaban, más de una vez estuve a punto de caerme...

El ansia de escuchar la verdad se complicaba en mí con el deseo de saberla. Era la primera vez que la muerte se me presentaba así de cerca, me envolvía, se me enfrentaba con los ojos agujereados y oscuros. Cuanto más caminaba por aquella calle de los Barbonos más me aterraba la idea de llegar a casa, de entrar, de oír los lloros, de ver un cuerpo difunto... ¡Ah!, nunca podría exponer aquí todo lo que sentí en aquellos terribles minutos. La calle, por más que José Días anduviera superlativamente despacio, parecía huirme bajo los pies, las casas volaban de un lado a otro y una corneta que tocaba en aquella ocasión en el cuartel de los Municipales Permanentes sonaba en mis oídos como la trompeta del juicio final.

Fui, llegué a los Arcos, entré en la calle de Matacavalos. La casa no estaba exactamente allí sino mucho más allá de los Inválidos, cerca de la del Senado. Tres o cuatro veces quise preguntar a mi compañero, sin atreverme a abrir la boca; pero ahora ni tenía ya ganas. Iba sólo andando, aceptando lo peor, como un gesto del destino, como una necesidad de la obra humana, y fue entonces cuando la Esperanza, para combatir al Terror, me confió al corazón, no estas palabras, pues nada articuló parecido a las palabras, sino una idea que podría ser traducida por ellas: «Mamá difunta, se acabó el seminario».

Lector, fue un relámpago. Tan rápido como iluminó la noche se desvaneció y la oscuridad se hizo más cerrada por el efecto del remordimiento que me dejó. Fue una

sugestión de la lujuria y del egoísmo. La piedad filial se desmayó un instante, con la perspectiva de la segura libertad por la desaparición de la deuda y del deudor; fue un instante, menos que un instante, una centésima de instante, pero aún lo suficiente para complicar mi aflicción con un remordimiento.

José Días suspiraba. Una vez me miró tan lleno de pena que me pareció que me había adivinado y quise pedirle que no dijera nada a nadie, que yo me castigaría, etc. ... Pero la pena llevaba tanto amor que no podía ser pesar a causa de mi pecado; pero era, en cualquier caso, la muerte de mi madre... Sentí una gran angustia, un nudo en la garganta, y no aguanté más, lloré de repente.

—¿Qué pasa, Bentinho?

—¿Mamá...?

—¡No!, ¡no! ¿Qué idea es esa? Su estado es gravísimo, pero no mortal, y Dios lo puede todo. Límpiate los ojos, que está feo que un muchacho de tu edad vaya llorando por la calle. No será nada, unas fiebres... Las fiebres lo mismo que aparecen con fuerza también se van... Con los dedos no; ¿dónde está el pañuelo?

Me limpié los ojos, puesto que de todas las palabras de José Días sólo una se me quedó en el corazón; fue aquel *gravísimo*. Vi después que sólo quería decir *grave*, pero el uso del superlativo agranda la boca y, por amor al periodo, José Días hizo crecer mi tristeza. Si encuentras en este libro algún caso de la misma familia, avísame lector para que lo enmiende en la segunda edición; nada hay más feo que ponerle piernas larguísimas a ideas brevísimas. Me limpié los ojos, repito, y seguí andando, ansioso ahora por llegar a casa y pedirle perdón a mi madre por el feo pensamiento que tuve. Al fin llegamos, entramos, subí temblando los seis peldaños de la escalera y, al poco rato, echado sobre la cama, oía las palabras tiernas de mi madre que me apretaba mucho las manos, llamándome hijo. Estaba ardiendo, sus ojos ardían en los míos, toda ella parecía consumida por un volcán interno. Me arrodillé al pie del lecho, pero como era alto quedé lejos de sus caricias.

—¡No, hijo mío, levanta, levanta!

A Capitu, que estaba en la alcoba, le gustó ver mi entrada, mis gestos, palabras y lágrimas, como más tarde me dijo; pero no sospeché naturalmente todas las causas de mi aflicción. Al entrar en mi cuarto pensé decírselo todo a mi madre, cuando se pusiera buena, pero tal idea no me mordía, era pura veleidad, una acción que nunca haría por más que el pecado me doliera. Entonces, llevado por el remordimiento, usé una vez más el viejo truco de las promesas espirituales y le pedí a Dios que me perdonase y salvara la vida de mi madre, y yo le rezaría dos mil padrenuestros. Padre que me lees, perdona este recurso; fue la última vez que lo usé. La crisis en que estaba, no menos que la costumbre y la fe, lo explica todo. Eran más de dos mil; ¿qué ocurriría con los antiguos? Ni unos ni otros pagué, pero cuando salen de almas cándidas y verdaderas tales promesas son como moneda de crédito; aunque el deudor no las pague, valen la cantidad que dicen.

APLACEMOS LA VIRTUD

POCOS tendrían el ánimo de confesar aquel pensamiento mío de la calle Matacavalos. Yo confesaré todo aquello que interese a mi historia. Montaigne escribió sobre sí mismo: *Ce ne sont pas mes gestes que j'écris; c'est moi, c'est mon essence*. Ahora bien, sólo hay un modo de escribir la propia esencia y es contarla toda, el bien y el mal. Así hago yo a medida que voy recordando y conviniendo a la construcción o reconstrucción de mí mismo. Por ejemplo, ahora que conté un pecado hablaría con placer de alguna bella acción contemporánea si me acordase, pero no la recuerdo: queda en espera de mejor oportunidad.

Y no perderás con esperar, amigo mío; al contrario, recuerdo ahora que... No sólo las bellas acciones son bellas en cualquier ocasión, como son de igual manera posibles y probables, por la teoría que tengo de los pecados y de las virtudes, no menos sencilla que clara. Se reduce todo ello a que cada persona nace con cierto número de ellos y de ellas, aliados matrimonialmente para compensarse en la vida. Cuando uno de tales cónyuges es más fuerte que el otro, sólo él guía al individuo, sin que éste, por no haber practicado tal virtud o cometido tal pecado, se pueda considerar exento de uno o de otro; pero la regla es darse a la práctica simultánea de los dos, con ventaja para el portador de ambos y algunas veces con resplandor mayor de la tierra y el cielo. Es una pena que no pueda fundamentarlo con uno o más casos raros; me falta tiempo.

Por lo que me toca, es cierto que nací con alguno de aquellos matrimonios, y aún los poseo. Ya me ocurrió aquí, en el Engenho Novo, estando una noche con mucho dolor de cabeza, desear que el tren de la Central estallase lejos de mis oídos e interrumpiera la línea durante muchas horas, aunque muriese alguien; y al día siguiente perdí el tren de la misma vía por haber ido a dar mi bastón a un ciego que no llevaba bordón. *Voilà mes gestes, voilà mon essence*.

CAPÍTULO LXIX

LA MISA

UNO de los gestos que mejor expresan mi esencia fue la devoción con que corrí el domingo siguiente a oír misa en San Antonio de los Pobres. El agregado quiso ir conmigo y comenzó a vestirse, pero iba tan lento con los tirantes y las presillas que no pude esperarle. Además, yo quería estar solo. Sentía necesidad de evitar cualquier conversación que me desviase el pensamiento del objetivo que me llevaba, y era reconciliarme con Dios después de lo que ocurrió en el capítulo LXVII. No era sólo pedirle perdón por el pecado, era también agradecerle el restablecimiento de mi madre y, ya que lo digo todo, hacerle renunciar al pago de mi promesa. Jeová, como divino, o por esto mismo, es un Rostchild mucho más humano y no concede moratorias, perdona las deudas íntegramente una vez que el deudor quiere de verdad enmendar su vida y acabar con los gastos. Entonces yo no deseaba otra cosa; de allí en adelante no haría más promesas que no pudiera cumplir, y las cumpliría en cuanto las hiciera.

Oí misa; al alzar a Dios agradecí la vida y la salud de mi madre; después pedí perdón por el pecado y la liberación de la deuda y recibí la bendición final del oficiante como un acto solemne de reconciliación. En fin, recuerdo que la Iglesia estableció en el confesionario un notario seguro y en la confesión el más auténtico de los instrumentos para el ajuste de cuentas morales entre el hombre y Dios. Pero mi incorregible timidez me cerró esa puerta segura; tuve miedo de no encontrar palabras con que contar al confesor mi secreto. ¡Cómo cambian los hombres! Hoy me atrevo a publicarlo.

DESPUÉS DE MISA

AÚN recé, me persigné, cerré el libro de misa y caminé hacia la puerta. No había mucha gente, pero la iglesia tampoco es muy grande y no pude salir enseguida, enseguida, sino lentamente. Había hombres y mujeres, viejos y mozos, sedas y percales y probablemente ojos feos y hermosos, pero yo no vi unos ni otros. Iba en dirección a la puerta, con la ola, oyendo los saludos y los comentarios. En el atrio, donde se hizo la claridad, me paré y les miré a todos. Vi entonces a una muchacha y a un hombre que salían de la iglesia y se paraban; y la muchacha me miraba hablándole al hombre, y el hombre me miraba escuchando a la muchacha. Y me llegaron estas palabras:

—¿Pero qué quieres?

—Quería saber algo de ella; pregúntale, papá.

Era la señorita Sancha, la compañera de colegio de Capitu, que quería noticias de mi madre. Se acercó el padre; le dije que estaba restablecida. Después salimos, me mostró su casa y, como iba en la misma dirección, fuimos juntos. Era Gurgel hombre de cuarenta años, o poco más, con propensión a engordar el vientre; era muy obsequioso; al llegar a la puerta de la casa quiso a la fuerza que almorzara con él.

—Gracias, pero me espera mamá.

—Enviamos a un negro que avise que se queda a almorzar; irá más tarde.

—Vendré otro día.

La señorita Sancha, vuelta hacia el padre, oía y esperaba. No era fea; sólo se le podía notar la semejanza de la nariz, que también acababa en grueso; pero hay facciones que le quitan la gracia a unos para dársela a otros. Vestía con sencillez. Gurgel era viudo y moría por su hija. Como rehusara yo el almuerzo quiso que descansara algunos minutos. No pude rechazarlo y subí. Quiso saber mi edad, mis estudios, mi fe, y me daba consejos en caso de que llegara a ser sacerdote; me dijo el número del almacén, en la calle de la Quitanda. Por fin me despedí, me acompañó al descansillo de la escalera; la hija me dio recuerdos para Capitu y para mi madre. Miré desde la calle hacia arriba; el padre estaba a la ventana y me hizo un amplio gesto de despedida.

VISITA DE ESCOBAR

EN casa habían ya mentido diciéndole a mi madre que había regresado y me estaba cambiando de ropa.

«La misa de ocho ya debe de haber acabado... Bentinho tendría que estar de vuelta... ¿Habrá ocurrido algo, hermano Cosme?... Vayan a ver...». Así hablaba ella, de minuto en minuto, pero entré yo y conmigo la tranquilidad.

Era el día de las buenas sensaciones. Escobar fue a visitarme y a saber de la salud de mi madre. Nunca me había visitado, ni nuestras relaciones eran tan estrechas como luego llegaron a ser; pero al saber la razón de mi salida, tres días antes, aprovechó el domingo para encontrarse conmigo y preguntar si continuaba el peligro o no. Cuando le dije que no, respiró.

—Estaba preocupado —dijo.

—¿Lo sabían los demás?

—Parece que sí; algunos lo sabían.

A tío Cosme y a José Días les gustó el muchacho; el agregado le dijo que había visto una vez a su padre en Río de Janeiro. Escobar era muy fino; y, aunque habló más de lo que llegó a hablar luego, incluso así no era tanto como los muchachos de nuestra edad; aquel día lo encontré algo más expansivo que de costumbre. Tío Cosme quiso que cenara con nosotros. Escobar lo pensó un instante y acabó diciendo que el corresponsal de su padre le esperaba. Yo, recordando las palabras de Gurgel, se las repetía:

—Enviamos a un negro que avise que cena aquí; luego se irá.

—No deseo incomodar.

—No es incomodidad —intervino tío Cosme.

Escobar aceptó y cenó. Noté que los movimientos rápidos que tenía y dominaba en el aula los dominaba entonces, tanto en el salón como en la mesa. La hora que pasó conmigo fue de franca amistad. Le mostré los escasos libros que tenía. Le gustó mucho el retrato de mi padre; después de algunos instantes de contemplación, se volvió y me dijo:

—¡Se nota que era puro corazón!

Los ojos de Escobar, claros, como dije, eran dulcísimos; así los definió José Días cuando él salió, y mantengo esta palabra, a pesar de los cuarenta años que lleva encima. En esto no hubo exageración del agregado. El rostro afeitado mostraba una piel blanca y lisa. La testa era algo baja, le llegaba la línea del pelo casi encima de la ceja izquierda; pero tenía siempre la altura necesaria para no ocultar otras facciones ni disminuir su gracia. Era en verdad interesante de rostro, la boca fina y burlona, nariz delgada y curva. Tenía la costumbre de sacudir el hombro izquierdo de cuando

en cuando, pero lo perdió desde que uno de nosotros lo notó un día en el seminario; primer ejemplo que vi de que un hombre puede corregirse muy bien de los pequeños defectos.

Nunca dejé de sentir orgullo porque los amigos agradaran a todo el mundo. En casa terminaron queriéndole bien a Escobar; incluso para prima Justina era un muchacho muy apreciable, a pesar... ¿A pesar de qué? —le preguntó José Días viendo que no acababa ella la frase. No tuvo respuesta, ni podía tenerla; prima Justina probablemente no vio defecto claro o importante en nuestro huésped; el *a pesar* era una especie de reserva para alguno que un día llegaría a descubrir, o fue quizá acto de viejo uso que la llevó a restringir donde no encontró restricción.

Escobar se despidió inmediatamente después de la cena; le acompañé hasta la puerta, donde esperamos el paso del autobús. Me dijo que el almacén del corresponsal estaba en la calle de los Pescadores y se abría hasta las nueve; no deseaba demorarse. Nos separamos con mucho afecto; él, desde el autobús, aún me dijo adiós con la mano. Me quedé en la puerta para ver si, desde lejos, miraba aún hacia atrás, pero no miró.

—¿Quién es ese tan buen amigo? —preguntó alguien desde una ventana próxima.

No es necesario decir que era Capitu. Son cosas que se adivinan en la vida, como en los libros, sean novelas o historias verdaderas. Era Capitu, que nos miraba desde hacía algún tiempo, desde dentro de la celosía, y abría entonces del todo la ventana y aparecía. Vio nuestras despedidas tan sentidas y afectuosas que quiso saber quién era quién tanto las merecía.

—Es Escobar —dije poniéndome debajo de la ventana, mirando hacia arriba.

UNA REFORMA DRAMÁTICA

Ni yo, ni tú, ni ella, ni ninguna otra persona de esta historia podría responder más, ya que es tan cierto que el destino, como todos los dramaturgos, no anuncia las peripecias ni el desenlace. Llegan a punto hasta que cae el telón, se apagan las luces y los espectadores se van a dormir. Hay en este género por ventura algunas cosas que reformar y yo propondría, como ensayo, que las obras comenzaran por el fin. Otelo se mataría y mataría a Desdémona en el primer acto y los tres siguientes desarrollarían la acción lenta y decreciente de los celos, y el último quedaría sólo con las escenas iniciales de la amenaza de los turcos, las explicaciones de Otelo y Desdémona y el buen consejo del fino Yago: «Pon dinero en la bolsa». De esta manera el espectador encontraría en el teatro, por un lado, la charada habitual que los periódicos le dan, porque los últimos actos explicarían el desenlace del primero, como a modo de concepto, y, por otro lado, se iría a la cama con una buena impresión de ternura y de amor:

Ella amó lo que me afligía,
Yo amé su piedad

LA CONTRARREGLA

EL destino no solamente es dramaturgo, es también su propia contrarregla; es decir, designa la entrada de los personajes en escena, les da las cartas y los otros objetos y ejecuta dentro las señales correspondientes al diálogo, un trueno, un carro, un tiro. Cuando era yo muchacho se representó, en no sé qué teatro, un drama que acababa con el juicio final. El principal personaje era Ashavérus^[34], que en último cuadro concluía con esta exclamación: «¡Oigo la trompeta del arcángel!». No se oía ninguna trompeta. Ashavérus, avergonzado, repitió la palabra, ahora más alto, para advertir la contrarregla, pero nada. Caminó entonces hacia el fondo, disimuladamente trágico pero con el efectivo fin de hablar a bastidores y decir con voz sorda: «¡El pistón!, ¡el pistón!, ¡el pistón!». El público oyó la palabra y rompió a reír hasta que, cuando la trompeta sonó de verdad y Ashavérus gritó por tercera vez que era la del arcángel, un vivo de butaca le corrigió abajo: «¡No señor, es el pistón del arcángel!».

Así se explica mi estancia bajo la ventana de Capitu y el paso de un caballero, un *dandy* como entonces decíamos. Montaba un hermoso alazán, firme en la silla, riendas en la mano izquierda, la derecha en la cintura, botas abrillantadas, figura y postura esbeltas; la cara no me era desconocida. Habían pasado más y aún llegaron otros detrás; todos iban en busca de sus enamoradas. Eran costumbre de la época los enamoramientos a caballo. Relee a Alencar: «Porque un estudiante (decía uno de sus personajes de teatro de 1858) no puede estar sin estas dos cosas: un caballo y una enamorada»^[35]. Relee a Álvares de Azevedo^[36]. Una de sus poesías se dedica a contar (1851) «que residía en Catumbi y, para ver al enamorado de Catete, alquiló un caballo por tres mil reis... ¡Tres mil reis! ¡Todo se pierde en la noche de los tiempos!».

Entonces, el *dandy* del caballo bayo no pasó como los demás; era la trompeta del juicio final y sonó a tiempo; así actúa el Destino, que es su propia contrarregla. El caballero no se contentó con ir al paso sino que volvió la cabeza hacia nuestro lado, el lado de Capitu, y miró a Capitu, y Capitu le miró a él; el caballo andaba, la cabeza del hombre se dejaba arrastrar mirando hacia atrás. Éste fue el segundo diente de celos que me mordió. En rigor, es natural admirar las hermosas figuras; pero aquel tipo tenía la costumbre de pasar por allí en las tardes, vivía en el antiguo Campo de la Aclamação^[37], y después... y después... ¡Vete tú a razonar con un corazón en brasa, como era el mío! No le dije nada a Capitu; salí de la calle deprisa, seguí por mi pasillo y, cuando me di cuenta, estaba en la sala de visitas.

CAPÍTULO LXXIV

LA HEBILLA

EN la sala de visitas tío Cosme y José Días hablaban, el uno sentado, el otro andando y parándose. La mirada de José Días me recordó lo que me había dicho en el seminario: «Mientras no encuentre un pisaverde de la vecindad que se case con ella...». Era ciertamente una alusión al caballero. Tal recuerdo agravó la impresión que llevaba yo de la calle; ¿pero no sería aquella palabra, inconscientemente guardada, lo que me dispuso a creer en la malicia de su mirar? Me dieron ganas de cogerle a José Días por el cuello, llevarle al pasillo y preguntarle si había hablado de verdad o en hipótesis; pero José Días, que calló al verme entrar, continuó andando y hablando. Yo, impaciente, quería ir a la casa de al lado —imaginaba que Capitu saldría de la casa asustada y no tardaría en aparecer—, para indagar y explicar... Y los dos hablaban, hasta que tío Cosme se levantó para ir a ver a la enferma y José Días se acercó a mí junto al vano de la otra ventana.

Hace un instante tenía yo ganas de preguntarle lo que había entre Capitu y los pisaverdes del barrio; ahora, imaginando que venía justamente a decírmelo, tenía miedo de oírlo. Quise taparle la boca. José Días vio en mi rostro alguna señal diferente de la expresión habitual y me preguntó con interés:

—¿Qué pasa, Bentinho?

Para no enfrentarme a su mirada, bajé los ojos. Los ojos, al bajar, vieron que una de las hebillas del pantalón del agregado estaba desabrochada y, como insistiese en saber lo que me pasaba, le respondí apuntando con el dedo:

—Mire la hebilla, abróchese la hebilla.

José Días se inclinó y yo salí corriendo.

LA DESESPERACIÓN

ESCAPÉ del agregado, escapé de mi madre no yendo a su habitación, pero no escapé de mí. Corrí a mi habitación y entré detrás de mí. Me hablaba, me perseguía, me tiraba en la cama, rodaba conmigo y lloraba y acallaba los sollozos con la punta de la sábana. Juré no ir a ver a Capitu aquella tarde, ni nunca más, y hacerme sacerdote de una vez. Ya me veía ordenado ante ella, que lloraría de arrepentimiento y me pediría perdón; pero yo, frío y sereno, no tendría más que desprecio, mucho desprecio; le daba la espalda. La llamaba perversa. Dos veces me sorprendí apretando los dientes, como si la tuviera entre ellos.

Desde la cama oí su voz, que había ido a pasar el resto de la tarde con mi madre y, naturalmente, conmigo, como las otras veces; pero, por mayor que fue el estremecimiento que sentí, no me hizo salir de la habitación. Capitu reía en alto, hablaba en alto, como avisándome; yo continuaba sordo, a solas conmigo y mi desprecio. Me daban ganas de clavarle las uñas en el cuello, enterrarlas bien, hasta verle salir la vida con la sangre...

CAPÍTULO LXXVI

EXPLICACIÓN

AL cabo de un rato estaba sosegado, pero abatido. Como me encontraba estirado en la cama, con los ojos en el techo, recordé la recomendación que mi madre me hacía de no acostarme después de comer para evitar una congestión. Me levanté de golpe, pero no salí del cuarto. Capitu reía entonces menos y hablaba más bajo; estaría afligida con mi reclusión, pero ni por eso me ablandó.

No cené y dormí mal. A la mañana siguiente no estaba mejor, estaba diferente. Entonces mi dolor se complicaba con la sospecha de haber ido más allá de lo conveniente sin examinar el caso. Como me dolía algo la cabeza, disimulé mayor malestar con el fin de no ir al seminario y hablar con Capitu. Podía estar enfadada conmigo, podía no quererme ahora y preferir al caballero. Quise resolverlo todo, oírla y juzgarla; quizás tuviera defensa y explicación.

Tenía las dos cosas. Cuando supo la causa de mi reclusión de la víspera me dijo que le hacía gran injuria; no podía creer que después de nuestro intercambio de juramentos la juzgara tan liviana como para creer... Y entonces se le saltaron las lágrimas e hizo un gesto de separación; pero yo me acerqué enseguida, le tomé las manos y se las besé con tanta alma y calor que las sentí estremecer. Se enjugó los ojos con los dedos y de nuevo los besé, por ellos y por las lágrimas; después suspiró, después ladeó la cabeza. Me confesó que no conocía al muchacho más que al resto de los que por allí pasaban todas las tardes, a caballo o a pie. Si le había mirado era prueba de que nada había entre ellos; en caso de haberlo era natural disimular.

—¿Y qué podría haber si él va a casarse? —concluyó.

—¿Se va a casar?

Se iba a casar, me dijo con quien, con una muchacha de la calle de los Barbonos. Esta razón me encajó más que todo y ella lo notó en mi gesto; ni aún por ello dejó de decir que, para evitar nuevos equívocos, dejaría de mirar por la ventana.

—¡No!, ¡no!, ¡no!, ¡no!, ¡no te pido eso!

Aceptó retirar la promesa, pero me hizo otra, y fue que, a la primera sospecha mía, todo quedaría disuelto entre nosotros. Acepté la amenaza y juré que nunca habría de cumplirla; era la primera sospecha y la última.

CAPÍTULO LXXVII

EL PLACER DE LOS VIEJOS DOLORES

C ONTANDO aquella crisis de mi amor adolescente siento algo que no sé si lo explico bien, y es que los dolores de aquella época hasta tal punto se espiritualizaron con el tiempo que llegaron a diluirse en el placer. No está claro, pero no todo es claro en la vida o en los libros. La verdad es que siento un gusto particular al referir tal fastidio, cuando es verdad que me recuerda otros que no quisiera recordar por nada en el mundo.

SECRETO POR SECRETO

POR lo demás, en aquella misma época sentí alguna necesidad de contarle a alguien lo que ocurría entre Capitu y yo. No lo referí todo, sólo una parte, y fue Escobar quien la recibió. Cuando volví al seminario, el miércoles, lo encontré inquieto; me dijo que tenía intención de ir a verme en caso de haberme quedado un día más en casa. Me preguntaba con interés qué me había ocurrido y si ya estaba bien del todo.

—Lo estoy.

Oía mirándome a los ojos. Tres días después me dijo que me estaban encontrando muy distraído; sería bueno disimular todo lo que pudiera. Él, a su vez, tenía razones para andar distraído también, pero intentaba permanecer atento.

—¿Entonces crees...?

—Sí, a veces estás como que no oyes nada, mirando al infinito; disimula, Santiago.

—Tengo motivos...

—Lo creo; nadie se distrae por nada.

—Escobar...

Vacilé; él esperó.

—¿Qué ocurre?

—Escobar, tú eres mi amigo, y yo soy amigo tuyo también; aquí en el seminario eres la persona más próxima a mi corazón, y fuera de aquí, a no ser gente de mi familia, no tengo propiamente un amigo.

—Si te dijera yo lo mismo —replicó sonriendo— perdería la gracia; parece que lo estoy repitiendo. Pero la verdad es que no tengo aquí relaciones con nadie, tú eres el primero y creo que ya lo han notado; pero no me importa en absoluto.

Conmovido, sentí que la voz se me precipitaba en la garganta.

—Escobar, ¿tú eres capaz de guardar un secreto?

—Si preguntas es porque lo dudas, y en ese caso...

—Disculpa mi forma de hablar. Sé que eres persona seria, me imaginaré que me confieso con un sacerdote.

—Si necesitas absolución, estás absuelto.

—Escobar, yo no puedo ser sacerdote. Estoy aquí, los míos creen en mí y esperan; pero yo no puedo ser sacerdote.

—Ni yo, Santiago.

—¿Ni tú?

—Secreto por secreto; también yo tengo el propósito de no acabar el curso; me interesa el comercio, pero no digas nada, absolutamente nada; queda entre nosotros.

Y no es que yo no sea religioso; soy religioso, pero el comercio es mi pasión.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más puede ser?

Di dos vueltas y susurré la primera palabra de mi confidencia, tan escasa y sorda que ni yo mismo la oí; sé sin embargo que dije «una persona...» con reticencia. ¿Una persona...? No fue preciso más para que entendiera. Una persona tenía que ser una muchacha. No creas que se asombró de verme enamorado; hasta lo encontró natural, y me miró de nuevo fijamente a los ojos. Entonces le conté por encima lo que podía, pero lentamente, para tener el placer de insistir en el tema. Escobar escuchaba con interés; al final de nuestra conversación me declaró que era secreto enterrado en el cementerio. Me aconsejó que no me hiciera sacerdote. No podía llevar a la iglesia un corazón que no le pertenecía al cielo sino a la tierra; iba a ser un mal sacerdote, ni sería sacerdote. Por el contrario, Dios protegía a los sinceros; dado que solamente podía yo servirle en el mundo, en él debía quedarme.

No calculas el placer que me dio la confidencia que le hice. Era como una felicidad más. Aquel corazón joven que me oía y me daba la razón traía a este mundo un aspecto extraordinario. Era un grande y hermoso mundo, la vida una excelente carrera, y yo, ni más ni menos, un mimado del cielo; he ahí mi sensación. Observa que no le dije todo, ni lo mejor; no le referí el capítulo del peinado, por ejemplo, ni otros parecidos; pero lo contado era mucho.

Que volvimos al tema no es necesario decirlo. Volvimos una y muchas veces; yo alababa las cualidades morales de Capitu, materia adecuada a la admiración de un seminarista: la sencillez, la modestia, el amor al trabajo y a las costumbres religiosas. No aludía a sus gracias físicas, ni él me preguntaba por ellas; apenas le insinué la conveniencia de conocerla de vista.

—Ahora no es posible —le dije la primera semana—, al volver a casa; Capitu va a pasar unos días con una amiga de la calle de los Inválidos. Cuando vuelva, vas allí; pero puedes ir antes, puedes ir siempre; ¿por qué no fuiste ayer a comer conmigo?

—No me convidaste.

—¿Es necesario convidarte? Allí en casa les gustaste mucho a todos.

—También a mí me gustaron todos, pero, si es posible distinguir a alguien, te confieso que tu madre es una persona adorable.

—¿Verdad que sí? —repliqué lleno de alegría.

VAMOS AL CAPÍTULO

EN efecto, me gustó oírle hablar así. Sabes la opinión que yo tenía de mi madre. Aún ahora, después de interrumpir esta línea para mirar su retrato que pende de la pared, creo que llevaba en el rostro impresa aquella cualidad. Ni de una ni de otra forma se explica la opinión de Escobar, que apenas había cambiado con ella cuatro palabras. Una sola bastaba para penetrarle la esencia íntima; sí, sí, mi madre era adorable. Por más que me estuviera entonces obligando a una carrera que yo no quería, no podía dejar de sentir que era adorable, como una santa.

¿Y era por ventura verdad que me obligaba a la carrera eclesiástica? Aquí llego a un punto que esperaba llegaría más tarde, tanto que ya investigaba a qué altura le daría un capítulo. Realmente no cabía decir ahora lo que sólo más tarde presumí descubrir; pero, una vez que toqué el punto, es mejor acabar con él. Es grave y complejo, delicado y sutil, uno de esos en que el autor tiene que atender al hijo y el hijo ha de oír al autor para que uno y otro digan la verdad, sólo la verdad, pero toda la verdad. Cabe aún notar que ese punto es el que hace a la santa más adorable, sin perjuicio —¡al contrario!— de la parte humana y terrestre que había en ella. Basta de prólogo al capítulo; vamos al capítulo.

VENGAMOS AL CAPÍTULO

VENGAMOS al capítulo. Mi madre era temerosa de Dios; lo sabes, y de sus prácticas religiosas, y de la fe pura que las animaba. Tampoco ignoras que mi carrera eclesiástica era objeto de promesa hecha cuando fui concebido. Todo fue contado oportunamente. Otrosí, sabes que con el fin de estrechar el vínculo moral de la obligación confió sus motivos y proyectos a parientes y familiares. La promesa, hecha con fervor, aceptada con misericordia, la guardó, con alegría, en lo más íntimo de su corazón. Creo que le sentí el sabor de la felicidad en la leche que me dio a mamar. Mi padre, si viviera, es posible que alterara los planes y, como tenía vocación política, es probable que me encaminaría únicamente a la política, aunque los dos oficios no fueran ni sean irreconciliables y más de un sacerdote entre en la lucha de los partidos y en el gobierno de los hombres. Pero mi padre murió sin saber nada y quedó ella ante el contrato como única deudora.

Uno de los aforismos de Franklin^[38] es que, para quien tiene que pagar en Pascua, la Cuaresma es corta. Nuestra Cuaresma no fue más larga que las otras, y mi madre, ya que me había mandado a estudiar latín y doctrina, comenzó a retrasar mi entrada en el seminario. Es lo que se llama, comercialmente hablando, endosar una letra. El acreedor era archimillonario, no dependía de aquella cuantía para comer y consentía en las transferencias del pago sin siquiera gravar los gastos del efecto. Un día, sin embargo, uno de los familiares que servían de endosantes de la letra habló de la necesidad de pagar el precio pactado; está en uno de los primeros capítulos. Mi madre estuvo de acuerdo y me recliné en San José.

Pero en este mismo capítulo vertió unas lágrimas que secó sin explicar y que ninguno de los presentes, ni tío Cosme, ni prima Justina, ni el agregado José Días entendieron absolutamente; yo, que estaba detrás de la puerta, no las entendí mejor que ellos. Bien examinado, a pesar de la distancia, se veía que eran nostalgias anticipadas, la tristeza de la separación y puede que también —es el principio del punto— arrepentimiento de la promesa. Católica y devota, tenía muy presente que las promesas se cumplen; la cuestión es si es oportuno y adecuado hacerlas todas, y, naturalmente, se inclinaba a la negativa. ¿Por qué Dios la había castigado negándole un segundo hijo? La voluntad divina podía ser mi vida, sin necesidad de dedicarla *ab ovo*. Era una reflexión tardía; debía haber sido hecha el día en que fui engendrado. En todo caso, era una primera conclusión; pero, al no bastar concluir para destruir, todo se mantuvo y yo fui al seminario.

Un sueñecito de la fe hubiera resuelto la cuestión a mi favor, pero la fe velaba con sus grandes ojos ingenuos. Mi madre haría, si pudiera, un cambio de promesa, dando parte de sus años para conservarme con ella, fuera del clero, casado y padre; es lo que

presumo, igual que supongo que rechazó tal idea por parecerle una deslealtad. Así la sentí siempre en el correr de la vida ordinaria.

Ocurrió que mi ausencia fue luego templada por la asiduidad de Capitu. Comenzó a hacérsele necesaria. Poco a poco le llegó la sensación de que la pequeña me haría feliz. Entonces —es el final del punto anunciado— la esperanza de que nuestro amor, haciéndome absolutamente incompatible con el seminario, me llevase a no permanecer allí ni por Dios ni por el diablo, esta esperanza íntima y secreta comenzó a invadir el corazón de mi madre. En este caso era yo quien rompería el contrato sin que ella tuviera la culpa. Se quedaría en mí sin acto propiamente suyo. Era como si, habiendo confiado a alguien la importancia de una deuda para llevarla al acreedor, el portador guardase el dinero para sí y no llevase nada. En la vida común el acto de terceros no impide la obligación del contratante; pero la ventaja de contratar con el cielo es que la intención vale dinero.

Has de haber tenido conflictos parecidos a éste, y, si eres religioso, habrás buscado alguna vez conciliar el cielo y la tierra, de manera idéntica o análoga. El cielo y la tierra acaban conciliándose; son casi hermanos gemelos al haber sido hecho el cielo el segundo día y la tierra el tercero. Como Abrahán, mi madre llevó a su hijo al monte de la Visión y, además de la leña para el holocausto, el fuego y el cuchillo. Y ató a Isaac sobre el haz de leña, tomó el cuchillo y lo alzó en alto. En el momento de hacerlo caer oye la voz del ángel que le ordena por mandato del Señor: «No hagas daño alguno a tu hijo; ya he sabido que temes a Dios». Tal sería la esperanza secreta de mi madre.

Capitu era, naturalmente, el ángel de las Escrituras. La verdad es que mi madre no podía tenerla ahora lejos de ella. El afecto creciente se manifestaba en actos extraordinarios. Capitu pasó a ser la flor de la casa, el sol de las mañanas, el frescor de las tardes, la luna de las noches; allí vivía horas y horas, oyendo, hablando y cantando. A mi madre le alegraba el corazón, le humedecía los ojos, y mi nombre era entre ellas como la señal de la vida futura.

CAPÍTULO LXXXI

UNA PALABRA

CONTADO así lo que descubrí más tarde, puedo transcribir aquí una palabra de mi madre. Ahora se entenderá que me dijera el primer sábado, cuando llegué a casa y supe que Capitu estaba en la calle de los Inválidos, con la señorita Gurgel:

—¿Por qué no vas a verla? ¿No me dijiste que el padre de Sancha te ofreció la casa?

—Me la ofreció.

—Pues... ¿entonces? Pero sólo si quieres. Capitu tenía que haber vuelto hoy para terminar un trabajo conmigo; con certeza la amiga le rogó que durmiera allí.

—Quizás se quedaran enamorando —insinuó prima Justina.

No la maté por no tener a mano hierro ni cuerda, pistola ni puñal; pero la mirada que le eché, si pudiera matar, lo hubiera suplido todo. Uno de los errores de la Providencia fue dejarle al hombre únicamente los brazos y los dientes como armas de ataque, y las piernas como armas de fuga o de defensa. Los ojos bastaban para el primer efecto. Un movimiento suyo haría parar o caer a un enemigo o a un rival, ejercerían pronta venganza, con ese añadido de que, para desorientar a la justicia, los mismos ojos matados serían ojos piadosos, y correrían a llorar a la víctima. La prima Justina escapó a los míos; fui yo quien no escapó al efecto de la insinuación, y el domingo, a las once, corrí hacia la calle de los Inválidos.

El padre de Sancha me recibió desaliñado y triste. La hija estaba enferma; había caído la víspera con una fiebre que se iba agravando. Como quería mucho a la hija, imaginaba ya verla muerta, y me anunció que también él se mataría. He aquí un capítulo fúnebre como un cementerio, muertes, suicidios y asesinatos. Yo anhelaba un rayo de luz clara y cielo azul. Fue Capitu quien los trajo a la puerta de la sala, diciéndole al padre de Sancha que la hija le llamaba.

—¿Está peor? —preguntó Gurgel asustado.

—No, señor —pero quiere hablarle.

—Espera un momentito —le dijo él; y volviéndose hacia mí:—: Es la enfermera de Sancha, que no quiere otra; vuelvo enseguida.

Capitu tenía señales de fatiga y conmoción, pero, en cuanto me vio, se transformó en otra, la muchachita de siempre, fresca y alegre tanto como asustada. Le costó creer que era yo. Me habló, quiso que le hablara, y, efectivamente, charlamos algunos minutos, pero tan bajo y oculto que ni las paredes oyeron, aunque tienen oídos. Por lo demás, si oyeron algo nada entendieron, ni ellas ni los muebles, que estaban tan tristes como el dueño.

CAPÍTULO LXXXII

EL CANAPÉ

DE todos ellos, sólo el canapé pareció haber entendido nuestra situación moral, ya que nos ofreció el servicio de su paja, con tal insistencia que la aceptamos y nos sentamos. Data de entonces la opinión que tengo del canapé. Consigue aliar la intimidad y el decoro, y enseña toda la casa sin salir del salón. Dos hombres sentados en él pueden debatir sobre el destino de un imperio, y dos mujeres la gracia de un vestido; pero un hombre y una mujer sólo por aberración de las leyes naturales dirán otra cosa que no sea sobre ellos mismos. Fue lo que hicimos Capitu y yo. Vagamente recuerdo que le pregunté si su estancia allí sería dilatada...

—No sé; parece que cede la fiebre... pero...

También recuerdo, vagamente, que le expliqué mi visita a la calle de los Inválidos con la pura verdad; es decir, por consejo de mi madre.

—¿Consejo suyo? —murmuró Capitu.

Y añadió con los ojos, que brillaban extraordinariamente:

—¡Seremos felices!

Repetí estas palabras apretando simplemente con mis dedos los suyos. El canapé, lo viera o no, continuó prestándole sus servicios a nuestras manos presas y a nuestras cabezas juntas o casi juntas.

CAPÍTULO LXXXIII

EL RETRATO

GURGEL volvió al salón y le dijo a Capitu que su hija preguntaba por ella. Yo me levanté deprisa, pero no encontré la compostura; escondía los ojos en las sillas. Capitu, por el contrario, se levantó con naturalidad y le preguntó si había aumentado la fiebre.

—No —dijo él.

Ni sobresalto ni nada, ningún aire de misterio por parte de Capitu; se volvió hacia mí y me dijo que le diera recuerdos a mi madre y a la prima Justina, y que hasta pronto; me dio la mano y se fue por el pasillo. Todas mis envidias se fueron con ella. ¿Cómo era posible que Capitu se controlara tan fácilmente y yo no?

—Está hecha una moza —observó Gurgel mirándola también.

Murmuré que sí. En verdad, Capitu iba creciendo a la carrera, sus formas se redondeaban y fortalecían con gran intensidad; moralmente, igual. Era mujer por dentro y por fuera; mujer a derecha e izquierda, mujer por todos los lados y desde los pies a la cabeza. Este crecer parecía apresurarse ahora que yo la veía de tiempo en tiempo; cada vez que iba a casa la encontraba más alta y más llena; los ojos parecían tener otro brillo y la boca otro imperio. Gurgel, volviéndose hacia la pared del salón donde colgaba un retrato de joven, me preguntó si se parecía Capitu al retrato.

Una de las costumbres de mi vida fue siempre estar de acuerdo con la opinión probable de mi interlocutor, siempre que el caso no me perjudique, aburra o imponga. Antes de examinar si efectivamente Capitu era parecida al retrato, respondí que sí. Entonces me dijo él que era el retrato de su mujer y que las personas que la conocieron decían lo mismo. También le parecía que las facciones eran semejantes, especialmente la cabeza y los ojos. En cuanto al genio, era uno; parecían hermanas.

—Y, en fin, hasta la amistad que tiene con Sachinha; la madre no era más amiga que ella... En la vida existen esos parecidos tan extraños.

LLAMADA

EN el zaguán y en la calle examiné para mí si efectivamente había él sospechado algo, pero pensé que no y me puse a caminar. Iba satisfecho con la visita, con la alegría de Capitu, con las alabanzas de Gurgel, hasta tal punto que no acudí enseguida a una voz que me llamaba.

—¡Señor Bentinho! ¡Señor Bentinho!

Sólo cuando la voz creció y su dueño llegó a la puerta paré y vi qué ocurría y dónde estaba. Estaba ya en la calle Matacavalos. La casa era un almacén de loza, escaso y pobre; tenía las puertas medio cerradas y la persona que me llamaba era un pobre hombre canoso y mal vestido.

—Señor Bentinho —me dijo llorando—, ¿sabe que mi hijo Manduca murió?

—¿Murió?

—Murió hace media hora; lo enterramos mañana. Mandé recado a su madre hace un momento, y me ha hecho la caridad de mandarme algunas flores para poner en el féretro. ¡Mi pobre hijo! Tenía que morir, y fue bueno que muriera, pobrecito, pero a pesar de todo siempre es doloroso. ¡Qué vida tuvo!... Uno de estos días aún se acordó de usted, y preguntó si estaba en el seminario... ¿Quiere verlo? Entre, ande a verlo...

Me cuesta decirlo, pero más vale pecar por demasiado que por poco. Quise responder que no, que no quería ver a Manduca, y hasta hice un gesto para huir. No era miedo; en otra ocasión puede que hasta me hubiera entrado curiosidad fácilmente, pero ahora ¡iba tan contento! Ver a un difunto volviendo de ver a la amada... Hay cosas que no se ajustan ni combinan. La simple noticia era una gran perturbación. Mis ideas de oro perdieron todas el color y el metal para cambiarse en ceniza oscura y fea, y no distinguí nada más. Pienso que llegué a decir que tenía prisa, pero probablemente no hablé con palabras claras, ni siquiera humanas, porque él, apoyado en el portal, me abría espacio con el gesto, y yo, sin alma para entrar ni huir, dejé que el cuerpo hiciera lo que pudiese, y el cuerpo acabó entrando.

No le culpo al hombre; para él lo más importante del mundo era el hijo. Pero tampoco me culpen a mí; para mí lo más importante era Capitu. Lo malo fue que los dos casos se conjugaran la misma tarde y que la muerte de uno viniera a meter la nariz en la vida del otro. Ése era todo el mal. Si hubiera pasado antes o después, o el Manduca hubiera esperado algunas horas para morir, ninguna nota desagradable vendría a interrumpir las melodías de mi alma. ¿Por qué morir exactamente hace media hora? Cualquier hora es apropiada para el óbito; se muere muy bien a las seis o a las siete de la tarde.

EL DIFUNTO

TAL fue el sentimiento confuso con el que entré en el almacén de loza. El almacén era oscuro y el interior de la casa escaseaba más en luz ahora que las ventanas del lugar estaban cerradas. En un rincón del comedor vi a la madre llorando; en la puerta de la alcoba dos niños miraban espantados hacia adentro, con el dedo en la boca. El cadáver yacía en la cama; la cama...

Suspendamos la pena y vamos a la ventana a distraer la memoria. Realmente el cuadro era feo, bien por la muerte, bien por el difunto, que era horrible... Aquello era otra cosa. Todo lo que veo allá fuera respira vida, la cabra que rumia al pie de un carro, la gallina que picotea en el suelo de la calle, el tren de la Estrada Central que bufa, resopla, humea y pasa, la palmera que embiste el cielo y, finalmente, aquella torre de la iglesia, a pesar de no tener músculos ni hojas. Un muchacho, que allí en el extremo eleva una cometa de papel, ni ha muerto ni muere, puede que también se llame Manduca.

La verdad es que el otro Manduca era más viejo que éste, algo más viejo. Tendría dieciocho o diecinueve años, pero tanto podías echarle quince como veintidós; no era fácil reconocerle la edad por el rostro, antes bien la escondía en las arrugas de la... Bueno, hay que decirlo del todo; está muerto, sus parientes están muertos, si alguno existiera no está en posición de avergonzarse o dolerse. Hay que decirlo del todo; Manduca padecía una cruel enfermedad; nada menos que la lepra. De vivo era feo; muerto me pareció horrible. Cuando vi extendido en la cama el triste cuerpo de aquel vecino mío, me horrorizó y desvié la vista. No sé qué mano oculta me empujó a mirar de nuevo, de reojo; cedí, miré, volví a mirar, hasta que retrocedí del todo y salí del cuarto.

—¡Sufrió mucho! —suspiró el padre.

—¡Pobre Manduca! —sollozaba la madre.

Intenté salir, dije que me esperaban en casa y me despedí. El padre me preguntó si le haría el favor de ir al entierro; respondí la verdad, que no sabía, haría lo que mi madre quisiera. Y salí rápido, atravesé el almacén y alcancé la calle.

CAPÍTULO LXXXVI

¡AMAD, MUCHACHOS!

ESTABA tan cerca que antes de tres minutos llegué a casa. Paré en el pasillo para tomar aliento; quería olvidar al difunto, pálido y deforme, y algo más que no dije para no dar a estas páginas un aspecto repugnante; pero puedes imaginarlo. Lo aparté todo de mi vista en pocos segundos; me bastó pensar en la otra casa y más aún en la vida y en la cara fresca y alegre de Capitu... ¡Amad, muchachos! y, sobre todo, amad a las muchachas bellas y graciosas; ellas ponen remedio al mal, aroma a lo infecto, cambian la muerte por la vida... ¡Amad, muchachos!

CAPÍTULO LXXXVII

EL CARRUAJE

LEGUÉ al último escalón y una idea se me metió en el cerebro, como si estuviera esperándome entre las gradas de la cancela. Oí de memoria las palabras del padre de Manduca pidiéndome que fuera al entierro al día siguiente. Me paré en el peldaño. Reflexioné un instante; sí, podía ir al entierro, le pediría a mi madre que alquilara un coche...

No creas que eran las ganas de ir en coche, por más que me gustara conducirlo. De pequeño recuerdo que iba así muchas veces con mi madre en visitas a los amigos, a actos sociales y a misa, si llovía. Era un viejo coche de mi padre que conservó todo lo que pudo. El cochero, que era nuestro esclavo, tan viejo como el coche, cuando me veía en la puerta, vestido, esperando a mi madre, me decía riendo:

—¡Papá João va a llevar al niño!

Y era raro que yo no le recomendara:

—João, frena los caballos; vete despacio.

—A la señá Gloria no le gusta.

—¡Pero frénalos!

Queda claro que era para saborear el carruaje, no por la vanidad, porque no permitía ver a las personas que iban dentro. Era un viejo coche obsoleto, de dos ruedas, estrecho y corto, con dos cortinas de cuero adelante que corrían hacia los lados cuando era preciso entrar o salir. Cada cortina tenía un ojo de cristal por donde me gustaba espiar el exterior.

—¡Siéntate, Bentinho!

—¡Déjame espiar, mamá!

Y de pie, cuando era más pequeño, metía la cara en el cristal y veía al cochero con sus dos grandes botas esparrancado en la mula de la izquierda y cogiendo las riendas con la otra; en la mano llevaba un látigo grueso y largo. Todo era incómodo, las botas, el látigo y las mulas, pero a él le gustaba y a mí también. A los lados veía pasar las casas, tiendas o no, abiertas o cerradas, con gente y sin ella, y por la calle las personas iban y venían, o atravesaban ante el carruaje con grandes zancadas o menudos pasos. Cuando la gente o animales lo impedían, el coche paraba y entonces el espectáculo era particularmente interesante; la gente parada en las aceras o en las puertas de las casas miraban el coche y hablaban entre ellas, naturalmente sobre quién iría dentro. Cuando fui creciendo en edad imaginé que lo adivinaban y decían: «Es aquella señora de la calle Matacavalos, que tiene un hijo, Bentinho...».

El coche iba tanto con la vida recóndita de mi madre que cuando ya no había ningún otro continuamos andando en él, y era conocida en la calle y en el barrio por el «coche antiguo». Finalmente mi madre aceptó dejarlo, aunque sin venderlo

enseguida; sólo se desprendió de él porque los gastos de la cochera le obligaron a ello. La razón de guardarlo inútilmente fue exclusivamente sentimental; era el recuerdo del marido. Todo lo que procedía de mi padre era guardado como un pedazo suyo, un resto de la persona, la misma alma integral y pura. Pero el uso era hijo también del enfurruñamiento que confesaba a los amigos. Mi madre exprimía bien la fidelidad a los viejos hábitos, viejas maneras, viejas ideas, viejas modas. Tenía su museo de reliquias, pendientes desusados, un trozo de mantilla unas monedas de cobre que databan de 1824 y 1825 y, para que todo fuera antiguo, ella también quería hacerse vieja; pero ya dije que, en este punto, no alcanzaba todo lo que quería.

CAPÍTULO LXXXVIII

UN HONESTO PRETEXTO

No, la idea de ir al entierro no venía del recuerdo del coche y sus dulzuras. El origen era otro; era porque, acompañando el entierro al día siguiente, no iría al seminario y podría hacer otra visita a Capitu, un tanto más tranquila. Era eso. El recuerdo del coche podía llegar secundariamente después, pero lo principal e inmediato fue aquello. Volvería a la calle de los Inválidos con la excusa de tener noticias de la señorita Gurgel. Contaba con que todo me saliera como aquel día, Gurgel afligido, Capitu conmigo en el sofá, las manos unidas, el peinado...

—Se lo voy a pedir a mamá.

Abrí la cancela. Antes de traspasarla, en cuanto me llegaron de la memoria las palabras del padre del muerto, oí las de la madre y repetí a media voz:

—¡Pobre Manduca!

CAPÍTULO LXXXIX

EL RECHAZO

Mi madre quedó perpleja cuando le pedí ir al entierro.
—Perder un día del seminario...

Le hice observar la amistad que tenía con Manduca, y además eran gente pobre...
Dije todo lo que se me ocurrió decir. Prima Justina opinó negativamente.

—¿Crees que no debe ir? —le preguntó mi madre.

—Creo que no. ¿Qué amistad es esa que nunca vi?

Prima Justina venció. Cuando le conté el caso al agregado sonrió y me dijo que el motivo oculto de mi prima era no darle al entierro «el lustre de mi persona». Fuera lo que fuera, me quedé mudo; al día siguiente, pensando en el motivo, no me desagradó; más tarde le encontré un sabor particular.

CAPÍTULO XC

LA POLÉMICA

AL día siguiente pasé por la casa del difunto, sin entrar ni parar; o, si paré, fue sólo un instante, aún más breve que este en que os lo digo. Si no me engaño, hasta anduve más aprisa, temiendo que me llamaran como en la víspera. Ya que no iba al entierro, mejor lejos que cerca. Fui caminando y pensando en el pobre diablo.

No éramos amigos ni nos conocíamos mucho. Intimidación, ¿qué intimidación podía haber entre su enfermedad y mi salud? Tuvimos relaciones breves y distantes. Fui pensando en ellas, recordando algunas. Se reducían todas a una polémica entre nosotros, dos años atrás, a propósito de... No podéis creer a propósito de qué. Fue sobre la guerra de Crimea.

Manduca vivía en el interior de la casa, tumbado en la cama, leyendo por aburrimiento. El domingo por la tarde el padre le ponía un camisón oscuro y lo llevaba al fondo del almacén, desde donde veía un palmo de calle y la gente que pasaba. Era todo su recreo. Fue allí donde lo vi una vez y no me asusté poco; la enfermedad le iba comiendo las carnes, los dedos querían cerrarse; el aspecto no atraía, ciertamente. Tenía yo entre trece y catorce años. La segunda vez que lo vi allí, como hablásemos de la guerra de Crimea, que ardía entonces y se comentaba en los diarios, Manduca dijo que los aliados iban a vencer y yo le respondí que no.

—Ya veremos —insistió él—. Si la justicia no vence en este mundo, lo que es imposible, la justicia está de parte de los aliados.

—No señor; los rusos tienen razón.

Naturalmente, íbamos de acuerdo con lo que nos decían los diarios de la ciudad, que transcribían los de afuera, pero puede también que cada uno de nosotros tuviera la opinión de su temperamento. Fui siempre un tanto moscovita en mis ideas. Defendí el derecho de Rusia; Manduca hizo lo mismo con el de los aliados y el tercer domingo que entré en el almacén volvimos al asunto. Entonces Manduca propuso que intercambiáramos la argumentación por escrito, y el martes o miércoles recibí dos hojas de papel que contenían la exposición y defensa del derecho de los aliados y de la integridad de Turquía, concluyendo con esta frase profética:

«¡Los rusos no entrarán en Constantinopla!».

La leí y me puse a refutarla. No recuerdo uno solo de los argumentos que utilicé, ni tal vez interese conocerlos ahora que el siglo está expirando; pero la idea que tengo de ellos es que no tenían respuesta. Fui yo mismo a llevarle mi papel. Me hicieron entrar en la alcoba donde yacía estirado en la cama, medio cubierto con una colcha de retales. El placer por la polémica, o algo más que no alcanzo a ver, no me dejó sentir toda la repugnancia que salía de la cama y del enfermo, y el placer con que le di el papel fue sincero. Manduca, por su parte, por más desagradable que tuviera entonces

la cara, la sonrisa que iluminó disimuló el mal físico. La convicción con que recibió mi papel y dijo que iba a leer y que respondería no tiene palabras propias o ajenas que lo expresen del todo y con la verdad; no era exaltada, ni ruidosa, no tenía gestos, ni la enfermedad los habría de permitir; era sencilla, grande, profunda, un gozo infinito de victoria antes de conocer mis argumentos. Tenía ya papel, pluma y tinta al lado de la cama. Días después recibí la réplica; no recuerdo si traía novedades o no; pero crecía el calor, y el final era el mismo:

«¡Los rusos no entrarán en Constantinopla!».

Le repliqué y de ello se dedujo durante algún tiempo una polémica ardiente en la que ninguno de nosotros cedía defendiendo cada uno sus clientes con fuerza y brío. Manduca era más listo y rápido que yo. A mí me sobraban, naturalmente, mil cosas que me distraían: el estudio, los recreos, la familia y la propia salud, que me llamaba a otros ejercicios. Manduca, salvo el palmo de calle del domingo por la tarde, tenía sólo aquella guerra, tema de la ciudad y del mundo pero que nadie iba a tratar con él. El azar le dio en mí un adversario; él, que se complacía en la escritura, se lanzó al debate como a una medicina nueva y radical. Las horas tristes y largas se hicieron breves y alegres; los ojos olvidaron llorar, si es que antes lloraban. Sentí su cambio en los propios gestos del padre y de la madre.

—No se imagina cómo anda ahora, después que usted le escribe aquellos papeles —me decía el dueño del almacén una vez, en la puerta de la calle—. Habla y ríe mucho. En cuanto mando al recadista llevarle los papeles comienza a indagar la respuesta, y si se atrasará mucho, y que le pregunte al muchacho cuando pase. Mientras espera, relee diarios y toma notas. Pero en cuanto recibe los papeles se lanza a leerlos y comienza enseguida a escribir la respuesta. Hay ocasiones en que no come, o come mal; hasta el punto que quería pedirle algo: que no los mande a la hora de comer o de cenar...

Fui yo quien se cansó primero. Comencé por demorar en las respuestas, hasta que no le di ninguna; aún lo intentó él dos o tres veces después de mi silencio, pero, al no recibir contestación alguna, por cansancio también, o por no aburrir, acabó totalmente con sus apologías. La última, como la primera, afirmaba la misma predicción eterna:

«¡Los rusos no entrarán en Constantinopla!».

No entraron, efectivamente, ni entonces ni después, ni hasta ahora. Pero la predicción, ¿será eterna? ¿No llegarán a entrar algún día? Difícil problema. El propio Manduca para entrar en la sepultura empleó tres años de disolución. Tan cierto es que la naturaleza, como la historia, no se hacen jugando. Su vida resistió como Turquía; si al fin cedió fue porque le faltó una alianza como la anglo-francesa, ya que no puede considerarse tal el simple acuerdo de la medicina y la farmacia. Murió por fin, como mueren los Estados; en nuestro caso particular la cuestión está en saber no si Turquía murió, porque la muerte no libra a nadie, sino si los rusos entrarán algún día en Constantinopla; ese era el tema para mi vecino leproso bajo la triste, rota e infecta colcha de retales...

CAPÍTULO XCI

HALLAZGO QUE CONSUELA

ESTÁ claro que las reflexiones que aquí dejo no las hice entonces, camino del seminario, sino ahora, en el gabinete del Engenho Novo. Entonces no hice propiamente ninguna, a no ser ésta: que serví de alivio un día a mi vecino Manduca. Hoy, pensándolo mejor, creo que no sólo le serví de alivio, sino que hasta le di felicidad. Y el hallazgo me consuela; ya no olvidaré nunca que di dos o tres meses de felicidad a un pobre diablo haciéndole olvidar la enfermedad y lo demás. Es algo en el balance de mi vida. Si hay en el otro mundo uno u otro premio para las virtudes sin intención, éste pagará uno o dos de mis muchos pecados. En cuanto a Manduca, no creo que fuera pecado opinar contra Rusia, pero, si lo era, estará purgando hace cuarenta años la felicidad que alcanzó en dos o tres meses, de donde concluirá —ya tarde— que era aún mejor haber gemido solamente, sin opinar nada.

NO ES TAN FEO EL DIABLO COMO LO PINTAN

ENTERRARON a Manduca sin mí. A muchos otros les ocurrió lo mismo sin que yo sintiera nada, pero este caso me afligió particularmente por la razón dicha. También sentí no sé qué melancolía al recordar la primera polémica de mi vida, el placer con que él recibía mis papeles y se proponía refutarlos, sin contar el placer del coche... Pero el tiempo apagó deprisa todas aquellas nostalgias y resurrecciones. No fue únicamente él; dos personas vinieron a ayudarlo: Capitu, cuya imagen durmió conmigo la misma noche, y otra que diré en el siguiente capítulo. El resto de este capítulo es sólo para pedir que, si alguien tuviera que leer mi libro con mayor atención de la que exija el precio del ejemplar, no deje de concluir que no es tan feo el diablo como lo pintan. Quiero decir...

Quiero decir que mi vecino de Matacavalos, atemperando el mal con la opinión antirrusa, daba al pudrimiento de su carne un reflejo espiritual que la consolaba. Hay consuelos mayores, seguro, y uno de los mayores es no padecer aquel ni ningún otro mal, pero la naturaleza es tan divina que se divierte con tales contrastes y en los más desagradables y los más tristes muestra una flor. Y tal vez consiga así la flor más hermosa; mi jardinero afirma que las violetas, para tener un aroma superior, han menester de estiércol de cerdo. No lo comprobé, pero debe ser verdad.

CAPÍTULO XCIII

UN AMIGO POR UN DIFUNTO

EN cuanto a la otra persona que tuvo la fuerza obliterativa, fue mi colega Escobar que, el domingo, antes de mediodía, vino a verme a Matacavalos. Un amigo suplía así a un difunto, y amigo tal que durante cerca de cinco minutos permaneció con mi mano entre las suyas, como si no me viera hacía largos meses.

—¿Vas a cenar conmigo, Escobar?

—Justo para eso vine.

Mi madre le agradeció la amistad que me profesaba y él respondió con mucha cortesía, aunque un tanto atado, como si careciera de palabra fácil. Ya viste que no era así, le obedecían las palabras, pero el hombre no es siempre el mismo todos los instantes. Lo que dijo, en resumen, fue que me estimaba por mis buenas cualidades y primorosa educación; en el seminario todos me querían mucho, y no podía dejar de ser así, añadió. Insistía en la educación, en los buenos ejemplos, «en la dulce y rara madre» que el cielo me dio... Todo ello con voz ahogada y trémula.

Terminó gustándoles a todos. Yo estaba tan contento como si Escobar fuera invención mía. José Días le disparó dos superlativos, tío Cosme dos capotazos y prima Justina no encontró tacha que ponerle; después sí, el segundo o tercer domingo llegó a confesarnos que mi amigo Escobar era un tanto entrometido y tenía unos ojos de policía a los que nada escapaba.

—Son sus ojos —expliqué.

—No digo que sean de otro.

—Son ojos reflexivos —opinó tío Cosme.

—Con toda seguridad —añadió José Días—; pero, no obstante, puede que doña Justina tenga alguna razón... La verdad es que una cosa no impide la otra y la reflexión casa muy bien con la curiosidad natural. Parece curioso, lo parece, pero...

—A mí me parece un muchachito muy serio —dijo mi madre.

—¡Exactamente! —confirmó José Días para no estar en desacuerdo con ella.

Cuando le comenté a Escobar aquella opinión de mi madre —sin contarle las otras, naturalmente— vi que su placer fue extraordinario. Lo agradeció, diciendo que eran bondadosas, y elogió también a mi madre, señora grave, distinguida y joven, muy joven... ¿Qué edad tenía?

—Ya cumplió cuarenta —respondí vaga y vanidosamente.

—¡No es posible! —exclamó Escobar—. ¡Cuarenta años! No aparenta ni treinta; está muy joven y bonita. También a alguien tenías tú que salir, con esos ojos que Dios te dio; son exactamente los suyos. ¿Enviudó hace muchos años?

Conté lo que sabía de su vida y de la de mi padre. Escobar escuchaba atento, preguntando más, pidiendo explicaciones de los pasajes omitidos e incluso oscuros.

Cuando le dije que no recordaba nada de mi tierra —vine tan pequeño—, me contó dos o tres reminiscencias de sus tres años de edad, aún entonces frescas. ¿Y no pensábamos volver a mi tierra?

—No, no volveremos más. Mira, aquel negro que pasa por allí es de allá. ¡Tomás!

—¡Señó!

Estábamos en la huerta de mi casa y el negro andaba trabajando; se nos acercó y esperó.

—Está casado —le dije a Escobar—. ¿Dónde está María?

—Está desgranando maíz, sí, señó.

—¿Aún te acuerdas de tu tierra, Tomás?

—Arrecuerdo, sí, señó.

—Bueno, puedes irte.

Le enseñé otro, otro más, y otro, este Pedro, aquel José, aquel otro Damián...

—Todas las letras del alfabeto —interrumpió Escobar.

En efecto, eran diferentes letras, y sólo entonces me di cuenta; aún le señalé otros esclavos, algunos con iguales nombres, distinguiéndose por un apellido, o de una persona, como João Fulo, María Gorda, o de una nación, como Pedro Benguela, Antonio Mozambique...

—¿Y están todos en la casa?

—No, algunos están trabajando en la calle, otros están alquilados. No era posible tenerlos a todos en casa. Ni son todos los de la tierra; la mayor parte quedó allí.

—Lo que me admira es que doña Gloria se acostumbrara enseguida a vivir en una casa de la ciudad, donde todo está apretado; la otra es, naturalmente, grande.

—No sé, pero lo parece. Mamá tiene otras casas mayores que ésta; pero dice que va a morir aquí. Las otras están alquiladas. Algunas son bien grandes, como la de la calle de la Quitanda...

—La conozco; es bonita.

—Tiene también en Río Comprido^[39], en la Cidade Nova^[40], una en Catete...

—No le faltarán techos —concluyó, sonriendo con simpatía.

Caminamos hacia el fondo. Pasamos el lavadero; paró un instante allí, mirando la piedra de golpear la ropa y haciendo reflexiones acerca del aseo; después continuamos. Qué reflexiones fueron no recuerdo ahora; sólo me acuerdo de que me parecieron ingeniosas y me reí y él rió también. Mi alegría estaba de acuerdo con la suya, y el cielo estaba tan azul y el aire tan claro que la naturaleza parecía reír con nosotros. Son así los buenos momentos de este mundo. Escobar confesó esta concordancia de lo externo con lo interno con palabras tan finas y tan altas que me conmovieron; después, a propósito de la belleza moral que se ajusta a la física, volvió a hablar de mi madre, «un ángel duplicado» —dijo él.

IDEAS ARITMÉTICAS

No cuento lo demás, que fue mucho. Ni sabía él sólo elogiar y pensar; sabía también calcular deprisa y bien. Era de las cabezas aritméticas de Holmes ($2 + 2 = 4$)^[41]. No se imaginan la facilidad con que sumaba o multiplicaba mentalmente. La división, que siempre fue una de las operaciones difíciles para mí, para él era como si nada; cerraba un poco los ojos, vueltos hacia arriba, y susurraba las denominaciones de las cifras; estaba dispuesto. Y esto con siete, trece, veinte cifras. La vocación era tal que le hacía amar los propios signos de las sumas, y tenía la opinión de que los guarismos, al ser pocos, eran mucho más conceptuales que las veinticinco letras del alfabeto.

—Hay letras inútiles y letras dispensables —decía él—. ¿Qué servicio diferente prestan la *d* y la *t*? Tienen casi el mismo sonido. Lo mismo digo de la *b* y de la *p*, lo mismo de la *s*, de la *c* y de la *z*, lo mismo de la *k* y de la *g*, etc.... Son trapacerías caligráficas. Mira los guarismos: no hay dos que hagan la misma función; 4 es 4 y 7 es 7. Y admira la belleza con que un 4 y un 7 forman eso que se expresa con el 11. Duplica el 11 y tendrás 22; multiplica por el mismo número y da 48, y así sucesivamente. Pero donde la perfección es mayor es en el uso del *cero*. El valor del *cero* es, en sí mismo, nada; pero el oficio de este signo negativo es justamente aumentar. Un 5 solo es un 5; ponle dos 00; es 500. Así a lo que no vale nada le hace valer mucho, algo que no hacen las letras duplicadas porque yo igual *apruebo* con una *p* como con dos *pp*.

Educado en la ortografía de mis padres, me costaba oír tales blasfemias, pero no me atrevía a refutarlo. Sin embargo, un día proferí algunas palabras de defensa, a lo que respondió que era un prejuicio y añadió que las ideas aritméticas podían ir hasta el infinito, con la ventaja de ser más fáciles de manipular. Así que yo no era capaz, de momento, de resolver un problema filosófico o lingüístico, al tiempo que él podía sumar, en tres minutos, cualquier suma.

—Por ejemplo... dame un caso, dame una porción de números que yo no sepa ni pueda saber antes... mira, dame el número de las casas de tu madre y los alquileres de cada una, y si yo no digo la suma en dos, en un minuto, ¡ahórcame!

Acepté la apuesta y la semana siguiente llevé escritas en un papel las cifras de las casas y de los alquileres. Escobar cogió el papel, las pasó por los ojos con el fin de memorizarlas y, mientras yo miraba el reloj, él erguía las pupilas, cerraba los párpados, y susurraba... ¡Oh, el viento no es más rápido! Fue dicho y hecho; en medio minuto me cantaba:

—Da todo 1.070 *contos* mensuales.

Me quedé pasmado. Considera que no eran menos de nueve casas y que los

alquileres variaban de una a otra, entre 70 y 180 *contos*. Pues en todo esto en lo que yo gastaría tres o cuatro minutos —y además en un papel— lo hizo Escobar de cabeza, jugando. Me miraba triunfalmente y preguntaba si era exacto. Yo, sólo por demostrarle que sí, saqué del bolso el papelito que llevaba con la suma total y se lo enseñé; era justamente aquello; ni un error: 1,070 *contos*.

—Esto prueba que las ideas aritméticas son más sencillas y, por lo tanto, más naturales. La naturaleza es sencilla. El arte es complicado.

Me quedé tan entusiasmado con la facilidad mental de mi amigo que no pude dejar de abrazarlo. Era en el patio; otros seminaristas notaron nuestra efusión; a un sacerdote que estaba con ellos no le gustó.

—La modestia —nos dijo— no consiste en gestos excesivos; pueden estimarse con moderación.

Escobar me hizo observar que los otros y el sacerdote hablaban por envidia y me propuso vivir separados. Le interrumpí diciendo que no; si era envidia, tanto peor para ellos.

—¡Les daremos con un canto en los dientes!

—Pero...

—Seamos más amigos que hasta ahora.

Escobar me apretó la mano a escondidas, con tal fuerza que aún me duelen los dedos. Será ilusión o efecto de las largas horas que he estado escribiendo sin parar. Suspendamos la pluma unos instantes...

CAPÍTULO XCV

EL PAPA

LA amistad de Escobar se hizo grande y fecunda; la de José Días no quiso quedar atrás. La primera semana me dijo en casa:

—Ahora es verdad que vas a salir del seminario.

—¿Cómo?

—Espera hasta mañana. Voy a jugar con ellos, que me han llamado; mañana, en el cuarto, en el patio o en la calle, al ir a misa, te cuento lo que hay. La idea es tan santa que no estaría mal en el santuario.

—¿Pero es seguro?

—¡Segurísimo!

Al día siguiente me reveló el misterio. En cuanto al primer aspecto, confieso que quedé deslumbrado. Llevaba una nota de grandeza y de espiritualidad que hablaba a mis ojos de seminarista. Era ni más ni menos que esto: mi madre, según su parecer, estaba arrepentida de lo que había hecho y deseaba verme fuera, pero entendía que el vínculo moral de la promesa la prendía indisolublemente. Cumplía romperlo y tanto valían las Escrituras como el poder de desatar concedido a todos los apóstoles. Así que ella y yo iríamos a Roma a pedir la absolución del Papa... ¿Qué me parecía?

—Me parece bien —respondí después de algunos segundos de reflexión—. Puede ser una buena solución.

—¡Es la única, Bentinho, es la única! Voy a hablar con doña Gloria, exponiéndoselo todo, y podemos partir de aquí a dos meses, o antes...

—Es mejor hablar el próximo domingo; déjame pensar antes...

—¡Oh, Bentinho! —interrumpió el agregado—. ¿Pensar en qué? Tú lo que quieres... ¿Lo digo? ¿No te enfadarás con este viejo? Tú lo que quieres es consultar a una persona.

En rigor eran dos personas: Capitu y Escobar, pero yo le negué a pies juntillas que quisiera consultar a alguien. Y qué persona, ¿el rector? No era natural que le confiase aquel asunto. No, ni al rector, ni a profesores, ni a nadie; era sólo tiempo de reflexionar, una semana, el domingo daría la respuesta, y ya desde entonces le decía que la idea no me parecía mala.

—¿No?

—No.

—Pues resolvámoslo hoy mismo.

—Ir a Roma no es un juego.

—Quien boca tiene a Roma llega, y la boca en nuestro caso es la moneda. Bueno, tú puedes muy bien gastártelo... Yo no; un par de pantalones, tres camisas y el pan de cada día; no necesito más. Seré como San Pablo, que vivía de su oficio mientras iba

pregonando la palabra divina. Pues yo voy no a pregonarla, sino a buscarla. Llevaremos cartas del internuncio y del obispo, cartas de nuestro ministro, cartas de capuchinos... Ya sé la objeción que se puede poner a esta idea; dirán que es necesario pedir la dispensa desde aquí lejos; pero, además de lo que no digo, basta reflexionar que es mucho más solemne y bonito ver entrar en el vaticano y postrarse a los pies del papa el propio objeto del favor, el sacerdote prometido, que va a pedir para su madre tiernísima y dulcísima la dispensa de Dios. Piensa en el cuadro, tú besando el pie del príncipe de los apóstoles; Su Santidad, con la sonrisa evangélica, se inclina, interroga, escucha, absuelve y bendice. Los ángeles lo contemplan, la Virgen recomienda al santísimo hijo que todos tus deseos, Bentinho, se vean satisfechos, y que lo que tú amas en la tierra sea igualmente amado en el cielo...

No digo más porque es necesario acabar el capítulo y él no acabó el discurso. Les habló a todos mis sentimientos de católico y de enamorado. Vi el alma aliviada de mi madre, vi el alma feliz de Capitu, ambas en casa, y yo con ellas, y él con nosotros, todo mediante un pequeño viaje a Roma, que sólo geográficamente sabía dónde estaba; espiritualmente también, pero la distancia a que estaría del deseo de Capitu, eso no. He ahí el punto clave. Si a Capitu le pareciera lejos, no iría; pero era necesario oírla, y también a Escobar, que me daría un buen consejo.

CAPÍTULO XCVI

UN SUSTITUTO

LE expuse a Capitu la idea de José Días. Me oyó atentamente y acabó triste.
—Si te vas me olvidarás totalmente.

—¡Nunca!

—Olvídalo. Dicen que Europa es tan bonita, y especialmente Italia. ¿No es de allí de donde vienen las cantantes? Olvídame, Bentinho. ¿Y no habrá otro medio? Doña Gloria está loca por que salgas del seminario.

—Sí, pero se considera atada por la promesa.

Capitu no encontraba otra idea, ni acababa de adoptar ésta. De camino me pidió que, si iba a Roma, jurase que al cabo de seis meses estaría de vuelta.

—Lo juro.

—¿Por Dios?

—Por Dios, por todo. Juro que al cabo de seis meses estaré de vuelta.

—¿Pero y si el papa aún no te ha liberado?

—Te digo lo mismo.

—¿Y si mientes?

Esta palabra me dolió mucho y no encontré respuesta. Capitu le quitó hierro al asunto riéndose y llamándome falso. Después declaró que creía que yo cumpliría el juramento, pero aun así no lo aceptó enseguida; iba a ver si había otras cosas, y que yo viera también por mi parte.

Cuando volví al seminario se lo conté todo a mi amigo Escobar, que me escuchó con igual atención y acabó con la misma tristeza que la otra. Los ojos, normalmente huidizos, casi me comieron de contemplación. De repente le vi una claridad en el rostro, el brillo de una idea. Y le oí decir con volubilidad:

—No, Bentinho; no es necesario eso. Hay algo mejor; no digo mejor porque el Santo Padre vale siempre más que todo, pero hay algo que produce el mismo efecto.

—¿Qué es?

—Tu madre le prometió a Dios darle un sacerdote, ¿verdad? Pues bien, dale un sacerdote que no seas tú; puede tomar a su cuidado a un muchacho huérfano, hacerle ordenar costado por ella y está dando un sacerdote al altar, sin que tú...

—Lo entiendo, lo entiendo, es verdad.

—¿No te parece? —continuó—. Consúltalo con el protonotario; él te dirá si es lo mismo, o yo mismo lo consulto si quieres; y si duda, hablamos con el señor obispo.

—Sí, debe ser así; en realidad, se cumple la promesa sin perder el sacerdote.

Escobar observó que, en la parte económica, la cuestión era fácil; mi madre gastaría lo mismo que conmigo, y un huérfano no necesitaría grandes comodidades. Citó la suma de los alquileres de las casas: 1.070 *contos*, además de los esclavos...

—No hay otra solución.

—Y nos vamos juntos.

—¿Tú también?

—También yo. Voy a mejorar mi latín y me voy; no estudiaré teología. Incluso el latín no hace falta; ¿para qué en el comercio?

—*In hoc signo vinces* —dije riendo.

Me sentía con humor. ¡Ay, cómo lo alegra todo la esperanza! Escobar sonrió, pareciendo encantarle la respuesta. Después nos abandonamos a nosotros mismos, cada uno con sus ojos perdidos, probablemente. Los suyos estaban así cuando volví de lo lejos, y le agradecí de nuevo el plan recordado; no podía existir uno mejor. Escobar me oyó contentísimo.

—Por una vez —dijo gravemente— la religión y la libertad hacen buena compañía.

CAPÍTULO XCVII

LA SALIDA

TODO se hizo en ese tenor. Mi madre dudó un poco, pero acabó cediendo después que el padre Cabral, tras consultar al obispo, volvió a decirle que sí, que podía ser. Salí del seminario al final del año.

Tenía entonces poco más de diecisiete... Aquí tendría que ser la mitad del libro, pero la inexperiencia me hace ir detrás de la pluma y llego casi al fin del papel con lo mejor de la narración sin decir. Ahora no hay más que llevarla a grandes zancadas, capítulo sobre capítulo, poca enmienda, poca reflexión, todo en resumen. Ya estas páginas valen por meses, otras valdrán por años y así llegaremos hasta el fin. Uno de los sacrificios que hago a esta dura necesidad es el análisis de mis emociones de los diecisiete años. No sé si tuviste alguna vez diecisiete años. Si sí, debes saber que es la edad en que la mitad del hombre y la mitad del niño forman un solo curioso. Yo era uno curiosísimo, diría mi agregado José Días, y no diría nada malo. Lo que esta cualidad superlativa me rindió no podría decirlo aquí sin caer en el error que acabo de condenar; el análisis de mis emociones de aquel tiempo es lo que entraba en mis planes. Como era hijo del seminario y de mi madre, sentía ya, bajo el casto recogimiento, unos asomos de petulancia y de atrevimiento; era la sangre, pero también eran las muchachas que en la calle o en las ventanas no me dejaban vivir tranquilo. Me encontraban lindo y lo decían; algunas querían mirar de más cerca mi belleza, y la vanidad es un principio de corrupción.

CAPÍTULO XCVIII

CINCO AÑOS

V ENCIÓ la razón; me fui a estudiar. Pasaron los dieciocho años, los diecinueve, los veinte, los veintiuno; a los veintidós era bachiller en derecho. Todo cambió a mi alrededor. Mi madre resolvió envejecer; aun así, el pelo blanco venía con desgana, poco a poco y esparcido; el pañuelo, los vestidos, los zapatos bajos y sordos eran los mismos de otrora. Tío Cosme padecía del corazón e iba a descansar. Prima Justina estaba algo más vieja. José Días también, no tanto que no tuviera el detalle de asistir a mi graduación, a bajar conmigo a la sierra, alegre y exuberante, como si el bachiller fuera él. La madre de Capitu falleció, el padre se jubiló en el mismo puesto en que quiso dimitir de la vida.

Escobar comenzaba a comerciar con café después de haber trabajado cuatro años en una de las primeras casas de Río de Janeiro. Era opinión de prima Justina que había acariciado la idea de pedir a mi madre en segundas nupcias; pero, si existió tal idea, cumple no olvidar la gran diferencia de edad. Tal vez pensó sólo en asociarla a sus primeras tentativas comerciales, y de hecho, a petición mía, mi madre le adelantó algún dinero, que le devolvió en cuanto pudo, no sin esta coletilla: «Doña Gloria es miedosa y no tiene ambición».

La separación no nos enfrió. Él fue el tercero en el intercambio de cartas entre Capitu y yo. Desde que la vio me animó mucho en nuestro amor. Las relaciones que trabó con el padre de Sancha estrecharon las que ya tenía con Capitu, y le permitió que nos sirviera a los dos, como amigo. Al comienzo le costó a ella aceptarlo; prefería a José Días, pero José Días me repugnaba, por un resto de respeto de cuando niño. Venció Escobar; aunque molesta, Capitu me entregó la primera carta, que fue madre y abuela de las demás. Ni después de casado suspendió ella el obsequio... Que él se casó —adivina con quién—; se casó con la buena de Sancha, la amiga de Capitu, casi hermana suya, tanto que alguna vez, cuando me escribía, la llamaba a ésta «su cuñadita». Así se hacen los afectos y los parentescos, las aventuras y los libros.

EL HIJO ES LA CARA DEL PADRE

Mi madre, cuando volví ya bachiller, casi estalló de felicidad. Aún oigo la voz de José Días recordando el evangelio de San Juan y diciendo al vernos abrazados:

—¡Mujer, he aquí a tu hijo! ¡Hijo, he aquí a tu madre!

Mi madre, entre lágrimas:

—Mano Cosme, es la cara del padre, ¿verdad?

—Sí, tiene algo; los ojos, la forma del rostro. Es el padre; algo más moderno —concluyó burlándose—. Y dime ahora, mana Gloria, ¿no fue mejor que no se empeñara en ser sacerdote? Imagínate este pisaverde qué cura tan capaz sería.

—¿Cómo va mi sustituto?

—Va marchando, se ordena este año, respondió tío Cosme. Tienes que asistir a la ordenación; yo también, si mi señor corazón lo consiente. Es bueno que te sientas en el alma de otro, como si recibieses en ti mismo la consagración.

—¡Justamente! —exclamó mi madre—. Pero mira, mano Cosme, mira si no es la figura de mi difunto. Mira, Bentinho, mírame bien. Siempre pensé que te parecías a él, ahora es mucho más. El bigote es lo que lo estropea un poco...

—Sí, mana Gloria; el bigote realmente... pero es muy parecido.

Y mi madre me besaba con una ternura que no sé escribir. Tío Cosme, para alegrarla, me llamaba doctor; José Días también, y todos en casa, la prima, los esclavos, las visitas, Padua, la hija y ella misma me repetían el título.

«¡TÚ SERÁS FELIZ, BENTINHO!»

EN la habitación, deshaciendo la maleta y sacando el título de bachiller de dentro del tubo, iba pensando en la felicidad y en la gloria. Veía el matrimonio y la carrera ilustre mientras José Días me ayudaba callado y cuidadoso. Un hada invisible bajó allí y me dijo en voz igualmente suave y cálida: «¡Tú serás feliz, Bentinho, tú vas a ser feliz!».

—¿Y por qué no iba a ser feliz? —preguntó José Días enderezando el tronco y mirándome.

—¿Lo oíste? —le pregunté estirándome también, asustado.

—¿Oí qué?

—¿Oíste una voz que decía que seré feliz?

—¡Vamos! Eres tú mismo el que lo está diciendo...

Aún ahora soy capaz de jurar que la voz era del hada; naturalmente, las hadas, expulsadas de los cuentos y de los versos, entraron en el corazón de las personas y hablan de dentro para fuera. A ésta, por ejemplo, la oí muchas veces clara y distinta. Sería prima de las hechiceras de Escocia: «¡Tú serás rey, Macbeth!» — «¡Tú serás feliz, Bentinho!». A fin de cuentas es la misma predicción, por la misma norma universal y eterna. Cuando volví de mi susto oí el resto del discurso de José Días.

—... Serás feliz, como mereciste, igual que mereciste ese diploma que aquí está, que no es regalo de nadie. La matrícula de honor que sacaste en todas las asignaturas lo prueba; ya te conté que oí, en boca de los catedráticos en particular, los mayores elogios. Además, la felicidad no es sólo la gloria, es también otra cosa... ¡Ah!, no se lo confiaste todo al viejo José Días. El pobre José Días está ahí para un remiendo, es cajú chupeteado, no vale nada; ahora son los jóvenes, los Escobares... No niego que es muchacho distinguido, y trabajador, y marido de primera; pero, en fin, los viejos también saben amar...

—¿Pero, qué pasa?

—¿Qué va a pasar? ¿Quién no está al corriente de todo? Aquella intimidad de vecinos tenía que acabar en esto, que es verdaderamente una bendición del cielo, porque ella es un ángel, es un *angelísimo*... Perdona la equivocación, Bentinho, ha sido una manera de acentuar la perfección de esa muchacha. Pensé lo contrario otrora; confundí los modos de la niña con expresiones de carácter y no vi que esa niña traviesa y ya de ojos pensativos era la flor caprichosa de un fruto sano y dulce...; ¿por qué no me contaste también lo que otros saben y que aquí, en casa, está más que adivinado y aprobado?

—¿Mamá lo aprueba de verdad?

—Pues claro. Hemos hablado sobre ello y ella me hizo el favor de solicitar mi

opinión... Pregúntale lo que le dije en términos claros y positivos; pregúntale. Le dije que no podía desear mejor nuera para ella, buena, discreta, virtuosa, amiga nuestra... y un ama de casa que para qué contar. Después de la muerte de la madre se encargó de todo. Padua, desde que se jubiló, no hace más que recibir el sueldo y entregárselo a la hija. Es la hija quien distribuye el dinero, paga las cuentas, hace la relación de gastos, cuida de todo, del mantenimiento, ropa, luz; ya lo viste el año pasado. Y en cuanto a hermosura, lo sabes mejor que nadie...

—Pero, ¿de verdad mamá le consultó sobre nuestro casamiento?

—Positivamente, no; me hizo el favor de preguntar si Capitu no resultaría una buena esposa; fui yo el que, al responder, hablé de nuera. Doña Gloria no lo negó, y hasta apuntó una sonrisa.

—Mamá siempre que me escribía hablaba de Capitu.

—Tú sabes que se entienden bien; por eso tu prima anda cada vez más muda. Tal vez ahora se case más deprisa.

—¿La prima Justina?

—¿No lo sabes? Son habladurías, naturalmente; pero, en fin, el doctor João de Costa enviudó hace pocos meses y dicen —no sé, es el protonotario el que lo contó— dicen que los dos andan medio inclinados a acabar con la viudez entre sí, casándose. Seguro que no hay nada, pero no está fuera de lugar, aunque ella siempre creyera que el doctor era un manojo de huesos... Únicamente si ella es un cementerio —comentó riendo; y luego serio—: Lo digo en broma...

No oí el resto. Oía sólo la voz de mi hada interior, que me repetía, pero ya entonces sin palabras: «¡Tú serás feliz, Bentinho!». Y la voz de Capitu me dijo lo mismo, con diferentes palabras, y también la de Escobar, que ambos me confirmaron la noticia de José Días por su impresión personal. En fin, mi madre, algunas semanas más tarde, cuando le fui a pedir consentimiento para casarme, además del permiso me hizo la misma profecía, salvo en la redacción propia de la madre: «¡Tú serás feliz, hijo mío!».

CAPÍTULO CI

EN EL CIELO

PUES seamos felices de una vez, antes de que el lector reaccione, cansado de esperar, y vaya a distraerse a otra parte, casémonos. Fue en 1865, una tarde de marzo, con el detalle de que llovía. Cuando llegamos a lo alto de Tijuca, donde estaba nuestro nido de novios, el cielo recogió la lluvia y encendió las estrellas, no sólo las ya conocidas, sino las que sólo serán descubiertas dentro de muchos siglos. Fue gran delicadeza, y no fue la única. San Pedro, que tiene las llaves del cielo, nos abrió sus puertas, nos hizo entrar y, después de tocarnos con el báculo, recitó algunos versículos de su primera epístola: «Las mujeres estarán sometidas a sus maridos... no se engalantarán con el adorno del pelo rizado o las mallas de oro, sino del hombre que está escondido en el corazón... De la misma manera, vosotros, maridos, cohabitad con ellas, tratándolas con honor, como a los vasos más delicados, y hereden con vosotros la gracia de la vida...». A continuación hice una señal a los ángeles y entonaron un trozo del *Cántico*, tan al unísono que desmentirían la hipótesis del tenor italiano si la ejecución fuera en la tierra; pero era en el cielo. La música acompañaba al texto como si hubieran nacido juntos, a la manera de una ópera de Wagner. Después visitamos una parte de aquel lugar infinito. Descansa, que no haré descripción alguna, ni la lengua humana posee formas idóneas para tanto.

A fin de cuentas, puede ser que todo fuera un sueño; nada más natural para un ex seminarista que oír por todas las partes latines y escrituras. Es verdad que Capitu, que no sabía escrituras ni latines, memorizó algunas palabras, como éstas, por ejemplo: «Me senté a la sombra de aquel que tanto había deseado». En cuanto a las de San Pedro, me dijo al día siguiente que estaba de acuerdo en todo, que yo era la única toca y el único adorno que se pondría. A lo que repliqué que mi esposa tendría siempre las más bellas tocas de este mundo.

CAPÍTULO CII

DE CASADA

IMAGÍNA TE un reloj que sólo tuviera péndulo, sin esfera, de manera que no se vieran las horas escritas. El péndulo iría de un lado para otro, pero ninguna señal externa marcaría la marcha del tiempo. Así fue aquella semana de Tijuca.

De cuando en cuando volvíamos al pasado y nos divertíamos recordando nuestras tristezas y calamidades, pero eso mismo era una manera de no salir de nosotros. Así vivimos nuevamente nuestra larga espera de enamorados, los años de la adolescencia, la denuncia que está en los primeros capítulos, y reíamos de José Días, que conspiró para nuestra desunión y acabó celebrando nuestro consorcio. Algunas veces hablábamos en bajar, pero las mañanas señaladas eran siempre de lluvia o de sol y esperábamos un día cubierto que se empeñaba en no llegar.

No obstante creí que Capitu estaba un tanto impaciente por bajar. Estaba de acuerdo en quedarse, pero iba hablando de su padre y de mi madre, de la falta de noticias nuestras, de esto y de aquello, hasta el punto que nos enfurruñábamos un poco. Le pregunté si ya estaba aburrida de mí.

—¿Yo?

—Lo parece.

—Serás siempre un niño —dijo ella tomándome la cara entre las manos y aproximando mucho sus ojos a los míos—. Entonces ¿esperé tantos años para aburrirme en siete días? No, Bentinho; lo digo porque es realmente así. Creo que pueden estar con ganas de vernos e imaginar alguna enfermedad, y, lo confieso, por mi parte me gustaría ver a papá.

—Pues vámonos mañana.

—No, tiene que ser con el día nublado —replicó riendo.

Le tomé la risa y la palabra, pero la impaciencia continuó y bajamos con sol.

La alegría con que se puso su sombrero de casada y el aire de casada con que me dio la mano para entrar y salir del coche y el brazo para andar por la calle, todo me mostró que la causa de la impaciencia de Capitu eran los signos exteriores del nuevo estado. No le bastaba ser casada entre cuatro paredes y algunos árboles; necesitaba del resto del mundo también. Y cuando yo me vi abajo, pisando las calles con ella, parando, mirando, hablando, sentí lo mismo. Inventaba paseos para que me vieran, me confirmasen y me envidiasen. En la calle muchos volvían la cabeza curiosos, otros paraban, algunos preguntaban: «¿Quiénes son?». Y un listo explicaba: «Éste es el doctor Santiago, que se casó hace días con aquella muchacha, doña Capitolina, después de una larga pasión de niños; viven en la gloria, las familias residen en Matacavalos». Y los dos juntos: «¡Es una mujerona!».

CAPÍTULO CIII

LA FELICIDAD TIENE BUEN ALMA

MUJERONA es vulgar. A José Días le pareció mejor. Fue la única persona de aquí abajo que nos visitó en Tijuca, llevándonos abrazos de los nuestros y sus palabras, pero palabras que eran música verdadera; no las pongo aquí para ir ahorrando papel, pero fueron deliciosas. Un día nos comparó con las aves criadas en dos huecos de tejados contiguos. Imagínate el resto, las aves emplumando las alas y subiendo al cielo y el cielo entonces más ancho para poder contenerlas también. Ninguno de nosotros rió; ambos escuchábamos conmovidos y convencidos, olvidándolo todo desde la tarde de 1858... La felicidad tiene buen alma.

CAPÍTULO CIV

LAS PIRÁMIDES

JOSÉ Días se dividía ahora entre mi madre y yo, alternando las cenas de la Gloria con los almuerzos de Matacavalos. Todo transcurría bien. Después de dos años de casado, salvo el gran disgusto de no tener un hijo todo transcurría bien. Perdí a mi suegro, es verdad, y a tío Cosme le quedaba poco, pero la salud de mi madre era buena; la nuestra excelente.

Yo era abogado de algunas casas ricas y los casos iban llegando. Escobar contribuyó mucho a mis estrenos en el foro. Influyó en un abogado célebre para que me admitiera en su bufete y me buscó algunos procesos, todo espontáneamente.

Por lo demás, nuestras relaciones de familia estaban previamente hechas; Sancha y Capitu continuaban después de casadas la amistad de la escuela, Escobar y yo la del seminario. Ellos vivían en Andaraí, donde querían que fuéramos muchas veces y, al no poder ser tantas como deseábamos, íbamos allí a cenar algunos domingos, o ellos venían a hacerlo con nosotros. Cenar es poco. Íbamos siempre muy temprano, poco después del almuerzo, para gozar el día largamente; sólo nos separábamos a las nueve, las diez o las once, cuando no podíamos más. Ahora que pienso en aquellos días de Andaraí y de la Gloria siento que la vida y el resto no sean tan robustos como las Pirámides.

Escobar y su mujer vivían felices; tenían una hijita. Alguna vez oí hablar de una aventura del marido, cosas del teatro, no sé qué actriz o bailarina, pero si fue cierto no dio escándalo.

Sancha era modesta, el marido trabajador. Como yo le dijera un día a Escobar que lamentaba no tener hijos, me replicó:

—Hombre, déjalo. Dios os dará cuantos queráis, y si no os da ninguno es que los quiere para él, y mejor será que se queden en el cielo.

—Una criatura, un hijo, es el complemento natural de la vida.

—Llegará si es necesario.

No llegaba. Capitu lo pedía en sus oraciones, yo alguna vez rezaba y lo pedía. Ya no era como cuando niño, ahora pagaba anticipadamente, como los alquileres de la casa.

LOS BRAZOS

POR lo demás, todo transcurría bien. A Capitu le gustaba reírse y divertirse y, en los primeros tiempos, cuando íbamos a paseos o espectáculos era como un pájaro que saliera de la jaula. Se arreglaba con gracia y modestia. Aunque le gustaran las joyas, como a las demás muchachas, no quería que yo le comprara muchas ni caras, y un día se afligió tanto que le prometí no comprarle ninguna más; pero fue sólo por poco tiempo.

Nuestra vida era más o menos plácida. Cuando no estábamos con la familia o con los amigos, o si no íbamos a algún espectáculo o fiesta particular —y éstas eran raras—, pasábamos las noches en nuestra ventana de la Gloria mirando el mar y el cielo, las sombras de las montañas y de los navíos, o la gente que pasaba por la playa. A veces le contaba a Capitu la historia de la ciudad, otras le daba noticias de astronomía; noticias de aficionado que ella escuchaba atenta y curiosa, no siempre tanto que no le adormilara un poco. Como no sabía piano aprendió después de casada, y sin prisa, y al poco tiempo tocaba en las casas de los amigos. En la Gloria era uno de nuestros pasatiempos; también cantaba, pero poco y raro, porque no tenía voz; un día llegó a comprender que era mejor no cantar nada y cumplía su pensamiento. Le gustaba bailar y se arreglaba con amor cuando iba a un baile; los brazos es lo que... Los brazos merecen un periodo.

Eran hermosos y la primera noche que los llevó desnudos a un baile no creo que los hubiera iguales en la ciudad, ni los tuyos, lectora, que serían entonces de niña de haber nacido, pero probablemente estarían aún en el mármol, de donde llegaron, o en las manos del divino escultor. Eran los más bellos de la noche, hasta el punto que me llenaron de vanidad. Mal hablaba con los demás sólo para verlos, por más que se entrelazase con los de los chaquetones ajenos. No fue así en el segundo baile; en ése, cuando vi que los hombres no se hartaban de mirarlos, de buscarlos, casi de pedirlos, y que rozaban por ellos las mangas negras, terminé enfadado y aburrido. Al tercero no fui, y aquí tuve el apoyo de Escobar, a quien confié cándidamente mis aburrimientos; estuvo de acuerdo conmigo.

—Sanchinha tampoco va, o va de manga larga; lo contrario me parece indecente.

—¿Verdad que sí? Pero no digas el motivo; nos llamarían seminaristas. Capitu ya me lo llamó.

No por eso dejé de contarle a Capitu la idea de Escobar. Sonrió y respondió que los brazos de Sanchinha estaban mal hechos, pero cedió pronto y no fue al baile. Fue a otros, pero los llevó medio vestidos de tul o no sé qué, que ni los cubría ni los descubría del todo, como el cendal de Camões^[42].

CAPÍTULO CVI

DIEZ LIBRAS ESTERLINAS

YA dije que era ahorradora, o queda dicho ahora, y no sólo de dinero, sino también de cosas usadas, de esas que se guardan por tradición, por recuerdo o por nostalgia. Unos zapatos, por ejemplo, unos zapatitos lisos de cintas negras que se cruzaban en la delantera del pie y en el comienzo de la pierna, los últimos que usó antes de calzar botines, los llevó a casa y los sacaba de tiempo en tiempo del cajón de la cómoda, con otras cosas viejas, diciéndome que eran pedazos de niña. A mi madre, que tenía el mismo genio, le gustaba oír hablar y hacer así. En cuanto a las puras economías del dinero, contaré un caso y basta. Fue justamente con ocasión de una lección de astronomía en la playa de la Gloria. Sabes que alguna vez la hice medio adormecerse. Una noche se perdió mirando el mar, con tal fuerza y concentración que me dio celos.

—No me oyes, Capitu.

—¿Yo? Te oigo perfectamente.

—¿Qué es lo que decía?

—Tú... tú hablabas de Sirius.

—¿Qué Sirius, Capitu? Hace veinte minutos que hablé de Sirius.

—Hablabas de... hablabas de Marte —enmendó al momento.

Realmente era de Marte, pero está claro que sólo se quedó con el sonido de la palabra, no con el sentido. Me puse serio y me dio el repente de dejar el salón; Capitu, al observarlo, se transformó en la más mimosa de las criaturas, me cogió la mano, me contó que estaba contando, es decir, sumando unos dineritos, para descubrir una parcela, que no encontraba. Se trataba de una conversión de papel en oro. Al principio supuse que era un recurso para desenfadarme, pero al poco rato estaba yo calculando también, entonces ya con papel y lápiz sobre las rodillas, y le encontraba la diferencia que ella buscaba.

—¿Pero qué libras son esas? —le pregunté al fin.

Capitu me miró riendo y replicó que la culpa de romper el secreto era mía. Se levantó, fue al cuarto y volvió con diez libras esterlinas en la mano; eran el sobrante del dinero que yo le daba mensualmente para los gastos.

—¿Todo eso?

—No es mucho diez libras; es lo que la avarienta de tu mujer pudo reunir en algunos meses —concluyó haciendo sonar el oro en la mano.

—¿Quién fue el corredor?

—Tu amigo Escobar.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Fue hoy mismo.

—¿Estuvo aquí?

—Poco antes de que tú llegaras; no te lo dije para que no sospecharas.

Tuve la intención de gastar el doble del oro en algún regalo conmemorativo, pero Capitu me detuvo. Al contrario, me consultó sobre lo que deberíamos hacer con aquellas libras.

—Son tuyas —respondí.

—Son nuestras —corrigió.

—Pues guárdalas.

Al día siguiente fui a encontrarme con Escobar al almacén y me reí del secreto de ellos. Escobar sonrió y me dijo que estaba a punto de ir a mi oficina para contármelo todo. La cuñadita —continuaba dándole este nombre a Capitu— le había hablado de aquello con ocasión de nuestra última visita a Andaraí y le dijo la razón del secreto.

—Cuando se lo conté a Sanchinha —concluyó él—, se asustó:

—«¿Cómo es que Capitu puede economizar ahora que todo está tan caro?».

—«No lo sé, hija; sé que encontró diez libras».

—Mira a ver si aprende ella también.

—No lo creo; Sanchinha no es gastona, pero tampoco es ahorradora; lo que le doy es suficiente, pero sólo suficiente.

Yo, después de algunos instantes de reflexión:

—¡Capitu es un ángel!

Escobar asintió con la cabeza, pero sin entusiasmo, como quien sentía que no puede decir lo mismo de su mujer. Así pensarías tú también, tan cierto como que las virtudes de las personas próximas nos proporcionan tal o cual vanidad, orgullo o consuelo.

CELOS DEL MAR

DE no ser por la astronomía no hubiera descubierto tan pronto las diez libras de Capitu; pero no es por eso por lo que vuelvo a ello; es para que no pienses que la vanidad de profesor es lo que me hizo padecer con la falta de atención de Capitu y tener celos del mar. No, amigo mío. Vengo a explicarte que tuve tales celos por lo que podía tener mi mujer en la cabeza, no fuera o encima de ella. Es sabido que las distracciones de una persona pueden ser culpables, y tan culpables, un tercio, un quinto, un décimo de culpables, puesto que en materia de culpa la gradación es infinita. El recuerdo de unos simples ojos basta para fijarse en otros que los recuerden y se deleiten imaginándolos. No es menester pecado efectivo y mortal, ni papel cambiado, simple palabra, gesto, suspiro o señal aun más pequeña y leve. Un anónimo o anónima que pase por la esquina de la calle hace que metamos a Sirius dentro de Marte y tú sabes, lector, la diferencia que hay del uno al otro en la distancia y en el tamaño; pero la astronomía tiene confusiones de éstas. Fue esto lo que me hizo palidecer, callar y querer salir del salón para volver Dios sabe cuándo; probablemente diez minutos después. Diez minutos después estaría yo otra vez en el salón, en el piano o en la ventana, continuando la lección interrumpida:

—Marte está a una distancia de...

—¿Tan poco tiempo? Sí, tan poco tiempo, diez minutos. Mis celos eran intensos pero cortos; con muy poco lo derrumbaría todo, pero con el mismo poco o menos reconstruiría el cielo, la tierra y las estrellas.

La verdad es que terminé más amigo de Capitu, si era posible, ella aún más encantadora, el aire más blando, las noches más claras y Dios más Dios. Y no fueron propiamente las diez libras esterlinas las que consiguieron esto, ni el sentimiento de economía que revelaban y que yo conocía, sino las cautelas que Capitu utilizó con el fin de descubrirme un día el cuidado de cada día. Escobar también se me hizo más próximo al corazón. Nuestras visitas se fueron tornando más próximas y nuestras conversaciones más íntimas.

CAPÍTULO CVIII

UN HIJO

PUES ni todo eso me mataba la sed de un hijo, un triste hijo aunque fuera amarillo y flaco, pero un hijo, un hijo propio de mi persona. Cuando íbamos a Andaraí y veíamos a la hija de Escobar y Sancha, familiarmente Capituzinha, para diferenciarla de mi mujer, dado que le dieron el mismo nombre de pila, nos llenábamos de envidia. La pequeña era graciosa y gorducha, parlanchina y curiosa. Los padres, como todos los padres, contaban las travesuras y agudezas de la niña, y nosotros, cuando volvíamos por la noche a la Gloria, llegábamos suspirando nuestras envidias y pidiéndole mentalmente al cielo que nos las matase...

... Las envidias murieron, las esperanzas nacieron y no tardó en llegar al mundo su fruto. No era escaso ni feo, como yo pedía, sino un niño robusto y lindo.

Mi alegría cuando nació no sé contarla; nunca la tuve igual ni creo que pueda haberla idéntica, o que de lejos o de cerca se parezca a ella. Fue un vértigo y una locura. No cantaba en la calle por natural vergüenza, ni en casa para no afligir a Capitu convaleciente. Tampoco me caía, porque hay un Dios para los padres novatos. Fuera vivía con el espíritu en el niño; en casa, con los ojos, observándole, mirándole, preguntándole de dónde venía y por qué estaba yo tan enteramente en él, y algunas otras tonterías sin palabras, pero pensadas y deliradas a cada instante. Tal vez perdí algunas causas en el foro por descuido.

Capitu no era menos tierna con él que conmigo. Nos cogíamos de las manos y, cuando no mirábamos a nuestro hijo, hablabámos de nosotros, de nuestro pasado y de nuestro futuro. Las horas de mayor encanto y misterio eran las de amamantarlo. Cuando yo veía a mi hijo chupando la leche de la madre y toda aquella unión de la naturaleza para la nutrición y vida de un niño que no había sido nada, pero que nuestro destino confirmó que lo sería y nuestra constancia y nuestro amor hicieron que llegara a ser, me quedaba que no sé explicarlo ni lo explico; de hecho no me acuerdo y me temo que si lo dijera me saldría oscuro.

Perdonad las minucias. No creo necesario contar la dedicación de mi madre y de Sancha, que también fue a pasar con Capitu los primeros días y noches. Quise rehusar el obsequio de Sancha; me respondió que yo no tenía nada que ver; también Capitu, cuando soltera, fue a cuidarla a la calle de los Inválidos.

—¿No recuerdas que fuiste a verla?

—Me acuerdo; pero Escobar...

—Vendré a cenar con vosotros y por las noches voy para Andaraí; ocho días y se acabó. Bien se ve que eres padre primerizo.

—También tú; ¿dónde está la segunda?

Usábamos entonces estas bromas en familia. Hoy, que me recogí en mi

hosquedad, no sé si aún hay tal lenguaje, pero debe de haberlo. Escobar cumplió lo que dijo, cenaba con nosotros y se iba por la noche. Al atardecer bajábamos a la playa o íbamos al Paseo Público, haciendo él sus cálculos, yo mis sueños. Yo veía a mi hijo médico, abogado, negociante, metido en varias universidades y bancos, y hasta acepté la hipótesis de que fuera poeta. La posibilidad de ser político fue consultada y pensé que me pudiera salir orador, y gran orador.

—Puede ser —replicó Escobar—; nadie diría lo que llegó a ser Demóstenes.

Escobar acompañaba muchas veces mis niñerías; también interrogaba al futuro. Llegó a hablar de la hipótesis de casar al pequeño con su hija. La amistad existe; estuvo toda en las manos con las que apreté las de Escobar al oírle esto y en la total ausencia de palabras con que allí firmé el pacto; llegaron éstas después, atropelladamente, afinadas por el corazón que latía con enorme fuerza. Acepté el recuerdo y propuse que los encamináramos a este fin, por la educación igual y común, por la infancia unida y correcta.

Mi idea era que Escobar fuera padrino del pequeño; la madrina debía ser y sería mi madre. Pero la primera parte se cambió por intervención del tío Cosme, que al ver al niño dijo entre otros arrumacos:

—Anda, toma la bendición de tu padrino, picarán.

Y volviéndose hacia mí:

—No desisto del favor, y ha de ser rápido el bautismo, antes de que mi enfermedad me lleve definitivamente.

Conté discretamente la anécdota a Escobar, para que él me comprendiera y disculpara; se rió y no se enfadó; hizo más, quiso que el almuerzo del bautizo fuera en su finca, y fue. Yo aún intenté retrasar la ceremonia, para ver si el tío Cosme sucumbía primero a la enfermedad, pero parece que era ésta más fácil de aburrir que de matar. No hubo otro remedio sino llevar al niño a la pila, donde se le dio el nombre de Ezequiel; era el de Escobar, y yo quise suplir de este modo la falta de compadrazgo.

CAPÍTULO CIX

UN HIJO ÚNICO

EZEQUIEL, cuando comenzó el capítulo anterior, no había sido aún engendrado, cuando acabó era cristiano y católico. Este otro está destinado a hacer llegar a mi Ezequiel a los cinco años, un niño bonito, con sus ojos claros, ya inquietos, como si quisieran enamorar a todas las muchachas de la vecindad, o a casi todas.

Ahora, si consideras que fue único, que ningún otro llegó, cierto ni incierto, muerto ni vivo, uno solo y único, imaginarás los cuidados que nos dio, los sueños que nos quitó, los sustos que nos dieron las crisis de los dientes y otras, la menor fiebre cilla, todas las exigencias comunes de los niños. A todo acudíamos según cumplía y urgía, cosa que no era necesario decir, pero hay lectores tan obtusos que nada entienden si no se les relata el resto. Vamos al resto.

RASGOS DE INFANCIA

EL resto me come aún muchos capítulos; hay vidas que tienen menos y se hacen aun así completas y acabadas.

A los cinco y seis años Ezequiel no parecía desmentir mis sueños de la playa de la Gloria; al contrario, se adivinaban en él todas las vocaciones posibles, desde holgazán hasta apóstol. Holgazán está puesto aquí en el buen sentido, en el sentido de hombre que piensa y calla; a veces se entrometía en él mismo y en esto hacía recordar a su madre desde pequeña. También se agitaba mucho y se empeñaba en persuadir a las vecinas de que los dulces que yo le traía eran de verdad dulces; no lo hacía antes de hartarse de ellos, pero tampoco los apóstoles llevan la buena doctrina sino después de tenerla toda en el corazón. Escobar, buen negociante, opinaba que la causa principal de esta otra inclinación tal vez fuera invitar implícitamente a las vecinas al mismo apostolado cuando los padres les llevaran dulces; y se reía de su propia gracia y me anunciaba que lo haría socio suyo.

Le gustaba la música no menos que los dulces y le dije a Capitu que le sacara al piano el pregón del negro de las cocadas de Matacavalos...

—No lo recuerdo.

—No digas eso; ¿no te acuerdas de aquel negro que vendía dulces por las tardes...?

—Me acuerdo de un negro que vendía dulces, pero ya no me sé la musiquilla.

—¿Ni las palabras?

—Ni las palabras.

La lectora, que aún se acordará de las palabras, si es que me ha leído con atención, quedará extrañada de tamaño olvido, tanto más porque le recordarán aún las voces de su infancia y adolescencia; habrá olvidado algunas, pues no todo se queda en la cabeza. Así me replicó Capitu y no encontré respuesta. Hice, sin embargo, lo que ella no esperaba; corrí a por mis papeles antiguos. En São Paulo, cuando era estudiante, le pedí a un profesor de música que me transcribiera la musiquilla del pregón; lo hizo con placer —me bastó repetirlo de memoria—, y guardé el papelillo; fui a buscarlo. Interrumpí una romanza que ella tocaba, con el pedacito de papel en la mano, se lo expliqué; ella tecleó las dieciséis notas.

Capitu le encontró a la musiquilla un sabor particular, casi delicioso; le contó al hijo la historia del pregón y al tiempo lo cantaba y tecleaba. Ezequiel aprovechó la música para pedirme que desmintiera el texto dándole algún dinero.

Hacía de médico, de militar, de actor y bailarín. Nunca le di reclinatorios, pero caballos de madera y espadas al cinto le eran propios. Ya no hablo de los batallones que pasaban por la calle y que corría a ver, todos los niños lo hacen. Lo que no hacen

todos es tener los ojos que éste tenía. En ninguno vi las ansias de placer con que asistía al desfile de la tropa y oía tocar la marcha de los tambores.

—¡Mira, papá, mira!

—¡Ya lo veo, hijo mío!

—¡Mira el comandante! ¡Mira el caballo del comandante! ¡Mira los soldados!

Un día amaneció tocando la corneta con la mano; le di un cornetín de metal. Le compré soldaditos de plomo, grabados de batallas que miraba durante mucho tiempo queriendo que le explicara una pieza de artillería, un soldado caído, otro con la espada levantada, y todos sus amores eran para el de la espada levantada. Un día — ¡ingenua edad! — me preguntó impaciente:

—Pero, papá, ¿por qué no deja caer la espada de una vez?

—Hijo mío, porque está pintado.

—Pero ¿por qué se pintó?

Me reí del equívoco y le expliqué que no era el soldado quien se había pintado en el papel, sino el grabador, y tuve que explicarle también lo que era un grabador y lo que era un grabado; las curiosidades de Capitu, en suma.

Tales son los principales rasgos de la infancia; uno más y acabo el capítulo. Un día en el jardín de Escobar encontró un gato que tenía un ratón atravesado en la boca. El gato no dejaba la presa ni sabía por donde huir. Ezequiel no dijo nada, se detuvo, se puso en cuclillas y se quedó mirando. Al verlo así de atento, le preguntamos de lejos qué ocurría; nos hizo un gesto para que nos calláramos. Escobar concluyó:

—Seguro que es el gato que cogió algún ratón. Los ratones continúan infestándome la casa que es un tormento. Vamos a ver.

Capitu también quiso ver al hijo. Los acompañé. Efectivamente, era un gato y un ratón, lance vanal sin interés ni gracia. La única circunstancia particular era que el ratón estaba vivo, pataleando, y mi pequeño embelesado. Por lo demás, el instante fue corto. El gato, en cuanto sintió más gente, se dispuso a correr; el niño, sin quitarle los ojos de encima, nos hizo otra señal de silencio; y el silencio no podía ser mayor. Iba a decir religioso, taché la palabra, pero aquí la pongo otra vez, no sólo por significar la totalidad del silencio, sino porque había en aquella acción del gato y del ratón algo que atraía como un rito. El único rumor eran los últimos gemidos del ratón, flojísimos por cierto; las patas apenas se le movían y desordenadamente. Un tanto aburrido, di unas palmadas para que el gato huyese, y el gato huyó. Los otros no tuvieron tiempo de pararme; Ezequiel terminó abatido.

—¡Vaya, papá!

—¿Qué ocurrió? A estas horas el ratón fue comido.

—Pues sí, pero yo quería verlo.

Los dos se rieron; incluso a mí me pareció gracioso.

CONTADO DEPRISA

ME hizo gracia y no la niego incluso ahora a pesar del tiempo pasado, en los sucesos ocurridos, y en alguna que otra simpatía al ratón que encuentro en mí; tuvo gracia. No me pesa decirlo; los que aman la naturaleza como ella quiere ser amada, sin repudio parcial ni exclusiones injustas, no encuentran en ella nada inferior. Amo al ratón, no desamo al gato. Ya pensé en hacerlos vivir juntos, pero vi que son incompatibles. En realidad, uno me roe los libros, el otro el queso; pero no es difícil que los perdone si ya perdoné a un perro que me llevó el descanso en peores circunstancias. Contaré rápidamente el caso.

Fue cuando nació Ezequiel; la madre estaba con fiebre, Sancha vivía a su lado y tres perros en la calle ladraban toda la noche. Busqué al juez y fue como si buscara al lector, que solamente ahora sabe esto. Entonces decidí matarlos; compré veneno, mandé hacer tres bolas de carne y yo mismo introduje la droga en ellas. Por la noche salí; era la una; ni la enferma ni la enfermera podían dormir con el barullo de los perros. Cuando me vieron, se apartaron, dos bajaron hacia la playa del Flamengo, uno quedó a corta distancia, como esperando. Me fui hacia él, silbando y chasqueando los dedos. El demonio de él aún ladró, pero, confiado en los signos de amistad, se fue callando, hasta que se calló del todo. Como yo continuara, vino hasta mí, despacio, meneando el rabo, que es su manera de reír; yo tenía ya en la mano las bolas envenenadas e iba a darle una de ellas cuando aquella risa especial, de cariño, confianza o lo que sea, me ató el deseo; me quedé así, no sé cómo, tocado por la pena, y me guardé las bolas en el bolso. Al lector puede parecerle que fue el olor de la carne lo que le inclinó al perro al silencio. No digo que no; yo creo que él no quiso atribuirme perfidia en el gesto y se entregó a mí. La conclusión es que se libró.

LAS IMITACIONES DE EZEQUIEL

Eso no lo haría Ezequiel. No haría bolas envenenadas, supongo, pero tampoco las rehusaría. Lo que haría con seguridad sería ir detrás de los perros, a pedradas, hasta donde le permitieran las piernas. Y si tuviera un palo, iría con un palo. Capitu moría por aquel batallador futuro.

—No sale a nosotros, que nos gusta la paz —me dijo ella un día—; pero papá cuando niño también era así; mamá me lo contaba.

—Sí, no saldrá mariquita —repliqué—; yo sólo le descubro un defectillo: le gusta imitar a los demás.

—¿Imitar, cómo?

—Imitar los gestos, las maneras, las actitudes; imita a la prima Justina, imita a José Días; hasta le descubrí una postura de los pies de Escobar y de los ojos...

Capitu se puso a pensar, a mirarme, y dijo al fin que era necesario corregirle. Ahora se daba cuenta que realmente era hábito del hijo, pero le parecía que era sólo imitar por imitar, como les sucede a muchas personas mayores, que toman las maneras de los demás; y para que no fuera más lejos...

—Tampoco vamos a mortificarle. Siempre hay tiempo de corregirle.

—Lo hay, vamos a verlo. Tú tampoco eras así, cuando te enfadabas con alguien...

—Cuando me enfadaba, de acuerdo; venganzas de niña.

—Sí, pero no me gustan las imitaciones en casa.

—¿Y en aquel tiempo te gustaba yo? —dijo él dándole una palmadita en la cara.

La respuesta de Capitu fue una risa dulce de burla, una de esas risas que no se describen y difícilmente se pintarán; después estiró los brazos y los reposó en mis hombros, tan llenos de gracia que parecían —¡vieja imagen!— un collar de flores. Hice lo mismo con los míos, y sentí no tener allí un escultor que transfiriese la actitud a un trozo de mármol. Sólo brillaría el artista, es verdad. Cuando una persona o un grupo salen bien, nadie quiere saber nada del modelo, sino de la obra, y la obra es lo que queda. No importa, nosotros sabríamos que éramos nosotros.

EMBARGOS DE TERCEROS

HABLANDO de esto, es natural que me preguntes si, siendo antes tan celoso de ella, no continué siéndolo a pesar del hijo y de los años. Sí señor, continué. Continué hasta tal punto que el menor gesto me afligía, la más ínfima palabra, cualquier insistencia; muchas veces sólo la indiferencia bastaba. Llegué a tener celos de todo y de todos. Un vecino, un par de vales, cualquier hombre, joven o maduro, me llenaba de temor o desconfianza. Es cierto que a Capitu le gustaba que la vieran y el medio más propio para tal fin —me dijo un día una señora— es ver también, y no hay ver sin mostrar que se ve.

A la señora que esto me dijo creo que le gusté, y fue naturalmente por no encontrar por mi parte correspondencia a sus afectos, que me explicaron de aquella manera sus ojos insistentes. Otros ojos me gustaban también, no muchos, y no digo nada sobre ellos porque ya he confesado al principio mis aventuras venideras, pero aún eran venideras. En aquel tiempo, por más mujeres bonitas que encontrara, ninguna percibiría la mínima parte del amor que le tenía a Capitu. A mi propia madre no la quería sino la mitad. Capitu era todo y más que todo; no vivía ni trabajaba sin pensar en ella. Al teatro íbamos juntos; sólo recuerdo ir dos veces sin ella, a beneficio de un actor, a un estreno de ópera, a los que ella no fue por haber enfermado, pero quiso que a la fuerza fuera yo. Era tarde para mandar el palco a Escobar; salí, pero regresé al final del primer acto. Encontré a Escobar en la puerta del pasillo.

—Venía a hablarte —me dijo.

Le expliqué que había salido para el teatro, de donde volvía preocupado por Capitu, que estaba enferma.

—¿Enferma de qué? —me preguntó Escobar.

—Se quejaba de la cabeza y del estómago.

—Entonces me voy. Venía para aquella historia de los embargos...

Eran unos embargos de un tercero; había ocurrido un incidente importante y, después de haber comido él en la ciudad, no quiso ir para casa sin decirme lo que era; pero ya hablaría después...

—No, hablemos ya, sube; quizás esté mejor. Si está peor, bajas.

Capitu estaba mejor, incluso buena. Me confesó que sólo tenía un dolor de cabeza de nada, pero había agravado el padecimiento para que yo fuera a divertirme. No hablaba con alegría, lo que me hizo pensar que mentía para no meterme miedo, pero juró que era la pura verdad. Escobar sonrió y dijo:

—La cuñadita está tan enferma como tú y como yo. Vamos a los embargos.

EN QUE SE EXPLICA LO EXPLICADO

ANTES de ir a los embargos, expliquemos aún un punto que ya quedó explicado, pero no bien explicado. Viste que pedí (capítulo CX) a un profesor de música de São Paulo que me escribiera aquella tonada del pregón de dulces de Matacavalos. En sí la materia es huera y no vale la pena de un capítulo, cuanto menos de dos; pero hay materias tales que traen enseñanzas interesantes, o agradables. Expliquemos lo explicado.

Capitu y yo habíamos jurado no olvidar más aquel pregón; fue en momento de gran ternura y el notario divino sabe las cosas que se juran en tales momentos, él que las registra en los libros eternos.

—¿Lo juras?

—Lo juro —dijo ella extendiendo trágicamente el brazo.

Aproveché el gesto para besarle la mano; estaba aún en el seminario. Cuando fui para São Paulo, queriendo un día recordar la tonada vi que la iba perdiendo por entero, conseguí recordarla y corrí al profesor, que me hizo el obsequio de escribirla en el pedacito de papel. Fue para no faltar al juramento por lo que hice esto. Pero, ¿has de creer que cuando corrí a ver los papeles viejos aquella noche de la Gloria tampoco me acordaba ya de la tonada ni del texto? Fui puntual al juramento y éste fue mi pecado; olvidar, cualquiera olvida.

Con certeza, nadie sabe si se ha de mantener o no un juramento. ¡Cosas futuras! Por lo tanto nuestra constitución política, transfiriendo el juramento a la afirmación simple, es profundamente moral. Acabó con un pecado terrible. Faltar al compromiso es siempre infidelidad, pero a alguien que tenga más temor a Dios que a los hombres no le importará mentir alguna que otra vez, siempre que no lleve el alma al purgatorio. No confundáis purgatorio con infierno, que es el eterno naufragio. Purgatorio es una casa de empeños que presta sobre todas las virtudes a interés alto y plazo corto. Pero los plazos se renuevan hasta que un día una o dos virtudes medianas pagan todos los pecados medianos y pequeños.

DUDAS SOBRE DUDAS

VAMOS ahora a los embargos... Y ¿por qué iremos a los embargos? Dios sabe lo que cuesta escribirlos, cuanto más contarlos. De la nueva circunstancia que Escobar me traía sólo digo lo que le dije entonces; esto es, que no valía nada.

—¿Nada?

—Casi nada.

—Entonces vale algo.

—Para reforzar las razones que ya tenemos vale menos que el té que vas a tomar conmigo.

—Es tarde para tomar té.

—Lo tomaremos rápido.

Lo tomamos rápido. Durante él Escobar me miraba desconfiado, como si temiera que yo rehusara la nueva circunstancia para librarme de contarla; pero tal sospecha no encajaba con nuestra amistad.

Cuando salió referí mis dudas a Capitu; ella las deshizo con el fino arte que poseía, un gesto, una gracia muy suya, capaz de disipar las mismas tristezas de Olympio^[43].

—Sería el asunto de los embargos —concluyó—; fue él quien vino hasta aquí a estas horas, y es porque está impresionado con la demanda.

—Tienes razón.

Una palabra arrastra a otra, hablé de otras dudas. Era yo entonces un pozo de ellas; croaban dentro de mí como verdaderas ranas, hasta el punto de quitarme el sueño algunas veces. Le dije que empezaba a encontrar a mi madre un tanto fría y esquiva con ella. ¡Pues aquí incluso sirvió el fino arte de Capitu!

—Ya te dije lo que es; cosas de suegra. La mamá tiene celos de ti; en cuanto pasen y la nostalgia aumente, volverá a ser lo que era. Faltándole el nieto...

—Pero he notado que también está fría con Ezequiel. Cuando él va conmigo mamá no le hace las mismas gracias.

—¿Quién sabe si no andará enferma?

—¿Vamos a cenar con ella mañana?

—Vamos... No... Pues vamos...

Fuimos a cenar con mi vieja. Ya le podía llamar así aunque su cabello blanco no lo era del todo y su rostro estaba, en comparación, fresco; era una especie de juventud quincuagenaria, o de ancianidad lozana, a escoger... Pero nada de melancolía; no quiero hablar de los ojos mojados al entrar y al salir. Entró poco en la conversación. Tampoco era diferente de lo acostumbrado. José Días habló del matrimonio y sus maravillas, de la política de Europa y de la homeopatía; tío Cosme de sus molestias,

prima Justina de la vecindad o de José Días cuando éste salía del salón.

Cuando volvimos por la noche anduvimos por allí a pie hablando de mis dudas. Capitu nuevamente me aconsejó que esperásemos. Todas las suegras eran así, llegaba un día y cambiaban. Al tiempo que me hablaba recrudecía su ternura. De allí en adelante fue cada vez más dulce conmigo; no me esperaba a la ventana para no despertarme los celos, pero cuando subía llegaba hasta lo alto de la escalera, entre los escalones de la cancela, con la cara deliciosa de amiga y esposa, risueña como en toda nuestra infancia. Ezequiel a veces estaba con ella; lo habíamos acostumbrado a ver el beso de la llegada y de la salida y él me llenaba la cara de besos.

CAPÍTULO CXVI

HIJO DEL HOMBRE

SONDEÉ a José Días sobre las nuevas costumbres de mi madre; se quedó horrorizado. No ocurría nada ni podía ocurrir nada, dado las alabanzas incesantes que él oía «a la bella y virtuosa Capitu».

—Ahora, cuando las oigo, entro también en el coro; pero al comienzo me avergonzaba. Para quien llegó, como yo, a renegar de ese matrimonio, era duro confesar que fue una verdadera bendición del cielo. ¡Qué digna señora nos salió la criatura traviesa de Matacavalos! El padre fue quien nos separó algo, mientras no nos conocíamos, pero todo acabó bien. Pues sí, señor, cuando doña Gloria elogia a su nuera y comadre...

—¿Entonces, mamá...?...

—¡Perfectamente!

—Pero, ¿por qué no nos visita hace tanto tiempo?

—Creo que está más achacosa de su reumatismo. Este año ha hecho mucho frío... Imagínate su aflicción, que caminaba todo el día. Ahora está obligada a quedarse quieta, junto a su hermano, que también tiene su enfermedad...

Quise hacerle observar que esa razón explicaba la interrupción de las visitas y no la frialdad cuando íbamos a Matacavalos; pero no me extendí tan lejos en la intimidad del agregado. José Días me pidió ver a nuestro «profetita» —así llamaba a Ezequiel— y le hizo las fiestas de costumbre. Esta vez habló a la manera bíblica (había estado la víspera hojeando el *Libro de Ezequiel*, como después supe) y le preguntaba: «¿Cómo va eso, hijo del hombre?». «Dime, hijo del hombre, ¿dónde están tus juguetes?», «¿quieres comer dulces, hijo del hombre?».

—¿Qué hijo del hombre es ése? —preguntó Capitu enfadada.

—Es la forma de hablar de la *Biblia*.

—Pues no me gusta —replicó ella con aspereza.

—Tienes razón, Capitu —afirmó el agregado—. No te imaginas cómo la *Biblia* está llena de expresiones crudas y groseras. Yo hablaba así para variar... ¿Y tú cómo vas, ángel mío? Ángel mío, ¿cómo ando yo por la calle?

—No —atajó Capitu—; ya le voy quitando esa costumbre de imitar a los demás.

—Pero tiene mucha gracia; a mí, cuando copia mis gestos, me parece que soy yo mismo, pequeñito. El otro día llegó a hacer un gesto de doña Gloria tan bien que ella le dio un beso como pago. Vamos ¿cómo ando yo?

—No, Ezequiel —dije yo—; mamá no quiere.

A mí mismo me parecía fea tal maña. Algunos de los gestos se le iban quedando más repetidos, como el de las manos y los pies de Escobar; últimamente incluso había cogido el modo en que éste volvía la cabeza cuando hablaba, y el de dejarla caer

cuando reía. Capitu le regañaba. Pero el niño era travieso como el diablo; en cuanto comenzamos a hablar de otra cosa saltó en medio de la sala diciendo a José Días:

—Usted anda así.

No pudimos dejar de reír, yo más que nadie. La primera persona que se puso seria, que lo reprendió y llamó, fue Capitu.

—No me gusta eso, ¿oíste?

AMIGOS PRÓXIMOS

YA entonces Escobar había dejado Andaraí y había comprado una casa en el Flamengo, casa que aún vi allí hace días, cuando tuve ganas de experimentar si las sensaciones antiguas estaban muertas o sólo dormían; no puedo decirlo bien porque los sueños cuando son pesados confunden a vivos y difuntos, a no ser por la respiración. Yo respiraba algo, pero puede ser que fuese por el mar medio agitado. En fin, pasé, encendí un puro y me encontré en el Catete. Había subido por la calle de la Princesa, una calle antigua... ¡Oh calles antiguas! ¡Oh casas antiguas! ¡Oh piernas antiguas! Todos nosotros éramos antiguos y no es necesario decir que en el mal sentido, en el sentido de viejo y acabado.

Vieja es la casa, pero no la alteraron nada. No sé si hasta aún tiene el mismo número. No digo qué número es para que no vayan a indagar y ahondar en la historia. No es que Escobar todavía habite allí, ni viva; murió poco después, de la forma que les contaré. Mientras vivió, como estábamos tan próximos, teníamos, por así decir, una sola casa; yo vivía en la suya, él en la mía y el trozo de playa entre la Gloria y el Flamengo era como un camino de uso propio y particular. Me hacía pensar en las dos casas de Matacavalos, con su muro medianero.

Un historiador de nuestra lengua, creo que João de Barros^[44], pone en boca de un rey bárbaro algunas palabras suaves cuando los portugueses le proponían establecer allí al lado una fortaleza; decía el rey que los buenos amigos debían estar lejos los unos de los otros; no cerca, para no enfadarse como las aguas del mar que golpeaban furiosas en las rocas que veía desde allí. Que la sombra del escritor me perdone si dudo que el rey dijera tal palabra ni que sea verdadera. Probablemente fue el mismo escritor el que la inventó para adornar el texto, y no hizo mal, porque es bonita; realmente es bonita. Yo creo que el mar entonces batía en las piedras, como es su costumbre, desde Ulises y antes aún. Ahora, que la comparación sea verdadera, no. Seguramente hay enemigos contiguos, pero también hay amigos próximos y de pecho. Y el escritor olvidaba —salvo si aún no era de su tiempo— olvidaba el proverbio: ojos que no ven, corazón que no siente. Nosotros no podíamos tener ahora los corazones más cerca. Nuestras mujeres vivían una en la casa de la otra, pasábamos las noches aquí o allí conversando, jugando o mirando al mar. Los dos pequeños pasaban muchos días bien en el Flamengo, bien en la Gloria.

Como había hecho la observación de que podría ocurrir con ellos lo que ocurrió entre Capitu y yo, opinaron todos que sí, y Sancha añadió que hasta se iban pareciendo. Yo expliqué:

—No; es porque Ezequiel imita los gestos de los otros.

Escobar estuvo de acuerdo conmigo e insinuó que algunas veces las criaturas que

se juntan mucho acaban pareciéndose unas a otras. Opiné con la cabeza, como me sucedía en las materias que no conocía ni bien ni mal. Todo podía ser. Lo cierto es que ellos se querían mucho y podían acabar casados, pero no acabaron casados.

LA MANO DE SANCHA

TODO acaba, lector; es un viejo aforismo al que se puede añadir que no todo lo que dura dura mucho tiempo. Esta segunda parte no encuentra fáciles creyentes; al contrario, la idea de que un castillo de viento dura más que el propio viento de que está hecho difícilmente se despegará de la cabeza, y es bueno que así sea, para que no se pierda la costumbre de aquellas construcciones casi eternas.

Nuestro castillo era sólido, pero un domingo... La víspera habíamos pasado la noche en el Flamenco, no sólo los dos matrimonios inseparables, sino también el agregado y prima Justina. Fue entonces cuando Escobar, hablándome desde la ventana, me dijo que fuéramos allí a cenar al día siguiente; necesitábamos hablar de un proyecto de familia, un proyecto para los cuatro.

—¿Para los cuatro? Una contradanza.

—No. No eres capaz de adivinar lo que es, ni te lo digo. Ven mañana.

Sancha no nos quitaba los ojos durante la conversación, junto a la ventana. Al salir el marido se me acercó. Me preguntó de qué hablábamos; le dije que de un proyecto que yo ignoraba; me pidió secreto y me reveló lo que era: un viaje a Europa dentro de dos años. Lo dijo de boca para dentro, casi en un suspiro. El mar batía con fuerza en la playa; había resaca.

—¿Vamos todos? —pregunté por fin.

—Vamos todos.

Sancha levantó la cabeza y me miró con tanto placer que yo, gracias a sus relaciones con Capitu, no se me ocurrió besarla en la cabeza. Además, los ojos de Sancha no invitaban a expansiones fraternas; parecían cálidos, intimidadores, decían otra cosa, y no tardó en apartarlos de la ventana donde yo me quedé mirando el mar pensativo. La noche era clara.

Desde allí busqué los ojos de Sancha, sentada al piano. Los encontré en el camino. Se pararon los cuatro y se quedaron unos delante de los otros, unos esperando que los otros pasaran, pero ninguno de ellos pasaba. Lo mismo ocurre en la calle entre dos tercios. La cautela nos separó; me volví de nuevo hacia fuera. Y de esta manera entré a profundizar en la memoria si alguna vez le había mirado con la misma expresión, y quedé en la duda. Tuve sólo una seguridad, y es que un día pensé en ella como se piensa en la bella desconocida que pasa; pero tal vez ocurriera que ella adivinando... Tal vez el simple pensamiento se trasluciera fuera y ella me había huido otrora irritada o acobardada, y ahora, en un movimiento invencible... Invencible; esta palabra fue como una bendición de sacerdote en misa, que recibimos y respetamos en sí misma.

—El mar estará mañana desafiándonos —dijo la voz de Escobar a mi lado.

—¿Vas a entrar mañana en el mar?

—He entrado con mares mayores, mucho mayores. No te imaginas lo que es un buen mar en momentos bravíos. Es necesario nadar bien, como yo, y tener estos pulmones —dijo él golpéandose en el pecho—, y estos brazos; palpa.

Palpé los brazos como si fueran los de Sancha. Me cuesta esta confesión, pero no puedo suprimirla; sería amputar la verdad. No sólo los palpé con esa idea, sino que sentí algo más: los encontré más gruesos y fuertes que los míos y les tuve envidia; añádase que sabía nadar.

Cuando salimos volví a hablar con los ojos a la dueña de la casa. Su mano apretó mucho la mía y se demoró más de lo acostumbrado.

La modestia pedía entonces, como ahora, que viera yo en aquel gesto de Sancha una confirmación al proyecto del marido y un agradecimiento. Así debía ser, pero un fluido particular que corrió por todo el cuerpo desvió de mí la conclusión que dejo escrita. Sentí aún los dedos de Sancha entre los míos, apretándose los unos a los otros. Fue un instante de vértigo y de pecado. Pasó rápido en el reloj del tiempo; cuando alcé el reloj al oído trabajaban sólo los minutos de la virtud y de la razón.

—... Una señora deliciosísima —concluyó José Días en un discurso que estaba haciendo.

—¡Deliciosísima! —repetí con algún ardor, que moderé después, enmendándome —: ¡Verdaderamente, una hermosa noche!

—¡Cómo deben ser todas las de aquella casa! —continuó el agregado—. Aquí fuera, no. Aquí fuera el mar está enfadado: escucha.

Se oía el mar fuerte —como se oía desde la casa—; la resaca era grande y, a distancia, se veían crecer las olas. Capitu y prima Justina, que iban delante, se detuvieron en una de las vueltas de la playa y fuimos conversando los cuatro. Pero yo conversaba mal. No había medio de olvidar del todo la mano de Sancha y las miradas que cruzamos. Ahora me parecían esto, ahora aquello. Los instantes diabólicos se intercalaban en los minutos de Dios y el reloj fue así marcando alternativamente mi salvación y mi perdición. José Días se despidió de nosotros a la puerta. Prima Justina durmió en nuestra casa; se marcharía al día siguiente, después del almuerzo y de la misa. Yo me retiré a mi gabinete, donde me demoré más de lo acostumbrado.

El retrato de Escobar, que tenía allí, al pie del de mi madre, me habló como si fuera él mismo. Combatí sinceramente los impulsos que traía del Flamengo; rechacé la figura de la mujer de mi amigo y me llamé desleal. Además, ¿quién me afirmaba que hubiera alguna intención de aquella especie en el gesto de la despedida y en los anteriores? Todo podía relacionarse con el interés de nuestro viaje. Sancha y Capitu eran tan amigas que sería un placer más para ellas el ir juntas. Si hubiera alguna intención sexual, ¿quién me probaría que no era más que una sensación fulgurante destinada a morir con la noche y el sueño? Hay remordimientos que no nacen de otro pecado ni tienen mayor duración. Me agarré a esta hipótesis que se conciliaba con la mano de Sancha, que yo sentía de memoria dentro de mi mano, caliente y morosa,

apretada y apretando...

Sinceramente, yo me encontraba mal entre un amigo y la atracción. Quizás fuera la timidez otra de las causas de aquella crisis; no es sólo el cielo quien otorga nuestras virtudes; la timidez también, sin contar la casualidad; pero la casualidad es un mero accidente. Su mejor origen es el cielo. Sin embargo, como la timidez viene del cielo, que nos da el temperamento, la virtud, hija suya, es, genealógicamente, la misma sangre celestial. Reflexionaría así si pudiera; pero al comienzo vagué tontamente. La pasión no era mi inclinación. ¿Sería capricho o qué? Al cabo de veinte minutos era nada, absolutamente nada. El retrato de Escobar pareció hablarme; le vi la actitud franca y simple, sacudí la cabeza y fui a acostarme.

CAPÍTULO CXIX

¡NO HAGAS ESO, QUERIDA!

LA lectora, que es amiga mía y abrió este libro con el fin de descansar de la cavatina de ayer para el vals de hoy, quiere cerrarlo apresuradamente al ver que bordeamos un abismo. No hagas eso, querida; cambio de rumbo.

CAPÍTULO CXX

LOS AUTOS

A la mañana siguiente desperté libre de las abominaciones de la víspera; las llamé alucinaciones, tomé café, recorrí los diarios y fui a estudiar unos autos. Capitu y prima Justina salieron a misa de nueve, a la Lapa. La figura de Sancha desapareció enteramente en medio de las alegaciones de la parte contraria, que iba leyendo en los autos, alegaciones falsas, inadmisibles, sin apoyo en la ley ni en la praxis. Vi que era fácil ganar la demanda; consulté a Dalloz^[45], Pereira e Souza^[46]...

Una sola vez miré el retrato de Escobar. Era una hermosa fotografía sacada un año antes. Estaba de pie, con la levita abotonada, la mano izquierda en el dorso de una silla, la derecha metida en el pecho, mirando lejos a la izquierda del espectador. Tenía garbo y naturalidad. El marco que le mandé poner no cubría la dedicatoria, escrita debajo, no en el reverso de la cartulina: «A mi querido Bentinho su querido Escobar 20-4-70». Estas palabras fortalecieron mis pensamientos de aquella mañana y desterraron del todo los recuerdos de la víspera. En aquella época mi vista era buena; podía leerlas desde el lugar en que estaba. Volví a los autos.

CAPÍTULO CXXI

LA CATÁSTROFE

EN lo mejor de ellos, oí pasos precipitados en la cancela, voces, acudieron todos, yo también acudí. Era un esclavo de la casa de Sancha que me llamaba:

—Vaya usted allí... Señó nadando, señó muriendo.

No dijo nada más o yo no le oí el resto. Me vestí le dejé recado a Capitu y corrí al Flamengo.

En el camino fui adivinando la verdad. Escobar se fue a nadar como acostumbraba hacer, se arriesgó un poco más fuera que de costumbre, a pesar del mar bravío, fue arrastrado y murió. Las canoas que acudieron apenas pudieron traerle el cadáver.

CAPÍTULO CXXII

EL ENTIERRO

LA viuda... Os ahorro las lágrimas de la viuda, las mías, las de otra gente. Salí de allí cerca de las once; Capitu y prima Justina me esperaban, una con el ánimo abatido y estúpido, la otra sólo fastidiada.

—Id a hacer compañía a la pobre Sanchinha; yo me ocuparé del entierro.

Así lo hicimos. Quise que el entierro fuera pomposo, y la afluencia de los amigos fue numerosa. Playa, calles, plaza de la Gloria, todo eran carros, muchos de ellos particulares. En la casa, que no era grande, no podían caber todos; muchos estaban en la playa, hablando del desastre, apuntando hacia el lugar en que Escobar murió, oyendo referir la llegada del muerto. José Días oyó también hablar de los negocios del finado, divergiendo algunos en la valoración de los bienes, pero siempre coincidiendo en que el pasivo debía ser pequeño. Elogiaban las cualidades de Escobar. Algunos discutían el reciente gabinete Río Branco^[47]; estábamos en marzo de 1871. Nunca me olvidaré del mes ni del año.

Como había resuelto hablar en el cementerio, escribí algunas líneas y se las mostré en casa a José Días, que las encontró realmente dignas del muerto y de mí. Me pidió el papel, recitó lentamente el discurso, pesando las palabras, y confirmó la primera opinión; en el Flamengo se extendió la noticia. Algunos conocidos vinieron a preguntarme:

—Entonces, ¿vamos a oírlo?

—Cuatro palabras.

Pocas más serían. Las había escrito con miedo de que la emoción me impidiera improvisar. En el tiburí en que fui una o dos horas no hice más que recordar los tiempos del seminario, las relaciones con Escobar, nuestras simpatías, nuestra amistad, comenzada, continuada y nunca interrumpida hasta que un lance de la fortuna hizo separarse para siempre dos criaturas que prometían permanecer durante mucho tiempo unidas. De cuando en cuando me secaba los ojos. El cochero inició dos o tres preguntas sobre mi situación moral. Al no arrancarme nada continuó su oficio. Al llegar a casa dejé aquellas emociones en el papel; ese sería el discurso.

CAPÍTULO CXXIII

OJOS DE RESACA

AL fin llegó la hora del responso y de la partida. Sancha quiso despedirse del marido y la desesperación de aquel lance nos consternó a todos. Muchos hombres lloraban también, todas las mujeres. Sólo Capitu, amparando a la viuda, parecía vencerse a sí misma. Consolaba a la otra, quería arrancarla de allí. La confusión era general. En medio de ella Capitu miró algunos instantes el cadáver tan fija, tan apasionadamente fija, que no sorprende que se le saltaran algunas pocas y calladas lágrimas.

Las mías cesaron enseguida. Me paré a ver las suyas; Capitu las enjugó, mirando a hurtadillas a la gente que estaba en el salón. Redobló las caricias a su amiga y quiso llevársela; pero parecía que el cadáver la retenía también. Hubo un momento en que los ojos de Capitu miraron fijamente al difunto, tal como los de la viuda, sin el llanto ni las palabras de ésta, pero grandes y abiertos, como las olas del mar allá fuera, como si quisieran tragarse también al nadador de la mañana.

CAPÍTULO CXXIV

EL DISCURSO

— **V**AMOS, es la hora...

Era José Días que me invitaba a cerrar el ataúd.

Lo cerramos y yo cogí una de las argollas; estalló el alarido final. Palabra que cuando llegué a la puerta y vi el sol claro, lleno todo de gentes y de carros, las cabezas descubiertas, tuve uno de aquellos impulsos míos que nunca llegaban a la ejecución: fue tirar a la calle el ataúd, difunto incluido. En el carro le dije a José Días que se callara. En el cementerio tuve que repetir la ceremonia de la casa, desatar las correas y ayudar a llevar el féretro al nicho; imagínate lo que esto me costó.

Bajado el cadáver al hueco trajeron la cal y la pala; sabes cómo es, habrás ido a más de un entierro, pero lo que no sabes, ni puedes saber, ni puede saber ninguno de tus amigos, lector, o cualquier otro extraño, es la crisis en que entré cuando vi todos los ojos sobre mí, los pies quietos, las orejas atentas, y, al cabo de algunos instantes de total silencio, un susurro vago, algunas voces interrogativas, señales, y alguien, José Días, que me decía al oído:

—Vamos, habla.

Era el discurso. Querían el discurso. Tenían derecho al discurso anunciado. Maquinalmente metí la mano al bolso, saqué el papel y lo leí a trompicones, no todo, ni seguido, ni claro. La voz me parecía entrar en vez de salir, las manos me temblaban. No era sólo la emoción nueva lo que así me ponía, sino el propio texto, las memorias del amigo, las nostalgias confesadas, las alabanzas a la persona y a sus méritos; todo esto que estaba obligado a decir, y lo decía mal. Al mismo tiempo, temiendo que me adivinasen la verdad, forcejeaba por esconderla bien. Creo que me oyeron pocos, pero el gesto general fue de comprensión y de aprobación. Las manos que me tendieron eran de solidaridad; algunos decían: «¡Muy bonito! ¡Muy bien! ¡Magnífico!». A José Días le pareció que la elocuencia estuvo a la altura de la piedad. Un hombre, que me pareció periodista, me pidió permiso para imprimir el manuscrito. Sólo mi gran turbación recusaría un obsequio tan sencillo.

CAPÍTULO CXXV

UNA COMPARACIÓN

PRÍAMO se cree el más infeliz de los hombres por besar la mano de aquel que mató a su hijo. Es Homero quien relata esto, y es un buen autor, a pesar de contarlo en verso; pero hay narraciones exactas en versos, y hasta en malos versos. Compara la situación de Príamo con la mía; yo acababa de alabar las virtudes del hombre que había recibido difunto aquellos ojos; es imposible que algún Homero no sacase de mi situación mucho mejor efecto, o, cuanto menos, igual. No digas que nos faltan Homeros, por la causa señalada en Camões; no señor, nos faltan, es verdad, pero es porque los Príamos procuran la sombra y el silencio. Las lágrimas, si las tienen, son secadas tras las puertas, para que las caras aparezcan limpias y serenas; los discursos son más de alegría que de melancolía, y todo transcurre como si Aquiles no matara a Héctor.

CAPÍTULO CXXVI

PENSANDO

DESPUÉS de salir del cementerio rompí el discurso y eché los pedazos por la ventanilla, a pesar de los esfuerzos de José Días para impedirlo.

—No sirve para nada —le dije—, y como puedo tener la tentación de darlo a imprimir, ya está destruido para siempre. No sirve, no sirve para nada.

José Días demostró largamente lo contrario, después elogió el entierro, y después hizo el panegírico del muerto, una gran alma, espíritu activo, corazón recto, amigo, buen amigo, digno de la esposa amantísima que Dios le dio...

En este punto del discurso le dejé hablar solo y me puse a pensar para mí. Lo que pensé fue tan oscuro y confuso que no me dejó dar pie con bola. En el Catete mandé parar el carro, le dije a José Días que fuera a buscar a las señoras al Flamingo y las llevara para casa; yo iría a pie.

—Pero...

—Voy a hacer una visita.

La razón de esto era acabar de pensar y escoger una resolución que fuese adecuada al momento. El carro andaba más deprisa que las piernas. Éstas podrían ir pausadas o no, podrían aflojar el paso, parar, desandar el camino y dejar que la cabeza pensara a su gusto. Fui andando y pensando. Ya había comparado el gesto de Sancha la víspera y la desesperación de aquel día; eran irreconciliables. La viuda era realmente amantísima. Así se desvaneció totalmente la ilusión de mi vanidad. ¿No sería el mismo caso de Capitu? Traté de recomponerle los ojos, la posición en que la vi, la reunión de personas que debía naturalmente imponerle el disimulo si hubiera algo que disimular. Lo que va aquí por orden lógico y deductivo había sido antes una barahúnda de ideas y sensaciones gracias a los balanceos del carro y a las interrupciones de José Días. Ahora, sin embargo, racionalizaba y evocaba claro y bien. Me concluí a mí mismo que era la antigua pasión que me ofuscaba y me hacía desvariar como siempre.

Cuando llegué a esta conclusión final llegaba también a la puerta de la casa, pero volví para atrás y subí otra vez la calle del Catete. ¿Eran las dudas que me afligían o la necesidad de afligir a Capitu con mi gran demora? Digamos que eran ambas causas; anduve largo trecho hasta que me sentí sosegar y enfilé para casa. Daban las ocho en una panadería.

CAPÍTULO CXXVII

EL BARBERO

CERCA de casa había un barbero, que me conocía de vista, le gustaba el rabel y no tocaba del todo mal. En el momento en que iba pasando ejecutaba no sé qué pieza. Paré en la acera para oírlo (todo son pretextos para un corazón angustiado), me vio y continuó tocando. No atendió a un cliente, y luego a otro, y luego a otro que allí llegó —a pesar de la hora y de ser domingo— que le confiaban sus caras a la navaja. Los perdió sin perder una nota. Tocaba para mí. Esta consideración me hizo acercarme con franqueza a la puerta de la tienda, vuelto hacia él. Al fondo, levantando la cortina de algodón que cerraba el interior de la casa, vi asomar una moza trigueña, con vestido claro y flor en el pelo. Era su mujer. Creo que me descubrió desde dentro y vino para agradecerme con la presencia el favor que yo le hacía al marido. Si no me engaño, llegó a decirlo con los ojos. En cuanto al marido, tocaba ahora con más calor; sin ver a la mujer, sin ver a los clientes, pegaba el rostro al instrumento, pasaba el alma al arco, y tocaba, tocaba...

¡Divino arte! Se iba formando un grupo, dejé la puerta de la tienda y fui andando para casa; entré por el pasillo y subí las escaleras sin estrépito. Nunca olvidaré el caso de este barbero, o por estar ligado a un momento grave de mi vida, o por esta máxima, que los compiladores pueden sacar de aquí e insertar en los compendios escolares. La máxima es que la gente olvida despacio las buenas acciones que practica, y, en verdad, que eran el pan del día siguiente, todo para ser escuchado por un transeúnte. Supón que ahora éste, en vez de irse como yo me fui, hubiera permanecido a la puerta oyéndolo y enamorándose de la mujer; entonces es cuando él, todo arco, todo rabel, tocaría desesperadamente. ¡Divino arte!

PUÑADO DE SUCESOS

COMO iba diciendo, subí las escaleras sin estrépito, empujé la cancela, que apenas estaba entornada, y di con prima Justina y José Días jugando a las cartas en la salita contigua. Capitu se levantó del canapé y vino hacia mí. Su rostro era ahora sereno y puro. Los demás suspendieron el juego y todos hablamos del desastre y de la viuda. Capitu censuró la imprudencia de Escobar y no disimuló la tristeza que le daba el dolor de su amiga. Le pregunté por qué no se quedaba con Sancha aquella noche.

—Hay allí mucha gente. Aun así me ofrecí, pero no quiso. También le dije que era mejor venir para acá y pasar unos días con nosotros.

—¿Tampoco quiso?

—Tampoco.

—Sin embargo, la vista del mar le será penosa todas las mañanas —ponderó José Días—, y no sé cómo podrá...

—Pero pasará; ¿qué es lo que no pasa? —atajó prima Justina.

Y como alrededor de esa idea comenzásemos un intercambio de palabras, Capitu salió para ver si el hijo dormía. Al pasar por el espejo se arregló el pelo tan lentamente que parecería afectación, si no supiéramos que era muy amiga de sí. Cuando volvió tenía los ojos enrojecidos. Nos dijo que, al mirar el hijo durmiendo, había pensado en la hijita de Sancha y en la aflicción de la viuda. Y sin importarle las visitas ni reparar en si había algún criado, me abrazó y dijo que, si quería pensar en ella, era necesario primero pensar en mi vida. A José Días le pareció la frase «lindísima», y le preguntó a Capitu por qué no escribía versos. Intenté tomar la cosa a broma y así acabamos la noche.

Al día siguiente me arrepentí de haber roto el discurso, no porque quisiera darlo a imprimir, sino porque era recuerdo del finado. Pensé recomponerlo, pero sólo encontré frases sueltas, que una vez juntas no tenían sentido. También pensé hacer otro, pero ya era difícil y podía ser cogido en falso por los que me habían oído en el cementerio. En cuanto a recoger los pedacitos de papel tirados en la calle, era tarde; ya estarían barridos.

Inventarié los recuerdos de Escobar, libros, un tintero de bronce, un bastón de marfil, un pájaro, el álbum de Capítu, dos paisajes del Paraná y otros. También los tenía míos. Vivimos intercambiando memorias y regalos, bien en el cumpleaños, o sin ningún motivo en particular. Todo eso me empañaba los ojos... Llegaron los diarios del día: daban noticia del desastre y de la muerte de Escobar, sus estudios y negocios, las cualidades personales, la simpatía por el comercio, y también hablaban de los bienes dejados, de la mujer y de la hija. Todo esto fue el lunes. El martes se abrió el testamento, y me nombraba segundo testamentario; el primer lugar le cabía a su

mujer. No me dejaba nada, pero las palabras que me escribió en carta separada eran sublimes de amistad y de estima. Esta vez Capitu lloró mucho; pero se compuso enseguida.

Testamento, inventario, todo marchó casi tan deprisa como aquí se ha dicho. Al cabo de algún tiempo Sancha se retiró a la casa de los parientes en Paraná.

CAPÍTULO CXXIX

A DOÑA SANCHA

DOÑA Sancha, le ruego que no lea este libro, o, si lo hubiera leído hasta aquí, abandone el resto. Basta cerrarlo; mejor será quemarlo para no tener la tentación de abrirlo otra vez. Si, a pesar del aviso, quiere ir hasta el fin, la culpa es suya; no respondo por el daño que reciba. Lo que ya le haya hecho, contando los gestos de aquel sábado, eso acabó, ya que los acontecimientos, y yo con ellos, desmentimos mi ilusión; pero el que ahora le alcance, ese es indeleble. No, amiga mía, no lea más. Vaya envejeciendo, sin marido ni hija, que yo hago lo mismo, y es aun lo mejor que se puede hacer después de la juventud. Algún día iremos de aquí hasta la puerta del cielo, donde nos encontraremos renovados, como las plantas nuevas, *come piante novelle*.

Rinovellate di novelle fronde^[48].

El resto, en Dante.

CAPÍTULO CXXX

UN DÍA...

MIENTRAS, un día Capitu quiso saber qué es lo que me hacía andar callado y aburrido. Y me propuso Europa, Minas, Petrópolis, una serie de bailes, mil de esos remedios aconsejados a los melancólicos. Yo no sabía qué responderle; rehusé las diversiones. Como insistiera, le repliqué que mis negocios iban mal. Capitu sonrió para animarme. ¿Qué tenía que ver que anduvieran mal? Volverían a andar bien y hasta entonces las joyas, los objetos de algún valor serían vendidos e iríamos a residir en algún rincón. Viviríamos tranquilos y olvidados. Después volveríamos al rumor del agua. La ternura con que me lo dijo era para conmover a las piedras. Pues ni así. Le respondía secamente que no era necesario vender nada. Me abandoné al silencio y al aburrimiento. Me propuso jugar a las cartas o a las damas, un paseo a pie, una visita a Matacavalos; y, al no aceptarle nada, fue al salón, abrió el piano y comenzó a tocar; yo aproveché la ausencia, cogí el sombrero y salí.

... Perdón, pero este capítulo debía estar precedido de otro en el que contara un incidente ocurrido pocas semanas antes, dos meses después de la partida de Sancha. Voy a escribirlo; podía anteponerlo a éste antes de mandar el libro a la imprenta, pero me cuesta mucho alterar el número de páginas; va así mismo, después la narración seguirá recta hasta el fin. Además, es corto.

ANTERIOR AL ANTERIOR

O CURRIÓ que mi vida era otra vez dulce y plácida, el bufete de abogado rendía bastante. Capitu estaba más bella, Ezequiel iba creciendo. Comenzaba el año 1872.

—¿Ya has notado que Ezequiel tiene en los ojos una expresión rara? —me preguntó Capitu—. Sólo vi dos personas así; un amigo de papá y el difunto Escobar. Mira, Ezequiel; mira firme, así, vuelve hacia el lado de papá, no es necesario que revires los ojos, así, así...

Era después de la cena; estábamos aún en la mesa, Capitu jugaba con el hijo, o él con ella, o el uno con el otro, porque realmente se querían de verdad, se querían mucho, pero es también cierto que él me quería aún mucho más a mí. Me acerqué a Ezequiel, pensé que Capitu tenía razón; eran los ojos de Escobar, pero no me parecían raros por eso. A fin de cuentas no había más de media docena de expresiones en el mundo, y muchas semejanzas se darían naturalmente. Ezequiel no entendió nada, nos miró asustado a ella y a mí y, finalmente, se me echó al cuello:

—¿Vamos a pasear, papá?

—Luego, hijo mío.

Capitu, ajena a ambos, miraba ahora el otro lado de la mesa; pero, al decirle yo que, en cuanto a belleza, los ojos de Ezequiel salían a los de la madre, Capitu sonrió meneando la cabeza con un aire que nunca encontré en mujer alguna, probablemente porque nunca me gustaron tanto las demás. Las personas valen lo que vale el afecto de cada uno, y de ahí el maestro Pueblo sacó aquel dicho de que a quien lo feo ama bonito le parece. Capitu tenía media docena de gestos únicos en la tierra. Aquél me entró por el alma adentro. Así se explica que yo corriera hacia mi esposa y amiga y le llenara la cara de besos; pero este otro incidente no es radicalmente necesario para la comprensión del capítulo pasado y de los futuros; quedémonos en los ojos de Ezequiel.

EL DIBUJO Y EL COLOR

No sólo los ojos, sino el resto de las facciones, la cara, el cuerpo, toda la persona, se iban depurando con el tiempo. Eran como un dibujo primitivo que el artista va llenando y coloreando poco a poco, y la figura comienza a ver, sonreír, palpar, casi a hablar, hasta que la familia cuelga el cuadro en la pared, en memoria del que fue y ya no puede ser. Aquí podía ser y era. La costumbre valió mucho contra el efecto del cambio; pero el cambio se hizo, no a la manera del teatro; se hizo como la mañana que apunta vagorosa, antes de que pueda leerse una carta, después se lee la carta en la calle, en casa, en el despacho, sin abrir las ventanas; la luz filtrada por las persianas basta para distinguir las letras. Leí la carta, mal al principio y no toda, después fui leyendo mejor. Le huía, es cierto, metía el papel en el bolso, corría a casa, me encerraba, no abría las ventanas, llegaba a cerrar los ojos. Cuando de nuevo abría los ojos y la carta, la letra era clara y la noticia clarísima.

Escobar iba así surgiendo de la sepultura, del seminario y del Flamenco para sentarse conmigo a la mesa, recibirme en la escalera, besarme en el gabinete por la noche o pedirme la bendición de costumbre. Todas esas acciones eran repulsivas; yo las toleraba y las practicaba para no descubrirme a mí mismo y al mundo. Pero lo que podía disimular ante el mundo no podía hacerlo ante mí, que vivía más cerca de mí que nadie. Cuando ni la madre ni el hijo estaban conmigo mi desesperación era grande; yo juraba matarlos a ambos, de golpe, o despacio, para dividir por el tiempo de la muerte todos los minutos de vida empañada y angustiada. Cuando, sin embargo, volvía a casa y veía en lo alto de la escalera la criatura que me quería y esperaba, quedaba desarmado y retrasaba el castigo de un día para otro.

Lo que ocurría entre Capitu y yo aquellos días sombríos no se notará aquí, por ser tan mínimo y repetido y ya tan tarde que no podrá contarse sin error ni cansancio. Pero lo principal irá. Y lo principal es que nuestros temporales eran ahora terribles y continuos. Antes de descubrir aquella mala tierra de la verdad tuvimos otros de poca duración. No tardaba el cielo en ponerse azul, el sol claro y el mar suelo por donde abríamos nuevamente las velas que nos llevaban a las islas y costas más bellas del universo, hasta que otra sacudida de viento lo desbarataba todo y nosotros, puestos a resguardo, esperábamos otra bonanza que no era tardía ni dudosa, sino total, próxima y firme.

Perdóneme estas metáforas; huelen al mar y a la marea que dieron muerte a mi amigo y compadre Escobar. Huelen también a los ojos de resaca de Capitu. Así, puesto que siempre fui hombre de tierra, cuento aquella parte de mi vida como un marinero contaría su naufragio.

Ya entre nosotros sólo faltaba decir la última palabra. Nosotros la leíamos, sin

embargo, uno en los ojos del otro, vibrante y decisiva, y siempre que Ezequiel venía a nosotros no hacía sino separarnos. Capitu propuso meterlo en un colegio, que viniera sólo los sábados; le costó mucho al niño aceptar esta situación.

—¡Quiero ir con papá! ¡Papá tiene que ir conmigo! —gritaba.

Fui yo mismo quien lo llevó un día por la mañana, un lunes. Era en la antigua plaza de la Lapa, cerca de nuestra casa. Lo llevé a pie, de la mano, como llevé el ataúd del otro. El pequeño iba llorando y haciendo preguntas a cada paso, si iba a volver a casa y cuándo, y si yo iría a verlo...

—Claro.

—¡No vendrás!

—¡Sí iré!

—¡Júralo, papá!

—Pues sí.

—No dices que lo juras.

—Pues lo juro.

Y allá lo llevé y lo dejé. La ausencia temporal no atajó el mal y todo el fino arte de Capitu para hacerlo atenuar al menos fue como si no existiera; yo me sentía cada vez peor. La misma situación nueva agravó mi pasión. Ezequiel vivía ahora más fuera de mi vista; pero a su vuelta los fines de semana, o por la falta de costumbre en que yo quedaba, o porque el tiempo fuera andando y completando la semejanza, era la vuelta de Escobar más vivo y ruidoso. Hasta la voz; dentro de poco ya me parecería la misma. Los sábados procuraba no cenar en casa y entrar sólo cuando estuviera él dormido; pero no escapaba los domingos, en el despacho, cuando él me encontraba entre diarios y autos. Ezequiel entraba turbulento, expansivo, lleno de risa y de amor, porque el demonio del pequeño cada vez moría más por mí. Yo, la verdad sea dicha, sentía ahora una aversión que mal podía disimular, tanto ante ella como ante los demás. Al no poder encubrir enteramente esta disposición moral, procuraba no hacerme el contradicho con él, o al menos sólo lo mínimo posible; o bien tenía trabajo que me obligaba a cerrar el despacho, o bien salía el domingo para ir a pasear por la ciudad y los arrabales mi secreto mal.

CAPÍTULO CXXXIII

UNA IDEA

UN día, era un viernes, no pude más. Cierta idea que rumiaba abrió las alas y entró a batirlas de un lado para otro, como hacen las ideas que quieren salir. El ser viernes creo que fue casualidad, pero creo que también pudo haber sido a propósito; fui educado en el terror de aquel día; oí cantar baladas en casas, venidas de la tierra y de la antigua metrópolis, en las cuales el viernes era el día del mal agüero. Sin embargo, al no haber almanaques en el cerebro, es probable que la idea no batiera las alas sino por la necesidad que sentía de llegar al aire y a la vida. La vida es tan bella que la misma idea de la muerte necesita llegar primero a ella antes de verse cumplida. Ya me vas entendiendo; lee ahora el siguiente capítulo.

CAPÍTULO CXXXIV

EL SÁBADO

LA idea salió finalmente del cerebro. Era de noche y no pude dormir por más que me la sacudiera. Tampoco ninguna noche se me pasó tan corta. Amaneció cuando parecía no ser más que la una o las dos. Salí creyendo dejar la idea en casa; vino conmigo. Fuera tenía el mismo color oscuro, las mismas alas temblorosas, y, como volaba con ellas, era como si estuviera fija; yo la llevaba en la retina y, aunque no me encubriera las cosas externas, las veía a través de ella, con el color más pálido que de costumbre y sin que se retrasaran nada.

No recuerdo bien el resto del día. Sé que escribí algunas cartas, compré una sustancia que no digo, para no despertar el deseo de probarla. La farmacia quebró, es verdad; el dueño se hizo banquero y el banco prospera. Cuando me encontré con la muerte en el bolso sentí tamaña alegría como si acabara de sacar el premio gordo, o, aun mejor, porque el premio de la lotería se gasta y la muerte no se gasta. Fui a casa de mi madre con el fin de despedirme, a título de visita. O por ser verdad, o por ilusión, todo me pareció allí mejor ese día, mi madre menos triste, tío Cosme olvidado del corazón, prima Justina de la lengua. Pasé una hora en paz. Llegué a desistir del proyecto. ¿Qué era necesario para vivir? No dejar nunca aquella casa o prender aquella hora en mí...

OTELLO

CENÉ fuera. Por la noche fui al teatro. Se representaba justamente *Otelo*, que yo no había visto ni leído nunca. Sólo conocía el argumento y aprecié la coincidencia. Vi los grandes enfados del moro a causa de un pañuelo —¡un simple pañuelo!—, y aquí ofrezco materia para la meditación de los psicólogos de éste y de otros continentes, pues no me pude hurtar a la observación de que un pañuelo bastó para encender los celos de Otelo y componer la más sublime tragedia de este mundo. Los pañuelos ya no sirven, hoy se necesitan sábanas; algunas veces ni hay sábanas y sólo sirven las camisas. Tales eran las ideas que me pasaban por la cabeza, vagas y turbias, a medida que el moro se retorció convulso y Yago destilaba su calumnia. En los descansos no me levantaba del asiento. No quería exponerme a encontrarme con algún conocido. Las señoras permanecían casi todas en los palcos, mientras los hombres iban a fumar. Entonces yo me preguntaba si alguna de aquellas no habría amado a alguien que yaciera ahora en el cementerio, y llegaban otras incoherencias, hasta que el telón subía y continuaba la obra. El último acto me enseñó que no yo, sino Capitu, debía morir. Oí las súplicas de Desdémona, sus palabras amorosas y puras, y la furia del moro, y la muerte que éste le dio entre aplausos frenéticos del público.

—Y era inocente, iba yo diciendo calle abajo; ¿qué haría el público si verdaderamente fuera culpable, como Capitu? ¿Y qué muerte le daría el moro? Una almohada no bastaría; eran necesarios sangre y fuego, un fuego intenso y vasto que la consumiera totalmente, y la redujera a polvo, y el polvo fuera lanzado al viento, como eterna extinción...

Vagué por las calles el resto de la noche. Cené, es verdad, casi nada, pero lo bastante para llegar hasta la mañana. Vi las últimas horas de la noche y las primeras del día, vi a los últimos paseantes y a los últimos barrenderos, los primeros coches, los primeros ruidos, los primeros albos, un día que llegaba después del otro y me vería ir para nunca más volver. Las calles que andaba parecían huirme por sí mismas. No volvería a contemplar el mar de la Gloria, ni la sierra de los Orgãos, ni la fortaleza de Santa Cruz ni las demás. La gente que pasaba no era tanta como en los días comunes de la semana, pero era ya numerosa y algunos iban al trabajo, y lo repetían después; y yo que nunca repetiría ya nada.

Llegué a casa, abrí la puerta despacito, subí paso a paso y me metí en el despacho. Iban a dar las seis. Saqué el veneno del bolso, me quedé en mangas de camisa y aun escribí una carta, la última, dirigida a Capitu. Ninguna de las otras era para ella. Sentí necesidad de decirle una palabra en que le dejara el remordimiento de mi muerte. Escribí dos textos. El primero lo quemé por ser largo y difuso. El segundo contenía

sólo lo necesario, claro y breve. No le recordaba nuestro pasado, ni las luchas habidas, ni alegría ninguna; le hablaba sólo de Escobar y de la necesidad de morir.

LA TAZA DE CAFÉ

Mi plan fue esperar el café, disolver en él la droga e ingerirla. Hasta entonces, que no había olvidado del todo mi historia romana, me acordaba que Catón, antes de matarse, leyó un libro de Platón. No tenía a Platón, pero un tomo truncado de Plutarco, en el que se narraba la vida del célebre romano, me bastó para ocupar aquel escaso tiempo y, para imitarlo en todo, me estiré en el canapé. No era sólo imitarlo en eso; tenía necesidad de introducir en mí su coraje, lo mismo que él había precisado de los sentimientos del filósofo para morir intrépidamente. Uno de los males de la ignorancia es no tener esa medicina a última hora. Hay mucha gente que se mata sin ella y expira noblemente; pero creo que mucha más gente pondría término a sus días si pudiera encontrar esa especie de cocaína moral de los buenos libros. Sin embargo, queriendo huir de cualquier sospecha de imitación, recuerdo que, para que no se encontrara a mi lado el libro de Plutarco ni ser dada la noticia en las gacetillas con la del color de los pantalones que entonces yo vestía, decidí ponerlo nuevamente en su lugar antes de beber el veneno.

El criado trajo el café. Me levanté, guardé el libro y fui a la mesa donde estaba la taza. Ya la casa había quedado en rumores; era la hora de acabar conmigo. La mano me tembló al abrir el papel en que llevaba la droga envuelta. Aun así tuve ánimos para poner la sustancia en la taza y empecé a mover el café, los ojos vagos, la memoria en Desdémona inocente; el espectáculo de la víspera venía a entrometerse en la realidad de la mañana. Pero la fotografía de Escobar me dio el ánimo que me iba faltando; estaba él con la mano en el respaldo de la silla, la mirada lejana...

—Acabemos con esto —pensé.

Cuando iba a beber pensé si no sería mejor esperar que Capitu y el hijo salieran a misa; lo bebería después, era mejor. Dispuesto así comencé a pasear por el despacho. Oí la voz de Ezequiel en el pasillo, lo vi entrar y correr hacia mí gritando:

—¡Papá! ¡Papá!

Lector, hubo aquí un gesto que no describo por haberlo olvidado enteramente, pero cree que fue hermoso y trágico. Efectivamente, la figura del pequeño me hizo retroceder hasta dar de espaldas en el estante. Ezequiel me abrazó las rodillas, se estiró sobre la punta de los pies como queriendo subir a darme el beso de costumbre; y repetía, empujándose:

—¡Papá! ¡Papá!

CAPÍTULO CXXXVII

SEGUNDO IMPULSO

S i no hubiera mirado a Ezequiel es probable que no estuviera aquí escribiendo este libro, porque mi primer ímpetu fue correr al café y beberlo. Llegué a coger la taza, pero el pequeño me besaba la mano como de costumbre, y su vista, como el gesto, me dio otro impulso que me cuesta explicar aquí; pero allá va, dígase todo. Aunque me llamen asesino; no seré yo quien los desdiga o contradiga; mi segundo impulso fue criminal. Me incliné y le pregunté a Ezequiel si ya había tomado café.

—Ya, papá; voy a misa con mamá.

—Toma otra taza, media taza sólo.

—¿Y papá?

—Mandaré traer más; ¡anda, bebe!

Ezequiel abrió la boca. Le acerqué la taza tan trémulo que casi la derramé, pero dispuesto a hacerla caer garganta abajo en caso de que el sabor le repugnase, o la temperatura, porque el café estaba frío... Pero no sé lo que sentí que me hizo retroceder. Puse la taza encima de la mesa y desperté besando locamente la cabeza del niño.

—¡Papá!, ¡papá! —exclamaba Ezequiel.

—¡No, no, yo no soy tu padre!

CAPITU QUE ENTRA

CUANDO levanté la cabeza me encontré con la figura de Capitu delante de mí. He aquí otro lance que parecerá de teatro, y es tan natural como el primero, ya que la madre y el hijo iban a misa y Capitu no salía sin hablarme. Era ya un hablar seco y breve; la mayor parte de las veces yo no la miraba. Ella miraba siempre, esperando.

Esta vez, al encontrarme con ella, no sé si era por mi mirada, pero Capitu me pareció lívida. Siguió uno de aquellos silencios a los que, sin mentir, se pueden llamar de un siglo, tal era la extensión del tiempo en las grandes crisis. Capitu se recompuso; le dijo al hijo que saliera y me pidió que le explicase...

—No hay nada que explicar —dije yo.

—Sí, lo hay todo; no entiendo tus lágrimas ni las de Ezequiel. ¿Qué ocurrió entre vosotros?

—¿No oíste lo que dije?

Capitu respondió que había oído lloros y rumor de palabras.

Yo creo que lo oyó todo claramente, pero confesarlo sería perder la esperanza del silencio y de la reconciliación; por eso negó lo oído y confirmó únicamente lo visto. Sin contarle el episodio del café, le repetí las palabras del final de capítulo.

—¿El qué? —preguntó como si hubiera oído mal.

—Que no es hijo mío.

Fue grande la estupefacción de Capitu y no menor la indignación que le sucedió, tan naturales ambas que harían dudar a los primeros testigos de nuestro foro. Ya oí que los hay para varios casos, cuestión de precio; yo no lo creo, tanto más porque la persona que me lo contó acababa de perder un juicio. Pero, haya o no haya testigos alquilados, el mío era verdadero; la propia naturaleza juraba por sí misma y yo no quería dudar de ella. Así que, sin atender a las palabras de Capitu, a sus gestos, al dolor que la retorció, a nada, repetí las palabras dichas dos veces con tal resolución que la hicieron enflaquecer. Después de algunos instantes, me dijo:

—Sólo se puede explicar tal injuria por sincera convicción; sin embargo, tú, que eras tan celoso de los menores gestos, nunca revelaste la menor sombra de desconfianza. ¿Qué es lo que te hace pensar así? Dime —continuó viendo que yo no respondía nada—; dímelo todo; después de lo que oí, puedo oír el resto, que no puede ser mucho. ¿Cuál es la razón ahora de tal convicción? Anda, Bentinho, ¡habla!, ¡habla! Échame de aquí, pero dímelo todo primero.

—Hay cosas que no se dicen.

—Que no se dicen a medias; pero ya que me dijiste la mitad, dímelo todo.

Se había sentado en una silla al pie de la mesa. Podía estar un tanto confusa, el porte no era de acusada. Le pedí una vez más que no insistiera.

—No, Bentinho no. O cuentas el resto para que yo me defienda, si crees que tengo defensa, o te pido desde ahora nuestra separación; ¡no puedo más!

—La separación es cosa decidida —repliqué tomándole la palabra—. Era mejor que la hiciéramos con medias palabra o en silencio; cada uno iría con su herida. Dado que usted insiste, aquí va lo que puedo decirle, y terminemos.

No lo dije todo; apenas pude aludir a los amores de Escobar sin proferir el nombre. Capitu no pudo dejar de reír, con una risa que yo siento no poder transcribir aquí; después, en un tono a la vez irónico y melancólico:

—¡Hasta los difuntos! ¡Ni los muertos escapan a tus celos!

Se arregló la capa y se levantó. Suspiró mientras yo, que no pedía otra cosa que su plena justificación, le dije no sé qué palabras adecuadas a este fin. Capitu me miró con desdén y murmuró:

—Sé la razón; es la casualidad de la semejanza... La voluntad de Dios lo explicará todo... ¿Te ríes? Es natural; a pesar del seminario no crees en Dios; yo creo... Pero no hablemos de ello; no nos hace bien decir nada más.

CAPÍTULO CXXIX

LA FOTOGRAFÍA

PALABRA que estuve a punto de creer que era víctima de una gran ilusión, una fantasmagoría de alucinado; pero la entrada repentina de Ezequiel, gritando: —«¡Mamá!, ¡mamá! ¡Es la hora de misa!», me restituyó a la conciencia de la realidad. Capitu y yo, involuntariamente, miramos la fotografía de Escobar y después el uno al otro. Esta vez la confusión de ella se hizo confesión pura. Éste era aquél; había por fuerza alguna fotografía de Escobar pequeño que sería nuestro pequeño Ezequiel. De palabra, sin embargo, no confesó nada; repitió las últimas palabras, cogió al hijo y marcharon a misa.

REGRESO DE LA IGLESIA

AL quedar solo era natural coger el café y beberlo. Pues no, señor; había perdido el gusto por la muerte. La muerte era una solución; yo acababa de encontrar otra, tanto mejor por cuando no era definitiva y dejaba la puerta abierta a la reparación, si tuviera que haberla. No dije *perdón* sino *reparación*; esto es, justicia. Cualquiera que fuese la razón del acto, rechacé la muerte y esperé el regreso de Capitu. Éste fue más demorado que de costumbre. Llegué a temer que hubiera ido a casa de mi madre, pero no fue.

—Confíe a Dios todas mis amarguras —me dijo Capitu al regresar de la iglesia —; oí dentro de mí que nuestra separación es indispensable y estoy a tu disposición.

Los ojos con que me lo dijo estaban empañados, como esperando un gesto de rechazo o de espera. Contaba con mi debilidad o con la propia inseguridad en que yo podía estar sobre la paternidad del otro, pero todo falló. ¿Acaso habría en mí un hombre nuevo, uno que aparecía ahora, puesto que impresiones nuevas y fuertes lo descubrían? En este caso era un hombre sólo encubierto. Le respondí que iba a pensarlo y haríamos lo que yo pensara. En verdad os digo que estaba todo pensado y hecho.

En el intervalo, evoqué las palabras del finado Gurgel, cuando me mostró en su casa el retrato de la mujer, parecido a Capitu. Te recordarás de ellas; si no, relee el capítulo, cuyo número no pongo aquí porque no recuerdo cuál es, pero no queda lejos. Se reducen a decir que hay tales semejanzas inexplicables... Pero de ahí en adelante y el resto de los días Ezequiel iba a buscarme al despacho, y las facciones del pequeño daban clara idea de las del otro, o yo iba fijándome más en ellas. Se complicaba recordándome episodios vagos y remotos, palabras, encuentros e incidentes, todo en lo que mi ceguera no puso malicia y a la que le faltaron mis viejos celos. Una vez en que los encontré solos y callados, un secreto que me hizo reír, una palabra de ella soñando, todas esas reminiscencias fueron llegando ahora en tal atropello que me aturdieron... ¿Y por qué no los estrangulé un día cuando desvié los ojos de la calle donde estaban dos golondrinas subidas al hilo telegráfico? Dentro, mis otras golondrinas estaban subidas en el aire, los ojos puestos en los ojos, pero tan cautelosos que se desviaron enseguida diciéndome una palabra amiga y alegre. Les conté los amores de las golondrinas de fuera y lo encontraron gracioso; Escobar declaró que, para él, sería mejor si las golondrinas, en vez de subidas al hilo de alambre, estuvieran en la mesa de la cena cocidas: «Nunca comí sus nidos —continuó —, pero deben ser buenos si los chinos los inventaron». Y quedamos tratando de los chinos y de los clásicos que hablaron de ellos, mientras Capitu, confesando que la aburríamos, fue a otros menesteres. Ahora recordaba todo lo que entonces me pareció

nada.

CAPÍTULO CXLI

LA SOLUCIÓN

HE aquí lo que hicimos. Nos pusimos de acuerdo y fuimos para Europa, no para pasear ni ver nada, ni nuevo ni viejo; paramos en Suiza. Una profesora de Río Grande que fue con nosotros acompañó a Capitu, enseñándole la lengua materna a Ezequiel, que aprendería el resto en las escuelas del país. Regulada así la vida, volví a Brasil.

Al cabo de algunos meses Capitu comenzó a escribirme cartas, a las que respondí con brevedad y sequedad. Las tuyas eran sumisas, sin odio, acaso afectuosas y, en definitiva, nostálgicas; me pedía que fuera a verla. Embarqué un año después, pero no la busqué, y repetí el viaje con el mismo resultado. A la vuelta, los que se acordaban de ella pedían noticias, y yo las daba como si acabase de vivir con ella; naturalmente los viajes los hacía con la intención de simular esto mismo y engañar a la opinión pública. Un día, finalmente...

CAPÍTULO CXLII

UNA SANTA

ENTIÉNDASE que en los viajes que hice a Europa José Días no fue conmigo; no es que le faltaran ganas; se quedaba acompañando al tío Cosme, casi inválido, y a mi madre, que envejeció rápidamente. También él estaba viejo, aunque firme. Iba a bordo a despedirse de mí, y las palabras que me decía, los gestos del pañuelo, los propios ojos que secaba eran tales que me conmovían también. La última vez no fue a bordo.

—Ven...

—No puedo.

—¿Tienes miedo?

—No, no puedo. Ahora, adiós, Bentinho, no sé si me verás más; creo que voy a la otra Europa, la eterna...

No fue enseguida; mi madre embarcó antes. Busca en el cementerio de San Juan Bautista una sepultura sin nombre, con esta única indicación: *Una santa*. Ahí está. Mandé hacer esta inscripción con alguna dificultad. El escultor la encontró rara; el administrador del cementerio consultó al vicario de la parroquia; éste me indicó que las santas están en el cielo.

—Pero —atajé— yo no quiero decir que en aquella sepultura está una canonizada. Mi idea es dar con esa palabra una definición terrena de todas las virtudes que la finada poseyó en vida. Tanto es así que, siendo la modestia una de ellas, deseo conservarla póstuma, sin escribir su nombre.

—Aun el nombre, la filiación, las fechas...

—¿A quién le importarán las fechas, la filiación ni los nombres después que yo acabe?

—Quiere decir que era una santa señora, ¿no?

—Justamente. Si el protonotario Cabral estuviera vivo, confirmaría lo que le digo.

—Ni yo contradigo la verdad; pongo en duda sólo la forma. ¿Conoció al protonotario?

—Lo conocí. Era un sacerdote modelo.

—Buen economista, buen latinista, pío y caritativo —continuó el vicario.

—Y poseía algunas prendas de sociedad —dije yo—; allí en casa siempre oí que era insigne compañero en el juego del gamón...

—¡Tenía buen tino! —suspiró lentamente el vicario—. ¡Tino de maestro!

—¿Entonces, le parece...?

—Siempre que no haya otro sentido, ni pueda haberlo, sí, señor, se admite...

José Días asistió a estas diligencias con gran melancolía. Finalmente, cuando salimos, habló mal del sacerdote, lo llamó meticuloso. Sólo le disculpaba por no

haber conocido a mi madre, ni él ni los otros hombres del cementerio.

—No la conocieron; si la hubieran conocido mandarían esculpir *santísima*.

EL ÚLTIMO SUPERLATIVO

No fue éste el último superlativo de José Días. Tuvo otros que no merece la pena escribir aquí, hasta que llegó el último, el mejor de ellos, el más dulce, el que le hizo de la muerte un pedazo de vida. Ya entonces vivía conmigo; como mi madre le había dejado un pequeño recuerdo, vino a decirme que, con legado o sin él, no se separaría de mí. Tal vez su esperanza era enterrarme. Se correspondía con Capitu, a quien le pedía que le mandase el retrato de Ezequiel; pero Capitu iba retrasando el envío de correo en correo, hasta que él no le pidió nada a no ser el corazón del joven estudiante; le pedía también que no dejase de hablarle a Ezequiel del viejo amigo del padre y del abuelo «destinado por el cielo a amar la misma sangre». Era así como preparaba los cuidados de la tercera generación; pero la muerte llegó antes que Ezequiel. La enfermedad fue rápida. Mandé llamar a un médico homeópata.

—No, Bentinho —dijo él—; basta con un alópata; en todas las escuelas se muere. Además, fueron ideas de juventud que el tiempo llevó; me convierto a la fe de mis padres. La alopatía es el catolicismo de la medicina.

Murió sereno después de una corta agonía. Poco antes oyó que el cielo estaba lindo y nos pidió que abriéramos la ventana.

—No, el aire puede dañarte.

—¿Qué daño? El aire es vida.

Abrimos la ventana. Realmente el cielo estaba azul y claro. José Días se incorporó y miró para fuera; después de algunos instantes dejó caer la cabeza murmurando: ¡lindísimo! Fue la última palabra que profirió en este mundo. ¡Pobre José Días! ¿Por qué voy a negar que lloré por él?

UNA PREGUNTA TARDÍA

OJALÁ lloren así por mí todos los ojos de amigos y amigas que dejo en este mundo, pero no es probable. Me he hecho olvidar. Vivo lejos y salgo poco. No es que haya en realidad unido los dos extremos de la vida. Esta casa del Engenho Novo, aunque reproduzca la de Matacavalos, apenas me recuerda aquélla, y más por efecto de comparación y reflexión que de sentimiento. Ya lo dije antes.

Se preguntarán por qué razón teniendo la propia casa vieja en la misma calle antigua no impedí que la demoliesen e hice reproducirla en ésta. La pregunta debería ser hecha al principio, pero aquí va la respuesta. La razón es que, en cuanto mi madre murió, queriendo ir para allá, hice primero una larga visita de inspección durante algunos días y toda la casa se me hizo desconocida. En el patio la aroeria^[49] y la pitangueira^[50], el pozo, el pilón viejo y el lavadero nada sabían de mí. La casuarina era la misma que había dejado al fondo, pero el tronco, en vez de recto como otrora, tenía ahora un aire de punto de interrogación; naturalmente, se asombraba del intruso. Corrí los ojos por el aire buscando algún pensamiento que hubiera dejado por allí y no encontré ninguno. Al contrario, el ramaje comenzó a susurrar algo que no entendí enseguida y parece que era la cantiga de las mañanas nuevas. Al lado de esa música serena y jovial oí también el gruñir de los cerdos, especie de burla concentrada y filosófica.

Todo me era extraño y adverso. Dejé que demolieran la casa y, más tarde, cuando fui para el Engenho Novo, determiné hacer esta reproducción según las explicaciones que le di al arquitecto, como ya conté a su debido tiempo.

CAPÍTULO CXLV

EL REGRESO

FUE ya en esta casa donde un día, vistiéndome para almorzar, recibí una tarjeta con este nombre:

EZEQUIEL A. DE SANTIAGO

—¿Está ahí? —le pregunté al criado.

—Sí señor; está esperando.

No fui enseguida; le dice esperar unos diez o quince minutos en el salón. Solamente después advertí que convenía mostrar cierta alegría y correr, abrazarle, hablarle de la madre. La madre, creo que aún no dije que estaba muerta y enterrada. Lo estaba; reposa allí en la vieja Suiza. Acabé de vestirme deprisa. Cuando salí del cuarto tomé aires de padre, un padre entre manso y crespito, medio Don Casmurro. Al entrar en el salón tropecé con un muchacho, de espaldas, mirando al busto de Massinissa en la pared. Llegué cauteloso, sin hacer ruido. No obstante me oyó los pasos y se volvió deprisa. Me reconoció por los retratos y corrió hacia mí. No me moví; era ni más ni menos mi antiguo y joven compañero del seminario de San José, un poco más bajo, menos lleno de cuerpo y, salvo los colores, que eran vivos, el mismo rostro de mi amigo. Vestía con modernidad, naturalmente, y los modales eran diferentes, pero el aspecto general reproducía la persona muerta. Era el propio, el exacto, el verdadero Escobar. Era mi compadre; era el hijo de su padre, vestía de luto por la madre; yo también estaba de negro. Nos sentamos.

—Papá no se diferencia de los últimos retratos —me dijo.

La voz era la misma de Escobar, tenía acento afrancesado. Le expliqué que realmente difería poco de lo que era, y comencé un interrogatorio para tener que hablar menos y dominar así mi emoción. Pero esto mismo le daba animación a su rostro y mi colega del seminario iba resurgiendo cada vez más del cementerio. Helo aquí, delante de mí, con igual risa y mayor respeto; en definitiva, la misma gentileza y la misma gracia. Ansiaba verme. La madre le hablaba mucho de mí, alabándome extraordinariamente como el hombre más puro del mundo, el más digno de ser querido.

—Murió hermosa —concluyó.

—Vamos a almorzar.

Si piensas que el almuerzo fue amargo, te equivocas. Tuvo sus minutos de aburrimiento, es verdad; al principio me dolió que Ezequiel no fuera realmente mi hijo, que no me completase y continuase. De salir el muchacho a la madre, hubiera acabado creyéndolo todo, tanto más fácilmente cuanto que parecía haberme dejado la

víspera y evocaba la niñez, escenas y palabras, la ida para el colegio.

—¿Aún recuerdas, papá, cuando me llevaste al colegio? —preguntó riendo.

—¿Cómo no voy a acordarme?

—Era en la Lapa, yo iba desesperado. Y papá no paraba, me daba cada empujón, y yo con las piernecitas... Sí, señor, lo acepto.

Alargó el vaso al vino que le ofrecía, bebió un sorbo y continuó comiendo. Escobar comía así también, con la cara metida en el plato. Me contó su vida en Europa, los estudios, particularmente los de arqueología, que era su pasión. Hablaba de la antigüedad con amor, contaba de Egipto y sus miles de siglos sin perderse en las cifras; tenía la cabeza aritmética del padre. A mí, puesto que la idea de la paternidad del otro me era ya familiar, no me gustaba la resurrección. A veces cerraba los ojos para no ver gestos, ni nada, pero el diablillo hablaba y reía, y el difunto hablaba y reía por él.

No habiendo otro remedio que quedarme con él, me hice padre de verdad. La idea de que pudiera haber visto alguna fotografía de Escobar, que Capitu, por descuido, hubiera llevado consigo, no se me ocurrió, y, de ocurrírseme, persistiría. Ezequiel creía en mí, como en la madre. Si estuviera vivo José Días vería en él mi propia persona. Prima Justina quiso verlo, pero, como estaba enferma, me pidió que lo llevara allí. Conocía a aquella parienta. Creo que el deseo de ver a Ezequiel era con el fin de verificar en el muchacho el dibujo que por ventura hubiera encontrado en el niño. Sería un último regalo; lo corté a tiempo.

—Está muy mal —le dije a Ezequiel, que quería ir a verla—; cualquier emoción puede acarrearle la muerte. Iremos a verla cuando esté mejor.

No fuimos; la muerte la llevó a los pocos días. Descansa en el Señor o en quien sea. Ezequiel le vio la cara en el ataúd y no la reconoció, ni podía, tan diferente la hicieron los años y la muerte. En el camino al cementerio iba recordando una porción de cosas, alguna calle, alguna torre, un trecho de playa, y todo era alegría. Así ocurría siempre que volvía a casa al final del día; me contaba los recuerdos que iba recibiendo de las calles y de las casas. Se admiraba que muchas de aquéllas fueran las mismas que él dejó, como si las casas murieran niñas.

Al cabo de seis meses Ezequiel me habló de un viaje a Grecia, a Egipto y a Palestina; viaje científico, promesa hecha a algunos amigos.

—¿De qué sexo? —pregunté riendo.

Sonrió avergonzado y me respondió que las mujeres eran criaturas tan de moda y al día que nunca entenderían una rutina de treinta siglos. Eran dos colegas de la universidad. Le prometí recursos y le di enseguida el primer dinero necesario. Me dije que una de las consecuencias de los amores furtivos del padre era pagar yo las arqueologías del hijo; antes le hubiera pegado la lepra... Cuando esta idea me atravesó el cerebro me sentí tan cruel y perverso que agarré al muchacho y quise apretarlo contra el corazón, pero retrocedí. Le miré de frente luego, como se hace con un hijo de verdad; la mirada que me echó fue tierna y agradecida.

CAPÍTULO CXLVI

NO HUBO LEPRA

No hubo lepra, pero hay fiebres por todas estas tierras humanas, sean viejas o nuevas. Once meses después Ezequiel murió de una fiebre tifoidea, y fue en las inmediaciones de Jerusalén, donde los dos amigos de la universidad le levantaron un túmulo con esta profecía, sacada del profeta Ezequiel, en griego: «Eras perfecto en tus caminos». Me mandaron los dos textos, griego y latino, el diseño de la sepultura, la cuenta de los gastos y el resto del dinero que él llevaba; pagaría el triple para no volver a verlo.

Como quería verificar el texto, consulté mi Vulgata y observé que era exacto, pero tenía aún un complemento: «Eras perfecto en tus caminos, *desde el día de tu creación*». Me paré y pregunté callado: «¿Cuándo fue el día de la creación de Ezequiel?». Nadie me respondió. He ahí un misterio más que unir a los tantos de este mundo. A pesar de todo, cené bien y fui al teatro.

LA EXPLOSIÓN RETROSPECTIVA

YA sabes que mi alma, por más lacerada que haya estado, no quedó para un rincón como una flor lívida y solitaria. No le di ese color o descolor. Viví lo mejor que pude, sin que me faltasen amigas que me consolasen de la primera. Caprichos de poca duración, es verdad. Eran ellas las que me dejaban como personas que asisten a una exposición retrospectiva y, o se hartan de verla, o la luz de la sala se marchita. Una sola de aquellas visitas tenía coche a la puerta y cochero de librea. Las otras iban modestamente, *calcante pede*, y, si llovía, era yo quien iba a buscar un coche a la plaza y las metía dentro, con grandes despedidas y mayores recomendaciones:

—¿Llevas el catálogo?

—Lo llevo; hasta mañana.

—Hasta mañana.

No volvían más. Yo permanecía en la puerta, esperando, iba hasta la esquina, espiaba, consultaba el reloj y no veía nada ni a nadie. Entonces, si aparecía otra visita, le daba el brazo, entrábamos, le mostraba los paisajes, los cuadros históricos o de género, una acuarela, un pastel, un guache, y también se cansaba y se marchaba con el catálogo en la mano...

CAPÍTULO CXLVIII

BUENO, ¿Y EL RESTO?

ENTONCES, ¿por qué ninguna de esas caprichosas me hizo olvidar la primera amada de mi corazón? Tal vez porque ninguna tenía los ojos de resaca, ni de gitana oblicua y disimulada. Pero no es éste propiamente el resto del libro. Resta saber si la Capitu de la playa de la Gloria ya estaba dentro de la de Matacavalos, o si ésta fue cambiada en aquélla por efecto de algún asunto de incidencia. Jesús, hijo de Sirach, si supiera de mis primeros celos, me diría como en su cap. IX vers. 1: «No tengas celos de tu mujer para que ella no te engañe con la malicia que aprenda de ti». Pero yo creo que no, y estarás de acuerdo conmigo; si recuerdas bien a la Capitu niña reconocerás que una estaba dentro de la otra, como la fruta dentro de la cáscara.

Pues bien, cualquiera que sea la solución, algo queda, y es la suma de las sumas, o el resto de los restos; a saber, que mi primera amiga y mi mayor amigo, tan extremosos ambos, y tan queridos también, quiso el destino que acabaran juntándose y engañándose... ¡La tierra les sea leve! Vamos a la *Historia de los suburbios*.

FIN

NOTAS

[1] *Jornal do Comércio*, Río de Janeiro, 27-4-1864. <<

[2] Octavio Ianni, *Raças e classes sociais no Brasil*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1972, pág. 153. <<

[3] *Gazeta de Noticias*, Río de Janeiro, 4-2-1889. <<

[4] Machado de Assis, *Obras completas*, vol. III, Río de Janeiro, Aguilar, 1959, pág. 801. <<

[5] J. A. Castello, *Realidade e ilusão em Machado de Assis*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1969, pág. 38. <<

[6] *Obras completas*, III, pág. 804. <<

[7] Luis Viana Filho, *A vida de Machado de Assis*, Porto, Lello Imãos, 1984, pág. 67.

<<

[8] L. V. Filho, *op. cit.*, pág. 137. <<

[9] L. V. Filho, ob. cit., pág. 173. <<

[10] Epitácio Pessoa, *Obras completas*, vol. xx, pág. 147. Reproducido por Cunha Lima en *Revisão de Machado de Assis*, Río de Janeiro, Cía. Editora Americana, 1973, pág. 29. <<

[11] Carta de 15-4-1876, Archivo de Carlos Sussekind de Mendoza. <<

[12] Carta de 7-12-1897, a Magalhães de Azevedo. <<

[13] *Exposição Machado de Assis*, Río de Janeiro, 1939; en L. V. Filho, página 232.

<<

[14] L. V. Filho, *op. cit.*, págs. 234-35. <<

[15] *Ídem*, pág. 200. <<

[16] *Ídem*, pág. 274. <<

[17] Machado de Assis, *Obras completas*, III, pág. 799. <<

[18] José Aderaldo Castello, ob. cit., pág. 40. <<

[19] *Ídem*, pág. 42. <<

[20] *Machado de Assis (Antologia/Estudos)*, edic. de Alfredo Bosi y otros..., Colegio Escritores Brasileiros, São Paulo, Atica, 1982, pág. 207. <<

[21] *Ídem.* <<

[22] *Ídem*, pág. 208. <<

[23] *Ídem*, pág. 210. <<

[24] *Obras completas*, vol. III. <<

[25] Barreto Filho, «Machado de Assis», en *A Literatura no Brasil*, vol. III, dirigida por Afrânio Coutinho, Río de Janeiro, Editorial Sul America, 1969, vol. III, pág. 143.

<<

[26] *Ídem*, pág. 139. <<

[27] Véase sobre esta obra el reciente artículo de Susan Sontag, «Memoria póstuma: El caso de Machado de Assis», *Quimera*, núm. 100, Barcelona, 1990; págs. 68-73. <<

[28] En *Machado de Assis*, ed. de A. Bosi, pág. 435. <<

[29] Sônia Brayner, «Metamorfoses machadiana», en *Machado de Assis*, ed. de A. Bosi, págs, 436-37. <<

[30] J. A. Castello, *op. cit.*, pág. 75. <<

[31] Añade el crítico: «Sabía [Machado de Assis] que en la vulgaridad está la característica». Nelson W. Sodré, *História da Literatura Brasileira*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1976, pág. 500. <<

[32] J. A. Castello, y A. Candido, *Presença da literatura brasileira. Das origens ao Romantismo*, São Paulo, Difel, 1974, págs. 109-110. <<

[33] Para una ampliación sobre el tema puede verse la obra de Aderaldo Castello, *Periodo Colonial*, vol. I de *A Literatura Brasileira*, São Paulo, Cultrix, 1975. <<

[34] *Presença da literatura brasileira. Das origem ao Romantismo*, pág, 13. <<

[35] *Presença da Literatura Brasileira. Do Romantismo ao Simbolismo*, vol. II, ed. de J. A. Castello y Antonio Candido, São Paulo, Difel, 1974, pág. 113. <<

[36] *Ídem*, pág. 115. <<

[37] L. V. Filho, *op. cit.*, pág. 172. <<

[38] Mario Alencar en *O Imparcial*, 29-9-1913. <<

[39] *Don Casmurro*, pág. 89. <<

[40] *Ídem*, pág. 98. <<

[41] *Ídem*, pág. 246. <<

[42] *Ídem*, pág. 504. <<

[43] Carta de 24-12-1908. <<

[44] *Don Casmurro*, pág. 20 <<

[45] Sônia Brayner, «Mesa redonda», en *Machado de Assis*, ed. de A. Bosi, pág. 314.

<<

[46] *Don Casmurro*, págs. 194-195. <<

[47] En *Machado de Assis*, ed. de A. Bosi, págs. 144-45. <<

[48] *Don Casmurro*, pág. 313. <<

[49] *Ídem*, pág. 314. <<

[50] A Castello, *Realidade e...*, pág. 141. <<

[51] Véase Pablo del Barco, «Novela española de ambientación brasileña: *Genio y figura*, de Juan Valera», en *Juan Valera*, ed. de Enrique Cremades, Col. El escritor y la crítica, Madrid, Taurus, 1990, págs. 405-411. <<

[52] La primera edición de la novela (Madrid, Fe, 1887) suscitó notable interés y controversia, por lo subido del tema, que, según el crítico Luis Siboni, debiera el libro haber lucido en la portada el explicativo «Sólo para hombres» (ed. de Cyrus DeCoster, pág. 33). <<

[53] La acción de la novela da principio en 1850. No obstante, Don Pedro I había fallecido en 1834, cerca de Lisboa, y ya desde 1831 permanecía fuera de Brasil. <<

[54] *Pepita Jiménez*, ed. de Cyrus DeCoster, Madrid, Cátedra, 1974, página 243. <<

[55] *Ídem*, pág, 300. <<

[56] *Machado de Assis*, ed. de A. Bosi, pág. 279. <<

[57] *Don Casmurro*, pág. 90. <<

[58] *Ídem*, pág. 297. <<

[59] *Ídem*, pág. 298. <<

[60] *Ídem*, pág. 197. <<

[61] Valentim Facioli, «Mesa redonda», en *Machado de Assis*, ed. de A. Bosi, pág. 328. <<

[62] Sônia Brayner, *idem*, pág. 332. <<

[63] *Obras completas*, pág. 70. <<

[64] A. Castello, *Realidade e...*, pág. 145. <<

[65] Carta de 22-6-1884, Archivo Silvio Braga e Costa. Citada por L. V. Filho, ob. cit.,
pág. 149. <<

[66] *Ídem*, pág. 150. <<

[67] *Don Casmurro*, pág. 286. <<

[68] En *Crônicas*, vol. II, Río de Janeiro, São Paulo, Porto Alegre, W. M. Jackson, 1955, pág. 25, XXXXX. <<

[69] José Cunha Lima, ob. cit., pág. 19. <<

[70] *Critica literaria*, Río de Janeiro, São Paulo, Porto Alegre, W. M. Jackson, 1955, págs. 146-47. <<

[71] Rui Barbosa, *Revista Brasileira de Letras*, vol. xx, núm. 51, pág. 220. <<

[72] José Veríssimo, *Estudos de Literatura Brasileira*, 4.^a serie, Rio de Janeiro, Garnier, 1904, pág. 91. <<

[73] Hemeterio Dos Santos, en Cunha Lima, ob. cit., 26. <<

[74] *Ídem*, pág. 28. <<

[75] Alcides Maya, *Machado de Assis (Algumas notas sobre o «humour»)*, Rio de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1942, pág. 134. <<

[76] *Presença da literatura brasileira. Do Romantismo ao Simbolismo*, São Paulo, Difel, 1974, pág. 112. <<

[77] Barreto Filho, ob. cit., pág. 135. <<

[78] J. A. Castello, *Realidade e...*, pág. 15. <<

[79] A. Callado, «Mesa redonda», en *Machado de Assis*, ed. de A. Bosi, pág. 323. <<

[80] «Introdução Crítico-Filológica», en *Don Casmurro*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1975, pág. 40. <<

[81] *Ibíd.* <<

[1] El «engenho», fábrica de azúcar a partir de la caña, tuvo una notable importancia en la industria brasileña. <<

[2] Petrópolis, ciudad residencial, en la Sierra del Mar, Río de Janeiro. Ciudad del emperador Don Pedro, fue colonizada particularmente por alemanes, que dejaron en los nombres de sus barrios recuerdos de la Alemania Occidental. Entre 1833 y 1844 llegaron a Brasil 71.247 emigrantes alemanes. <<

[3] Calle de «Matacaballos», nombrada más tarde calle del Riachuelo. <<

[4] Luis Gonçalves dos Santos (1767-1844) escribió, además de algunas obras relacionadas con su condición de clérigo, unas *Memorias para a Historia do Reino do Brasil* (1921). <<

[5] El «gamón» es un juego de azar, entre dos personas, con quince tablillas o piedras por jugador, sobre un tablero dividido por cada lado en dos compartimentos con otros seis compartimentos o casas en cada uno. Gana quien primero recorre el camino hacia su derecha, hasta salir del tablero con todas las tablillas o piedras. <<

[6] Don José Joaquim Coutinho da Silva, obispo de Río de Janeiro, fue nombrado presidente de la Primera Asamblea Constituyente de Brasil, con 53 diputados, que comenzaron las sesiones el 17 de abril de 1823.

Diego Antonio Feijó fue regente durante la minoría de edad de Don Pedro II, desde 1835, por un periodo de dos años. <<

[7] El «agregado» era una pieza importante en el entramado social brasileño, entre los esclavos y la clase mandante, dependiente de ésta, que le favorecía con casa y comida y le consideraba como componente —pobre— de la familia. <<

[8] Pequena ciudad de Río de Janeiro, en la comarca de Iguaçu. <<

[9] El *Manual*, conocido vulgarmente por *Chernoviz*, era el libro escrito bajo el título *Formulário e Guia Médico* por el médico polaco Pedro Luis Napoleón Chernoviz (1812-1881) en 1841, un año después de su llegada a Brasil. <<

[10] «Calle de las Guitarras» cambió de nombre a partir de 1869; se llamó Calle de Teófilo Otôni a la muerte de éste. <<

[11] El Aljube fue edificado en 1733 como prisión de eclesiásticos que cometieran delitos graves. A la llegada de Don João VI a Brasil pasó a ser cárcel común, hasta su desaparición en 1840. <<

[12] Natural del Estado de Minas Gerais. <<

[13] Natural del Estado de São Paulo. <<

[14] Monte que domina la bahía de Río de Janeiro, desde el que se divisa toda la ciudad. <<

[15] Nombre común de pequeños pájaros de dorso azulado o verdoso y región ventral amarilla, muy apreciados por su canto. Se conocen en Brasil quince especies con esta denominación común. Procede el nombre del tupí *katu* ‘rama (lo que ha de ser bueno). <<

[16] Equivale a mil mil-réis, moneda de Brasil en vigor hasta 1942, en que fue sustituida por el cruzeiro. <<

[17] Se refiere a los caballos criados en el Cabo de Buena Esperanza, de sangre medio inglesa, medio árabe, que los cariocas importaban en el siglo XIX para sus paseos. Estos caballos se volvían en Brasil gordos y frágiles. En el libro *Brazil and the Brazilians* (Filadelfia, 1857) Kidder y Fletcher (conocido de Machado de Assis) hablan del tema. <<

[18] La isleta de la Lake divide en dos canales la bahía de Guanabara. Fue fortificada en 1646 por miedo a los ataques de los holandeses. Más tarde se transformó en prisión política. <<

[19] Próxima al Catete, era vía única de acceso a la iglesia de N. Sra. da Gloria, que desde los tiempos de João VI, en 1808, se convirtió en lugar de devota visita de la familia real brasileña. <<

[20] Lo mandó construir Luis de Vasconcelos, virrey de Brasil, sobre los infectos terrenos de la Laguna del Boqueirão. Se terminó de construir en 1808. <<

[21] Se refiere a Don Pedro II (1825-1891), que reinó de 1841 a 1889. <<

[22] Las fiestas de la Coronación (18 de junio de 1841) celebraron con brillo inusitado la Mayoría de Don Pedro II, tras el periodo de Regencia, que duró hasta 1840 desde la abdicación de Don Pedro I en 1831. <<

[23] Personaje de *Manon Lescaut*, destinado a pertenecer a la Orden de Malta, que sufrió los estragos de la pasión tras abandonar la escuela de Amiens y conocer al personaje del Abate Prevost. <<

[²⁴] Nacido en 1725 en Mação (Portugal), escribió un método para el estudio del latín, reducido en un *Novo Método de Gramática Latina*, con el subtítulo *Artinha Latina*, del que en 1920 habían aparecido ya 26 ediciones. Machado de Assis pudo aprender sus primeras letras latinas en este libro. <<

[25] Jose María Mastai Ferreti (1792-1878), Pío IX. <<

[26] Igreja de Santa Rita de Cassia, situada en la calle Miguel Couto, conocida como igreja de los Malhechores por ser allí donde los condenados recibían el último consuelo. <<

[27] Cuartel de la Policía Militar situado en la calle del mismo nombre, después Evarista Vega. <<

[28] Mandada construir por orden real el 8 de julio de 1769 e inaugurada mucho más tarde, en 1837, fue el establecimiento penitenciario con los más modernos sistemas de la época. Estaba en la calle del Conde D'Eu, después Frei Caneca. <<

[29] Luis José Junqueira Freire (1832-1855), poeta brasileño que ingresó en la orden benedictina por razones morales. Abandonó tres años más tarde la orden, sin vocación, y dejó como resultado de esta época de su vida un libro de experiencias personales, *Inspirações do Claustro* (1855). <<

[30] Se refiere a Junqueira Freire. <<

[31] Ciudad del Estado de Goiás, que se llamó luego Pirinópolis. <<

[32] Capital de Paraná, al sur de São Paulo, rica por su agricultura, especialmente en cultivo de café. En 1858-1860 el cultivo del café representaba el 48,8 por 100 de todas las exportaciones brasileñas. <<

[33] Se refiere a Luciano de Samósata (125-192 d. de C.). La referencia de Machado de Assis pertenece al libro II de su *Historia verdadera*. <<

[34] Habla Machado de la obra de Edgar Quinet (1803-1875), *Asvero* (1833), que narra en cuatro jornadas, el destino de un judío errante —siglo IV d. de C.— condenado a caminar hasta la consumación de los siglos. <<

[35] En la comedia *O Crédito*, de José de Alencar (1829-1877), estrenada en 1858, acto I, escena séptima, se lee, en boca del estudiante Hipólito: «... porque, es sabido, un estudiante de Medicina no puede estar sin dos cosas: un caballo y una enamorada». <<

[36] Álvares de Azevedo (1831-1852), poeta excelente del Romanticismo, publicó en 1853 el libro *Lira dos Vinte Anos*, en cuya segunda parte incluye el poema «Namôro a Cavalo», al que hace referencia Machado de Assis. <<

[37] El Campo de Santana, llamado «da Aclamação» a partir de 1922, fue construido sobre un pantanal a la llegada de João VI a Brasil. Volvió después a llamarse Campo de Santana y más tarde Plaza da República. <<

[38] El aforismo de Benjamin Franklin, que pone en boca del Pobre Ricardo, o Ricardo Saunders, pseudónimo, aparece en su obra *Way to Wealth* (1757). <<

[39] Lugar elegante al que iban con frecuencia los ingleses en la época de Machado de Assis, situado junto al Morro de Santa Teresa. <<

[40] Zona pantanosa cerca de Rocio Pequeno, luego Plaza del 11 de Junio, desarrollada a partir de la llegada de Don João VI. <<

[41] Hace referencia al escritor norteamericano Oliver Wendell Holmes (1809-1894), en su obra *The Autocrat at the Breakfast Table*. <<

[42] Alusión a los dos primeros versos del Canto II, estrofa 37, de *Os Lusíadas* de Camões. <<

[43] Se refiere al poema «Tristesse d'Olympio», del libro de Victor Hugo *Les rayons et les ombres* (1840); sobre lo efímero del placer y la imposibilidad de eternizarlo. <<

[44] João de Barros (1496?-1570), autor de *Décadas* (1552-1615); la referencia de Machado pertenece al libro II, capítulo 2.º. <<

[45] Victor Dalloz (1795-1869), juriscollulto francés, autor del *Repertorio de Jurisprudencia General*. <<

[46] Joaquim José Caetano Pereira e Sousa (1756-1819), magistrado português, autor de *Primeiras Linhas Sobre o Processo Criminal y Classes dos Crimes*. <<

[47] El Vizconde de Río Branco organizó el gabinete, que inició sus trabajos el 7 de marzo de 1871; realizó una importante reforma judicial, con la implantación de la fianza provisional, o la Ley del Ventre. <<

[48] Penúltimo verso del último canto del Purgatorio de la *Divina Comedia* de Dante.

<<

[49] aroeira: árbol ornamental de madera útil y corteza medicinal; los frutos se utilizan para tintes. <<

[50] pitangueira: arbusto en las proximidades del mar y árbol en la montaña, de hojas delgadas y característico olor, el fruto —la pitanga— es agridulce y sabroso. <<